

Si su destino es estar juntos...
no importaría el tiempo ni la distancia

No
dejaré
de
amarle



JENNY URIGÜEN

*“Si su destino es estar juntos...
no importaría el tiempo ni la distancia”*

Burlington, Vermont

En casa de la familia Jerome, esperaban con impaciencia la llegada del joven extranjero, quien permanecería con ellos por algunos meses.

Entretanto, Sophia, la madre de Adell; la menor y la consentida por su padre, Oliver Jerome: hermosa y decidida; aunque, en ocasiones, rebelde y orgullosa. Y, Matthew: joven apuesto, alegre y despreocupado; entraba y salía de la cocina, organizando la bienvenida para el invitado.

Y, por otro lado, apoyado contra la tallada baranda de madero de roble en forma de caracol; Jared, asaltado por mil confusos pensamientos, contemplaba, de brazos cruzados, a los finos y delicados cristales Swarovski del reloj de pie. De pronto, regresó a mirar cuando uno de los frescos tulipanes que Sophia acomodaba dentro del jarrón de cristal cayó al piso de mármol blanco, por lo que enseguida fue hacia donde ella.

—¿Está bien si lo tomo para mí? —preguntó, inclinándose a recogerlo.

Sophia no tardó en darle su consentimiento.

—¡Por supuesto, Jared! Adell está en su habitación, ve allí. El brillo en tus ojos lo delatan, muchacho. Sé que no puedes esperar ni un segundo más para estar con ella.

Jared sonrió; y, dándose media vuelta, se encaminó hacia las escaleras, subiéndolas deprisa. Al llegar se detuvo bajo el umbral de la puerta de su habitación para contemplarla. Allí estaba Adell, de frente al espejo, acomodando a su largo y hermoso cabello castaño; llevándolo de un lado hacia el otro sin atinar qué hacer con él.

¡Qué bella es!, exclamó para sí mismo.

Los bellos ojos oscuros de Adell advirtieron la presencia de su amado tan pronto y su silueta se reflejó en el espejo de pedestal; pero Jared continuó callado y con el tulipán en una de sus manos.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó ella, clavándole la mirada —. Deja de mirarme así... ¡Acércate y ayúdame!

Jared, con una dulce sonrisa dibujada en sus labios, asintió y fue a su lado.

—Mi amor... —repuso ella, volviéndose hacia él—, estoy inquieta. Nunca hemos recibido en casa a un invitado extranjero; y menos aún de tan diferente cultura.

Jared la abrazó fuerte contra su pecho. Prefirió quedarse en silencio, puesto que él se sentía tanto o más intranquilo que ella.

Y así permanecieron por largos minutos, hasta que decidieron ir al recibidor y aguardar por la ansiada llegada de Oliver e Imran Gadhavi: el esperado huésped de veintisiete años.

CAPÍTULO 1

El cabello de Adell volaba alborotado con el viento en esa fría mañana de noviembre. Mientras ella, con sus brazos recostados sobre la ventanilla del jeep, contemplaba al monte nevado Mansfield, Jared aceleraba su Wrangler rojo al cruzar por la carretera de las montañas. De pronto, regresó a mirar cuando lo escuchó cantar; Jared estaba contento: tamborileaba el ritmo de la música con una mano sobre el volante. Sonrió y se detuvo a contemplarlo. Le fascinaba su bella sonrisa y el excitante hoyo que se le formaba a un costado de su boca; ver su fino y liso cabello negro revolotear con la brisa, cayéndolo luego desordenado por debajo de su ceja izquierda; creando el contraste perfecto con su piel pálida. Y ese buzo gris y ceñido a su atractiva figura masculina: demasiado sexy para ella poder contenerse.

—¡Me fascinas! —le dijo.

—¿Qué...? —preguntó Jared, volviéndose hacia ella—. ¿De veras?

Adell; mordiendo insinuante un extremo de su labio inferior:

—¡Y demasiado! —contestó.

—¡Ven aquí! —indicó él, alargando el brazo—. ¡Y tú a mí! —exclamó atrayéndola contra su hombro, besando su coronilla.

—Cariño, ¿podrías reducir la velocidad y detenernos? El aire fresco de las montañas nos hará bien. Además, antes de llegar al resort quiero estar a solas contigo.

—Sí, únicamente avanzaré hasta el mirador —comentó en cuanto estacionaba el jeep. Desembarcaron; y, mientras contemplaban el níveo paisaje que se levantaba en el horizonte, enfrente de ellos; Jared, volviéndose hacia ella:

—Si tuviera que elegir... —dijo con una sonrisa que dio brillo a sus ojos, fijándolos en los suyos—, preferiría quedarme aquí contigo. —La sujetó por la cintura y, aupándola, la colocó sobre el capó.

—¡Yo también lo desearía así! —Consintió Adell, sosteniendo su cálida mirada—. Mi amor... —observó aproximándolo a su pecho, perdiéndose en la belleza de sus apasionantes ojos verdes que brillaron con el Sol, transparentes como el agua del mar. Su mirada era única: una combinación entre lo angelical y lo sensual—, deberías tratar de acercarte más a Imran. Te aseguro que ustedes llegarán a ser buenos amigos. Y ahora vamos de una vez —agregó, enrollando alrededor de su cuello la bufanda que él llevaba suelta—, que de seguro estarán esperando por nosotros.

Ese fin de semana acordaron en ir a un resort de esquí. Y, aunque esa no era la afición de Jared, esquiar era el deporte favorito de Adell y de Matthew.

—¡Muchachos, al fin llegan! —exclamó Sophia, al verlos entrar.

—Nos detuvimos un momento en el camino —contestó Adell, mientras colocaba su maleta de mano junto al sofá—. ¿Y el resto?, ¿llegaron ya?

—Sí, los chicos llevaron a Imran a dar un paseo. No tardan en regresar.

Jared avanzó hasta el balcón.

—Mamá, ¿hay café? Lo necesitamos.

—Sí, mi niña, aún se mantiene caliente.

Adell llenó dos tazas y salió.

—Es para ti —dijo a Jared, entregándosela.

De repente, se escuchó la fuerte voz de Sophia que vino desde el interior de la suite.

—¡Chicos, qué bueno verlos regresar! Los muchachos acabaron de llegar... ¡Mírenlos, están en el balcón!

Jared giró la cabeza; y, mirando por encima de su hombro, se dio cuenta de que, ciertamente, habían llegado.

—¿Y ustedes, en dónde estaban? —preguntó Brianna: amiga inseparable de Adell y novia de Matthew.

—Se nos antojó contemplar el paisaje —contestó Adell.

Brianna hizo una mueca burlona.

—Estuvimos esperándolos, pero en vista de no tener noticias tuyas decidimos ir a dar una vuelta por los alrededores. Nuestro invitado está encantado con este lugar. ¿No es así, Imran?

Imran, con una coqueta sonrisa dibujada en su rostro, inclinándose hacia ella la quijada, asintió.

—Me alegro... —comentó Jared.

—¡Oh sí, estamos muy felices! —exclamó Brianna, seguido de un largo y satisfactorio suspiro, mientras se acomodaba de lado a su largo y lacio cabello negro.

—¿Qué les parece si esquiamos? —preguntó Adell, dirigiéndole la mirada a Imran—. Sé que a ti también te gusta... ¿Vamos ahora?

—¡Por supuesto! —contestó. Sus ojos color miel brillaron en armonía con su reluciente sonrisa—. Y sí, definitivamente me gusta hacerlo. Suelo ir durante el invierno a las estaciones de esquí que están al Norte de India, cerca de la frontera con Nepal. Y en otras ocasiones, a los Alpes Suizos.

—¡Qué hermoso! —interrumpió Brianna—. Esos lugares deben ser fascinantes.

Imran afirmó con la cabeza.

—Así es Brianna.

Continuaron comentando; mientras que, Jared, únicamente se mantuvo escuchándolos. Y, a diferencia del resto, no tuvo otra opción que ir con ellos a la estación de esquí y tratar de hacerlo.

Aquella tarde fue un verdadero caos para él; tras caídas y rodar innumerables veces por la colina, no quiso saber más. Prefirió esperar a por ellos en el descanso del parque de esquí, desde donde le llegaron nítidas las alegres risotadas de Adell y de Imran, mientras bajaban por la colina, resultándole eterno el tiempo que aguardó mirándolos divertirse.

CAPÍTULO 2

—¿Estás listo, cariño? Esta noche no tendré fuerzas para permanecer por mucho tiempo en el bar. ¡Estoy rendida!

—Igual pienso yo. Espero que me entiendas, mi vida, pero en la realidad esquiar no es lo mío. —Jared se calló un momento, mientras terminaba de abotonarse su camisa en color azul zafiro—. Pero te prometo que lo intentaré. ¡Vamos! —exclamó; y, tomándola por la cintura, se encaminaron al bar.

Tan pronto y Matthew los miró entrar, levantó el brazo:

—¡Hey Jared, Adell! —Llamó, indicándoles se acerquen a la mesa, en donde se encontraban reunidos; en tanto que, dando un sorbo a su trago, Imran regresó a mirar e inmediatamente se levantó, dejando antes el vaso sobre la mesa y fue a su encuentro.

—¡Pensamos que ya no vendrían! —comentó él sonriendo; y, haciendo de lado a la silla:

—¡Ven, Adell, siéntate! —Ofreció gentilmente—. ¿Cómo te sientes? Porque yo estoy agotado de tanto esquiar.

Jared lo observó atento; y, luego, con el entrecejo fruncido, desvió la mirada hacia un costado. Desde un principio se percató de las pretensiones y el descaró de Imran. Exhaló; y, regresándola a ver, molesto movió una de las sillas y se sentó a su lado.

Al darse cuenta de su elocuente reacción, Adell bajó la mirada y, nerviosa, se pasó la palma de su mano por la frente. Estuvo claro de que a Jared no le agradó en lo absoluto el derroche desmedido de atenciones por parte de Imran y que fuese precisamente él quien la ofreciera en donde sentarse. Levantó la mirada que la tenía fija en los tablones del piso; y, titubeante:

—Realmente estoy igual que tú —respondió a Imran—. ¿Y ustedes? —preguntó, regresando a ver a su hermano y a Brianna—, ¿cómo están después de la maratón que tuvimos hoy? Yo, la verdad, siento que las piernas no me responden.

Rieron dándole la razón.

—¿Y tú, Jared? —cuestionó Brianna—. Tan solo estuviste un momento en la colina. Es una pena que no te guste esquiar... ¡Te hubieses divertido tanto como nosotros!

—En la realidad no hay problema —contestó él con una leve sonrisa dibujada en sus labios—. Desde niño no conseguí hacerlo. Y descuida, Brianna, me divertí mirándolos.

—Jared no hace esquí, pero con el kayak es muy bueno —comentó Adell, acariciándole su hombro derecho.

Jared sonrió y la abrazó; mientras que, Imran, apenas y sonriendo, mirándolos, se apoyó contra el espaldar de la silla.

—Podríamos hacerlo cuando empiece la primavera —entonces dijo, clavándole la mirada a Jared—. De hecho, yo también hago kayak.

—¡Por supuesto! —corroboró él—. En mayo ya tendremos buen tiempo. O mejor aun, podríamos ir a Maine cuando termine el semestre. Sé que te gustará ese lugar.

Imran asintió con una leve sonrisa forzada.

—Bar Harbor es un lugar muy bonito —interrumpió Adell—. Nosotros vamos seguido allí. Jared tiene una cabaña rústica junto a un pequeño lago. ¡Es hermosa! Y estar allí, es mágico. ¿No es así, amor?

—Así es. —Afirmó, sosteniendo cariñosamente su mirada; e, inclinando su cabeza, le dio un beso en la frente.

—Comprendo... —entre dientes, respondió Imran.

—¿Qué les parece si bailamos? ¿Estás de acuerdo, Imran? —interrumpió Brianna, mirándolo atenta.

—¡Por supuesto! Es más, acompáñame ahora. ¿No hay problema contigo? —preguntó regresándolo a mirar a Matthew.

—¡Claro que no! ¡Adelante, vayan!

Jared se inclinó hacia la mesa con el fin de alcanzar su cerveza; mas, al levantarla y notar a Adell inquieta:

—¿Deseas regresar a la suite, mi vida? —preguntó—. Te veo intranquila.

—No, amor, estoy bien —contestó con un aspaviento de mano, recostándose sobre su hombro.

Matthew sonrió.

—Ya vendrán, conozco a Brianna... ¡Se encanta con esa música!

—Sí, es divertida. ¿Vamos a bailar, amor?

Esa noche Adell se intimidó con las constantes e inoportunas miradas de Imran. Trató de disimular, mirando en distintas direcciones; mas le fue imposible. Sus ojos se volvían, casi se puede afirmar que inconscientemente, hacia donde él. No pudo evitar el pasar por desapercibido su seductor atractivo extranjero: alto y de facciones perfectas y bien delineadas; y ese color dorado de su piel que resaltaba perfectamente con el tono de su camisa marrón anaranjada, la cual llevaba provocativamente ceñida a sus tonificados brazos y pectorales.

Imran, quien no la perdió ni por un momento de vista, fue en dirección hacia donde ellos.

—Jared... —dijo interrumpiéndolos—, ¿te molesta si bailo con Adell?

Entretanto; Jared, con la respiración pesada:

—No debes consultármelo a mí —respondió volviéndose hacia él—. Es Adell quien decide.

—¡Tranquilízate, amor! —indicó ella, haciéndole un gesto con los ojos—. No puedo ser descortés.

—Está bien... —Asintió; y, dándose media vuelta, se encaminó hacia la barra. Estando allí, sin apartarlos de su vista, pidió una cerveza y se la bebió completa y ordenó otra; pero, en el momento en que miró cómo Imran se acercó a Adell más de la cuenta y sin más le acarició el cabello:

¡Maldición con este!, balbuceó, bebiéndosela de un solo sorbo.

Miró cómo Adell le comentó algo al oído; y luego, adelantándose e Imran siguiéndola detrás, se encaminaron hacia la mesa. Enseguida, sacando la billetera del bolsillo trasero de sus jeans, Jared dejó la propina en el mostrador y se encaminó hacia donde ellos.

—¿En dónde estabas? —preguntó Adell, levantando a mirar en cuanto lo sintió.

—Fui a tomar una cerveza.

—Ahhh... ¡También necesito una! —exclamó recostándose sobre su hombro.

Imran quedó mirándola y sonrió.

—¿Deseas una? —Y, levantando el brazo, llamó al bartender—. Yo también la necesito. ¿Y ustedes? —preguntó, regresándolos a mirar a Matthew y a Brianna—. De seguro y también se les antoja una.

—¡Por supuesto! —contestaron.

—Yo estoy bien, gracias —dijo Jared, negando con la mano.

—Vamos, cariño —insistió Adell, acariciándole el brazo—. Tomémonos una juntos.

—Como lo prefieras...

En tanto que, Imran, con sonrisa burlona, se quedó mirándolos, frotándose lentamente la barbilla.

—¡Ahí viene lo bueno! —Hizo caer en la cuenta, al ver que el bartender se acercó con la fuente a la mesa. Tomó una de las cervezas; y, vaciándola en un vaso:

—¡Sírvele, Adell! —Ofreció amablemente, inclinándose hacia ella.

Adell, aturdida, carraspeó la garganta; al mismo tiempo que, Jared, levantando a mirarlos, notó cómo Imran rozó su mano al entregársela. Molesto volvió la mirada hacia las mesas laterales, inspirando profundo, tratando de no prestar atención. Al cabo de unos pocos segundos regresó la mirada al tablero de la mesa; e, inclinándose, alcanzó su cerveza, fijándose, en cuanto se la llevaba a los labios, con la persistencia con la cual él continuaba mirándola. Exhaló; y, contrariado, reclinándose contra el espaldar de la banca, fue entonces cuando miró con la descarada coquetería con la cual Imran la guiñó un ojo. No toleró ni una más; y, levantándose repentinamente:

—¡No crees que ya es suficiente! —replicó, golpeando furioso la botella de cerveza contra el tablero de la mesa—. ¿Sabes lo que es el respeto?

Imran, de inmediato, alzó a mirar.

—¿Es así como acostumbras ser...? —discutió, lanzando bruscamente el vaso contra la mesa—. ¿Agresivo sin razón?

—¡Y todavía me desafías!

—¿Qué está sucediendo? —desconcertado, cuestionó Matthew.

—¡Discúlpame, Matthew...! —protestó Jared, regresándolo a mirar—. ¡Pero qué equivocada decisión la de ustedes acogiéndole a este en tu casa!

Imran se colocó erguido en la silla.

—¡Ten cuidado!

—¡Quien debe tener cuidado eres tú! ¡Respetar, descarado!

Imran, enfurecido, se arrimó contra el espaldar de la banca, musitando, en su idioma, una serie de frases que no pudieron entender.

—¡Cálmate, cariño! —desesperada, intervino Adell sujetándolo por el brazo, tratando de apaciguarlo por semejante escándalo entre ambos; comportamiento que antes no lo había presenciado. El rechazo que Jared sentía hacia Imran por su desvergüenza para con su novia desde el primer momento en que la vio y atenuándola con cada día que transcurría, sobrepasó el límite de su paciencia.

—¡Es mejor si regresamos a la suite! —replicó Matthew—. ¡No comprendo cuál es el problema entre ustedes! ¡Vamos, no está bien que hagan escándalo aquí!

—¡Disculpen todos! —repuso Imran, levantándose repentinamente—. ¡Es ridículo, pero este hombre exagera!

—¡Qué exagero...! ¿Dices?

—Disculpen, pero prefiero irme —interrumpió; y, empujando la silla, se marchó, dejando a Jared con la palabra en la boca.

Brianna, asombrada, lo siguió con la mirada.

—Jared, ¿qué es lo que ha sucedido?

—¡Salgamos de este lugar de una vez! —exigió Matthew, pasándose la mano por la nuca.

—¿Qué ocurre contigo, Jared? —inquirió Adell, cuando, furiosa, entró lanzando la puerta de su habitación—. ¡Fuiste demasiado lejos!

Jared, quien se encontraba de brazos cruzados, mirando por la ventana, enseguida se volteó y fue a su lado.

—Mi vida... —contestó—, tú sabes bien que no es así. Quien fue demasiado lejos fue él... ¡Y deja ya de defenderlo! ¡Es un descarado! ¡Y todavía afirma que yo exagero!

—¡Sí, exageras! ¿Por qué eres tan impulsivo? Ah ¿Jared?

—¿Exagero...? ¡Si te coqueteó abiertamente toda la noche...! ¡Y no solo esta noche, sino durante todo el tiempo desde que llegó! ¡No comprendo por qué tuvieron la mala idea de traerlo a tu casa!

Adell lo miró incrédula; Jared jamás había hecho una escena de celos como esa.

—¡El caso es que yo puedo cuidarme sola! No vuelvas a hacer algo así... ¡Por favor, Jared! ¡Qué vergüenza!

—¿Por qué tomas siempre esa actitud? —protestó tomándola por los hombros—. Está bien. Me siento molesto, pero lo que menos deseo es que tú y yo discutamos... ¡Entiéndeme, por favor!

—¡Te comportas tan absurdo, pasé tanta vergüenza...! ¡No deseo verte! —replicó fulminándolo; y, apartando las manos de sus hombros, Adell, dándose media vuelta, se encaminó hacia la puerta. La abrió y se marchó.

Jared, enojado, dirigiéndose nuevamente hacia la ventana, se quedó pensativo y de brazos cruzados contra su pecho, cuando escuchó que abrieron la puerta. De inmediato se volteó, pensando que era Adell.

—¿Qué fue lo que sucedió, Jared? —preguntó Brianna, cerrando detrás de ella la puerta—. Matthew y yo nos hacemos esa pregunta.

—¿Por qué me preguntas a mí? Ve y consúltaselo al imbécil de Imran... ¡Que él te responda!

Brianna, abriendo sus ojos, parpadeó seguido.

—¡No tienes por qué responderme así, Jared! Hay comentarios... Me preocupo por ustedes.

—Gracias, Brianna. Ahhh... —Exhaló, pasándose la mano por el cuello—. Sé que lo haces. Pero ahora lo que más deseo es estar solo.

—Está bien. —Asintió—. Pero antes déjame decirte que lo que sucedió esta noche... ya se venía dando.

—¿Qué tratas de decir con eso?

Brianna dio un leve suspiro; y, apenas y sonriendo, avanzó hasta el sofá.

—Mira... —dijo sentándose—. Es sencillo darse cuenta de que la razón de tu enojo, celos o contrariedad, como quieras llamarlo, es Imran... ¿Me equivoco?

Jared la escuchó atento y sin responder; entretanto, Brianna continuó:

—Tienes que controlarte, amigo. Acostúmbrate, porque él estará por algún tiempo en casa de Adell. Ahora, escucha bien... —Calló un momento, mientras se acomodaba el cabello, colocándolo de lado sobre su hombro izquierdo—. ¡Cómo te lo explico! Imran es... ¡Exageradamente atractivo y seductor! ¡Pero eso no cambia en nada! Las mujeres nos encantamos al mirar a un hombre así. ¡Y extranjero! ¡Oh...! Lo hace más interesante. Mas no pasará de ahí... ¡Confía en ella, es todo lo que debes hacer!

Jared, con eminente desgano, giró hacia la ventana.

—Comprendo... Te agradezco, Brianna. Ahora déjame solo, por favor.

—Está bien, descansa.

Jared tomó del refrigerador una botella con agua helada y bajó al lobby. Se sentó sobre una butaca frente a la chimenea y allí permaneció hasta el amanecer.

Al regresar a la suite y cruzar por el corredor le llamó la atención ver que la puerta de la habitación de Matthew estaba semiabierta. Miró de reojo al pasar y vio en la penumbra que él y Brianna hacían el amor felices. Bajó la cabeza; y, pasándose la mano por la nuca, avanzó rápidamente hasta su habitación.

Se paró frente a la ventana; y, mientras pensativo, miraba llover, recordó lo que ocurrió esa noche en el bar. Estaba avergonzado y no sabía cómo presentarse al día siguiente con la familia.

CAPÍTULO 3

—¡Jared, Jared, es casi mediodía, despierta!

Jared sintió que lo movieron por el hombro.

—¡Oh, disculpa! —exclamó al abrir los ojos y mirar a Matthew de pie junto a su cama—, me he quedado dormido.

—No te preocupes, necesito que hablemos.

Jared se levantó de inmediato, acomodándose el cabello que lo traía alborotado.

—¿Qué sucedió anoche entre Imran y tú? —preguntó Matthew—. ¿A qué se debió la discusión?

—Ahhh... ¡Disculpa por el mal momento! —replicó Jared molesto, caminando de un extremo al otro por el cuarto—. ¡Imran es un descarado! ¡Quiso provocarme y lo consiguió!

—Ya veo... —comentó pasándose la palma de su mano por la frente—. No des importancia. A la final él estará poco tiempo en casa, serán tres o cuatro meses a lo mucho.

—¡Qué vergüenza tengo con tus padres!

—Bah... ¡No pasa nada! Mira... —observó esbozando una sonrisa descomplicada—, estamos saliendo al restaurante, te esperamos allí.

—Está bien, tomo una ducha y voy. Matthew...

Matthew se volteó.

—¿Está Adell con ustedes?

—No la he visto. Pero descuida, que ella estará con nosotros. Date prisa, te veo abajo.

Jared se paró frente al espejo para terminar de abotonarse su camisa negra. Se acomodó el cabello, dejándolo caer de medio

lado, como a Adell le gustaba y se colocó el pequeño arete de argolla negro que ella le regaló; quería lucir bien. Chequeó el reloj; y, al darse cuenta de que ya estaba tarde, salió en carreras, abrochándose sus jeans descoloridos en cuanto bajaba por las escaleras; no quería hacerlos esperar.

Mientras abría la puerta, escuchó pasos en el piso superior. Vaciló y regresó a mirar:

Quizá Oliver y Sophia no fueron al restaurante.

Fue hasta su habitación, pero la puerta estaba cerrada.

De seguro es Imran... ¡Quién más que él! Ese infeliz estará tan avergonzado que no tiene cara para acompañarlos en el almuerzo.

Entonces se dirigió hasta su habitación para confirmarlo; pero tampoco era él.

Su corazón palpó con fuerza; solo podría tratarse de Adell. Y, en efecto, el ruido venía desde su habitación. Golpeó; y, sin tener respuesta, abrió despacio la puerta, en donde, sobre la mesita de noche, alcanzó a ver su anillo de brillantes color rosa, luego escuchó el sonido del agua que venía desde el baño. Sin pensarlo dos veces, entró, asegurando la puerta detrás de él.

Se paseó nervioso por la habitación, mordiéndose impaciente la uña de su pulgar. Prefirió sentarse; y, con sus antebrazos apoyados sobre sus rodillas, aguardó a por ella hasta que salga de la ducha. Y, mientras lo hacía, le robó su atención el jarrón con tulipanes blancos que había sobre una mesa; cómo a ella le gustaban. Quedó mirándolos, pero nuevamente empezó a impacientarse: los minutos transcurrían y ella no aparecía. Entonces se distrajo contando las franjas verdes y amarillas de la alfombra.

De pronto, sintió su presencia y alzó a mirar. Adell estaba parada frente a él. Traía a su cabello aprisionado en un moño alto; y, ella, envuelta en una toalla blanca, clavándole la mirada. Viéndola así, a Jared se le ahogó la voz.

—¿Cómo supiste que estoy aquí? —preguntó ella.

—Escuché ruidos cuando salía... —titubeó—. Pensé que serían tus padres.

Adell se quedó mirándolo, arqueando su ceja derecha.

—¿Hace rato que me esperas?

—Sí, esperaba a que salgas de la ducha.

—¿No piensas ir al restaurante? Te estarán esperando.

Jared se puso en pie; y, parándose frente a ella:

—¡No, ya no...! —sostuvo fijándose en las gotas de agua que resbalaron por su piel aun mojada—. Es mejor estar aquí, contigo.

Adell, apenas y sonriendo, lo miró fijamente.

—Yo también preferí quedarme... ¡No quería ver a nadie más que no fueses tú!

Jared, esbozando una dulce sonrisa, se acercó un tanto más.

—Mi vida, hablemos... —dijo tomándola por los hombros—. ¡Déjame hacerlo!

—Lo estás haciendo... —Adell también sonrió.

—Me siento avergonzado por la situación de anoche —confesó—. Apenas y dormí.

Adell le clavó la mirada; y, volteándose, avanzó hasta su cama. Tomó a su cabello; y, mientras lo iba desatando:

—Yo tampoco dormí... —contestó—. Y también pensé en ti.

Jared quedó hipnotizado, con sus ojos suspendidos en él.

—¡Ya deja de mirarme así! —exclamó ella.

Él fue a su lado y la abrazó. Se enloqueció con el aroma dulce de su cuerpo; por lo que, sin conseguir resistirlo ni un segundo más, tomó la toalla que cubría su delicado cuerpo y la deslizó hasta hacerla caer. Acercó sus labios a su oído; y, respirándolo suavemente, murmuró:

—¡Perdóname!

Los ojos de Adell sujetaron su ardiente mirada, clavando un aire de enojo en los suyos.

Jared pudo ver cómo detrás de su enfado ella también lo deseaba con ansias. Acortó la escasa distancia que había entre los dos; y, acunando su bello rostro, buscó sus sensuales labios rosa y fundió un tierno beso en ellos.

Hicieron el amor como si fuese la primera vez, mientras el viento silbaba y por los ventanales de la habitación resbalaba una llovizna ligera.

CAPÍTULO 4

La incómoda situación entre Jared e Imran fue en algo superada. Ambos trataron de mantenerse al margen; sin embargo, Imran continuaba con su actitud hostil.

Al caer la tarde, Jared fue a descansar a su habitación, puesto que, luego, en la noche, tenían planes de salir a divertirse en un pub cerca del resort.

Cuando despertó escuchó fuertes carcajadas y el sonido de una alegre música que venía desde el interior de la suite. Intrigado se levantó y fue hasta allí; pero, en el momento en que entró al salón, su tez palideció de rabia. Presenció cómo entre risas Imran y Adell se divertían; mientras él, con desvergonzada intención, la abrazaba y aprisionaba contra su pecho, para, según su parecer, guiarle y enseñarle los movimientos de la música india.

Ellos no se percataron de que Jared aguardó buen rato observándolos; por lo que, lanzando furioso contra el piso la lata de cerveza que tenía aprisionándola en una de sus manos:

—¡Maldita sea! —gritó indignado—. ¿Qué pasa con ustedes? — Siendo, en ese preciso momento, cuando ellos se dieron cuenta de su presencia. Y, sin decirles una palabra más, se dio la vuelta. Subió de prisa por las escaleras y fue a su habitación. Recogió todas sus prendas y fue metiéndolas bruscamente dentro de su bolso.

Adell corrió detrás de él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al abrir la puerta de su habitación—. ¿Por qué las guardas...? ¿Te vas?

Jared continuó acomodando sus cosas; forzándose a no prestarla atención.

—Me despides de tus padres... ¡Por favor! —indicó sin levantar siquiera a mirarla. Cerró su bolso y salió. Bajó apresurado por los escalones, en donde se encontró con Imran.

—Cometes un error... —dijo él—, no tienes porqué irte así.

Jared lo fulminó.

—¡Yo sé lo que hago!

Imran, inhalando profundo, movió de lado a lado la cabeza. Se dio media vuelta; y, cruzando los brazos por detrás de su espalda, caminó, a paso relajado, hasta el balcón.

Mientras tanto; Adell, desesperada, corrió hacia donde Jared.

—No comprendo... ¿Por qué te vas?

Jared la ignoró.

—¿No me vas a responder? Simplemente lo haces así, ¿te vas y ya?

—Despídeme de tus padres... ¡Por favor! —insistió sosteniendo con resentimiento su angustiada mirada. Se dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO 5

Se escuchó el fuerte remezón cuando Jared salió dando un portazo; en tanto que, Adell, preocupada, se quedó al pie de las escaleras. Él conducía demasiado rápido cuando estaba molesto y ella tan solo deseaba que maneje con cautela, porque no cesaba de llover.

Transcurrido algún tiempo desde que se marchó, marcó a su número, suponiendo que ya debería encontrarse en su apartamento. Pero, tras varios intentos, ella no logró comunicarse con él; por lo que, inquieta, telefoneó a Victoria, la hermana mayor de Jared.

—¡Hola, Adell! ¡Qué gusto escucharte! ¿La están pasando bien en el resort?

—No, no es así, Victoria. Te telefoneé porque estoy muy preocupada.

—Dime, niña, ¿qué ha sucedido?

—Discutimos con Jared y hace más de dos horas que él salió. Temo que haya ido volando en su jeep. Ya conoces cómo conduce cuando está enojado.

—¡Oh, Dios! Lo telefonearé y te marco enseguida. ¿Adell...? No llores. Tranquila, marcaré a su número y te hablo.

—Vicky...

—Dime, mi niña.

—Cuando te comuniques con él, dile, por favor, que lamento lo ocurrido.

—Se lo diré. Ahora déjame telefonearlo.

En cuanto Adell terminó la llamada y al ver que Imran se aproximaba, bajó la cabeza y disimuladamente se limpió los ojos

que los tenía llorosos; no quería que la mire así.

—Princesa —dijo él, tomándola de las manos—, no te sientas angustiada, por favor. Yo sé que todo esto fue por mi causa.

Adell se mantuvo cabizbaja; apenas y pudo mirarlo. Hasta que, timbró su celular.

—Disculpa, Imran. —Hizo una seña con la mano, levantando a mirarlo—, tengo una llamada. ¿Sí, Vicky?

—Mi niña, ya no estés preocupada porque en este momento acabé de hablar con Jared.

—¿Llegó a su apartamento? ¿Él está bien?

—Sí, todo está bien.

—Gracias, Vicky. Me quedo más tranquila.

—Lo sé, lo sé. Jared está en su apartamento y se disculpó diciéndome que necesitaba descansar.

—¿Únicamente eso te dijo? ¿No hablaron algo más?

—Sí, le pedí que me cuente lo ocurrido.

—¿Y, entonces?

—Lo noté muy triste, no quiso decir nada. Tan solo volvió a repetirme que lo dejase descansar.

—Ya veo... —comentó Adell angustiada, sobándose reiteradamente su ceja derecha—. Gracias por llamarme.

—¡Adell, espera! ¿Deseas decírmelo tú?

Adell levantó la mirada que la tenía fija en el arreglo de rosas amarillas que decoraba la mesa de centro; y, al notar que Imran, atento, observándola sentado frente suyo:

—Hum... —exclamó—. Prefiero hacerlo en otra ocasión. No me pidas que te diga nada más, por favor.

—Está bien, comprendo. Descansa, que de seguro mañana podrán hablar... ¡Ya se le pasará!

—Gracias, Vicky. Que tengas una buena noche.

Tan pronto y Adell colgó la llamada, Imran se levantó y fue a sentarse a su lado.

—¿Te encuentras más tranquila ahora?

—Sí, eso creo... —contestó apenas y sonriendo—. Imran, discúlpame... pero deseo descansar.

—No te preocupes. Yo entiendo.

—Que tengas una buena noche. —Adell se puso en pie y subió a su habitación. Estando allí tomó el celular y le escribió un mensaje de texto a Jared.

A la mañana siguiente, tan pronto y despertó, fue a la habitación de sus padres; tenía que convencerlos para regresar ese mismo día a Burlington. Asimismo, no tuvo otra opción que comentarles que Jared y ella discutieron la noche anterior.

—Buenos días —saludó al entrar.

—¡Hola, cariño! —exclamó su padre, abriendo un espacio en la cama—. Ven aquí, junto a mí. ¿Y el resto?, ¿duermen aún?

—No lo sé, papá —contestó recostándose sobre su pecho, mientras él le acariciaba el cabello; como siempre lo hacía, desde que ella era una niña. Sophia leía un libro y sonrió, enviándole un beso—. ¡Abrazame, papá, porque estoy triste!

—¿Qué pasa, hija? —preguntó su madre, apartando enseguida sus ojos del libro—. ¿Por qué estás triste?

—Anoche Jared y yo discutimos —contestó abotonando uno de los botones del pijama de su padre.

—¡Ay este muchacho! —exclamó Oliver—. Deja que yo converse con él.

—Papá, Jared se fue anoche. Me pidió que le despida de ustedes.

—¡Ah caramba! ¿Y se puede saber a qué se debió el contratiempo?

—Papá... Él está celoso de Imran.

Oliver soltó una carcajada; mientras que, Adell, sorprendida, se alzó sobre su pecho.

—¡No te rías así de la nena! —replicó Sophia—. ¿No te das cuenta de que está triste? Con seguridad y Jared también se sentirá igual.

—Papá, no te burles. Él da por hecho de que yo le gusto a Imran.

—¿Y no será verdad? —respondió carcajeándose; en tanto que, Sophia, balanceando la cabeza, comentó en voz baja, dándole la razón—. ¡Cariño, si eso salta a la vista! —exclamó su padre—. Jared tendrá que superar sus celos... ¡Tu novio es él!

—Lo sé, papá. Pero ¿cómo hacerle entender? Es tan testarudo... ¡Pero lo amo!

Oliver se frotó la cabeza; pues conocía perfectamente el carácter obstinado de Jared.

—Y tu hermano, ¿qué dice?

—¿Matthew...? Él y Brianna no llegaron anoche a dormir. De seguro y se quedaron por ahí de fiesta.

—Bueno... —Oliver; rascándose la quijada mientras pensaba:

—¿Qué deseas hacer? —preguntó—. ¿Regresamos a casa?

—¡Sí, por favor! —suplicó abrazándolo—. ¡Tengo que ir a buscarlo!

—Está bien, hija. Saldremos luego del desayuno. —Y, acercándola a su pecho, le dio un beso en la frente.

Adell bajó corriendo por las escaleras, levantándose el cabello y atándolo en una coleta alta, mientras se dirigía a la cocina a preparar el desayuno.

—¡Hola, Adell!

Imran la tomó desprevenida, haciendo que dé un brinco.

—¡Mira lo que hice! —refunfuñó, al ver que derramó el batido de fruta—. ¡Dios, qué desastre!

—¡Lo siento! —riendo, exclamó Imran, apresurándose hacia donde ella—, pero no es mi culpa tener la voz tan alta. —Y, tomando unas cuantas nueces de la mesa, se las llevó a la boca—. Esto se ve muy bien... —dijo—. ¡Déjame ayudarte! —Tomó del gabinete la vajilla, abrió un cajón del estante, en donde encontró un mantel de lino blanco y lo estiró sobre la mesa, acomodando los platos y los cubiertos. Finalmente, colocó en dos fuentes las tostadas francesas, decorándolas con lascas de durazno y de almendra.

Adell lo observó atenta.

—Saldremos después del desayuno —comentó, luego de sentarse a la mesa.

—Me parece perfecto.

Adell, mirándolo de reojo, sonrió disimuladamente. Le resultaba gracioso ver cómo Imran movía levemente su cabeza mientras hablaba.

De regreso a casa, Imran condujo el auto de los padres de Adell. De vez en cuando alzaba a mirarla por el espejo retrovisor;

notándola pensativa, contemplando el paisaje.

—¿Cuándo empiezas el nuevo semestre? —preguntó, rompiendo el silencio.

Adell levantó a verlo.

—Está marcado para enero..., para los primeros días. Y tú, ¿tienes una fecha?

—Así es... —contestó pulsando el botón para bajar el volumen de la música electrónica que escuchaba—. Tengo dispuesto el calendario para la segunda semana de enero.

Adell asintió, apenas y sonriendo.

—Entiendo... —Y, apoyando nuevamente la cabeza contra la ventanilla del coche, cerró los ojos.

Imran, observándola, exhaló. Dedujo que ella deseaba llegar pronto a casa.

—¡Me voy! —dijo Adell a sus padres.

—¡Hija, espera! Antes...

—¡Mamá, por favor! ¡Tengo prisa! Hablamos luego.

Bajó apresurada por las escaleras, buscó las llaves de su Mini Cooper, revolviendo impaciente dentro de su bolso y salió. La distancia entre la casa de Adell y el apartamento de Jared era corta, entre veinte a veinticinco minutos. Su casa estaba en South Burlington y el apartamento de él, cerca del Lago Champlain.

Condujo su auto intranquila; tan solo deseaba llegar y verlo. Tomó a su izquierda la avenida principal, cinco minutos más y llegó.

El jeep de Jared estaba parqueado en el mismo lugar de siempre, ella estacionó su auto en un espacio vacío, junto al de él. Bajó acomodándose el cabello que el gélido viento lo desordenaba llevándolo de un lado hacia el otro y se abotonó su abrigo azulado, respirando profundo, mientras nerviosa caminaba hacia el elevador.

Frente a la puerta de su apartamento volvió a inhalar, tocó el timbre y esperó.

Jared tardó en abrir. Cuando lo hizo se veía desganado, como si hubiese bebido toda la noche. Vestía bóxer y una camiseta sencilla blanca, a su cabello lo traía despeinado y sus ojos lucían muy cansados.

—¿Puedo entrar? —dijo Adell, notando cierta actitud indiferente en él—. ¡Tenemos que hablar!

—No deseo ver a nadie.

Adell, de todas maneras entró, haciéndolo de lado y, enojada, se encaminó al comedor, cuando, de un sobresalto, se volteó al escuchar el remezón de la puerta.

—¿Qué es lo que sucede contigo? —replicó irritada—. ¡Ya basta, Jared! ¡Esto no está bien! ¡Ni siquiera entiendo por qué te comportas así! ¿No vas a decir nada...? ¿Lo único que haces es mirarme así? —En ese momento se le antojó sacudirlo por los hombros y hacerle comprender lo ridículo de su comportamiento. Respiró profundo, lanzando su bolso sobre el mesón de la cocina—. ¿Te das cuenta de lo mucho que me importas? De otra manera no me hubiese tomado el tiempo de venir a buscarte hasta aquí... ¡Y tú con esa actitud! ¡Y deja ya de hacer esa mueca con tu boca! Bien sabes que no la soporto... ¡Pareces un niño estúpido!

—¿Estúpido...? —repitió Jared; y, suspirando, se humedeció los labios y miró hacia un costado—. Sí, tú lo has dicho... ¡Soy tan estúpido! —exclamó con la mirada fija en los cristales de la ventana—. Es mejor que te vayas, Adell —dijo fríamente, regresándola a ver.

—No... —Adell negó preocupada, al darse cuenta por la tristeza en su mirada de que él estaba dolido—. ¡Vine hasta aquí y tenemos que hablar! Mi amor, me siento entristecida.

—Yo también me siento entristecido. No deseo tratarte así pero... en la realidad es mejor que te vayas.

—¡No quiero hacerlo! —exclamó—. ¡Cariño, nada es como te lo imaginas!

Jared negó con la cabeza.

—Yo no lo imagino... ¡Lo vi!

Adell, arqueando su ceja derecha, lo miró enojada.

—Ven... —dijo Jared; y, encaminándola hasta el sofá que estaba frente a las puertas corredizas del balcón, allí se sentaron—. Adell, no hay mucho que decir. No te preocupes. Yo estaré bien.

Adell frunció el entrecejo.

—¿Por qué insistes en hacerme daño? ¿Cuándo vas a entender que estás en un error?

—¡El único error ha sido la llegada de ese imbécil...! —replicó—. ¡Él solo quiere complacerse!

—¡No, Jared! ¿Por qué hablas así?

Jared, mirando hacia un costado, exhaló.

—¡No necesité más detalles, Adell! —discutió regresándola a ver—. Esa tarde claramente me di cuenta de que Imran a ti también te gusta.

—¿Qué...? ¡Estás equivocado! ¡Qué ideas cruzan por tu cabeza!

—¡Ya basta! —protestó levantándose—. ¡No quiero continuar conversando! —Se volteó y permaneció de frente a las puertas corredizas del balcón, mirando, de brazos cruzados, hacia el lago.

Pero; Adell, levantándose también:

—¡Imran no me gusta! —gritó tomándolo por los hombros; haciéndolo de un sacudón darse la vuelta—. ¡Si fuese así ya te lo hubiese dicho! Qué... ¿No me conoces bien?

—¡Pensé que te conocía bien!

Adell se dejó caer sobre el sofá, repitiendo, indignada, que no lo podía creer.

—Adell... —dijo luego Jared, sentándose a su lado—. No confío en ese hombre. Date cuenta. Él es seis años mayor a ti y su experiencia salta a la vista. Además, es alguien a quien no conocemos.

—Es verdad, no lo conocemos bien... ¡Pero Imran no es cómo te lo imaginas!

—¡Maldita sea! —gritó levantándose—. ¿Y sigues defendiéndolo?

—¡No lo estoy defendiendo...! ¡Soy imparcial!

—¡Entonces, déjenme en paz! —Se dio la vuelta y fue hasta el balcón—. Adell... —exclamó volviéndose hacia ella:

—¡Tú sabes lo importante que eres para mí...! ¡Pero me haces dudar! ¡No puedo confiar en ti...! ¡Ya no puedo!

Adell, incrédula, sostuvo su mirada.

—Te equivocaste, Jared... ¡Es lo peor que me has dicho! No voy a insistir. Tampoco, sé si deseo que me creas o no. ¡Quédate solo, si eso es lo que quieres! —Se dio media vuelta; y, encaminándose hacia la cocina, recogió su bolso. Avanzó hasta la puerta y se marchó lanzándola.

En cuanto se dirigía al elevador trató de calmarse, presionó planta baja y, tan pronto como pudo, entró en su auto. Estaba tan

nerviosa que sus manos le temblaban y no atinaba cómo colocar las llaves en el arranque; Jared jamás la había tratado de esa manera. No pudo controlarse y echó a llorar como una niña.

Un hombre, quien la observaba desde el otro lado de la acera mientras paseaba a sus cachorros, se le acercó.

—Señorita —preguntó—. ¿Qué le sucede? ¿No se siente bien?

Adell levantó la mirada; y, apartando disimuladamente las lágrimas de sus mejillas, contestó:

—No me preste atención, por favor. Son solo problemas personales.

El hombre la miró angustiado.

—Si va a conducir, hágalo con cuidado.

—Gracias, estaré bien.

Luego de algunas horas en las cuales se mantuvo dando vueltas en su auto, Adell regresó a casa; tan solo deseó dormir. Cuando despertó saltó de la cama, fue hasta la ventana y, deslizando las cortinas, las abrió de par en par.

CAPÍTULO 6

Los días transcurrieron y Adell necesitó tener noticias de Jared. Tuvo momentos tranquilos, otros de tristeza, anhelaba verlo, mas él continuaba distante.

Una mañana de sábado organizaba en su habitación una serie de papeles para el nuevo semestre, cuando tocaron a la puerta.

—Hola, ¿interrumpo? Porque si es así regreso en otro momento.

—No, Imran, tranquilo. Únicamente dame cinco minutos y termino con esto.

Imran se sentó a contemplarla, mientras ella terminaba de acomodar unos papeles que los tenía regados por la cama y por su escritorio.

—Discúlpame... —dijo Adell, abriendo las puertas del estante y colocando ahí las carpetas organizadas—, pero esto debí hacerlo hace algún tiempo.

—Descuida... —contestó él, esbozando una suave sonrisa, mientras se repasaba la barbilla con su dedo pulgar—. ¡Encantado me pasaría todo el día mirándote!

A Adell le llamó la atención el anillo de oro blanco con una piedra de diamante negro que él llevaba en su dedo meñique, luciéndole muy bien en sus manos largas.

—¿Quieres salir esta noche? —preguntó Imran.

—¿Esta noche? ¿Adónde deseas ir?

—Tu hermano me comentó para ir a una discoteca que está en Burlington Bay. ¡Vamos, te hará bien distraer! Adell... —preguntó luego, desviando la mirada a sus manos—. Me he dado cuenta de que Jared y tú continúan distanciados.

—Así es... —Confirmó ella, con gesto de desagrado—. Jared no acepta que está equivocado ni yo insistiré.

Imran sonrió, haciendo una ligera inclinación con su cabeza.

—Vaya... Me gusta que pienses más en ti. Ahora te dejo —dijo levantándose—, que de seguro necesitas tu tiempo y lucir hermosa.

Adell buscó en su armario algo especial para lucir esa noche. Vistió pantalones negros y pegados a sus esbeltas piernas; tacones altos y una blusa blanca con un amplio escote en la espalda. A su cabello lo dejó suelto y de medio lado; y, el maquillaje que usó, fue más fuerte que de costumbre.

Tan pronto e Imran la miró bajar por las escaleras fue a por ella.

—¡Estás preciosa! —exclamó; y, tomándola de la mano, hizo que baje el último escalón—. Vamos entonces.

En la discoteca, Imran llamó al encargado del bar y pidió cócteles para todos. Adell se antojó por una margarita con extra tequila.

—¿Y eso, amiga? —señaló Brianna—. Tal parece que quieres olvidar.

—Así es... —contestó Adell llevándose el cóctel a sus labios—. ¡Eso será precisamente lo que haré!

—¡Vamos, entonces! —indicó Imran, con una insinuante sonrisa dibujada en sus labios; y, sujetando de su mano, la hizo poner en pie y la encaminó al centro del salón. Se comportó tan divertido que, al menos por esa noche, logró que Adell aísle cualquier recuerdo de Jared que pudiera afectarle.

Jared continuó herido con Adell; y, más aún, porque ella no volvió a comunicarse con él, por lo que empezó a preocuparse.

Mientras intranquilo caminaba de un lado hacia el otro por la sala, insistentes veces le cruzó la idea de marcar a su número. Necesitaba escuchar su voz, disculparse con ella y expresar las cosas que aquel día no supo cómo hacerlo. No lo pensó más y lo hizo. Esperó al teléfono; pero no tuvo respuesta, volvió a marcar; pero continuó sin lograrlo. Decepcionado se lanzó sobre el sofá y, alcanzando el control del televisor, trató de encontrar algo que lo distraiga. No insistió más, lo dejó de lado y prefirió dormir; menos aun lo consiguió. Cruzó los brazos por detrás de su cabeza; y,

pensativo, con la mirada fija en las barandas del balcón, se cuestionó:

¿Y si cometí un error? Dios, quizá Adell tiene razón y yo por mis estúpidos celos malinterpreté todo. Vaciló; pero luego sacudió la cabeza, negándolo.

¡Ese desgraciado!, repitió una y otra vez.

Al fin y luego de batallar consigo mismo, fue quedándose dormido; hasta que, su celular sonó repentinamente, haciéndolo volver en sí.

¿Adell...?

Se volteó de inmediato; y, recogiendo el celular que lo tenía lanzado sobre la alfombra:

—¡Mi vida! —contestó emocionado.

—¿Cómo que mi vida?

—Sean... —Contrariado, miró hacia un costado y exhaló—. Dime...

—Quizá te interese saber esto, amigo.

—¿Saber qué?

—Ven en este momento al bar que está en la marina. Adell está aquí. Acabé de mirarla.

—Qué Adell está ahí, ¿dices? —cuestionó incorporándose de inmediato—. ¿Con quién está?

—¡Pero si te lo estoy diciendo! Está con su hermano, con Brianna y..., supongo que quien está con ellos debe de ser Imran... ¡Oh sí, ahora puedo verlo! Tiene aspecto extranjero. ¡Ven de una buena vez!

—No lo sé... —Jared vaciló, pasándose la mano por el cuello.

—¿Qué sucede contigo? —protestó su amigo—. ¡Vamos, te espero!

—Está bien... en treinta minutos estaré allí.

—Perfecto. ¡No vayas a cambiar de idea!

—¡Claro que no! Voy enseguida.

Jared, apresurado, subió desvistiéndose por las escaleras, dejando su ropa regada por toda la habitación y entró en la ducha. Al salir tomó del armario los primeros jeans oscuros que encontró; un suéter gris de cuello alto; y, sobre él, una chaqueta negra gruesa. Frente al espejo se acomodó el cabello de medio lado y salió.

Cuando llegó al bar, antes se detuvo junto a la puerta de entrada, buscándolos, mirando en todas las direcciones, tratando de encontrarlos. De pronto, alcanzó a verlos. Imran y Adell se encontraban sentados a la barra: conversaban y reían, bebían y volvían a reír de lo más entusiasmados. Respiró profundo; y, controlándose para mantener la calma, se aproximó hacia donde ellos.

—Hola, Adell.

Tan pronto y escuchó su voz, Adell, de inmediato levantó la mirada.

—¡Jared...! —exclamó sorprendida—. ¿Cómo supiste que estoy aquí?

—Yo... —en el momento en que se disponía a responder, sintió una palmada en su hombro; por lo que se volteó—. ¿En dónde estabas metido? —reclamó a Sean.

—Estuve por ahí, haciendo tiempo hasta que llegues... Ya sabes, me distraje.

Jared meneó la cabeza.

—Ya veo... —comentó; y, volviéndose hacia ella:

—Adell... Yo..., eh... —titubeó—, quise venir.

Adell, levantando su ceja derecha, altiva le clavó la mirada.

—Tú sabrás... —respondió cortante; y, sin prestarle más atención, se volvió hacia Imran y continuó de lo más entusiasmada conversando con él.

Sean presenció aquello de muy mala gana. Él conocía perfectamente cómo era la relación de sus dos amigos; una relación: “sencillamente apasionante” de algo más de dos años, desde que Jared la conoció en la universidad. Convirtiéndose, desde entonces, en la envidia de sus amigos, en el buen sentido de la palabra. Indignado, por su fría y descortés actitud, tomó a su amigo por el brazo; y, negando con la cabeza:

—¡Vamos, Jared! —protestó—. Es mejor ir a otro lugar. Nos sentaremos aquí y conversamos de otras cosas.

Jared le dio la razón; y, rodando la silla, se sentaron a una mesa que escogieron al otro extremo del bar.

—Ahhh... ¡Es verdad, pero me duele! ¡Mírala...! Actúa como si yo no estuviese aquí.

—Sí, me doy cuenta. Pero tranquilo, te aseguro que se trata de una audaz actuación suya.

Jared continuó mirándola, incapaz de apartar sus ojos de ella; y, por supuesto, de Imran.

—¡Es que me provoca caerle a golpes a ese cretino! —exclamó furioso.

Sean sonrió, moviendo de lado a lado la cabeza.

—Te comprendo, amigo. Pero no lo hagas, porque lo empeorarías todo.

—¡Quisiera llevármela lejos de aquí!

—¡Cálmate!

—¿Que me calme...? ¿Cómo? Si ese impertinente no se desprende de su lado.

Sean soltó una risotada.

—Deja de estar pendiente de ellos. Vamos, no les prestes atención y tomémonos otra cerveza.

Jared; respirando pesado, volvió la mirada hacia el paredón oscuro con carteles fluorescentes del fondo del bar.

—Sí, eso haré... ¡Pero me molesta verla con él! —protestó regresándolo a ver.

—Te lo estoy diciendo, Jared. Deja de ser tan porfiado y no des importancia desesperándote de esa manera.

—¡Está bien...! —Consintió, pasándose contrariado la palma de su mano por el cuello—. Pidamos otra cerveza entonces. —De pronto, alzó a mirar y vio a Imran que, levantándose, caminó en dirección hacia la puerta. Él también se puso en pie; y, apabullado por la prisa, salió en carreras.

—¿Adónde vas? —sorprendido, preguntó su amigo.

—¡Tengo que hablar con Adell! —respondió haciéndole una seña con la mano; y, abriéndose paso entre las personas y las mesas, se encaminó hacia donde ella.

—Adell... —exclamó agitado—. Yo...

Adell levantó a mirarlo, encontrándose confusa con su penetrante mirada; mientras que, Jared, continuó:

—¡Por favor, hablemos!

—¡No, Jared! No tenemos nada más de qué hablar.

—¡Por favor! —insistió nervioso—. ¡Déjame hacerlo!

—Jared, yo...

—¿No lo entiendes...? ¡Te está diciendo que no quiere hablar contigo!

Jared, de inmediato, giró la cabeza.

—¡Escúchame, Imran...! —replicó con energía, observándolo cómo, empavonado, lo escrutaba sin apartarle sus ojos de encima—. ¡Esto es únicamente entre ella y yo!

Imran, con el rostro enrojecido por la ira, lo fulminó. Corrió bruscamente la silla y se sentó junto a Adell.

—¡Cálmense! —exigió ella—. No deseo volver a presenciar otra escena como la que ya dieron en el resort.

Imran regresó a verla; y, sin prestarla atención, se volvió hacia Jared y prefirió continuar irritándolo:

—¡No entiendo a qué has venido...! ¿Quieres dar problemas otra vez y luego irte pateando las mesas?

—No quiero discutir... ¡Déjanos solos!

—¡Por favor, Imran! —exigió Adell, tomándolo por el brazo—. Necesito que me dejes un momento a solas con Jared.

—¡Está bien...! —Asintió, clavándole, con el ceño fruncido, la mirada a Jared; y, rodando hacia atrás la silla:

—Voy a la barra —dijo.

Entretanto; Jared, haciendo de lado a la silla, se sentó junto a Adell.

—Mi vida, discúlpame por este mal momento. No fue mi intención que esto suceda.

—Sí, lo sé... ¡Pero tú continúas sin lograr controlarte! Además... —sostuvo con su mirada fija en sus ojos; la cual, a Jared se la hizo eterna, porque, escudriñándolos, tal pareciese que quisiese arrancárselos—, no te entiendo. ¡Fuiste muy claro conmigo en tu apartamento...! ¡Y yo lo comprendí bien!

—¡Mi amor, por favor, perdóname! —suplicó tomándola de las manos—. Ni yo mismo entendía lo que te decía... ¡Lo sé, fui un estúpido!

—Jared, es mejor que te vayas —insistió ella, apartándole sus manos—. No tenemos nada más de qué hablar.

—¡No, no deseo hacerlo! Yo...

—¡Jared, amigo!

Desencajado, Jared alzó a mirar.

—¡Pero qué linda sorpresa! ¡Qué bien que hayas venido...! ¿No es así, amor? —comentó Brianna, regresándolo a ver a Matthew.

—Por supuesto, Jared. —Afirmó él sonriente.

Jared apenas y sonrió; en tanto que, Adell, tomando su cartera, se levantó y sin decir una sola palabra se encaminó hacia la salida del bar.

Jared, desesperado, la siguió con la mirada; mientras que, Brianna, observándola extrañada:

—Adell, ¿se va? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Así es... —contestó Jared regresándola a mirar; seguido de un suspiro ahogado—. Me doy cuenta de que fue una equivocación haber venido hasta aquí.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Déjalo así! —contestó, con un aspaviento de mano.

—¿Qué ocurre contigo? —protestó Sean, negando furioso con la cabeza al escucharlo decir aquello, sin siquiera rebelarse—. ¡Claramente escuché las estupideces que acabaste de decir! No puedes darte por vencido. Adell únicamente está molesta... ¡Todos sabemos cuánto te ama!

Jared, inhalando profundo:

—¡Ya no lo sé...! —exclamó—. Pero siento que la estoy perdiendo.

Matthew y Brianna lo escucharon sin hacer ningún comentario; pero, definitivamente, ellos tampoco estuvieron de acuerdo con la actitud de Adell. Entretanto; Brianna, acercando sus labios al oído de Matthew, murmuró:

—¡Yo jamás te haría sufrir tanto, amor!

En mal momento y Jared la escuchó.

—¡Me voy! —dijo. Prefirió caminar por el malecón que bordea la marina. Al cabo de unos cuantos minutos se detuvo; y, apoyando sus antebrazos contra las barandas blancas de madera, se quedó pensativo, contemplando el agua.

CAPÍTULO 7

Jared se apartó de todo y decidió ir a pasar unos días en su pequeña y rústica cabaña de madera.

Ese lugar lo hacía especial, porque se encontraba en medio de un bosque de pinos y con un pequeño lago a su frente; para él, un lugar único.

Bar Harbor es un pueblo muy bonito y tranquilo; un paraíso en el Estado de Maine.

Al llegar allí y después de manejar por seis horas, disfrutó del silencio del bosque y de su completa paz. Entró y, recorriendo despacio el interior de la cabaña, miró que todo continuaba igual como lo dejaron la última vez que estuvo ahí con Adell. Avanzó hasta su habitación y, acercándose a la ventana, abrió de par en par las cortinas; desde donde, miró las luces de los grillos que iluminaban el bosque y escuchó el chasquido de los árboles moverse con el viento. Sintió nostalgia, porque todo aquello le recordó a ella. Cayó rendido sobre la cama y, cerrando los ojos, trató de dormir.

Fue agradable a la mañana siguiente despertar en medio del bosque: el cielo estaba azul y había dejado de nevar. Se dio vuelta en la cama y, abrazándose a la almohada, volvió a pensar en Adell. Extrañó las innumerables veces que despertaron abrazados en ese lugar; cuando ella, recostada sobre su pecho, jugaba con él...

¡Dios, vine hasta aquí para encontrar paz y lo que consigo es sentir su ausencia!

Se dio ánimos; y, saltando de la cama, fue a tomar una ducha rápida y salió para dar un paseo por el pueblo.

Condujo despacio, mientras escuchaba música suave de una de sus bandas favoritas.

Una vez que llegó al centro de Bar Harbor, estacionó su jeep al pie de una cafetería en la calle principal. Bajó y luego de subir las escaleras de madera rústica, avanzó hasta un porche abierto, en donde escogió una mesa: igualmente de madero rústico y se sentó. Desde allí se distrajo observando la bellísima vista que tenía a su frente: al océano, salpicado de infinidad de islotes pequeños; y, al fondo, hileras de elevaciones cubiertas de nieve. Regresó la mirada y se quedó contemplando las pequeñas casas al estilo inglés que sobresalían en lo alto de la montaña. Sus tejados coloridos en tonalidad verde y rojiza contrastaban con el verdor del bosque y con el blanco de la nieve; dándoles un estilo único.

Todo le resultó acogedor y apacible en ese lugar; hasta que, le hizo volver a la realidad, la muchacha que llevaba buen rato frente a él, llamándolo. Traía una fuente en sus manos.

—Joven, joven, su desayuno.

Jared, saliendo de inmediato de sus pensamientos, volteó a mirarla.

—¡Oh, gracias! —exclamó—. Estuve distraído.

—No se preocupe —comentó la mesera e, inclinándose, colocó sobre la mesa lo que él ordenó—. Si desea algo más, hágame lo saber, por favor.

Jared sonrió.

—Gracias.

Luego de terminado su desayuno pagó la cuenta y fue a caminar. Se detuvo calle arriba y, desde lo alto, contempló el hermoso paisaje. Finalmente descendió para regresar a la cabaña, pero antes pasó por un mini market y compró algunas cosas que le hacía falta.

En la tarde fue a dar un paseo por los alrededores, caminó por los senderos del lago y llegó hasta una vieja banca de madera; aquella, la cual se encontraba debajo de un gran pino y a la que siempre fueron con Adell para mirar los atardeceres.

Allí se sentó; y, mientras pensativo contemplaba el bosque nevado, por sus hombros caía unas que otras hojuelas de nieve; por lo que, siendo presa nuevamente de la nostalgia, decidió regresar a la cabaña. Se recostó sobre los almohadones y, escuchando la

canción que tanto le gustaba: *Perfect*, cerró sus ojos y pensó en ella; pero, de un sobresalto reaccionó, cuando sonó su celular; era la voz de su amigo.

—Hola, Jared, ¿en dónde estás? Estuve hace poco por tu apartamento.

—Cómo vas, Ismael. Estoy en Maine, decidí venir a quedarme unos días en la cabaña.

—¿Y eso?

—Tengo mi cabeza dando vueltas. Necesito paz y este lugar me hace bien. (Ni él mismo se lo creyó)

—¡No, Jared! ¡Cómo se te ocurre! Tú sabes que estar allí no es bueno para ti ahora.

Ismael tuvo razón; porque desde el momento en que Jared llegó a la cabaña se sintió peor.

—Quizá regrese antes —manifestó, pasándose la palma de su mano por la frente y exhaló.

—Jared, estoy aquí con tu hermana y ella está muy angustiada por ti. Salimos en este momento hacia Maine.

—¡No necesitan hacerlo! —interrumpió—. ¡Estaré bien...! ¡Solo es cuestión de tiempo!

—Jared, tú sabes que no es así... ¡Te conocemos! Llegaremos al anochecer.

—De acuerdo... —Bajó la mirada; y, dando un largo suspiro, asintió—. Les espero entonces. —Colgó la llamada.

En la noche, Jared, Victoria e Ismael fueron a distraerse por el pueblo. Pasearon al borde del mar, cenaron en un restaurante del muelle y, finalmente, entraron en un pub; en donde, permanecieron bebiendo y conversando hasta el amanecer.

Jared se sintió más tranquilo en compañía de su hermana y de su mejor amigo. Ellos lo conocían y en cierto modo le motivaron a que salga de su aislamiento.

Al día siguiente regresaron a Burlington.

Lloyd, el padre de Jared, se encontraba preocupado porque su hijo no iba desde hacía algún tiempo por su casa, por lo que una mañana lo telefoneó a su celular para invitarlo a almorzar en un restaurante de comida italiana en el centro de Burlington. Jared accedió contento; hacía ya tiempo que no se veía con él.

—¡Hola, papá! —saludó emocionado, dándole un abrazo.

—Hola, hijo. Ven, siéntate —dijo haciendo de lado a la silla—. Escogí este lugar, porque sé cómo te gusta la lasaña.

Jared sonrió.

—Elegiste bien, papá... ¡Estoy hambriento!

Lloyd, tomando de la mesa unas cuantas aceitunas, se las llevó a la boca.

—Y bueno, Jared... —cuestionó, luego de comerselas—. ¿En dónde has estado? Porque no he sabido nada de ti.

—Pues..., por ahí... —Resopló—. Ya sabes, lo mismo de siempre.

Lloyd conocía muy bien los pasos de su hijo; a él tan solo le interesaba saber qué era lo que cruzaba por su cabeza.

—¡No vayas a negármelo, Jared! —advirtió, mirándolo por encima de los marcos azulados de sus lentes alargados—. Pero ya me informaron que esa chica está mortificándote con su nuevo amiguito... ¿Me equivoco?

—Papá... ¡Por favor, no empieces!

—¡No me evadas y contéstame!

—¡Estoy bien, papá! ¡Únicamente me he mantenido ocupado en mis cosas!

—No sé... —observó su padre; y, retirándose los lentes, se frotó el entrecejo—. Pero no logro entender ¿por qué? sigues empeinado con esa chica.

Jared, inhalando profundo, prefirió no responder y miró hacia un costado; por lo que, Lloyd comprendió que su hijo no le daría explicaciones. Al parecer, a Jared no le interesaba escucharlo, puesto que él siempre estuvo en desacuerdo de su relación con Adell.

—No me has contestado, Jared...

Jared respiró profundo; y, volviendo la mirada hacia su padre:

—¡Porque Adell es mi vida, papá! —replicó—. ¡Por eso estoy empeinado con ella! ¡Yo la amo! ¡Ya deberías entenderlo de una buena vez!

—¡Qué amor ni qué nada! —contradijo encolerizado, levantando las manos—. ¡Si eso fuese así, no te estaría jugando sucio con ese

extranjero! Que según me han informado es muy apuesto... ¡Y con muchísimo dinero!

—Papá... ¡No te permito que hables mal de ella! Adell...

—¡Adell, nada, hijo! ¡Esa muchachita engreída te está llevando únicamente a la ruina!

—¡Basta, papá! ¡Y si fuese así, es mi problema si la quiero o no!

—¡Cuál amor! —exclamó con el ceño fruncido, con un aspaviento de mano—. ¡Ella no te respetará! Piensa en tus estudios... ¡Eso es lo que ahora debería importarte! Luego ya tendrás tiempo para estar pensando en romances.

Jared, rodando bruscamente la silla, se puso en pie.

—¡No voy a permitir que la trates así! —protestó—. Te agradezco por la invitación a almorzar, papá. Pero ya no deseo estar aquí contigo. Estaré en mi apartamento, cuando quieras verme... ¡Eso sí, te pido que vayas con otra actitud! Adiós. —Y, girando sobre sus talones, se marchó.

Jared no pudo continuar conversando con su padre, menos aun esperar por la lasaña. Salió disgustado del restaurante, molesto consigo mismo por acceder en ir a almorzar con él, sabiendo que siempre terminaban discutiendo. No comprendía por qué se oponía a su relación con Adell y por qué mantenía tanta discrepancia con ella.

Entró al jeep y, antes de arrancar, miró a un grupo de niños que jugaban felices en el parque; por lo que le vinieron pacíficos recuerdos con su madre.

Cerró sus ojos recordándola, pidiéndola que le dé paz.

Cuando regresó a su apartamento, le sorprendió encontrarse con su amiga, Shayna, esperándolo en el pasillo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Descuida, que en la realidad vine hace poco. Hace diez o quince minutos.

—Entra, por favor —dijo abriendo la puerta. Él sabía que algo importante tendría que decirle, de otra manera ella no hubiese ido buscándolo hasta allí; entonces, impaciente como era, empezó a acosarla con preguntas:

—Por favor, Shayna, dime de una vez ¿qué está ocurriendo? Por tu cara me doy cuenta de que estás preocupada... ¿Sucedió algo

con Adell?

Shayna, dando un hondo suspiro, se retiró el abrigo y lo dejó en el espaldar de una de las sillas.

—Sí, Jared —contestó—. Desde hace algunos días que ella está distinta. Fui a verla y me di cuenta de que ha cambiado.

Jared la escuchó preocupado.

—Pero... ¿Y él?

—¿Qué es lo que sucede contigo...? —reclamó, entrecerrando los ojos—. ¡Reacciona de una vez! ¡Adell no tiene nada con Imran!

Jared, con la mandíbula tensionada y el entrecejo fruncido, miró hacia un costado.

—Estoy confundido, Shayna —repuso, regresándola a ver—. Doy vueltas y vueltas en mi cabeza, sin llegar a nada.

—No te entiendo....

—Shayna, le pedí que me perdone. Se lo pedí de todas las formas... ¡Pero fue fría conmigo!

—Jared, entiéndela. Adell está desconcertada. Ustedes nunca se han distanciado.

—Entonces... —cuestionó, negando con la cabeza—, ¿por qué no me ha buscado?, ¿por qué no ha hecho algo por mí?

Shayna sonrió burlonamente.

—Porque se siente lastimada y está esperando a que tú lo hagas.

—¡Shayna, lo hice! —exclamó, gesticulando con las manos—. Pero Adell se negó a escucharme y se marchó... ¿Cómo crees que me sentí?

—Te comprendo, Jared... Pero, ¿qué te puedo decir? Ya conoces el carácter rebelde de Adell.

—Ya no sé ni qué pensar... —expresó, bajando la mirada.

Shayna trató de calmarlo, sujetándolo por los hombros.

—No, Jared. No pienses así. Créeme, lo que Adell está es esperando que le demuestres confianza. Entiende de una vez que su vida eres tú y no permitas que las cosas se agraven más de lo que ya se encuentran, porque luego los resentimientos podrían ser tan fuertes que formarán un muro entre los dos.

Jared, pensativo, bajó la mirada.

—¡No sabes lo bien que me hace escucharte...! ¡Tienes razón! — exclamó, levantando a mirarla—. Ven aquí —dijo emocionado, abrazándola, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

Shayna levantó a verlo.

—Jared, ¿cuándo dejarás de ser tan inseguro? Deja atrás tu necesidad y búscala.

—¡Por supuesto que lo haré! Gracias por venir y preocuparte por nosotros. —Su mirada resplandeció y se le escaparon las sonrisas—. Cuando la veas, dile que la extraño.

—Se lo diré. Pero eres tú quien debería hacerlo... ¡Y pronto! Ahora me voy tranquila. Cuídate, adiós.

CAPÍTULO 8

Jared despertó temprano: vistió ropa para hacer deporte, se colocó los audífonos y salió a correr por el parque que bordea el lago. Necesitaba hacerlo, porque lo tenía olvidado; sintiéndose bien nuevamente, al retomar sus olvidadas rutinas.

Antes de ir a casa de Adell llamó a la floristería y ordenó para ella un arreglo de tulipanes en colores violeta y blanco. No esperó más y fue a buscarla.

Al llegar estacionó el jeep junto a la acera de su casa y bajó acomodándose la bufanda. Tocó el timbre; y, mientras aguardaba al pie del portón, miraba impaciente hacia la puerta de entrada, esperando verla salir. Cuando Adell al fin lo hizo, sacó las manos de los bolsillos de su abrigo y, nervioso, se encaminó hacia donde ella.

—Mi vida, yo... —titubeó—. Dame una oportunidad para explicarte.

Adell se quedó mirándolo, arqueando su ceja derecha.

—Por favor... —insistió—. Déjame hacerlo. Te necesito.

—¿Después de todo lo que me dijiste y de todas tus estúpidas actitudes, vienes como si nada a decir que me necesitas?

Jared, humedeciéndose los labios, inhaló profundo y bajó la mirada.

—¡Mi vida, por favor, perdóname! —suplicó, levantándola.

Adell negó con la cabeza.

—No puedo, Jared. Tú no confías en mí. Eso me hace daño y tú lo sabes.

—Tienes razón. —Asintió avergonzado—. Estoy arrepentido por todo cuanto te dije esa mañana. —Calló un momento, mientras

nervioso daba otra vuelta a la bufanda alrededor de su cuello—. Estuve confundido, yo...

Adell le clavó la mirada.

—Dilo, Jared... ¿Por qué titubeas?

—Yo estuve confundido.

—¡Eso ya lo dijiste!

—Está bien... ¡Sentí celos de Imran! ¡Y sí, lo sé! ¡Fui un estúpido! Pero te prometo que no volverá a ser así. ¡Por favor, perdóname!

—¡No, no puedo! —respondió Adell con sus ojos fijos en los suyos—. Es mejor alejarnos. No quiero que vuelvas a hacerme daño ni yo hacértelo a ti.

—¿Cómo...? —cuestionó negando con la cabeza, mientras angustiado sostenía su mirada—. ¡Yo no podría vivir alejado de ti! ¡Menos aun hacerte daño!

Adell, observándolo, no pronunció una sola palabra; entretanto, Jared, desesperado, prosiguió:

—¡No me pidas que me aleje de ti...! ¡No podría hacerlo!

—¡Por favor, Jared, no lo hagas más difícil!

—Mi vida, no...

—¡Jared, por favor! ¡Necesito un espacio entre tú y yo! —Se dio media vuelta; y, dejándolo con la palabra en la boca, se fue, cerrando el portón del jardín.

De regreso en su apartamento, Jared permaneció por horas sentado abrazado a sus rodillas en el descanso de la ventana de su habitación, mirando pensativo a la lluvia golpear y luego resbalar por la vidriera.

¡No me daré por vencido, jamás me alejaré de ti!

Precisó escribirle, tomó su laptop y empezó a hacerlo.

CAPÍTULO 9

Con sus pijamas de franela rosadas y enormes pantuflas de conejo, Adell deambulaba de un lado hacia el otro por el hall de entrada de su casa; mientras que, Matthew, desde el sofá alzaba de vez en cuando a mirarla y luego regresaba la mirada a la revista que ojeaba.

—Ya deja de ir y venir porque me estás mareando —protestó, mientras mantenía a sus ojos pegados en las fotos de los últimos modelos de autos.

Adell, sin prestarle ni la mínima atención, continuó paseándose por el recibidor. Fue hasta la mesita que se encontraba a un costado de las escaleras y ahí se detuvo a contemplar al enorme arreglo de tulipanes que Jared le hizo llegar. Sin decir una sola palabra fue pasando las yemas de sus dedos por cada uno de ellos; pero en su rostro se reflejó una leve sonrisa. Al levantarlos, cayó una nota desde su interior; y, al recogerla, miró que estaba escrito su nombre y un: *¡Perdóname!* debajo de él.

¡Oh, Jared, no fui capaz de perdonarte!

Matthew, al mismo tiempo que pasaba las hojas de la revista, balanceó la cabeza.

—Adell... —Su voz retumbó en el silencio del salón—. ¿Por qué fuiste tan egoísta con él y contigo misma? Créeme que te sentirías mejor si al menos lo hubieses escuchado cuando hoy Jared vino a buscarte a casa.

Adell, mirándolo de soslayo:

—No lo sé... —contestó.

—¿No lo sabes?

—No.

—¡Por favor, hermanita! Deja ya de hacerte la dura con Jared. A menos que...

—A menos que, ¿qué? —cuestionó, volviéndose hacia él. Matthew sonrió.

—A menos de que en la realidad, Imran te guste.

—¡Qué dices, hermano...! ¡Eso no!

—Bueno. Entonces déjate de jueguitos y ponte seria —comentó, seguido de una risotada.

Adell se quedó mirándolo, moviendo de lado a lado la cabeza.

—¿Sabes por qué no lo hice?

—¿Por qué?

—Porque me da miedo. No quiero volver a sentir otra decepción como la que ya tuve en su apartamento. ¡Tengo dudas!

Matthew, cerrando la revista que la tenía sobre sus piernas, contestó:

—Te entiendo, hermana. Sin embargo, también es verdad que Imran lo provoca. Y ya conoces el temperamento de Jared: es apacible, pero impulsivo al mismo tiempo. —Se levantó del sofá y fue junto a ella—. Mira, hermanita, no se hagan más daño, porque ustedes se aman. Y, aunque quieras disimularlo, yo sé que estás deseando como una loca ir a su lado.

Adell sonrió, ladeando la cabeza.

—¡Claro que sí, es lo que más deseo!

—Entonces, ¿qué estás esperando...? ¡Hazlo!

Adell, inquieta, subió a su habitación; y, mientras su mirada se perdía en las luces distantes que llegaban desde la ciudad, pensó en Jared. Tuvo presente la imagen de sus bellísimos ojos verdes: con la mirada más dulce y transparente que alguien pudiese tener.

Suspiró y, volteándose, fue hasta la mesita de noche para revisar su celular. Al abrirlo se encontró con un mensaje suyo; por lo que, emocionada, empezó a leerlo:

Mi dulce amor,

Si existe un camino entre un corazón a otro, es definitivamente el nuestro.

*Aunque quieras alejarte de mí, no va a ser posible que me
separe de ti, porque, sencillamente, si no estoy a tu lado no existe
un mundo para mis ojos...
Mi corazón te pertenece, amor.
Yo esperaré, vida mía.
¡Te amo con toda mi alma!
Jared.*

Lo leyó una y otra y otra vez. Cerró sus ojos y se dejó llevar por la emoción que le causaron sus dulces palabras. *¡Jared, mi amor, yo también te amo!*

No esperó, lo extrañaba demasiado y no soportaba estar un solo día más sin él. Marcó a su número, impaciente por escuchar su voz.

Al otro lado de la línea, Jared contestó:

—¡Adell, mi vida!

—Ven a casa, amor... ¡Te necesito!

—Voy ahora mismo. Es lo que más deseo hacer.

—Jared...

—¿Sí?

—¡Perdóname!

—No tienes que decirlo. Soy yo quien debe hacerlo. Salgo en este momento.

Adell saltó de la cama, fue a su armario y tomó lo primero que encontró: unos jeans descaderados; un buzo blanco de cuello alto; se soltó el cabello y corrió al jardín.

Se sentó junto a la mesa de piedra; y, sin desprender la mirada de la puerta de entrada, impaciente aguardó a por él.

CAPÍTULO 10

De igual manera, Jared salió apresurado, acelerando su jeep para estar con ella cuanto antes. Al llegar lo estacionó al pie del portón y bajó. Junto a los barrotes del jardín se detuvo a contemplarla. Adell lo esperaba allí sentada. Emocionado se quedó mirándola cómo jugaba con su hermoso cabello: tomándolo con delicadeza y luego dejándolo caer de lado, como cascada, sobre sus hombros; sin siquiera percatarse de que él se encontraba allí, como un perfecto enamorado, embelesado contemplándola. Sonrió, mordiéndose un extremo de su labio inferior y la llamó:

—Adell.

Ella alzó a mirar.

—¡Jared, cariño! —exclamó; y, poniéndose en pie, corrió a abrazarlo.

Jared no hizo otra cosa que llenarla de besos.

—¡Mi vida, estás helada! —reparó, envolviéndola entre sus brazos—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, esperándome?

—No lo sé, no lo tomé en cuenta... ¡Únicamente deseaba verte!

Jared sonrió, abrazándola más fuerte.

—Vamos a Maine. Hagámoslo ahora mismo. ¿Qué dices?

—¿A Maine? —repitió, abriendo los ojos—. ¿En este momento?

—Sí, mi vida. ¡No lo pienses tanto y hagámoslo ya!

—¡Por supuesto que deseo hacerlo! —Consintió, sonriendo emocionada—. ¡Qué aventura! —Y, tomándolo de la mano, lo haló al interior de la casa. No podían contener sus risotadas mientras, apresurados, se dirigían a su habitación—. ¡Haz más silencio! —dijo volviéndose hacia él. Aprovechó el momento en que Jared se

detuvo para darle un beso. En la habitación, Adell acercó un banco para ayudarse a alcanzar su maleta de mano de la parte alta de su armario. Al bajarla, juntos fueron acomodando algunas ropas; las necesarias para unos cuantos días—. Ahora tan solo escribiré una nota a mamá y a papá. —Abrió una de las gavetas de la mesita de noche, sacó su libreta de apuntes y empezó a redactarla—. ¡Listo, cariño, nos podemos ir! —dijo al terminar de hacerlo. Al salir la deslizó por debajo de la puerta de la habitación de sus padres; y, controlándose por hacer el menor ruido posible, bajaron las escaleras y se marcharon.

Les llevó siete horas en llegar hasta Maine. Jared estacionó el jeep frente a la cabaña. Desembarcaron; y, una vez que avanzaron hasta el pie del lago:

—¡Qué bello es este lugar! —exclamó Adell, recostándose sobre su hombro—. Me encanta estar aquí, contigo. ¡Mira...! —dijo levantando a mirarlo; indicándole a un grupo de golondrinas que jugaban revoloteando entre las ramas de los pinos—. ¡Qué lindas son!

Jared sonrió.

—¡Estoy tan feliz, mi vida! —Y, apartándole del rostro algunos de sus mechones dorados que volaron desordenados con el viento, exclamó, con una sonrisa que dio brillo a sus ojos, dejándolos resbalar entre sus dedos:

—¡No soportaría volver a perderte!

—No sucederá, amor. Pero no lo vuelvas a hacer... ¡No desconfíes de mí, te lo pido!

—Te prometo que no lo volveré a hacer. —La envolvió entre sus brazos y empezó a besarla.

Cuando la tarde empezó a debilitarse con los últimos rayos del Sol, decidieron ir a cenar al pueblo. Se les antojó vino blanco y una fuente grande de mariscos; pues ambos la disfrutaban.

Luego de la cena fueron a caminar. Se detuvieron a mirar el océano; y, aunque fría, la noche estuvo linda y despejada.

—¿Deseas regresar?

—Sí, es tarde ya.

—Mañana iremos a aquella colina. —Jared extendió su brazo, mostrándosela—. Desde allí es hermoso contemplar el amanecer.

Adell sonrió.

—De seguro y lo será. ¿A qué hora iremos?

—Antes de que amanezca. —Calló un momento y bajó la mirada. Luego la levantó; y, con sus ojos prendidos en los suyos:

—Fui allí cuando te extrañaba —confesó.

Adell, recostando su cabeza sobre su hombro, miró en silencio hacia el océano.

—¿Regresamos? —preguntó, abrazándose a su cintura.

Él bajó la mirada y sonrió.

—Sí, mi vida, vamos.

Mientras Jared abría la rejilla y prendía la chimenea, Adell encendía las velas con delicioso aroma a naranjos que decoraba la mesita rústica de la cabaña. Jared se acercó y, tomándola de la mano, la llevó hacia los cojines que estaban tendidos sobre la alfombra.

La miró intensamente; Adell notó una chispa de deseo en sus ojos y después un brillo muy fuerte.

Sonrió y, abrazándola, acarició su sedoso cabello castaño y percibió su dulce y fresco aroma a pera y caramelo; y, luego, recorriéndola despacio con sus labios, suspiró al besar la curvatura de su cuello y bajó hasta sus hombros. Volvió a mirarla; ambos sonrieron observándose el uno al otro en silencio. La aprisionó firme contra su pecho y lentamente empezó a desnudarla. Tocó su rostro; e, inclinándose, aproximó sus labios a los suyos y dulcemente empezó a besarlos.

Adell lo abrazó, aferrándose a él e impregnándose de su deliciosa fragancia a notas cítricas de hojas de lima; y, despojándolo también de toda su ropa, se envolvió en el calor de su ardiente cuerpo, suspirando al sentir la dulzura de sus apasionados besos. Trazó con la palma de su mano el definido óvalo de su rostro; y, con sus ojos prendidos en los suyos, tiernamente declaró cuánto lo amaba.

Jared, feliz, la abrazó con más fuerza; repitiendo asimismo e innumerables veces lo mucho que él la amaba. La sujetó por los hombros; y, mientras sus latidos se hacían más fuertes, fueron

tumbándose hasta caer recostados sobre los cojines; sintiendo, al fundir sus deseables cuerpos, sensaciones y emociones desmedidas.

Exhaustos, se miraron entre sí, a través de los diminutos destellos de fuego que brotaron de la leña encendida; felices de estar juntos nuevamente.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente y después de una apasionante y hermosa noche, despertaron con los primeros rayos de Sol que entraron por la ventana.

—¡Buenos días! —exclamó Jared, mirándola emocionado.

Adell abrió los ojos y sonrió.

—¡Buenos días! —Y, aproximándolo a su pecho, le dio un beso.

—¡Ahora verás todo lo que hago contigo! —amenazó Jared entre risas; y, sujetándola por las muñecas, se colocó sobre ella.

Adell se carcajeó al sentir la presión de su fornido cuerpo y de su cabello rozándole el rostro.

—¿Qué me harás? —cuestionó, mordiéndole la mejilla.

Jared sonrió maliciosamente.

—Espera y verás.

Adell soltó una risotada al sentir que la mordió en su abdomen; y, luego, él también rio junto con ella.

—Mi amor...

—Dime, mi vida...

—Estoy hambrienta.

—¿Lo dices en serio? —preguntó mirándola asombrado; seguido de una risotada—. Prepararé algo para nosotros. Tenemos café, croissants, miel...

—¡Yo prepararé el café, cariño! —exclamó Adell, tan pronto y terminó de decírselo. Se levantó de los cojines y fue tras de él, alzándose el cabello y aprisionándolo en un moño alto.

Extendieron un mantel de lino en color turquesa sobre la mesa, lo adornaron con flores blancas y sirvieron ahí su desayuno. Se sentaron; y, mientras vorazmente daban fin con todo, les robó su atención la belleza y el encanto del bosque nevado. Entretanto; Jared, dejando de lado a su vaso ya vacío de jugo de pera, propuso, tomándola de las manos:

—¿Damos un paseo por el lago? Quizá empiece a nevar en las próximas horas.

Adell regresó a verlo y sonrió.

—Sí, amor, vamos.

Disfrutaron de pasear por el sendero que bordea el lago. Qué estimulante les resultaba caminar por el bosque y envolverse con la agradable frescura que emanan los pinos; contemplar la diversidad de los colores en otoño; mirar las hojas caer y sentir el relajante crujir al pasar sobre ellas... Aquello era único.

—Amor, detengámonos un momento en aquella banca —dijo Adell, señalándola—. Luego regresemos a la cabaña, porque estoy helándome. —Hacía tanto frío que, no dejó de frotarse el rostro con sus guantes de lana.

—Yo no he pensado en volver aún a la cabaña...

—Ah, ¿no?

—No, mi vida —contestó apartando algunas hojuelas de nieve que cubrían su abrigo blanco—. Quiero ir al pueblo. ¿Te apetece almorzar filete con cerveza?

Adell sonrió.

—Lo que ahora necesito es una gran taza de chocolate caliente.

—Está bien. —Asintió; y, con una complaciente sonrisa dibujada en su rostro, la aprisionó contra su hombro—. Vamos entonces en busca de dos buenas jarras de chocolate caliente. Ah... ¡Y con muchos marshmallows! Apresurémonos que está nevando ya.

Bebieron su chocolate caliente con marshmallows, luego cenaron el filete que tanto se le antojó a Jared; pero esa vez no lo acompañaron con cerveza, prefirieron hacerlo con vino y llevaron a la cabaña dos botellas más.

La nevada de la noche anterior cesó para las primeras horas del amanecer. Ese día despertaron temprano, puesto que tenían planeado ir hasta el mirador de Bar Harbor.

Sentados y abrazados sobre una roca en lo alto de la colina, contemplaron la hermosa vista hacia el pueblo; observando la infinidad de islotes regados por el mar. Les fascinó ver nacer el Sol desde lo alto de esa colina; lo cual fue un verdadero espectáculo.

—¡Es hermoso, cariño! —exclamó Adell, sonriendo maravillada, al divisar el resplandor púrpura y anaranjado que se formó al contorno del Sol, mientras se levantaba por el océano como una bola gigante de luz.

—Lo es, mi vida. —Jared consintió, sin apartar su mirada del horizonte—. Muchas veces vine aquí. Desde niño me gustaba hacerlo... —Suspiró; y, abrazándola, hizo que recueste su cabeza sobre su hombro—. Después de que mi madre murió, siempre lo he hecho. En este lugar siento que me conecto con ella. —Bajó la mirada y se quedó en silencio. Luego la levantó; y, volviéndose hacia ella:

—Vine aquí cuando sentí que te perdía —confesó, con sus ojos fijos en los suyos—. Te extrañaba tanto que, únicamente en este lugar, encontrándome cerca de mi madre, logré sentirme menos solo.

Adell lo abrazó.

—¡Oh, Jared! Cecile está feliz mirándonos. ¡Te amo!

—¡Y yo a ti! —Consintió, dándole un beso en la frente—. ¿Regresamos?

Adell levantó a mirarlo y sonrió.

—Sí. ¡Pero antes te invito a desayunar!

—¡Encantado! Esta vez pediré todo lo que se me antoje.

—¡No abuses!

—¡Por supuesto que lo haré! Ven aquí...

En cuanto bajaban por la colina, Adell saltó a la espalda de Jared, se abrazó a sus hombros; y, trenzando las piernas alrededor de su cintura, rio cubriéndole los ojos con su cabello, al mismo tiempo que mordía una de sus mejillas. De la misma manera, él no dejó de reír a carcajadas.

Avanzaron hasta el lugar en donde dejaron estacionado el jeep, Jared se acomodó la bufanda, enrollándola en su cuello; y, luego, dando dos vueltas, acomodó la de Adell. La enrolló una vez más y,

halándola, la atrajo hasta su boca. Sonrió insinuante y empezó a besarla.

—Estos días fueron maravillosos, cariño —comentó Adell, cerrando las cortinas de la habitación. Se volteó y fue hasta la cama para terminar de empacar.

Jared, desinteresado, pacientemente la escuchaba sentado sobre un viejo baúl, mientras le daba las últimas cucharadas a su yogurt de durazno.

—Es una pena tener que marcharnos... ¡Me quedaría aquí, contigo para siempre!

—Es verdad... —contestó Adell—, pero tenemos que hacerlo. —Cerró las maletas y las colocó a un extremo de la cama—. Listo, amor. Vámonos.

Jared asintió. Se levantó; y, de muy mala gana, colocó las maletas sobre el piso.

—Mi vida —preguntó—, ¿te parece si antes pasamos por mi apartamento? Podríamos mirar una película y luego vamos a tu casa. —Las hizo rodar hasta el jeep. Abrió la puerta y las colocó en el compartimento trasero—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, me encanta la idea. Cuando lleguemos llamaré a mamá. De hecho y ella querrá saber de nosotros.

—Cuando lo hagas, dile que encantado aceptaré cenar su deliciosa lasaña. —Sonrió, mirándola de reojo, mientras encendía el motor.

—¡Cómo eres, Jared...! ¡No cambias!

—Ah... Y que no olvide mi postre favorito: tarta de manzana, nuez, y...

—¡Pareces un niño! —protestó Adell entre risas, alborotándole el cabello.

Jared soltó una risotada.

—¡Pero no me dejas terminar de decirlo!

—¡Conduce, no te distraigas!

—Lo estoy haciendo... ¡Eres tú quien me distrae! —Volvió a reír—. Aunque de veras que me encantaría cenar una lasaña como esas que prepara Sophia... Y, claro, sin olvidar el postre... ¡Tarta de manzana y nuez!

—Olvidaste mencionar el helado de vainilla derritiéndose sobre la torta caliente...

—¡Mmmm... es verdad!

Ambos rieron; y, cantando la alegre música *pop-rock* que sonaba en la radio, continuaron su camino a casa.

CAPÍTULO 12

De regreso en su apartamento y luego de permanecer hasta tarde en casa de Adell, Jared recibió una llamada de su padre.

—Hola, papá. Dime...

—Hola, hijo. ¿Regresaste esta noche de Maine? Supe que estuviste allí.

—Sí, papá.

—Bueno. En la realidad no estoy llamando para hablar de eso. Descuida, que el motivo es otro.

—Te escucho, papá.

—Mira, hijo, tengo un viaje de negocios programado para el lunes. ¿Desearías acompañarme?

—Después de mañana, ¿dices? ¿Adónde irás?

—A Halifax. Será únicamente por cuatro días.

—No lo sé... —Vaciló, rascándose la cabeza—. Déjame pensarlo.

—Hijo, el jueves a más tardar estaremos de regreso. ¡Lo pasarás bien, créeme!

—El problema... —Jared calló un momento, buscando una disculpa—, debo organizar ciertos asuntos de la universidad.

—¡Yo no veo ningún inconveniente en eso! Tienes tiempo. El semestre aún no ha empezado.

En la realidad, lo que Jared menos quería era irse y alejarse de Adell todos esos días. Pero, en vista de que las relaciones con su padre no se encontraban bien desde hace algún tiempo atrás, accedió.

—Está bien, papá. Cuenta conmigo.

—¡Perfecto! Si no te veo hasta el día del viaje, no te retrases, por favor. El vuelo sale a las ocho de la mañana.

—Descuida, papá. Te veré en el aeropuerto. Que tengas una buena noche.

—Gracias, hijo. Adiós.

¡Qué más da, serán solo cuatro días!

—Hola, mi vida —dijo Jared, mientras conducía en dirección a su casa—. Estoy retrasado, pero ya voy en camino.

—Te espero entonces. Amor, no hagas ruido al llegar, porque todos duermen.

—No lo haré. Te aseguro que no se darán ni cuenta de que he ido. Llego en diez minutos.

—Estaré esperándote en el jardín. Te amo.

—Yo también. —Colgó y lanzó el celular al asiento. Contento como estaba, fue llevando el ritmo de la música electrónica, tamborileando con sus dedos sobre el volante.

Al aproximarse, vio que Adell lo esperaba fuera del portón. En cuanto ella lo miró, hizo señas, indicándole que debía bajar las luces delanteras. Jared sonrió; y, para molestarla, encendió las intensas. Bajó del jeep y corrió a abrazarla.

—¡Te dije que no hicieras escándalo! —exclamó Adell, meneando la cabeza, al mismo tiempo que reía.

—No pasa nada... —contestó él—. La escandalosa eres tú, mi vida —dijo cargándola—. Deja de reírte así o despertarás a todo el mundo. —Le dio un beso en la frente y la colocó nuevamente en el suelo.

—Entremos... ¡Pero hazlo en silencio! —exigió Adell, halándolo. Lo hizo tan fuerte que, Jared tropezó.

—No abriré la boca —contestó él carcajeándose.

Se descalzaron y fueron hasta la habitación, entraron y cerraron la puerta, asegurándola desde el interior.

—¡Tenemos unas cuantas horas! —comentó Jared; y, levantándola en brazos, la recostó sobre la cama.

En tanto que, de un halón, Adell lo atrajo hacia ella.

—¡Hoy no dormirás! —dijo haciéndole cosquillas en su abdomen—. ¡Lo harás durante el vuelo!

Jared; sujetándola por las manos, se desquitó, haciéndolas por todo su cuerpo. Reían como dos niños.

—¿A qué hora es tu vuelo?

—Ocho de la mañana.

—¿Tan temprano?

—Sí, dejaré puesta la alarma para las cinco y treinta.

—Alarma, ¿dices? ¿Quién te ha dicho que vas a dormir?

—¿No?

—No.

—¿No dejarás que lo haga?

—¡No lo haré!

—¿Qué harás?

—Averígualo.

—¡Te amo, mi vida!

—¡Yo también, cariño!

En cuanto sonó el despertador; Jared, de un manotazo lo lanzó al piso y metió la cabeza bajo la almohada.

—¡Dios...! —exclamó, dándose vuelta en la cama—. Tengo tiempo únicamente para llegar al apartamento y tomar una ducha rápida.

—Ojalá y no te atrases, cariño. Vamos, te acompañaré hasta el portón.

—¡Cuídate, mi vida! —dijo Jared, despidiéndose de ella al pie del portón del jardín—. Te llamaré tan pronto y llegue a Halifax. Ahora debo irme. —La envolvió entre sus brazos y luego de darle un beso en la frente se marchó.

Jared llegó en carreras al aeropuerto; mientras que, su padre, impaciente, lo esperaba en la sala de embarque.

—¡Hijo! —exclamó—. ¡Pensé que ya no vendrías! Apresurémonos o perderemos el avión.

Aterrizaron en Halifax, Canadá, alrededor de las doce y cuarenta. El clima estuvo tan frío como en Burlington. Tomaron un taxi y se dirigieron al hotel.

Jared encendió el celular para telefonar a Adell e informarle que no hubo contratiempos en el vuelo y que ya se encontraban en su destino.

—Hola, mi vida. Acabamos de llegar... ¿Cómo estás?

—Amor, me alegra escucharte... ¡Pero ya te extraño!

—¡Yo también te extraño! —Sonrió; y, corriendo las cortinas, contempló la ciudad—. Desearía que estuvieses aquí. Pero será por pocos días... El jueves estaré de regreso.

—Está bien, diviértete.

—Lo haré. Ahora te dejo porque papá me espera para ir a almorzar, luego daremos una vuelta por la ciudad. —Calló, mientras estornudaba—. Mañana será un día largo, reuniones y no sé qué más.

—Comprendo. Yo también estaré ocupada en todo el día. Iremos con mi hermano y con Brianna a la pista de hielo... quizá cenemos juntos. Un beso, adiós, cariño.

Durante los dos primeros días de su estadía en Canadá, Jared se mantuvo acompañando a su padre a todas las reuniones que tuvo con los inversionistas de la Compañía.

Tenía entendido de que aún debía ocuparse de una reunión, la cual estaba prevista para el día siguiente.

—Hijo... —dijo Lloyd, tomando sus guantes que estaban sobre el mueble de la televisión—, si lo prefieres ya no es necesario permanecer en Halifax. Podríamos regresar mañana mismo a Burlington.

—¿Y eso, papá? Se supone que tienes marcada una cita con la Inmobiliaria para mañana a medio día.

—¡Tenía, hijo, tenía! Acabó de telefonear la secretaria de Adam's. Postergaron la reunión para el próximo mes.

—La postergaron, ¿dices? Si es así tomemos entonces el primer vuelo de la mañana.

—Haz tú ese cambio. No tengo nada más por hacer en Nueva Escocia. —Tomó su abrigo y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla se volvió hacia él; y, colocándose los guantes, añadió:

—Estaré en el bar. Ve allí si lo deseas.

—Bajaré luego —contestó Jared con sus ojos puestos en la pantalla del ordenador—. Necesito confirmar el cambio del vuelo.

—Tan pronto y lo tengas resuelto, házmelo saber.

Jared quiso darle una sorpresa a Adell, llegando inesperadamente; por lo que se mantuvo callado y no le comentó

sobre el cambio de planes.

—Adiós, papá. —Se despidió de él en el parqueadero del aeropuerto.

—Podría llevarte hasta tu apartamento.

—No es necesario, tomaré un taxi.

—Si así lo prefieres... —respondió, abriendo la puerta de su Bentley negro—. Hasta pronto, hijo.

En cuanto Jared llegó a su apartamento, dejó la maleta sobre la cama y fue a tomar una ducha; estaba impaciente por verla.

Cuando se acercó al hall de entrada, miró que sobre el mesón de la cocina estaba el velero de cristal que compró para ella el día anterior en una tienda de Halifax. Se colocó un abrigo corto sobre el suéter marrón que llevaba puesto; dio dos vueltas a la bufanda alrededor de su cuello; se puso guantes y salió.

Antes de tomar el elevador, cayó en la cuenta de que había olvidado el velero; se dio media vuelta y regresó. Aseguró la puerta luego de recogerlo y bajó en carreras al parqueadero. Subió al jeep, encendió el motor y salió en dirección a la casa de Adell.

—¡Jared, hijo! ¡Qué sorpresa verte hoy aquí! —exclamó Sophia, en cuanto abrió la puerta de su casa y lo encontró parado bajo el umbral—. Entra, muchacho. Tenía entendido de que regresarías mañana de tu viaje.

—Es verdad, Sophia. Cancelaron una cita que estaba marcada para hoy, entonces decidimos adelantar el regreso. —Jared miró con insistencia hacia las escaleras, esperando verla bajar. Y Sophia lo notó.

—Adell no está en casa, hijo.

—¿No...? —Mostró una leve sonrisa—. Bueno. En la realidad no le comenté que vendría. Quise darle una sorpresa llegando antes.

—Adell tiene la seguridad de que regresarás mañana en la tarde. Por esa razón los muchachos fueron a pasear al parque de Winooski.

—Ya veo. ¿Fueron con Matthew y con Brianna?

—No, Jared. Únicamente fueron Adell e Imran.

La tez de Jared palideció.

—No te preocupes... —enseguida dijo Sophia, al notar la vívida expresión de enojo en su rostro—, porque de un momento a otro ya

estarán de regreso. Adell quiso mostrarle a Imran ese lugar maravilloso.

Jared hizo un gran esfuerzo para guardar la compostura.

—¿Puedo esperarla aquí? —preguntó, forzando la voz, aparentando calma.

—Por supuesto, hijo. Esta es tu casa.

—Me imagino que regresarán antes de que anochezca —comentó intranquilo, chequeando el reloj—. Además, hay fuertes nevadas.

—¡Deja de preocuparte tanto! —exclamó Sophia—. Vamos... —dijo tomándolo por el brazo—, acompáñame a la cocina, te serviré una crema de espárragos y así me cuentas cómo es esa ciudad canadiense.

Jared no tenía deseos de comer. Miraba impaciente por la ventana, notando que nevaba más fuerte. Le preocupaba; la carretera a Winooski rápidamente se cubriría de nieve y manejar en esas circunstancias era peligroso.

—¡Tranquilízate, hijo, que pronto llegarán! —insistió Sophia, tratando de apaciguarlo—. Pero no fue así: el tiempo transcurrió, anocheció y cada vez nevaba más fuerte.

—No entiendo ¿por qué no contesta su celular? —replicó Jared, desesperado, mordiéndose la uña de su pulgar; mientras que, con el talón, daba golpecitos contra el tablón del piso de la cocina—. Son casi las diez de la noche. ¡Discúlpame, Sophia...! ¡Pero no estoy tranquilo!

—Quizá no hay señal por el mal tiempo. También estuve llamándola, pero no me contesta. Igualmente lo hice marcando al celular de Imran y ambos me dirigen al buzón de mensajes.

Asaltado por la preocupación, Jared marcó con insistencia al celular de Adell; la noche avanzaba y miles de ideas cruzaron por su mente.

—No entiendo... ¡Adell debería contestar! ¡Esto no está bien! —exclamó; y, levantándose, se dirigió a la sala—. Oliver, buenas noches —saludó con él al verlo. Él había llegado hace poco a su casa.

Oliver levantó a mirarlo, mientras encendía el televisor.

—Hola, hijo. —Él también se mostraba preocupado.

Al cabo de unos pocos minutos, Jared quedó paralizado. Abrió los ojos como dos platos, cuando en el noticiero confirmaron que todas las carreteras de las afueras de Burlington fueron clausuradas por la nevasca.

—¡Por esa razón no han regresado! —exclamó Oliver—. Bueno. Ahora me quedo más tranquilo. De seguro y ya encontraron un lugar en dónde pasar la noche... ¡Imposible que regresen hoy!

Jared se volteó; y, con sus labios presionados en una fina línea, avanzó, molesto, hasta el otro extremo de la sala.

—¿Qué necesidad tenían de ir hasta allí...? ¿Sabiendo que el clima no era el indicado? —replicó exaltado, entrecerrando los ojos.

—Ya te lo dije, muchacho. Adell quería que Imran conozca ese parque —contestó Sophia.

Jared entrecerró, aún más, los ojos.

—¿Qué necesidad? ¡Y ahora tienen que pasar la noche en ese lugar...! ¡Maldición!

—No te inquietes así. Es razonable. ¿Cómo iban a regresar? Quédate tranquilo, que ellos están bien.

Jared, meneando la cabeza, iba y venía, haciendo de vez en cuando algún comentario, de un lado hacia el otro por la sala:

—¿Y los teléfonos...? ¿Por qué no los contestan? ¡Al menos deberían tenerlos cerca para poder comunicarnos!

—No te preocupes, que ella no está sola —insistió Sophia.

—¡Por supuesto que no está sola! —replicó volviéndose de inmediato hacia Sophia—. Ella...

—¡Escúchame, hijo! —lo interrumpió—. Adell no tiene la menor idea de que tú estás aquí esperándola. Tiene la seguridad de que regresarás mañana de tu viaje... ¡De otro modo no se hubiese ido!

Jared trató de mantener la calma; dado que, eso era precisamente lo que lo tenía molesto. Inspiró profundo y nuevamente se encaminó hacia la ventana.

—¡Debería decir algo! ¡Enviar un mensaje...! ¡Algo! ¡Es una desconsideración de su parte! —protestó volviéndose y mirando directamente a Oliver; esperando su aprobación.

—Ya lo hará, Jared... ¡Sé que será así!

—Por favor, apenas y tengan noticias de ella, háganme saber. Es tarde ya. Voy a mi apartamento.

—Está bien, muchacho. Ve tranquilo.

—Yo insistiré llamándola. ¡Y, tan pronto y abran esa bendita carretera...! ¡Iré a buscarla!

—Jared... —Se escuchó la voz de Sophia al teléfono—, hijo, acabé de recibir un mensaje de Adell.

—¿Sí? ¿Qué dijo?

—Pues, lo que ya sabemos. Que se regresaron cuando se encontraban a medio camino y que no tuvieron otra opción que buscar un hotel en ese pueblo.

—Ya veo... ¿Te dijo en cuál hotel están?

—Sí, hijo, toma nota.

—¿Lograste hablar con ella? ¿Sabe que estoy en Burlington?

—No, Jared. Únicamente recibí ese mensaje en donde me comentó que trató de comunicarse con nosotros, pero que la señal estaba muy baja. Aparte de ese no he recibido ningún otro. Y ahora quédate tranquilo, que ellos están bien.

—Gracias, Sophia. Tan solo esperaré a que confirmen la reapertura de la carretera y saldré hacia allá.

—Mantenme informada, por favor.

—Buenos días... —dijo Jared a la muchacha encargada en recepción, en cuanto llegó al hotel.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo? ¿Tiene reservación?

—No, señorita. Únicamente busco a dos personas que están en este hotel.

—Perfecto... Me dice los nombres de ellos, ¿por favor?

—Sí, Adell Jerome, y la otra...

—Podría esperar un momento, ¿por favor, señor? —interrumpió la recepcionista, mientras tecleaba los nombres en el computador—. Le pido disculpas —dijo levantando a mirarlo—, pero aún tenemos problemas con la señal.

—Está bien, esperaré.

—¿Me dice el nombre de la otra persona?

—Imran, Gadhavi.

—Gracias, permítame un momento. Sí, aquí los tengo.

—Me dice el número de las habitaciones en las que se encuentran, ¿por favor? —solicitó inclinándose hacia ella, apoyando

los codos sobre el mostrador.

—Por supuesto, permítame un momento.

Mientras que Jared aguardaba, miraba impaciente en todas las direcciones.

—Señor, tengo registrado que hace veinte minutos cancelaron la cuenta.

—¿Quiere decir que salieron del hotel?

—Así es. —Afirmó con una gentil sonrisa—. ¿Puedo ayudarlo en algo más?

—No, no... —Negó con la mano, dándose la vuelta para irse—. Todo está bien. Gracias.

—¡Señor...! —exclamó la recepcionista.

Jared volteó a mirarla.

—¿Dígame?

—Es probable que sus amigos se encuentren en el parqueadero. Aquel... —Extendió su mano, indicándoselo—. El del fondo.

—Gracias, iré allí.

Jared se encaminó hacia la puerta. La abrió, salió y avanzó por el parqueadero, buscándolos. Hasta que, finalmente, los encontró; y, sin más tiempo que perder, se aproximó hacia donde ellos. Al acercarse notó que conversaban tranquilamente y sin ninguna prisa: Adell, arrimada contra la puerta delantera de su auto; e, Imran, de frente a ella. Se aproximó un tanto más; y, al prestar atención a todo cuanto él le decía, quedó atónito:

—Antes de marcharnos, quiero que sepas, preciosa, que fue maravilloso estar a solas aquí contigo... ¡Gracias por traerme a este maravilloso lugar y hacerme tan feliz!

Jared, incrédulo, presenció cómo él la sujetaba cariñosamente por el rostro; mientras que, Adell, sonreía escuchándolo. Tuvo deseos de agarrarlo por el cuello; pero se contuvo y continuó escuchando:

—Agradezco este bendito contratiempo. ¡No imaginas cómo lo disfruté! Bueno... ¡Ambos lo disfrutamos!

—¡Cómo eres! —contestó ella—. En casa de seguro y están preocupados. Espero que con el mensaje que le envié anoche a mamá se encuentren más tranquilos. Ahora regresemos. Pero antes te invito a desayunar.

—*De acuerdo. Regresemos... Sin embargo, lo diera todo para que volviese a nevar... y más fuerte.*

Jared, desconcertado, fue testigo de cómo Imran la hizo recostar sobre su pecho; y luego, abrazándola, besó su coronilla. El mundo se le vino abajo pensando que Adell nunca fue honesta con él; y, peor aún, suponiendo que había una relación amorosa entre ellos. Su indignación fue tan grande que, no necesitó escuchar más. Con sus manos apretadas en dos puños, fue en dirección hacia Imran, furioso:

—¡Grandísimo infeliz! —gritó agarrándolo abruptamente por el cuello y por el brazo y de un empujón lo hizo golpear contra la puerta trasera del auto de Adell.

Imran tropezó, golpeándose las costillas.

—¿Es esta la clase de persona que eres? —desafió Jared, fulminándolo—. ¿Es así cómo te comportas...? ¡Desgraciado!

—¡Jared...! —exclamó Adell, sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo regresaste de Halifax?

Imran ganó equilibrio, colocándose derecho; en tanto que, Jared, regresándose a mirarla:

—¿Me preguntas qué es lo que hago aquí? —cuestionó aproximándose con el ceño fruncido hacia donde ella—. Te sorprende, ¿verdad? —replicó sujetándola enérgicamente por el brazo—. ¡Pues llegué ayer y estuve como un perfecto estúpido esperando en tu casa... mientras ustedes disfrutaban de su romántico viaje! —Exhaló, clavándole furioso la mirada y soltó de su brazo.

Adell, boquiabierta, no hizo otra cosa que abrir los ojos.

—¿De qué romántico viaje hablas...? ¿Qué pasa contigo?

Jared estuvo a punto de interrumpirla; pero prefirió callar y ella continuó:

—¡Contéstame! —gritó.

—¿Por qué me engañaste con este?

—Amor, yo no te engaño con nadie —contestó sosteniendo angustiada su acusadora mirada.

Jared negó con la cabeza.

—¡No te creo!

—¡Mira...! —irrumpió Imran con imperioso mirar altivo, colocándose frente a él—. ¡No empieces con tus estupideces otra vez...! ¡Porque no lo voy a permitir!

—¿Qué es lo que no me vas a permitir...? ¡Imbécil!

—¡Que pienses lo que no es! ¡Tranquilízate y no comiences con tus incoherentes e infantiles conclusiones de siempre!

—¡Por favor, no peleen y salgamos de aquí! —suplicó Adell, interponiéndose entre los dos.

Jared, volviéndose hacia ella, la miró molesto. Regresó a ver a Imran; y, con sus ojos llenos de ira clavados en los suyos, continuó reclamándole, sin prestarla atención:

—¡Escuché claramente, descarado, todo lo que le decías! Entonces... ¿Insistes en decir que son mis incoherentes conclusiones?

—¡Jared, mi amor! —Adell volvió a interferir, sujetándolo por el brazo—. ¡Por favor tranquilízate y regresemos a casa!

—¡No, Adell! —replicó volviéndose hacia ella; soltando de su brazo—. ¡Después de presenciar esto, no permitiré que me engañes más!

—Pero ¿de qué hablas? No te estoy engañando... ¡Jamás lo he hecho!

—¡Por favor, no sigas! —espetó—. ¡Fue suficiente con lo que vi y escuché!

—¿Qué ocurre contigo? ¡Estás en un error...! ¡Reacciona!

—¡No imaginas cómo me duele todo esto! —exclamó mirándola dolido, con sus ojos completamente llorosos.

Adell, mirándolo incrédula, negó con la cabeza. Se dio media vuelta y entró en su auto.

—¿No crees que ya es suficiente? —intervino Imran, abordándolo bruscamente por el brazo. Aprovechó que Adell subió a su auto para decirle, desafiante, todo cuanto quiso:

—¡Ya te lo advertí, estúpido, que dejes de imaginar cosas! ¡No hay nada entre nosotros...! ¡Pero esta vez te lo diré bien claro! ¡Adell me fascina! ¡Me enloquece! ¡Y si tú continúas con tus pataletas de adolescente inseguro...! ¡Te lo garantizo! ¡Seré yo quien esté a su lado! —De un empujón lo soltó.

—¡Te voy a matar...! ¡Imbécil! —gritó Jared, abalanzándose enfurecido sobre él; clavándole, con todas sus fuerzas, un puñetazo en mitad de la cara.

Entretanto; Imran, furioso, se pasó la palma de su mano por la boca y al ver que sangraba, con sus manos apretadas en dos puños, fúrico se lanzó sobre él.

Adell los miró aterrada; en tanto que, Jared e Imran continuaron gritándose y cayéndose a golpes.

—¡Cálmate...! ¡El escándalo que están ocasionando afecta la tranquilidad de este lugar!

Jared, al sentir que lo sujetaron por los brazos, desesperado regresó a mirar y vio a un guardia quien, le impedía continuar golpeando a Imran. Forcejeó con él, tratando de zafarse y poderle meter otro puñetazo en media frente a Imran. Frustrado, levantó la mirada y vio que, de igual manera, a él lo tenían sujeto de ambos brazos, otros dos hombres.

—¡Basta ya...! ¡Cálmense! —gritaron enérgicos, los guardias de seguridad—. Esto no está permitido en el hotel. —Sin embargo y a pesar de la presencia de los agentes, Jared e Imran continuaron vociferando a gritos:

—¡No te me vuelvas a acercar, desgraciado...! ¡O te mato! —gritó Jared.

—¡Dame el gusto a mí primero...! ¡Hijo de puta! —replicó Imran, gritando más fuerte.

—¿A quién crees que llamas hijo de puta?!

—¡Mantente callado! —ordenaron a Imran, sujetándolo con más fuerza.

—Vamos, sube a tu jeep y sal de aquí en este momento... ¡Y no des más problemas! —ordenaron a Jared.

—¡Está bien! —contestó; pero, antes de hacerlo:

—¡Espera llegar a Burlington y que te encuentre...! ¡Infeliz! —gritó, volviéndose hacia Imran.

—¡Mantente callado y ándate! ¡De otro modo nos veremos obligados a detenerte!

Jared, sobresaltado, subió al jeep con sus mejillas encendidas por la ira. Antes de poner marcha atrás, regresó a mirar hacia el auto de Adell. Sintió dolor al verla llorar; pero, de la misma manera,

le invadió una gran decepción. Inhaló profundo, puso marcha y, presionando hasta el fondo el acelerador, salió, haciendo rechinar las llantas.

CAPÍTULO 13

—¡Mamá, esto se ha vuelto una pesadilla para mí! ¿Cómo Jared pudo pensar que yo no he sido honesta con él? Únicamente en su cabeza insensata pudo habersele ocurrido que yo aproveché su viaje para estar a solas con Imran. Me siento defraudada. Dijo tantas cosas ilógicas que no consigo sacarlas de mi mente.

—¿Qué está ocurriendo con este muchacho?

—Lo que sucede es que no confía ni en él mismo. No termina de entender y de darse cuenta de que yo lo amo.

—Ahhh... Este muchacho absurdo tiene que aprender una lección muy grande... Y es confiar. ¡Ya pasará!

—¿Qué hago ahora? —preguntó Adell, alzándola a mirar—. Todo iba tan bien entre nosotros y de pronto pasa esto.

—Ya tendrán tiempo para conversar, mi niña —repuso Sophia, rodeándola con sus brazos—. Por ahora, déjalo así.

—Iré a buscarlo —dijo recostando la cabeza sobre el hombro de su madre; y ella asintió.

—¿Has hablado con Imran, hija?

—¡Cómo crees, mamá! —exclamó apartándose de sus brazos, limpiándose los ojos que los tenía llorosos—. Con toda seguridad y él estará sintiéndose tan mal, que no ha salido de su habitación.

—Sí, lo comprendo. Pero supongo que al venir de regreso ustedes conversaron.

—No, mamá, no fue así. Imran únicamente abrió la boca para pedirme que le perdona por lo ocurrido. Luego me dijo que se sentía avergonzado y que no deseaba hablar... Si lo hubieses visto, estaba furioso.

—Hum... ¡Qué situación!

Pensativa y con la mirada perdida en la densa nieve que cubría el jardín, Adell no dejó de pensar en la actitud de Jared; no comprendía su equivocada reacción. De la misma manera, tampoco estuvo de acuerdo con el violento proceder de Imran.

—Adell, ¿me permites hablar contigo? —preguntó Imran, cuando, repentinamente, entró abriendo la puerta de su habitación.

Adell levantó a mirar.

—Por supuesto Imran, acércate.

Imran rodó la silla del escritorio, colocándola frente a ella.

—Disculpa lo ocurrido entre Jared y yo... ¡Lo lamento, no pude controlarme!

Adell quedó mirándolo.

—¿Por qué llegaron a los golpes, Imran? ¡No consigo comprenderlos!

—¡Discúlpame, por favor! —insistió tomándola de las manos—. Yo no acostumbro a tener esa clase de actitudes... mas sucedió. Perdí la paciencia y salí de mis cabales.

—No me parece... —Negó con la cabeza, haciendo de lado a sus manos—. Lo siento. Aquello fue algo que nunca he presenciado. Jared jamás ha actuado así con nadie... ¡No lo entiendo!

—Discúlpame, te lo vuelvo a repetir. Por mi parte no sucederá otra vez. Pero él tiene que saber controlarse y...

—¡Imran, por favor! —interrumpió—. Te pido que no digas nada. Dejemos las cosas como están.

—De acuerdo... ¡Pero también entiéndeme tú! —protestó mirándola fijamente—. No voy a permitir que él continúe agrediéndome. ¡Debería corregirse y saber controlar sus impulsos salvajes!

—¡No...! ¡Jared no es así! Él lo que está es confundido... —Se puso en pie; e, inhalando y exhalando agitada, avanzó hasta la ventana—. Eso es todo. ¡Y no digas nada más en contra suyo! —exigió, volviéndose hacia él.

Imran, levantándose también, fue a su lado.

—Está bien, perdona —dijo sujetándola por los hombros—. No deseo que tú y yo discutamos.

Adell levantó a mirarlo.

—Descuida, que tampoco eso va a suceder. Jared comprenderá que estuvo en un error.

—¡Espero que así lo haga!

—Iré a buscarlo... ¡Debo hacerlo!

Así lo hizo y al día siguiente fue a buscarlo a su apartamento. Llamó a la puerta y al ver que no hubo respuesta, insistió.

—Vamos... —repitió impaciente.

Pero, lo que menos se esperó, era que Lloyd se encontraría allí y que haya sido precisamente él quien la recibió.

—Buenos días, señor Hambleton —saludó nerviosa—. Podría decirle a Jared que estoy aquí, ¿por favor?

—Él no está ahora.

—¡Por favor! —insistió—. Necesito verlo. Yo sé que él está en casa. Dígame que estoy esperándolo. Se lo pido.

—¡Mi hijo no está, menos aun sabré a qué hora regrese! —contestó molesto; se notaba en la seriedad de su boca y en lo sombrío de su mirada—. Es mejor que te vayas, Adell, porque él no querrá verte.

—Está bien... Dígame al menos que estuve aquí. —Se dio media vuelta; y, mientras intranquila se encaminaba hacia el elevador, sintió que él la observaba. Presionó nerviosa el botón y entró tan pronto y se abrieron las puertas—. Dios... ¡Qué hago ahora!

En la noche, de regreso en casa, Adell buscó maneras para conseguir hablar con Jared. Insistió, llamándolo a su celular, dejó mensajes de voz, le escribió; pero no hubo respuesta. Dejó de hacerlo y se fue a dormir.

Temprano, a la mañana siguiente, en cuanto bajó a la cocina a por una taza de café, lo encontró a Imran sentado a la mesa.

—Hola, Imran... —saludó con él, más relajada.

—¡Princesa, buenos días! —exclamó, haciendo de lado a la silla—. Ven siéntate. ¿Deseas café?

—Sí, por favor —respondió sentándose a su lado—, porque lo necesito. —Tomó la taza y, revolviéndola, la mantuvo entre sus manos—. ¿Sabes? Ayer estuve en casa de Jared. Fui a buscarlo... pero me recibió su padre.

Imran; atento y sin hacer ningún comentario la escuchaba, pasando y repasando su mano por la barbilla; entretanto, seguido de

un largo suspiro, Adell continuó:

—Me dijo que él no se encontraba en casa. No lo sé... Pienso que no quiso recibirme. Luego me pidió que me marchara.

—Ven aquí —dijo aproximándola hacia él, haciéndola recostar sobre su hombro—. Pierde cuidado, que todo esto pasará... ¡No deseo verte sufrir!

Adell, desahogándose, permaneció recostada sobre su hombro; mientras que, él, acariciándole el cabello, tan solo la escuchaba.

Los días transcurrieron y todo continuó igual. Sus padres, Matthew e, inclusive, Imran, hicieron lo que estuvo en sus manos para entusiasmarla.

Una tarde fueron a distraerse en el centro de Burlington, caminaron por la amplia acera de adoquines rojos, buscando, entre varios de los lugares, uno en donde detenerse y tomar un café.

Entre sorbo y sorbo de su macchiato, Adell, pensativa, contempló a un grupo de niños que jugaban divertidos; y, a una que otra pareja, que cruzaron abrazadas frente a ella. Volvió a recordarlo y, cerrando los ojos, suspiró. Bajó discretamente la cabeza, no quería hacerles notar que tenía sus ojos llorosos. Al levantar la mirada encontró la de Imran. Él sonrió, haciéndola un gesto, dándole a entender que debía dejar de hacerlo. Adell, apenas y sonriendo, bajó la mirada. Se puso en pie; y, acomodándose la bufanda, fue junto a él.

—¿Damos un paseo? —preguntó, tomándolo de la mano.

—Por supuesto, preciosa. —Y, corriendo hacia atrás la silla, fueron a caminar.

—Me gusta esta época del año —comentó Adell, mostrándole los relucientes arreglos que embellecían la avenida—. Sobre todo, por las decoraciones navideñas.

Imran asintió, seguido de una gran sonrisa.

—¡Mira...! —exclamó deteniéndose e indicándole las hojuelas de nieve que empezaban a cubrir sus abrigos—. ¡Está nevando y se volverá más especial aun! Siempre que desees algo... —añadió, con una mirada que dio brillo a sus ojos—. ¡Tan solo dímelo!

—Así lo haré —contestó Adell, sosteniendo con una leve sonrisa su mirada—. Ahora regresemos. Matthew y Brianna esperan por nosotros.

En los días siguientes; Adell se distrajo haciendo cualquier cosa o simplemente permanecía en su habitación. En una de aquellas noches, no resistió más el distanciamiento con Jared y decidió ir a buscarlo. Cuando llegó a su apartamento, no lo encontró. Chequeó el reloj e, intranquila, avanzó hacia el ventanal del pasillo, mirando impaciente hacia el aparcamiento, esperando verlo llegar. De pronto, divisó a su jeep dar la vuelta y avanzar hasta su estacionamiento. Se volteó de inmediato y regresó a la puerta de su apartamento; hasta que al fin lo vio salir del elevador.

—¡Adell, me sorprende encontrarte aquí! —exclamó Jared, acercándose.

—Que te sorprende, ¿dices? ¿Por qué, amor? Vine aquí hace unos días. Además, te he llamado... y no me has contestado.

—Lo sé... —contestó revolviendo dentro de su bolso de deporte, buscando las llaves—, mi padre me lo dijo. Es tarde, no había necesidad de que aguardes a por mí. Entra, por favor.

—Deseaba hacerlo. Yo...

—Adell... ¡Pienso que fui claro contigo ese día! No...

—¡Jared, por favor! —interrumpió, parándose frente a él—. ¡Déjame explicarte!

—No necesito que lo hagas. —Había tristeza y frialdad en sus ojos.

—¿Por qué sigues con esa actitud...? ¡No he sabido de ti desde entonces!

Jared, descolgándose los audífonos, se encaminó, sin decir una sola palabra, hacia la cocina.

—Pero ¿qué pasa contigo? —protestó Adell—. ¡Al menos préstame atención!

—¡Te dije que no debiste venir! —respondió; y, volteándose, se encaminó al balcón. Abrió la puerta y salió. Entretanto, Adell, corriendo detrás de él:

—Pero, Jared... —exclamó—. ¡Nada es cómo piensas...! ¡Por favor, créelo! Si yo hubiese sabido que tú regresabas ese día de Halifax, no me hubiese ido a Winooski.

Jared negó con la cabeza.

—¡Ya basta, deja de mentirme! —replicó volviéndose hacia ella con una leve sonrisa de asombro dibujada en sus labios—. Ustedes

tuvieron el mejor momento para hacerlo, sabiendo que yo me encontraba en Canadá.

—No, no es así. Yo...

—¡No digas nada! —interrumpió mirándola furioso—. ¡Ahora escúchame tú! ¡Presencíé todo lo que ese imbécil te dijo, mientras él te acariciaba y tú le sonreías...! ¿Estoy suponiéndolo? ¿O me equivoco?

—¡Por supuesto que te equivocas! —protestó, sosteniendo indignada su acusadora mirada—. ¡Estás malinterpretando las cosas! ¿Cuándo vas a dejar de asegurar que él, según tú, trata de separarnos? ¡Y lo que es más importante...! ¿Cuándo vas a confiar en mí?

Jared miró hacia un costado; y, sonriendo con desprecio, negó, moviendo de lado a lado la cabeza.

—No seas tan ingenua... —respondió, regresándola a mirar—. Eso mismo es lo que ese descarado ha estado haciendo. ¡Me dijo que tú le fascinas...! ¡Que lo enloqueces! ¡Lo grito ahí, mientras nos golpeábamos! ¡Debí acabar con él!

Adell abrió los ojos, negándolo.

—Si él te dijo eso, no quiere decir que yo también lo piense así. —Bajó la mirada, quedándose por unos cuantos segundos pensativa—. No entiendo ¿por qué lo hizo? —se preguntó, alzándolo a mirar.

—¡Pregúntaselo eso tú a él!

Ambos permanecieron por largos segundos en silencio.

—Adell... —dijo luego Jared, mirándola fijamente—. ¡Tú sabes cuánto te amo! He sido honesto pero... ¡Ya no sé qué pensar de ti!

—No seas injusto, por favor, Jared.

—Ahora quiero estar solo... ¡Vete, por favor!

—No lo haré... porque tú estás en un error —contradijo, dando un paso adelante—. ¡Deja de ser tan necio y entiende de una vez que Imran y yo somos únicamente amigos!

Jared respiró profundo, clavándole la mirada.

—No lo hagas más difícil... ¡Déjame solo!

Adell, dando un hondo suspiro, lo miró dolida.

—Aun continúas desconfiando así de mí. Te vuelves cada vez más absurdo y me haces daño... ¡No cambias, Jared! —Sus

lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas; mientras que, él, entristecido, la observaba—. Está bien... No insistiré más. —Se dio la vuelta y, encaminándose hacia la puerta, la abrió y salió del apartamento.

Jared, de brazos cruzados, pensativo observó las luces del sendero del lago; mientras que, sus lágrimas también resbalaron por sus mejillas.

CAPÍTULO 14

A la mañana siguiente, Adell despertó más temprano de lo usual, se acercó a la ventana; y, mientras pensativa miraba cómo se desvanecían las últimas estrellas en el cielo, aceptó la realidad que vivió la noche anterior en el apartamento de Jared. De pronto, el apacible canto de los pájaros hizo que alce a mirar y sonrió al verlos revolotear frente a ella. Cerró sus ojos, deseando contagiarse de esa dulce paz.

Fue a tomar una larga ducha; se vistió, buscó las llaves de su auto y salió a la floristería. Compró rosas blancas y tulipanes anaranjados, pagó la cuenta y regresó.

Colocó las flores por diferentes lugares de la sala y del comedor, entró a la cocina y preparó un gran desayuno.

—Mmmm... ¡Aquí huele muy bien! —comentó su madre al bajar.

—Buenos días, mamá. Y, papá, ¿viene ya?

—Sí, hija. No tardará en hacerlo porque hoy tendremos que viajar a Portland.

—¿Y eso? Regresarán enseguida, me imagino.

—Así es, nos llevará un par de días. ¡Pero qué bonitas flores! —exclamó Sophia, echando un vistazo hacia el interior de la sala y apreciando aquello—. Veo que has llenado la casa con ellas.

—¿Te gustan, mamá? Tuve deseos de hacerlo. —Ambas sonrieron—. ¡Buenos días, papá! —saludó volviéndose hacia él, en cuanto lo sintió entrar a la cocina—. Siéntate, te serviré café.

—Gracias, mi niña. Pero por ahora solo el café y una tostada —contestó; y, alcanzando la canasta, tomó una tostada—. Tenemos

prisa o perderemos el vuelo —indicó, mientras le untaba mantequilla.

Luego de que sus padres salieron hacia el aeropuerto, Adell, aburrida, empezó a dar vueltas con el tenedor en su plato de fruta.

—¡Buenos días!

—Imran... —exclamó volteándose a mirar—. Ven, acompáñame que todos se han ido. ¿Deseas café?

—Claro que sí, gracias. Me serviré también un poco de fruta, que se ve muy buena. Anoche te escuché salir —comentó, colocando rodajas de melón, piña y mango en un plato.

—Sí, lo hice. —Resopló—. Fui al apartamento de Jared.

—Volviste a ir...

Adell notó un cambio en su expresión.

—Quise hacerlo, pero no conseguí nada bueno. Solo puedo decirte que él continúa sin comprender que está en un error... ¡Se comportó tan diferente!

—Y, con todo esto, Adell —preguntó, tomándola por la quijada y levantándosela—. ¿Qué es lo que has decidido? ¿Continuarás buscándolo?

—No, ya no —respondió, sosteniendo su inquisitiva mirada—. Seré indiferente. Me duele, pero trataré de serlo.

Las comisuras de su boca se elevaron.

—Estoy de acuerdo contigo, preciosa. Si consideras que eso te hará bien... ¡Hazlo de una vez!

Adell dio un hondo suspiro y exclamó:

—Te prometo que no me volverás a ver llorar.

—¡Qué bella eres! —Y, aproximándose un tanto más hacia ella, suavemente besó su mejilla.

—Jared, hijo, ven y quédate unos días conmigo —preguntó Lloyd, una noche, en cuanto lo telefoneó.

—No lo sé, papá...

—Me gustaría que me acompañes a Montreal, debo resolver algunos asuntos de trabajo allí. Podríamos ir a casa de tus tíos.

—Déjame pensarlo. De todas formas, esta noche iré a tu casa. Lo prometo.

—Te espero entonces. Hasta pronto, hijo.

Jared accedió en ir a quedarse unos días en casa de su padre; no conseguía acostumbrarse a la ausencia de Adell. Su apartamento guardaba todos los recuerdos ahí vividos con ella. Antes de salir tomó del refrigerador dos paquetes de cerveza y algunas pizzas congeladas, puesto que Lloyd lo disfrutaba con los partidos de fútbol.

Una vez en casa de su padre y luego de finalizado el juego, Lloyd apagó el televisor; y, como Jared estaba preparado para escucharlo, lo dejó hablar.

—Bueno, hijo... —empezó diciendo, mientras abría otra lata de cerveza—. Tú me conoces y sabes que no soy una persona que está con rodeos. Esto que estás pasando ahora, ya lo veía venirse. ¡Cuántas veces te dije que no hagas de tu relación algo tan serio! ¡Y tú tan obstinado como siempre!

—Por favor, papá...

—¡Por favor nada, Jared! Eres muy joven, hijo. Solo tienes veintidós años. Tu carrera es primordial ahora... Y, claro, tener tus aventuras por ahí.

—Papá, me siento defraudado. Yo entiendo tu preocupación... pero ella ha sido todo para mí... ¡No es sencillo sacarla de mi vida!

—¡Por esa misma razón, olvídale de una vez! Esa muchachita rebelde únicamente ha venido trayéndote tristeza y problemas. Ya estuviste mal hace poco y mira ahora... Nuevamente lo estás. ¡Date cuenta de una vez por todas de que esa desvergonzada tan solo juega contigo!

Jared bajó la mirada; y, fijándola en la piedra de mármol de la chimenea, consintió, dando un ahogado suspiro:

—Sí, papá, tienes razón. Tuve que darme cuenta de su juego de esa manera... ¡Mirándolos yo mismo! —Acercó la lata a sus labios y tomó un sorbo grande de cerveza—. Seguiré tus consejos. Y sí, mi carrera es lo más importante ahora... ¡No volveré a enamorarme más!

—¡Esa es la actitud, hijo mío! —exclamó su padre, llevando la lata de cerveza en alto—. ¡Sal con tus amigos! ¡Diviértete! ¡Ahora no estás para relaciones serias! Eso te traerá tan solo ataduras que luego te perjudicarán. ¡Y olvida de una buena vez a esa chica!

Bueno... —dijo levantándose, dándole una palmada en la espalda—, es tarde. Iré a descansar.

Jared se lanzó al sofá.

¡Ambos son un par de descarados!

Cerró los ojos y recordó a su madre, quien le hizo mucha falta en esos momentos.

—Hola, Ismael.

—Jared, ¿cómo estás?

—Algo mejor, eso creo... ¿Tienes turno mañana por la noche?

—No, mañana estaré libre. ¿Quieres ir a algún lugar? Podríamos ir a la marina, hay un buen bar ahí.

—Sí, lo conozco. Encontrémonos a las diez.

—Pierde cuidado, allí estaré.

—Quizá pase antes por el hospital, no he visto a Victoria en días.

—Perfecto. Así nos tomamos una cerveza o almorzamos juntos. Tu hermana estará muy contenta de verte.

—Hazle saber que iré a mediodía. Te veo mañana, adiós.

—Cuídate.

Jared llegó al hospital más temprano de lo acordado. Al Victoria finalizar la reunión en la cual se encontraba, regresó a su consultorio y ahí se reunió con su hermano y con Ismael y juntos fueron a almorzar en un restaurante en el centro de Burlington. Y, como ella conocía perfectamente el carácter porfiado de su hermano, lo abordó sin contemplaciones, llamándole la atención:

—Jared... ¿Qué es lo que está sucediendo contigo? ¿Hasta cuándo vas a seguir distanciado de Adell? Cariño, ambos están sufriendo sin razón.

—¡Por favor, hermana, no deseo hablar de eso ahora!

Victoria levantó una ceja.

—¡Perdóname...! ¡Pero yo sí lo haré! No puedes pasarte la mayor parte del tiempo desconfiando de ella. Ustedes se adoran... ¡Mi cielo, recapacita!

—No es fácil, Vicky. Qué daría yo para que todo esto fuese un malentendido... ¡Pero los miré! Dios, ¡escuché claramente todo lo que ese atrevido con el mayor descaró le decía!

—¿Y si estás en un error? ¿No has pensado en eso?

—¡No, hermana! ¡Todo está claro! ¿No te parece demasiada coincidencia que se hayan ido a Winooski, sabiendo que yo me encontraba lejos? Además, en los noticieros anticiparon que habría fuertes nevadas en todo el Estado de Vermont... ¡Fue una total desvergüenza! —Resopló molesto.

Victoria, mirándolo fijamente, analizó lo expresado.

—Está bien, cariño, comprendo tu posición. Sin embargo, déjame decirte que yo no veo ningún problema en eso. Insisto en que exageras y que estás tergiversando las cosas.

—¡No exagero nada, Vicky! ¡Ese infeliz, desde el primer día que la vio pude ver sus intenciones! Además, me lo dijo ahí y sin ninguna contemplación, que le gusta Adell... ¡El muy descarado!

Victoria inhaló profundo, arrojándose contra el espaldar de la silla.

—Que él te rete de esa manera, a que ella le corresponda... hay un espacio muy grande. Mi cielo, no confundas las cosas y ten confianza.

—Créeme que le doy la razón a tu hermana —intervino Ismael—. Amigo, por años los he visto juntos. ¡Ustedes se adoran! Yo te aseguro que Adell jamás te haría algo así. Piénsalo y no te dejes llevar por la emoción de lo que viste y escuchaste en ese momento. Estoy seguro de que la realidad es otra... Considéralo.

—Ya no sé ni qué pensar —respondió Jared, bajando la mirada.

—¿Qué les parece si damos por terminada a esta conversación y mejor decidimos qué almorzar? —propuso Victoria, tomando el menú.

Una vez de regreso en casa de su padre, Jared se distrajo organizando los horarios de clases para su nuevo semestre en la universidad; por lo que no tomó en cuenta el tiempo y se le hizo tarde para encontrarse con Ismael en el bar. Antes de salir fue al despacho de Lloyd, llevándole una taza de café; sabía que lo necesitaba. Y, en efecto, se lo bebió de dos bocados.

—Hijo... —comentó, mientras colocaba la taza sobre el escritorio—, estoy con esta montaña de papeles y realmente no sé cuánto tiempo me lleve terminar. De seguro y será hasta tarde.

—No te preocupes, papá. Saldré con Ismael y no regresaré temprano.

—Que te diviertas entonces.

Jared salió, cerrando la puerta del despacho.

—Jared, aquí. —Ismael levantó su brazo, indicándole se acerque a la mesa—. ¡Hasta que al fin llegas! Pensé que lo habías olvidado.

—¡No, cómo crees! Estuve organizando el horario de clases y ya podrás imaginártelo, el tiempo se me pasó sin darme ni cuenta.

Ismael sonrió.

—Lo imagino... Por cierto, ¿irás con tu padre a Montreal? Victoria me comentó que quiere que lo acompañes.

—Me lo dijo, sí. Pero no estoy con deseos de hacerlo... quizá para una próxima ocasión. Por ahora, no quiero ir a ningún lugar.

—Entiendo.

En tanto que conversaban, Jared notó que Sean y otros compañeros de la universidad se encontraban reunidos en una mesa al extremo del bar. Disimuló y, pretendiendo no haberlos visto, continuó conversando con Ismael.

—Hoy no estoy con ánimos de ver a nadie.

—¿Y eso? ¿A quién no deseas mirar?

Jared, haciendo un gesto con los ojos, se lo dio a entender.

—Sean y otros compañeros están también aquí.

—Ya veo... —Asintió; y, levantando el brazo, hizo una seña al encargado del bar y pidió dos cervezas.

Mientras que Jared e Ismael bebían y conversaban; Sean, acercándose a la mesa, se dirigió a su amigo con una palmada en el hombro:

—Y, entonces, Jared... ¿Cómo te han tratado estos días?

Jared, apartando la botella de cerveza de sus labios, regresó a mirar; y, al notar enseguida que su amigo estaba pasado de tragos, contestó:

—No comprendo tu pregunta.

Sean echó a reír.

—Ya sabes... Te vas unos días y pasan cosas a tus espaldas.

Jared prefirió no contestar, acercó nuevamente la botella de cerveza a sus labios y continuó bebiéndola; mientras que, Ismael, se mantuvo discreto.

—¿Qué pasa que no respondes? —insistió Sean.

—¡No estés fastidiándome!

—Amigo... —Sean; aproximándose un tanto más con sus codos apoyados sobre el mostrador—, ya nos enteramos de la escapadita de Adell con el extranjero. —dijo y volvió a soltar una carcajada.

Jared respiró profundo, controlándose para no perder la calma.

—¡Por favor, Sean! —exigió, volviéndose hacia él—. Te agradecería que no toquemos ese tema... No estoy de humor.

Sean sonrió burlonamente.

—Mira, Sean... Déjalo tranquilo y vete a otro lugar con tus amigos —intervino Ismael.

—Pero ¿qué ocurre? —replicó colocándose derecho—. ¡Jared es mi buen amigo y lo único que quiero es que él sepa que yo lo apoyo!

—Está bien... —Exhaló—. ¡Pero ándate de una buena vez!

—¡No...! —contradijo, levantando su dedo anular; y, tambaleándose, negó, moviéndolo de lado a lado en su cara—. ¡Yo estoy a gusto aquí! —Tomó su trago y, llevandoselo con dificultad a los labios, se lo bebió, terminándolo de un solo sorbo.

Jared continuó callado, tratando de no prestarle atención; mientras que, Sean, mirándolo con sonrisa burlona, prosiguió:

—Quién diría, ¿no? Uno nunca sabe...

—Uno nunca sabe, ¿qué? —replicó Jared, volviéndose hacia él; golpeando enfurecido el vaso contra la mesa.

—¡Tranquilo, tranquilo! —reparó Sean, dándose la vuelta—. Ya me voy.

—¡Cálmate, Jared! —intervino Ismael—. ¿No ves que ha bebido más de la cuenta...? ¡Está borracho!

—Tienes razón... —Inhaló profundo—. Pero a mal momento me viene con sus medias palabras.

Jared e Ismael continuaron conversando, olvidando las impertinencias de su amigo.

—Mira, Jared... —Sean regresó nuevamente a la barra—. Yo de ti busco a ese presumido y de dos buenos puñetazos me hago respetar... ¿Qué más claro quieres? El millonario y guapetón visitante te arrebató la novia. —Soltó una carcajada.

—¡Qué sabes tú! ¡Maldita sea! ¡Ya fue suficiente! —gritó Jared, levantándose repentinamente—. ¡Y no hables más de la cuenta...!

—desafió, agarrándolo por la camisa—. ¡Que te parto la cara ahora mismo!

Ismael, sobresaltado, colocó de inmediato la botella sobre la barra; y, sujetándolo por los hombros:

—¡Cálmate! —espetó—. ¡No vas a hacer escándalo aquí también!

Pero el enojo de Jared fue mayor. Empujó a Ismael y sin pensarlo dos veces golpeó a Sean en la cara.

—¡Basta ya! —exigió Ismael, sujetándolo por ambos brazos—. ¡Tranquilízate y vámonos de aquí!

—¡Maldición...! —Jared forcejeó con él y de un fuerte halón se soltó—. ¡No me pidas que me tranquilice! ¡Y sí, me largo! —Revolvió impaciente dentro de su billetera, dejó el dinero sobre la mesa y salió a tropezones del bar.

Al llegar a su apartamento se lanzó sobre la cama; lo único que deseó fue dormir.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, tan pronto y Jared despertó se levantó y decidió telefonar a Ismael; su comportamiento de la noche anterior, lo hizo sentir avergonzado.

—Hola, Ismael.

—¿Cómo estás, Jared? ¿Te sientes más tranquilo?

—No, no es así. —Acongojado, se pasó la mano por el cuello—. Me siento incómodo contigo por todo cuanto sucedió anoche... ¡Disculpa, debí controlarme!

—Es verdad, Jared. Estuviste fuera de control. Lo has hecho ya reiteradas veces y tú no eras así.

—Tienes razón. Yo mismo me desconozco.

—Deberías hacer algo, porque así no puedes continuar.

—¡No puedo olvidarla, Ismael! —Jared calló por unos cuantos segundos; y, luego, mirándolo fijamente:

—Me ha afectado y no sé qué hacer —exclamó.

—Ya te lo hemos dicho. Sencillamente déjate de tontas conclusiones y búscala.

Jared se despertó en medio de la noche por la fuerte tormenta. Apiñó algunas almohadas y, acomodándose contra el espaldar de la cama, acercó su laptop e indagó por la red social; en donde se encontró con un mensaje de Brianna y en el cual comentaba que: Adell, su hermano, Imran y ella, viajarían a Miami en la noche de ese viernes. Cerró bruscamente la laptop; y, lanzándola contra la alfombra:

—¡Cómo puede estar sucediéndome esto! —protestó. Nuevamente el coraje y los celos se apoderaron de él.

CAPÍTULO 16

Miami, Florida.

La mirada de Adell se perdió en el océano y en el azul del cielo de esa hermosa mañana. Imran se acercó a donde ella, llevando consigo un vaso con jugo de naranja.

—Es para ti —le dijo.

Adell se volteó y sonrió.

—Gracias. ¿Te gusta, Imran? —preguntó, mostrándole la Bahía de Miami Beach, al mismo tiempo que bebía su jugo.

Imran, con sus antebrazos apoyados sobre la baranda, disfrutó de la vista, mientras la brisa hacía flamear a su camisa en color púrpura.

—Es una ciudad muy linda —comentó—. Este lugar me recuerda a Mumbai. Allí tengo un apartamento y la vista desde el noveno piso a la Bahía de Juhu y gran parte de la ciudad es magnífica.

Adell se volvió hacia él.

—¿De veras? ¡Qué hermoso! He visto reportajes de lugares muy bellos e interesantes de India.

—Así es... ¡Mi país es hermoso! —Y, mirándola intensamente, añadió:

—Serás bienvenida cuando lo desees.

Adell consintió, esbozando una suave sonrisa.

—¿Desayunamos en el balcón? —propuso, indicándole la mesa de mimbre que se encontraba a un extremo.

Imran le guiñó un ojo.

—Por supuesto. Nada mejor que un buen desayuno junto al océano. ¿Qué haremos hoy? —preguntó, mientras se sentaban a la mesa.

—¿Deseas dar un paseo por la playa o esperamos a que Brianna y mi hermano despierten? ¿Qué dices?

—Prefiero salir luego del desayuno, porque ellos de seguro y despertarán tarde. Luego podríamos almorzar por ahí... Yo invito.

—Perfecto. —Adell alcanzó su celular y telefoneó al restaurante, pidiendo les suban el desayuno a la suite.

Luego de deleitarse de un exquisito desayuno, caminaron por la orilla del mar. Adell descalzó sus canvas rojas; Imran también lo hizo, dobló las vastas de los pantalones blancos que llevaba puesto y, descolgándose del cuello su cámara de fotos, fue fotografiándola mientras jugaban al pie del agua. Miraron a lo lejos un tronco caído, por lo que fueron hasta allí y ahí se sentaron y permanecieron conversando por largo rato hasta que regresaron al centro de South Beach y buscaron un lugar en dónde almorzar.

A Imran le agradó encontrar un refinado restaurante de India. Entraron y escogieron una mesa para dos junto a la ventana, decorada finamente con flores y velas. A Adell le llamó la atención la delicadeza y la elegancia de ese lugar; robándole la mirada los tapices en vivos colores que colgaban de las paredes.

Imran sonrió mirándola.

—¡Veo que te ha gustado venir aquí!

—Sí, estoy fascinada. ¡Qué original es todo!

—También lo creo así. Y bueno... —comentó, mientras ojeaba el menú de las bebidas—. Esta vez seleccionaré yo el vino.

Adell asintió; y, seguido de una sonrisa, sugirió:

—Escoge uno suave, por favor.

—Así lo haré.

De regreso al hotel, antes se detuvieron en la explanada, avanzaron hasta dos bancas cerca de la orilla y ahí se sentaron a contemplar el atardecer.

—Adell... —preguntó Imran—, ¿cómo te has sentido en estos últimos días?

—Mejor... eso creo —respondió con su mirada fija en el océano.

—Me alegro de que sea así... —observó Imran, apoyando los antebrazos sobre sus rodillas; fijando también su mirada en el océano.

Adell regresó a verlo.

—Imran, ¿puedo pedirte algo?

—Lo que tú quieras, preciosa —contestó mirándola fijamente, en cuanto se volvió hacia ella.

—No deseo hablar de Jared... ¡Y no me preguntes nada que se relacione con él, por favor! Necesito olvidarlo.

—¡Te prometo que así será! —Consintió con una sonrisa victoriosa dibujada en su rostro; y, acercándola a su hombro, hizo que recueste su cabeza sobre él.

Adell cerró los ojos y suspiró.

—¿Regresamos al hotel? Necesito descansar. En la noche podríamos salir nuevamente.

Imran inclinó la cabeza y asintió.

—Si así lo deseas... Está bien. —Se levantó; y, extendiendo su mano, la ayudó a ponerse en pie.

En la noche, cuando Adell salió de su habitación y bajó al salón principal, vio que Imran, parado contra la baranda, mirando hacia el mar, esperaba a por ella. Quedó observándolo, notando cómo la brisa agitaba su elegante camisa en color azul zafiro y con la que definitivamente lucía muy atractivo.

—Imran...

Él regresó a mirarla; acercándose enseguida hacia donde ella.

—¿Estás lista? Te estaba esperando.

—Sí, podemos ir ya.

—Estuve indagando y vi que cerca del hotel hay un restaurante español —fue comentándola, mientras se encaminaban a la puerta

—. ¿Te gustaría ir allí?

—Claro que sí.

—¡Con música y baile flamenco!

—¡Vamos de una vez! —contestó Adell riendo.

Al finalizar la cena, se detuvieron en el bar de la piscina, ordenaron dos cócteles y fueron a sentarse sobre una banca bajo las palmeras.

—Adell, este lugar me fascinó.

—Sí, Miami es una ciudad muy bonita.

—Indiscutiblemente... ¡Será una lástima regresar tan pronto!

Adell bajó la mirada; y, entrelazando sus manos, asintió.

—Es verdad...

Imran quedó mirándola.

—¿Te sientes bien?

—¡Por supuesto que me siento bien! —exclamó, levantando a mirarlo.

—Entonces... —dijo él, tomándola de las manos—, necesito que me digas algo.

—¿Qué deseas saber? —preguntó Adell, sosteniendo nerviosa su penetrante mirada.

—¿Lo has apartado de tu mente?

Adell bajó la mirada.

—Te pedí que no hablemos de él... ¡Por favor!

—Discúlpame... —insistió—. Pero necesito saberlo —cuestionó tomando con toda delicadeza de su quijada y levantándosela—. ¿Lo has logrado...? ¿Aquí, conmigo?

Adell sintió sonrojarse al advertir la intensidad con que sus ojos color miel la acecharon.

—¡Contéstame, Adell! —exigió, clavándole la mirada.

—Sí, Imran... lo has logrado.

Él sonrió.

—Déjame entonces ser yo quien te haga olvidarlo. —Hizo de lado un mechón de su cabello; y, descubriéndole el rostro, empezó a acariciarla.

Adell se estremeció al sentir la presión de sus fuertes brazos aprisionándola con fuerza contra su pecho.

—Imran... —fue lo único que pudo decir cuando, sus sensuales labios, apenas rozándolos, acariciaron los de ella. Cerró sus ojos y se dejó llevar por su fragancia y por la embriagante tibieza de su respiración mientras la besaba despacio, pausado; y, luego, por el calor de su aliento cuando, acortando aún más la estrecha distancia que había entre los dos, murmuró a su oído:

—¡Quiero ser yo quien esté a tu lado!

Adell, tomando de su cabello, lo enredó entre sus dedos; a la vez que, Imran, estrechándola con más fuerza, continuó quemándola con sus ardientes besos.

La imagen de Jared cruzó por su mente; pensó en él, sintiéndose culpable. No pudo continuar correspondiéndolo; y, apartándolo

bruscamente de su lado:

—¡Dame tiempo! —suplicó mirándolo nerviosa.

Imran sonrió, mirándola con deseo.

—Todo el tiempo que necesites... —Y, tomándola con ambas manos por el rostro, volvió a besarla intensamente.

Adell sintió desmayar.

—Regresemos, es tarde —murmuró apartándolo de sus brazos; forzándose para no flaquear.

—¡Aún no! —exclamó Imran, respirando jadeante. La aprisionó contra su pecho y la besó con ansias.

—¡Por favor! —suplicó Adell, apartándolo de sus labios.

Imran asintió; y, rozando sensualmente con la punta de su nariz la curvatura de su cuello, murmuró, respirando pesado:

—Como lo prefieras, princesa.

CAPÍTULO 17

Después de dormir por varias horas, Adell se despertó con los fuertes rayos de Sol que entraron por la ventana. Se dio vuelta en la cama y miró que Brianna corría las cortinas.

—¡No, por favor! —suplicó cubriéndose los ojos.

—¿En dónde han estado ustedes? —preguntó ella, con su habitual tono de voz—. Ayer en todo el día no los vimos.

Adell sonrió.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

—¿Sabes la hora qué es? Es casi mediodía. Date prisa y levántate. Estaré con Matthew en la playa.

—Está bien... En media hora estaré allí.

Brianna levantó una ceja, mirándola con su típica sonrisa burlona.

—Si cambian de idea, al menos márcame al celular... ¿No te parece?

—Iré, descuida.

Adell no deseó encontrarse con Imran esa mañana; lo ocurrido entre ellos la noche anterior la incomodó y prefirió permanecer en la habitación.

Al finalizar la tarde, tomaron el vuelo que los llevó de regreso a Burlington.

—¡Muchachos! ¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Sophia al verlos llegar.

—Miami es una ciudad muy bonita y divertida —entusiasmado, contestó Imran acercándose.

—¡Oh, cuánto me alegro de que te hayas divertido!

Él sonrió.

—Conversen entre ustedes —interrumpió Adell. Recogió su maleta de mano del recibidor y, sin prestar más atención, subió por las escaleras.

Imran la siguió con la mirada.

—Mamá, ¿qué tienes para cenar? —preguntó Matthew, abrazándola por la cintura—. Estamos hambrientos... ¿No es así, Imran?

—Así es... —Sonrió; pero continuó mirando hacia los escalones, viéndola avanzar por el pasillo y entrar en su habitación.

—Acompáñenme —dijo Sophia—, les ofreceré unas deliciosas brochetas de ternera... ¡Sé que les gustará!

—¡Perfecto...! —Matthew sonrió, frotándose las manos—. Vamos Imran y acabemos con todo.

Imran regresó a mirarlo y asintió, apenas y sonriendo.

En su habitación, Adell deambulaba de un extremo hacia el otro, recordando los cálidos besos que se dieron con Imran. Se detuvo frente a la ventana y, pasándose la palma de su mano por la frente, exhaló. Resolvió dejar de evitarlo comportándose de esa manera errada: descortés e indiferente; cuando lo correcto era enfrentarlo. Inspiró profundo; y, volteándose, fue a dormir.

A la mañana siguiente, en cuanto bajaba por las escaleras, vio que Imran se encontraba en el balcón. Tomó aire; y, antes de que nadie más bajase a desayunar, decidida se lo acercó.

—Hola, Imran...

Imran; volteándose de inmediato:

—¡Adell, preciosa! —exclamó, seguido de una amplia sonrisa—. ¡Buenos días! Anoche no volví a verte luego de llegar a casa... ¿Te quedaste dormida?

—Sí. —Asintió—. Me sentí agotada... Quizá fue el vuelo. —Bajó la mirada y calló un momento—. Anoche... —dijo alzándolo a mirar—, quería hablar contigo.

—Lo hubieses hecho, estuve hasta tarde revisando un proyecto.

—Preferí esperar y hacerlo hoy —contestó intranquila, acomodándose el cabello que se le movía con la brisa, en cuanto se dirigía al otro extremo del balcón.

Imran quedó observándola; ya conocía su manera nerviosa de actuar.

—Dime, Adell, ¿es por los besos que nos dimos?

—Sí, Imran. Y te pido que me entiendas... ¡Pero no debió suceder!

Imran le clavó la mirada.

—Es por él, ¿verdad? —protestó, aproximándose hacia donde ella.

—¡No...! —Negó con energía, alzando a mirarlo—. También necesito un espacio entre él y yo.

—Adell... —indicó Imran, sujetándola por los hombros—. Yo fui claro contigo al decirte que esperaré el tiempo que necesites.

—Por favor, Imran... ¡No lo hagas más difícil! Te dije que me dieras tiempo, sí. Pero en ese momento ni yo misma comprendía lo que te decía.

Repentinamente, Imran la tomó con fuerza por el rostro e intentó volver a besarla.

—¡No...! —protestó Adell, lanzando su cabeza hacia atrás—. ¡No lo vuelvas a hacer!

—¡De acuerdo...! ¡Disculpa! Si así lo prefieres...

—¡Sí, Imran! ¡No vuelvas a forzarme a hacer algo que no lo deseo! Además... ¡Así lo prefiero!

—¡Lo siento! Pierde cuidado que no volverá a ocurrir —contestó mirándola indignado.

—Gracias por entenderlo... Pero no puedo ser desleal con ninguno de ustedes dos.

Imran sonrió con desprecio, negando con la cabeza.

—No eres desleal conmigo, Adell. Tú piensas que por habernos besado lo fuiste con él y eso no es así. Deberías entender que no logras nada esperando por alguien que vive desconfiando de todo el mundo... ¡Ya reacciona de una vez!

Adell lo miró sin pestañear.

—No es...

—No digas nada —interrumpió, tomándola por los hombros—. ¡Por tu bien, piensa más en ti! Hay un mundo muy grande esperándote.

Adell, en silencio, bajó la mirada.

—¡Vamos a dejarlo así por ahora! —concluyó Imran; y, apartándole las manos de sus hombros, se fue, dejándola en el balcón.

Adell se dejó caer sobre la banca. Levantó los pies y, abrazándose a sus rodillas, quedó pensativa, mirando hacia el jardín.

CAPÍTULO 18

En casa de la familia Jerome, todo estaba listo para celebrar las fiestas navideñas y de año nuevo.

Adell, desde el taburete de la cocina en donde se encontraba sentada, contemplaba las diminutas luces cristalinas que resplandecían del árbol navideño, mientras entristecida recordaba a Jared, sin dejar de dar vueltas al muñeco de goma que tenía aprisionándolo en su mano. Sabía que él pasaría en su cabaña de Maine los días festivos.

Imran se acercó a donde ella, llevándola una taza de chocolate caliente.

—Lo preparé para ti —dijo, haciéndola salir de inmediato de sus pensamientos.

—¡Oh, gracias! Sabes, es tradición para nosotros reunirnos en casa con toda mi familia y amistades. Quizá esto sea nuevo para ti.

—Lo conozco, en India hay familias que lo celebran también.

Adell sonrió; pero, evidentemente, continuaba distante.

—¿Deseas ir a caminar por el centro de Burlington? —dijo—, podríamos hacerlo mañana.

Imran asintió; y, acercando una silla, se sentó a su lado.

—Por supuesto, Adell.

—Me gustaría dar un paseo por la Avenida de las tiendas —agregó ella—. Así y aprovecho para hacer compras.

—Y tú me ayudas a encontrar el regalo ideal para tus padres. ¿Qué te parece?

Adell sonrió.

—Claro que sí.

Sophia corría de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, organizando la recepción para recibir a sus invitados que pronto llegarían.

—¡Adell...! —gritó desde el interior de la cocina, mientras terminaba de dar los últimos toques al pavo navideño—. ¿Has hecho lo que te pedí?

—¡No te preocupes, mamá, que lo estoy haciendo ahora! —contestó; en tanto que colocaba los dátiles y los frutos secos en diferentes fuentes, decorando luego el recibidor con arreglos de rosas blancas y rojas.

—¡Todo te ha quedado muy bonito! —exclamó Imran, mirando las decoraciones de flores a su alrededor, en cuanto bajó al recibidor—. ¡Déjame ayudarte!

—Quizá papá la necesite con los licores... ¡Míralo! —Extendió su mano, señalándolo—. Está en el bar, tratando de organizar las bebidas. Ve con él, porque sin duda le haces falta.

Imran la guiñó un ojo y enseguida fue con Oliver.

Una vez que la familia e invitados se encontraban reunidos en casa; Adell, desde el sofá esquinero, miraba cómo su padre, entusiasmado, relataba sus historias, mientras que todos lo escuchaban atentos.

Suspiró y, regresando a mirar hacia la ventana, se quedó pensativa, contemplando el reflejo de las luces intermitentes. Cerró sus ojos y fue junto a Jared.

¡Cómo te extraño, amor mío! ¡No imaginas cuánta falta me haces!

De la misma manera y en aquella noche; Jared, pensativo y de brazos cruzados, contemplaba de pie frente a la ventana de su cabaña cómo iba cubriéndose de nieve el bosque de pinos; pero en sus ojos no se reflejó la luz de siempre, en aquella noche lucían nostálgicos y sin brillo.

Los días transcurrieron y Jared se ocupó en lo que fuese para mantener a sus pensamientos distraídos.

No le resultó fácil, porque a pesar de su constante lucha para olvidar, él la extrañaba con más fuerza. Deseó dejarlo todo y correr a su lado, poder verla y expresar las cosas que las tenía aprisionadas dentro suyo; pero no fue capaz de hacerlo. Dejó que

nuevamente la inseguridad lo atrape y prefirió permanecer en la cabaña; sintiéndose solo, molesto con él mismo por ser tan débil.

CAPÍTULO 19

Llegó el día de volver a la universidad.

Adell empezó el segundo año en su carrera de Ingeniería Ambiental.

Le entusiasmaba encontrarse con sus compañeros de carrera; especialmente con Shayna, amiga alegre y divertida a quien no miraba desde hacía algún tiempo atrás. Tan pronto y la vio por el pasillo, exclamó, corriendo hacia donde ella:

—¡Amiga...! ¿Cómo has estado? ¿Lista para el nuevo semestre? Shayna la abrazó.

—Pues... eso parece —contestó divertida—. ¿Y tú, Adell?

—¿Yo...? Nada en especial. —Mostró una leve sonrisa, encogiéndose de hombros—. Pero de ti no he sabido en todo este tiempo.

—Es verdad. Estuve una temporada en la casa de campo de mi hermana. Pasé ahí las fiestas. Bueno, eso no tiene importancia... Háblame sobre ti. ¿Qué ha sucedido entre Jared y tú? Sean me comentó que aún continúan distanciados.

—Sí, Shayna. Han pasado muchas cosas entre nosotros. —Calló un momento, seguido de un profundo suspiro—. Te invito a almorzar y así conversamos, ¿qué dices?

—Está bien, amiga —contestó chequeando su reloj—. Me encanta la idea. Y ahora te dejo porque estoy retrasada.

En uno de los recesos de media mañana, Adell, con la intención de encontrarse con Jared, fue a la cafetería, puesto que ellos siempre coincidían allí. Pidió un café mocha y fue a sentarse a una mesa del fondo. Mientras se lo bebía, miró en todas las direcciones,

tratando de encontrarlo. Pero él no apareció por ningún lugar; por el contrario, quien enseguida que la vio y se acercó, fue su amigo Sean.

—Hola, Adell.

—¡Sean! —exclamó, volviéndose a mirar—. Ven, siéntate conmigo.

—Claro que sí. —Hizo de lado a la silla y se sentó frente a ella—. Sabes, necesito conversar contigo. Pero antes, cuéntame ¿cómo van las cosas entre Jared y tú?

—Todo sigue igual. —Suspiró—. No lo he visto ni he hablado con él... ¿Puedes imaginarlo? Desde fines de noviembre que no lo hacemos.

—¡Qué lástima por ustedes! Yo también lo vi por los últimos días de noviembre... Y bueno, nos encontramos en el bar. Él estaba con Ismael.

—Y ¿qué pasó?, ¿hablaron?, ¿te dijo algo? —preguntó mirándolo atenta.

—Cómo te explico... —Resopló, pasándose la mano por el cuello—. Me siento tan avergonzado con Jared.

—¿Qué sucedió, Sean? —cuestionó Adell, con su ceja derecha arqueada.

—Ahhh... —Exhaló, mirándola intranquilo—. Mira, te lo voy a decir. Ese día, desde temprano estuve bebiendo con mis amigos y cuando lo vi en la barra, me acerqué a él tan solo para provocarlo... Reconozco que me sobrepasé.

—¿Y entonces? ¿Qué sucedió entre ustedes?

—Pues... —Sean bajó la mirada; y, humedeciéndose lentamente los labios, calló un momento—. Me cayó a golpes —indicó, levantando a mirarla—. Claro, era obvio, después de todo lo que le dije.

Adell abrió los ojos.

—¿Qué...? ¿Qué Jared te agredió?, ¿dices? ¡Dios mío, es la segunda vez que lo hace!

—Sí, Adell. Pero déjame decirte que no fue culpa suya. Fui yo quien lo fastidió diciéndole que... ¡Perdóname por lo inconsciente que fui, por favor!

—¿Qué le dijiste, Sean?

Sean pasó saliva, acomodándose nervioso su media coleta.

—Empecé a molestarlo...

—¿Lo molestaste? ¿Pero qué fuiste a decirle para que él se enfade tanto contigo?

—Ahhh... ¡Idioteces! —Resopló.

—¡Pero dilo...! ¿Qué cosas?

—Le dije que... Imran..., bueno..., que..., ustedes se entienden. ¡Perdóname, por favor, amiga! No imaginas lo mal que me he sentido desde entonces.

Adell exhaló, moviendo de lado a lado la cabeza.

—Qué pena que ustedes que son tan buenos amigos hayan llegado hasta el punto de agredirse. ¡Pero no me sorprende! Jared se ha vuelto muy violento. Y no me pidas disculpas, porque las cosas han cambiado entre él y yo.

—En eso te doy la razón, Adell. Todos hemos notado cómo Jared ha cambiado. La verdad que lo vi muy afectado... ¡Sé que él está sufriendo! Ojalá y ustedes conversen lo más pronto. Porque tú y él, mi querida amiga, se necesitan y tienen que volver a estar juntos.

Adell, pensativa, bajó la mirada. Chequeó su reloj; y, al darse cuenta de que ya estaba tarde:

—¡Oh, debo irme! —exclamó levantándose—. Discúlpame, Sean, pero en dos minutos empezará mi clase de Cálculo. —Salió de la cafetería en carreras.

Tan pronto y finalizaron las clases, Shayna y Adell fueron a almorzar en un restaurante cerca de la universidad. Entraron y, como siempre lo hacían, escogieron una mesa junto a la ventana.

—¿Te parece si ordenamos como plato de entrada, mozzarella ahumado en rodajas de pan baguette?

—Perfecto, Adell —respondió Shayna, acomodándose en la silla—. Y entonces, cuéntame, porque me he pasado toda la mañana pensándolo. ¿Qué ha sucedido entre ustedes en todo este tiempo?

—¡Ay, amiga! Nunca imaginé que la desconfianza de Jared llegara tan lejos.

—¡Qué lástima, Jared y tú jamás se han separado! ¡Se me hace tan extraño lo que está sucediéndoles!

—Sí, y no imaginas cómo me duele.

—Lo sé, Adell. No necesitas decírmelo. Mira... —dijo señalando al mesero; quien venía cargando una enorme fuente—. De seguro y es lo que ordenamos. —El mesero colocó dos platos sobre la mesa: uno de ensalada Primavera y el otro de Ravioli di Portobello. —¡Que lo disfruten! —dijo haciendo una ligera inclinación y se retiró—. Entonces, amiga, ¿qué harás? ¿Has tratado de volver a buscarlo?

—Por supuesto. Lo he hecho ya algunas veces. Hoy fui a la cafetería pensando que él estaría allí, pero no fue así. Por el contrario, me encontré con Sean y él me comentó de la pelea que tuvieron... ¡Todo esto me tiene sin saber qué pensar!

—Sí, lo supe. Pero déjame decirte que esas reacciones de Jared son inusuales en él. Yo pienso que algo grave está ocurriéndole. ¿No has pensado en eso?

—¡Claro que sí! Jared no era como se está comportando ahora. Esta situación me tiene preocupada.

Shayna la miró entristecida.

—Dale tiempo. Te aseguro que no va a soportar mucho más sin ti.

—¡Yo lo extraño demasiado!

—Lo sé —contestó pasándole la mano por su brazo—. Bueno, terminemos con nuestro almuerzo... ¡Que por cierto está delicioso! ¿Qué harás hoy en la tarde?

—Nada en especial, deseo quedarme en casa.

—Comprendo. Me apena tener que dejarte, amiga —dijo Shayna, chequeando su reloj—, pero quedé en encontrarme con Zachary.

—Pierde cuidado —contestó esbozando una suave sonrisa—. Me alegró que hayamos almorzado juntas.

—Y a mí. Te veré mañana en clases. Cuídate, adiós.

—¿Qué tanto haces, Adell? —preguntó Brianna cuando, repentinamente, abrió la puerta de su habitación. Adell ojeaba ciertos papeles de la universidad que los tenía regados por su cama.

—Como ya podrás ver, tratando de organizarme. ¿Llegaste hace poco?

—Sí —contestó sentándose sobre el canapé en color beige que se encontraba al pie de la cama; y, cruzando una pierna sobre la otra, añadió, mirándose al espejo:

—estoy esperando a que Matthew termine de tomar una ducha.

Adell sonrió, mientras continuaba con sus ojos puestos en los papeles de la universidad.

—¿Van a algún lado hoy? —preguntó—. Es viernes.

—Iremos al bar que está en la marina —respondió jugando con su cabello; acomodándolo de diferentes formas, mientras continuaba mirándose al espejo—. Ven con nosotros, te hará bien.

—No lo sé...

—¡Deberías hacerlo! —protestó, frunciendo un extremo de su boca—. Deja ya de andar con esa actitud... Además, Imran viene también.

Adell alzó a mirarla.

—Eso no hace diferencia... ¡No comprendo tu comentario!

—Está bien... ¡Pero hazlo! —replicó sonriendo con sorna—. Te divertirás, créeme.

—De acuerdo... Iré también.

—¡Perfecto, iré a decírselo a Imran! Adiós, amiga.

¡No cambias, Brianna! Y, con una leve sonrisa dibujada en su rostro, Adell fue colocando, moviendo de lado a lado la cabeza, nuevamente las hojas dentro de la carpeta. La dejó sobre la mesa y fue hasta su armario para escoger qué vestiría esa noche.

—Estoy lista. Podemos ir cuando lo deseen —anunció en cuanto bajó al salón.

Imran, de inmediato se volvió hacia ella.

—¡Por supuesto, preciosa! —exclamó acercándose—. Te estábamos esperando.

Al amanecer y una vez de regreso en casa, en cuanto Adell encendió su celular, le sorprendió encontrarse con varias llamadas perdidas de Jared; además, de un mensaje suyo. Lo abrió e, impaciente, empezó a leerlo:

Adell, he pasado llamándote, pero no conseguí hablar contigo. Cuando leas este mensaje, por favor contéstame. Quiero verte.

Emocionada, le respondió de inmediato:

Jared, yo también deseo verte.

A los pocos minutos, él timbró a su celular:

—¡Mi vida, no imaginas cuánto me alegra escucharte!

—Yo también, amor.

—Deseo verte. Déjame ir hoy.

—¡Jared, me encantaría, pero mira la hora que es...! Son casi las cuatro de la mañana.

—Tienes razón. Perdí la cuenta del tiempo. Tan pronto y amanezca estaré en tu casa.

—Cariño, iré yo. Pero esta vez espérame en el lago, cerca de tu apartamento.

—Está bien. Allí estaré esperándote.

Colgó entusiasmada el celular, dejándolo caer sobre el cobertor de su cama y trató de dormir al menos esas tres horas, antes de ir a encontrarse con él.

CAPÍTULO 20

Jared la esperaba sentado en una banca frente al lago. En cuanto Adell llegó, se sentó a su lado.

—¿Estás bien, Jared? —Preocupada, notó algo extraño en él. Le invadió la dulzura en sus ojos, pero había tristeza en su mirada. Ella conocía bien todos sus gestos; además, que lo notó con unas libras de menos.

—No... —contestó, tomándola de las manos—. Sin ti no puedo estarlo.

Adell sintió a sus ojos humedecerse.

—Yo me siento igual, amor... ¡Sin ti no puedo vivir!

Jared; observándola atento:

—¡Perdóname, Adell! —exclamó; y, abalanzándose a abrazarla, la aprisionó fuerte contra su pecho—. ¡No resisto ni un día más estar sin ti!

—¡Me quedaría así, contigo toda la vida! —exclamó Jared, emocionado, mirando sus manos entrelazadas, una vez que regresaron a su apartamento.

Adell sonrió, recostándose sobre su pecho; y, mientras que, con la palma de su mano acariciaba su escultural torso, con las yemas de sus dedos dibujaba la firmeza de los tonificados músculos de su abdomen.

—Mi vida —preguntó él—, ¿quieres salir a almorzar o prefieres que ordene comida?

—¿Y, si mejor preparamos algo juntos? ¿Qué tienes en la nevera?

—Ni idea...

—Veamos... —Adell se levantó y fue a la cocina. Abrió la nevera; y, husmeando dentro de ella:

—podemos preparar pasta al tomate, cariño —sugirió—. Veo que tienes todo para hacerla.

—Hagámosla entonces —contestó Jared desde la habitación. Se levantó de la cama; y, colocándose en carreras el pantalón, fue a por ella.

Adell le colocó un delantal y juntos empezaron a prepararla.

—Quédate hoy conmigo —murmuró Jared a su oído, sin parar de darle besitos en el cuello, mientras aliñaban la salsa.

—Me encantaría, amor, pero hoy no puedo. Recuerda que salí tan temprano de casa que nadie lo notó. —Tomó un bocado de pasta; y, volviéndose hacia él, se lo metió en la boca.

—Mmmm... ¡Sabe bien!

—¡Por supuesto que está buenísima! —replicó—. Recuerda que soy experta preparándola. —Sonrió y, acercándose, le dio un beso—. Luego podríamos dar un paseo o mirar juntos una película. Ahora tú decides, cariño.

—Prefiero estar aquí contigo. Luego haremos lo que tú quieras. Eso sí —advirtió, esbozando una dulce sonrisa—, ¡solo al final de la noche te dejaré ir a casa!

Adell, riendo, lo haló hacia el comedor.

—Ayúdame a colocar los platos sobre la mesa. La pasta no puede enfriarse.

Una vez sentados a la mesa, Adell bajó en silencio la mirada y, pensativa, empezó a dar vueltas con el tenedor en el espagueti.

—¿Qué sucede, mi vida? —preguntó Jared.

Adell, angustiada, levantó a verlo.

—Cariño, esto que voy a decirte, por favor, tómalo con calma... pero es mejor que lo sepas.

—Decirme ¿qué, mi vida? —preguntó, mientras esparcía queso parmesano sobre la pasta—. ¿Pasa algo?

—Sí... —Confirmó; mientras que continuó mirándolo angustiada—. En Miami... Yo... ¡Cariño, solo sucedió!

Jared, sujetando el poco de pasta que había enrollado en el tenedor, alzó, extrañado a mirarla.

—¿Sucedio qué? —cuestionó—. No des tanta vuelta y dilo de una vez.

—Imran..., yo... —Inhaló profundo, mirándolo nerviosa—, nos besamos.

Jared, enmudecido, apartó de inmediato el tenedor de sus labios.

—¡Tenía que decírtelo, amor! —exclamó Adell, sosteniendo intranquila su mirada—. Mas únicamente fue aquella vez.

Jared, humedeciéndose los labios, negó con la cabeza y bajó la mirada. Luego la levantó; y, sin decir una sola palabra, tan solo se mantuvo observándola.

—¡Di algo...! —exclamó Adell—. ¡No te quedes callado!

—¿Y qué quieres que te diga? Ahora lo estás confirmando.

—¡No, yo no te estoy confirmando nada! Fue algo que sucedió sin desearlo.

—¡Pero lo hiciste!

—Sí, es verdad. Dejé que suceda. Pero no significa nada. Imran es solo un amigo para mí... ¡Simplemente eso!

—¡Adell, por favor! —replicó Jared, corriendo bruscamente su plato hacia atrás—. ¡Ya es suficiente!

—No te entiendo...

—¿No me entiendes...? ¡Y qué quieres que te diga! ¡Dejaste que ese infeliz te besara!

—¡Jared, por favor, eso no tiene importancia!

—¡Pues para mí sí la tiene...! ¡Yo jamás te he hecho algo así!

—¡Lo sé, cariño! —Consintió, tomándolo por las manos—. Créeme, no fue mi intención hacerlo. Me dejé llevar por la depresión que sentí en esos momentos. Tú estabas tan indiferente y tan distante de mí... ¡No imaginas cómo me dolía!

—No... —Negó Jared con la cabeza, mirándola dolido. Se puso en pie; y, encaminándose hacia el balcón:

—Ya no sé qué pensar de ustedes —repuso con la mirada fija en el azul del lago.

—¿Pero qué pasa contigo? —gritó Adell—. ¡Estoy siendo sincera!

—¡Y te lo agradezco! —replicó volviéndose hacia ella—. ¡Pero entiéndeme tú a mí! No es así de fácil aceptarlo... ¡Finalmente lo hiciste!

—¡Quién te entiende! Está bien, me doy cuenta de que para ti no tiene sentido mi honestidad. Menos aun, repetirte hasta el cansancio que es a ti a quien amo. ¡Al diablo contigo...! ¡Eres tan absurdo!

—¡No soy absurdo!

—¡Sí, lo eres...! ¡Y demasiado! —Se escuchó el fuerte portazo que Adell dio al salir.

Llegó a su casa, subió corriendo por las escaleras; y, lanzándose a la cama, se puso a llorar.

—¡Sal de aquí, por favor! —exigió, cuando sintió que Imran entró en su habitación.

Imran, cerrando la puerta detrás de él; alarmado preguntó, acercándose:

—Adell, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras?

Adell se limpió las lágrimas; y, volteándose, alzó a mirarlo.

—¡Dímelo, por favor! —insistió Imran, sentándose a su lado.

—Hoy estuve con Jared, pero...

—¿Qué sucedió? —interrumpió observándola con el ceño fruncido.

—Cometí la torpeza de decirle que tú y yo nos besamos.

—¿Por qué lo hiciste...? ¡Si ya conoces cómo es él!

—Quise ser honesta. Siempre lo hemos sido... ¡Y no, ya no puedo más!

—¡Por tu bien! —indicó, tomándola por los hombros—. ¡Adell, olvídalo! ¡Estás haciéndote mucho daño!

—Trataré... —contestó sosteniendo su mirada y echó a llorar—. ¡Es tan difícil todo esto para mí!

—Tienes que hacerlo. Princesa, reacciona de una vez. Recuerda todo cuánto te dije aquella noche en Miami... ¡No lo olvides! Ahora te dejo descansar. —Le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

—¡Tiene razón! —Consintió Adell, con la mirada perdida a través de la vidriera. Recogió las piernas; y, abrazándose a sus rodillas:

—Aunque sufra tendré que olvidarte... ¡Ya no eres el mismo, Jared! —exclamó—. ¿Qué está sucediéndonos?

Al día siguiente despertó con el resplandor de un hilo de luz que entró por su ventana.

Abrió los ojos y miró que sobre la mesita de cristal había una fuente con: rebanadas de melón, sandía, café, tostadas y una rosa blanca en botón. Sonrió; sabía que se trataba de un gesto de Imran.

Tomó la fuente; y, al colocarla sobre su cama, encontró una nota debajo de la rosa; en la que decía: ***¡Deseo que empiece feliz tu nuevo día!***

Sonrió, manteniéndola entre sus dedos.

CAPÍTULO 21

Jared le telefoneó a Ismael para encontrarse con él en el bar; pero, en vista de que no respondió, dejó un mensaje de texto comentándole, además, lo que ocurrió entre él y Adell la noche anterior.

Luego de que Ismael lo leyó detenidamente, prefirió ir antes por su apartamento.

—Hola, Jared. ¡Qué pena lo ocurrido entre ustedes!

—Me alegro de que hayas venido, Ismael. No pegué los ojos en toda la noche.

—Lo imagino. —Consintió; y, yendo hasta el refrigerador, tomó una cerveza—. Mira, no tomes las cosas de esa manera. Yo pienso que Adell nunca quiso lastimarte.

—No sé... —comentó Jared, pasándose angustiado la mano por el cuello—, pero todo esto me tiene descontrolado.

—Tranquilízate —dijo Ismael, mientras destapaba la cerveza—. Últimamente has tenido cambios muy bruscos en tu carácter. Un día estás bien y al siguiente ni tú mismo sabes cómo sobrellevar las cosas. Insisto en que Adell fue sincera contigo al confiártelo.

—Sí, en eso tienes razón. ¡Pero no soporto ni pensar que estuvieron juntos!

—¡Pero no hubo nada más! —observó Ismael, apartando la cerveza de sus labios—. Únicamente fue un beso... ¡No des tanta importancia!

—¡Por supuesto que para mí sí la tiene! Además, me molesta la actitud defensiva que ella siempre toma... ¡Y todo el tiempo defendiéndolo!

Ismael negó, moviendo de lado a lado la cabeza.

—¡Cuántas veces tengo que repetírtelo, Jared! Despreocúpate y deja las cosas del modo como están.

—¡Claro que me importa! ¡Ese desgraciado...! ¡No imaginas cuánto lo odio!

—Deja de expresarte de esa manera... ¡Tú no eras así!

Jared, furioso, volvió la mirada hacia el balcón.

—¡Tienes razón...! ¡Yo no era así! ¡A mal momento que llegó ese infeliz...! —replicó, regresándolo a mirar—. ¡A dañarme la vida!

—No, Jared. En eso estás equivocado. Tú mismo has complicado las cosas por tu falta de confianza. Ya es tiempo de que tomes control de tu persona y de tus emociones... Confía en ella, amigo. Y en ti, por supuesto.

—Ismael... ¡Tú no conoces a ese vividor! —interrumpió dejándose caer sobre el sofá—. Sus intenciones son otras... ¡Lo sé!

Ismael negó con la cabeza.

—Deja de suponer, Jared. Eso te hace más daño.

Jared, impaciente, se pasó la mano por la frente; dudando si en decírselo o no.

—Mira, te lo diré de una vez para que vayas conociendo las intenciones de ese aprovechado.

—¿Qué me tienes que decir?

—Deberías dejarte de rodeos y decirle de una vez por todas a Brianna que vives enamorado de ella. He visto cómo te mira... ¡Es indudable que le gustas!

—Bueno... —Ismael ladeó la cabeza, pasándose la mano por la nuca—. ¡Obviamente, me fascina! Pero es novia de Matthew.

—Eso lo comprendo bien —repuso Jared, levantándose y dirigiéndose a la cocina—. El asunto es que a él... ¡A ese todo lo tiene sin el menor cuidado! —balbuceó, abriendo el refrigerador y cogiendo una cerveza.

Ismael regresó a verlo.

—¿Qué dices? ¡Cómo que a Matthew le tiene sin cuidado!

—No, no me refiero a él —contestó acercándose.

—Entonces, ¿a quién te refieres?

—A Imran.

—¿Cómo que a Imran? ¿Qué tiene que ver él en esto?

Jared acercó la cerveza a sus labios y luego de beber un bocado, continuó:

—Más de lo que te imaginas. ¿Qué harías si empezaría a seducirla?

—¡Qué pregunta la tuya! —replicó juntando las cejas—. ¡No me agradaría en lo absoluto!

—¿Te das cuenta?

—Sí... ¡Pero no exageres!

—No exagero, Ismael. —Jared se puso en pie y fue hasta la cocina—. Te lo diré de una vez para que no seas tan ingenuo —dijo colocando la botella ya vacía sobre el mesón; y, volteándose, regresó a la sala—. He visto con la intensidad que ese descarado también la mira a ella... Y a Brianna parece no molestarle.

—La conozco y sé lo coqueta que es.

—Tienes razón... Ella no es el problema. ¡El problema es ese vanidoso que quiere tenerlas a todas!

—¡Y si fuese así, no se lo permitiría! —replicó Ismael con el entrecejo fruncido. Se levantó y fue a recoger su chaqueta que la había dejado sobre el espaldar de una de las sillas—. Ya es tarde. Discúlpame pero prefiero salir al bar en otra ocasión. Ahora voy a casa.

—Descuida, que yo tampoco deseo ir a ningún lugar. Quizá mañana voy por el hospital. Quiero ver a Victoria. Tienes turno con ella, ¿verdad?

—Sí, en la noche.

—Trataré de estar allí.

—Está bien, te espero. Cuídate.

Imran telefoneó a un amigo suyo, también un estudiante de India, quien cursaba su último año de Doctorado en Negocios.

—Mahavir, enseguida estaré contigo en el bar. Tardaré unos minutos porque antes pasaré recogiendo a Bharat. —Colgó la llamada y fue hasta la habitación de Adell—. Princesa, estoy de camino al bar. ¿Estás segura de no querer ir conmigo?

Adell, presionando el botón del control, bajó el volumen del televisor y alzó a mirarlo.

—Tranquilo, Imran. Ve tú solo. Quizá para una próxima ocasión.

—De acuerdo... *Shub Ratri!* —dijo guiñándola un ojo.

—¿Cómo...? No te comprendo, Imran.

—¡Que tengas una buena noche! —Sonrió.

—Gracias, diviértete.

Imran llegó al bar junto con su amigo, miraron que Mahavir los esperaba sentado a una mesa frente a la barra y fueron junto a él. Mientras conversaban, Bharat se dio cuenta y comentó entre ellos, de que alguien no dejaba de observarlos desde un extremo del bar. A Imran le llamó la atención y se volteó; dándose cuenta de que se trataba de Ismael. Enseguida levantó el brazo, saludándolo.

—Es un conocido —comentó y continuaron conversando.

—¿Cómo estás, Imran?

En el momento en que sintió que le dieron una palmada en su hombro, Imran se volvió y miró a Ismael parado a un costado suyo.

—Ismael. Ven, siéntate con nosotros.

—No te preocupes —contestó haciéndole una seña con la mano—. Tan solo necesito hablar a solas contigo.

—¿Conversar conmigo...? Hum... Está bien. —Corrió la silla y se puso en pie—. En un momento estaré con ustedes —dijo a sus amigos y fueron hasta el otro extremo del bar.

—Mira, Imran... —repuso Ismael, colocándose frente a él—. Quiero que sepas que Jared es un gran amigo para mí; como un hermano. No me parece delicado de tu parte que te comportes como lo estás haciendo.

Imran frunció el ceño.

—No te comprendo...

—¿No me comprendes? Me puedes explicar entonces ¿por qué no respetas la relación entre Jared y Adell?

—¡No tengo porqué darte explicaciones! —replicó sonriendo con desprecio—. Tan solo te diré que es tu amigo quien no sabe comportarse. Además... —añadió—, este no es asunto tuyo.

Ismael lo fulminó.

—¡Qué sabes tú!

—Mira, Ismael. Vamos a dejarlo así, porque no estoy de humor para entrar en detalles sobre mi vida personal... Y menos contigo. —Giró sobre sus talones; pero, en el momento en que se encaminaba a la mesa junto con sus amigos:

—¡Pero qué mierda contigo! —gritó Ismael, desafiándolo—. Me das la espalda y te largas porque te incomodas... ¿Verdad?

Imran; parándose en seco, contrajo la mandíbula y, volteándose, se regresó hacia donde él.

—¡No me vengas a hablar en esos términos! —advirtió, colocándose erguido a unos cuantos centímetros de su nariz—. Fui claro al decirte que este no es asunto tuyo... ¿Estamos de acuerdo?

—¡Puede ser que tengas razón...! ¡Pero lo menos que deberías hacer es respetar la familia en donde estás viviendo ahora!

—¡Qué sabes tú! —replicó, con un aspaviento de mano—. ¡Déjame tranquilo!

—¡Por supuesto que te dejaré tranquilo! Pero antes déjala tú tranquila a ella y respeta que es novia de mi amigo.

—Está bien... —desafió frotándose la barbilla, mientras lo escudriñaba de pies a cabeza—. ¿Quieres saberlo de una vez? Estoy enamorado de Adell. Me interesa... ¡Y mucho! ¿Lo comprendiste? Ahora ve y dile al idiota de tu amiguito todo cuanto acabé de decirte.

—Ya veo tus intenciones... ¿Acaso quieres ir arrasando con todas antes de largarte de aquí?

Imran echó a reír.

—¡Qué sabes tú de mí...! ¡Imbécil! —Y, sin prestarle más atención, se dio la vuelta para irse.

A pesar de Ismael ser una persona de carácter apacible; en ese momento no pudo controlarse. Se adelantó a él y, sin pensarlo siquiera, le metió un golpe entre ambos ojos.

—¡Hijo de puta! —gritó Imran, furioso, sujetándolo por el cuello; haciéndolo retroceder y golpearse contra la pared—. ¡A mí no me desafías! ¿Estamos claros? —Y, volteándose, regresó, dando largas zancadas, hasta la mesa en donde sus amigos, asombrados, presenciaron el altercado sin comprender qué fue lo que sucedió entre ellos—. ¡Por favor, vámonos! Y discúlpenn... ¡Pero ni yo mismo me esperaba a que este loco actúe así! ¡Salgamos de este lugar!

—Sí, vámonos. —Asintió Bharat—. Tan pronto y llegues a casa colócate algo en ese ojo, porque lo tienes hinchado.

Imran sacó bruscamente la billetera del bolsillo de su chaqueta y, dejando sobre la mesa un billete de cien dólares, salieron del bar.

—¡Dios mío! ¡Imran! ¿Qué te ocurrió? —exclamó Adell, al verlo entrar en esas condiciones a la casa y desesperada corrió a la cocina. Abrió la nevera, tomó unos cuantos cubos de hielo y regresó a la sala—. ¡Vamos, cuéntame! ¿Te golpeaste? ¿Te caíste? ¿Qué sucedió?

—No, nada de eso. Tuve una discusión.

—¿Una discusión? ¿Por qué? ¿Con quién? —cuestionó mientras le frotaba el hielo por su ojo derecho y por sus pómulos moreteados.

—No te preocupes... —contestó reaccionando al contacto, lanzando su cabeza hacia atrás—. No tiene importancia. —Hizo una seña con la mano, dándole a entender que no quería entrar en detalles.

—¡Dilo, Imran! —exigió Adell, arqueando su ceja derecha—. ¡No te quedes callado!

—De acuerdo. Discutí con Ismael en el bar.

Adell abrió los ojos, boquiabierto.

—¿Cómo...? No comprendo. ¡Ismael es muy tranquilo! Pero... ¿A qué se debió todo?

—Por desleal, según él.

—¿Desleal...? ¡Por el amor de Dios! Seguro y esto tiene que ver con Jared. ¿Qué pasa con ellos? Llamaré a Ismael... ¡Él tiene que escucharme!

Imran pasó su mano por su brazo, tranquilizándola.

—Adell, preciosa... ¡Déjalo así...! No merece la pena.

—Pero, Imran...

—¡Vamos a dejarlo así! —recalcó, tomándola de las manos—. No tiene importancia.

—Ahhh... ¡Está bien! Quizá tengas razón.

—¡Yo estoy perfectamente! —Esbozó una sonrisa insinuante—. ¡Gracias por cuidarme!

Adell resopló.

—De acuerdo. Ven, vamos a desayunar.

CAPÍTULO 22

En la universidad, Adell trató de mantenerse alejada de los lugares públicos para no coincidir con Jared. Su cambio de actitud la decepcionó; el chico dulce y tranquilo, desapareció.

Una tarde, luego de finalizar clases, fue al centro de Burlington. Estacionó su auto y fue a caminar.

Se distrajo mirando las vidrieras de las tiendas de ropa, llamándole la atención un abrigo en color rojo que se exhibía en uno de los maniquíes. Entró a la boutique y, sin pensarlo dos veces, lo compró; llevando, además, una bufanda y un gorro de cachemir con el cual hacía juego.

Continuó su paseo por la larga acera de adoquines rojos, en donde, buscó una cafetería. Entró y, escogiendo una mesa junto a la ventana, ordenó una taza extra grande de chocolate caliente con marshmallows. Al terminar de beberlo miró su reloj: marcaba las seis de la tarde. Recogió su cartera, los paquetes y salió. Antes de regresar a casa se le antojó pasar por la tienda de chocolates artesanales; entró y compró dos cajas: una hechos con miel, frutas y nueces; y la otra con crema y jarabe de maple.

—¿Qué traes ahí, hermana? —preguntó Matthew, acercándose al centro de mesa en donde Adell colocó las dos cajas; y, ojeando dentro de ellas, sacó un chocolate y se lo metió a la boca—. Veo que estuviste en el centro de Burlington, hermanita. Mmmm... ¡Sabe bien!

—Así es, hermano. Mira... —Abrió el paquete y, retirando el papel celofán, le indicó el abrigo, la bufanda y el gorro.

—¡Qué bien, me doy cuenta de que ya te sientes mejor! —
Sonrió; y, tomándola por el brazo, la encaminó hasta el sofá—. Y
ahora cuéntame, no tienes porqué ocultarlo. ¿Qué sucedió entre
Imran y tú en Miami?

Adell; esbozando una leve sonrisa ladina:

—Nada de importancia —contestó.

—¿Estás segura? Yo no lo creo así. —Los ojos azules de
Matthew brillaron—. Hermanita, de veras que me alegro. No quiero
verte triste nunca más. —La haló hacia él, haciéndola caer
recostada sobre su hombro—. ¡Disfruta, siempre y cuando te haga
feliz!

—Tienes razón, hermano. —Consintió; y, mirando las luces de la
ciudad reflejadas en el cristal de la ventana, preguntó:

—¿Imran, está aquí?

—Así es, llegó hace poco.

—Te veo luego. Debo decirle algo. —Se levantó y fue a su
habitación.

—Son para ti —dijo a Imran sentándose a su lado, entregándole
una de las cajas de chocolates. Él leía un libro.

—¡Gracias! —contestó apartando enseguida el libro de sus
piernas.

—¿Cómo está tu ojo? —preguntó Adell; y, acercándose, lo palpó
con sus dedos. Bajó la mirada y al ver a sus rojos y provocativos
labios muy cerca a los suyos; de inmediato alejó la mano de su
rostro—. Veo que has mejorado —dijo sobreponiéndose, haciendo
un esfuerzo para disimular.

—Así es... —Asintió, con sus ojos clavados en su rostro—. ¡Al fin
dejaré de lado a esas aburridas gafas oscuras! —Sonrió, dejando a
la vista su bonita sonrisa.

Adell se quedó contemplándolo.

—¿Te gustaría dar un paseo?

—¡Por supuesto! ¿Adónde me llevarás?

—Es una ciudad pequeña. Se llama Montpelier, te encantará. Es
acogedora, al estilo inglés. Y la comida, excelente.

—¡Y con la mejor compañía! —agregó él—. ¡Me encanta la idea,
preciosa!

Adell sonrió.

—Ahora te dejo para que continúes con tu lectura —dijo levantándose del sofá.

—Que tengas una linda noche... ¿A qué hora saldremos?

—A las nueve.

A la mañana siguiente y en vista de que el día amaneció despejado y bastante frío, Adell vistió una mini falda en tono beige con mallas oscuras de lana y botas hasta las rodillas; un blusón largo con un saco ceñido a la cintura; y, sobre él, el abrigo rojo que compró el día anterior en la boutique. Se paró frente al espejo y, sonriendo, miró cómo lucía. Tomó su cartera y bajó al recibidor a encontrarse con Imran.

—Buenos días.

Imran se volvió a verla.

—¡Buenos días! —exclamó; y, acercándose, la repasó con la mirada de pies a cabeza—. ¡Te ves muy linda! Además, me encantan los colores que llevas hoy.

Adell sonrió, observándolo también. Imran llevaba puesto un abrigo gris que le llegaba hasta los muslos; vaqueros oscuros y ceñidos; un suéter apretado al torso con la bufanda suelta y un gorro de lana gris que cubría toda su cabeza; haciéndolo lucir muy atractivo.

—¿Listo para salir?

Salieron temprano como lo acordaron la noche anterior; les llevó más de una hora en llegar a Montpelier.

—¿Qué te parece, Imran? —preguntó Adell, mostrándole las cuatro colinas a su frente, desde donde se divisaba la pequeña ciudad.

—¡Hermoso! ¡Qué lugar tan pintoresco!

—¿Te das cuenta? Te dije que la ciudad es hermosa. Ahora te llevaré a mi restaurante favorito: mediterráneo, al estilo italiano.

—¡Vamos allá entonces!

Escogieron una mesa junto a la ventana con vista hacia el río Winooski.

—Ahora escogeré yo el menú —dijo Adell, tomando la carta—. Tú lo hiciste en Miami, así que en esta ocasión lo haré yo.

—¡De acuerdo! —contestó Imran guiñándole un ojo y sonrió.

—Empecemos entonces con brochetas de anchoas y aceitunas —comentó repasándola—. Y, para beber, pediré una botella de vino Toscana Rosso... ¿Te parece? —preguntó, alzándolo a mirar.

—¡Perfecto!

Las horas se les pasaron entretenidas, mientras reían y conversaban de varios temas agradables.

—¿Te ha gustado venir aquí? —preguntó Adell.

—¡Me encantó! ¡Gracias, preciosa, por hacer que disfrute tanto hoy!

CAPÍTULO 23

—Hola, Jared, ¿cómo estás?

—¡Shayna, qué gusto escucharte! Dime...

—Jared, tienes que ir este domingo al Vermont Pub. Allí nos reuniremos para celebrar el cumpleaños de Adell.

Jared se quedó pensativo; sabía que ese domingo, diecisiete de enero, era su cumpleaños.

—Por supuesto que iré —contestó.

—Hazlo, Jared. A ella le dará gusto verte.

—No sé si Adell desee verme; pero yo sí... ¡Y no imaginas cuánto!

—Lo sé. Mira, nos reuniremos a las diez. Te espero. —Colgó.

¡Por supuesto que ahí estaré... aunque merezca que no quieras verme!

Una tarde, después de clases, Jared y Sean coincidieron en el parqueadero de la universidad. Este primero, al ver que Sean se encaminaba hacia el edificio, enseguida fue tras de él.

—Sean, hola...

—¡Jared, amigo! —exclamó volviéndose de inmediato—. ¿Cómo has estado?

—En la realidad, todo igual —contestó mostrándose avergonzado—. Y bueno, me alegra verte porque así puedo disculparme contigo por el desagradable incidente que tuvimos en el bar.

—¡Tranquilo, Jared! —repuso dándole una palmada en el hombro—. En todo caso eres tú quien debe disculparme. Me sobrepasé contigo y de veras que me siento avergonzado por todo

cuanto te dije ese día. Quiero que sepas que no lo hice con intención.

—¡Mejor olvidémoslo!

—¡Por supuesto, amigo, es mejor así! ¿Sabías que nos reuniremos el domingo en el bar? Vamos, ánimo. Sería la oportunidad perfecta para que tú y Adell conversen.

—Shayna me lo comentó hace unos días. Y sí, por supuesto que iré.

—Qué bien, Jared. Ahí estaremos todos los amigos... ¡Y tú eres parte de nosotros!

Jared sonrió.

—Lo sé.

—¿Qué te parece si nos reunimos este viernes en la noche? Podríamos ir al bar irlandés.

—Sí, me gustaría... —contestó Jared, chequeando su móvil—. Pero antes déjame hablar con Ismael y con mi hermana, porque acordé en reunirme con ellos. Quizá les agrade la idea y van también. Te lo confirmo mañana.

—Espero tu respuesta. Y ahora te dejo, porque tengo clase de Informática. Adiós.

Jared fue al centro de la ciudad buscando algo especial para entregarle a Adell en el día de su cumpleaños. Tanto recorrer de un lado hacia el otro por la Avenida de las tiendas, al fin lo encontró. Pero, antes de que lo envuelvan, colocó en su interior una nota que escribió para ella.

Llegó la noche del domingo y Jared fue al Vermont Pub.

Enseguida que lo vio, Shayna se levantó y fue a su encuentro. Saludaron y lo llevó hasta una mesa en donde estaban todos reunidos.

Sean, con una palmada en el hombro, le dio la bienvenida y le indicó para que se siente junto a él; pero, antes de hacerlo, Jared se dirigió hacia donde Adell estaba.

—Hola —saludó nervioso, tratando de ignorar la molesta actitud de Imran.

Adell apenas y sonrió.

—¡Felicidades! —fue lo único que él pudo decir. Y, dándose media vuelta, regresó a sentarse junto a su amigo—. ¡Maldición...!

¡Olvidé entregárselo! —contrariado, protestó en voz baja—. ¡Cómo pude haberlo olvidado!

—¿Qué olvidaste? —preguntó Sean.

—Esto... —dijo sacando del bolsillo de su chaqueta una pequeña envoltura y mostrándosela—. ¡Me llevó horas encontrarlo! Es su regalo de cumpleaños.

Sean soltó una risotada.

—¡No te hagas problema, ya tendrás tiempo de entregárselo!

Desde un extremo de la mesa, Jared no dejó de mirarla; y, de la misma manera, los ojos de Adell, se volvían tan a menudo hacia donde él estaba. De pronto, Adell se levantó y salió del salón; en tanto que, Jared, corriendo al mismo tiempo la silla, fue detrás de ella.

Quedó enloquecido mirándola avanzar por el pasillo: Adell lucía bellísima con su vestido corto y pegado a su esbelto cuerpo; y su cabello que lo llevaba suelto y de medio lado; como a él le fascinaba.

—Adell... —preguntó nervioso—. ¿Podemos hablar? Por favor... será solo un momento.

Adell; volviéndose hacia él:

—Jared, este no es el lugar... —señaló con gesto de sorpresa, levantando su ceja derecha—. ¡Déjalo así por ahora! —Y, volteándose, continuó caminando en dirección al baño de mujeres.

—¡Por favor! —insistió tomándola por el brazo y deteniéndola.

—Jared, este no es el momento ni el lugar... ¡Comprende!

—Está bien... Pero al menos déjame telefonearte.

—Hazlo mañana. —Consintió, esbozando una suave sonrisa—. Estaré esperando tu llamada. Ahora debo irme.

Jared, emocionado, se quedó contemplándola mientras Adell avanzaba por el pasillo; y, sonriendo, mordiéndose un extremo de su labio inferior, regresó también al salón.

—¿Lograste hablar con ella? —impaciente por saberlo, preguntó Sean, tan pronto y Jared se sentó a su lado—. Me di cuenta de que corríste detrás suyo.

—Sí, lo hice —respondió acomodándose en la silla—. No conseguí estar a solas con Adell el tiempo que hubiese deseado, pero al menos logré conversar con ella.

—¡Bien, Jared! —exclamó Sean, haciendo que alce a mirarla—. Mírala... No puede disimularlo.

Jared levantó a verla; Adell también lo hizo y, sonriendo, se volvió hacia Shayna y continuó conversando con ella.

A la mañana siguiente, tan pronto y despertó, Jared la telefoneó.

—Hola, Adell.

—Hola, Jared... Despertaste temprano hoy.

—Sí, quiero verte.

—Está bien, Jared.

—Voy ahora mismo a tu casa.

—No, en casa no. Encontrémonos en el parque como la vez anterior. ¿Te parece a las once?

—Claro que sí. Ahí estaré.

Jared, ansioso, la esperaba desde temprano en el parque. Cuando Adell llegó, caminaron hasta una banca frente al lago y ahí se sentaron.

—No sé cómo empezar —dijo nervioso, frotándose las manos sobre sus rodillas—. Me siento avergonzado. ¡Fui tan absurdo contigo! —Nervioso aún, logró tomarla de las manos—. ¡Perdóname, por favor!

Adell, levantando una ceja, lo penetró con la mirada.

—¡Ya son varias las veces que lo has hecho, Jared!

Jared, estando a punto de interrumpirla; no dijo nada y ella continuó:

—Nos estamos haciendo daño. Tú conoces bien mis sentimientos, pero has dudado varias veces de mí y no soportaría que lo vuelvas a hacer.

—Lo sé, mi vida. Y nuevamente te pido que me perdones. Te prometo que no volverá a suceder. Desde que tú y yo estamos separados no sé lo que es ser feliz.

—Por nuestro bien... —insistió Adell, tomándolo con ambas manos por el rostro—. No nos hagamos más daño y dejemos todo como está. Quiero tener paz, por favor.

—No sé si lograré soportar vivir sin ti. —Consintió, seguido de un largo suspiro—. Pero si eso me pides para sentirte tranquila y recuperar tu confianza... ¡Lo haré!

Desde ese momento, Jared supo que no sería fácil mantenerse indiferente.

Transcurrieron algunos días desde aquel encuentro en el parque. Jared se ocupó la mayor parte del tiempo otorgándole más interés a sus estudios. Asimismo, unas veces salía con sus amigos a divertirse; y, en otras, permanecía en su apartamento con la esperanza de recibir noticias de Adell, pero no había respuesta de ella; por lo que, su indiferencia lo entristeció. Tanto así que, sintió derrumbarse y con cada día que pasaba la extrañaba más.

En una de esas noches, escribió una nota para ella:

*Mi vida, no consigo vivir sin ti.
¡No imaginas cuánta falta me haces!
Me pediste llevar esto con calma; créeme, lo intento, pero no lo
consigo.
Mi paz y mi calma únicamente están a tu lado, porque mi
corazón te pertenece, amor.
¡Te amo!
Jared.*

CAPÍTULO 24

A la mañana siguiente, Jared despertó temprano y decidió ir al Mall. Fue hasta una floristería, en donde escogió un arreglo de tulipanes blancos para Adell. Escribió una nota y luego de colocarla en su interior, pidió que el arreglo de flores le envíen a su casa.

Buscó una cafetería y entró en un Starbucks. Ordenó un café late de avellanas y un croissant de chocolate y fue a sentarse a la barra, de frente al ventanal, mirando a la gente pasear. Mientras esperaba por su café, llamaron a su celular; era su hermana.

—Hola, Vicky.

—Jared, ¿cómo has estado?

—Bien, hermana. Qué te puedo decir... tratando de solucionar mis errores.

—Ten calma, mi cielo. Tú eres único y eso Adell lo conoce muy bien.

Jared sonrió.

—¿En dónde estás? —preguntó Vicky.

—En el Mall, pero enseguida iré de regreso a casa.

—No vayas a tu apartamento, ven al mío y así pasamos el día juntos. Prepararé pescado al horno con limón y aceitunas. ¡Mira que es uno de tus platos favoritos! ¿Qué dices? También llamaré a Ismael.

—Sí, seguro que iré —contestó esbozando una suave sonrisa de agrado—. ¿Te hace falta algo?

—No, mi cielo. Únicamente deseo que vengas.

De camino a casa de su hermana, antes se detuvo en el supermercado y compró helado de pistacho, el preferido de Victoria; además, de una botella de vino blanco.

Reunidos allí, los tres pasaron un día muy agradable.

En la noche y una vez de regreso en su apartamento, Jared no esperó más y telefoneó a Adell; necesitaba saber de ella.

—Disculpa si te desperté —angustiado, dijo cuando ella contestó—, pero deseaba hablar contigo.

—No te preocupes, estaba leyendo. ¿Cómo has estado?

—¿Cómo crees? —protestó, notándola un tanto indiferente—. ¡Te extraño demasiado!

—Por favor, Jared. No lo hagas más difícil. —repuso; seguido de unos cuantos segundos de silencio—. Recibí tu arreglo de tulipanes. Gracias, están hermosos.

Jared apenas y sonrió.

—Me alegra saberlo. Adell...

—Dime, Jared.

—Mi vida, te extraño. No hay un solo momento que no deje de pensar en ti. De encontrar la manera para que me perdones.

—Jared, por favor.

—No es fácil vivir sin ti. Yo...

—Jared, dejémoslo así... ¡Por favor! Ahora debo dejarte. Que tengas una buena noche. —Colgó.

—¡Dios, la estoy perdiendo! —exclamó desesperado; y, cerrando los ojos, se tumbó sobre la cama.

Había pasado ya tres semanas desde aquella noche y Jared tuvo que resignarse a no verla ni a hablar con ella. Cuando tropezaban en la universidad o cuando coincidían en la cafetería, simplemente se miraban y luego cada cual tomaba su camino.

Una noche, asaltado por mil confusos pensamientos, Jared, impaciente, se mantuvo dando vueltas de un lado al otro por su apartamento; hasta que, no soportó más y salió de casa. Fue al lago, estacionó el jeep y, recostándose contra el espaldar, cerró los ojos y trató de comprender la actitud de Adell. Pero se equivocó juzgándola erróneamente. Dio por hecho, de que esa fue la manera más delicada que ella encontró para hacerle entender que todo acabó entre ellos. O, peor aún, dedujo que ella se enamoró de

Imran. Descontrolado por sus propias conclusiones, únicamente consiguió hacerse más daño.

Y, por el contrario, en esas tres semanas, Adell tuvo claridad: comprendió lo que reclamaba su interior y lo que ella deseaba en la realidad.

Y así lo hizo. Esa noche decidió correr a su lado y excitar más aún su pasión: ansió acariciarlo, abrazarlo, besarlo, perdiéndose en el calor de su cuerpo.

Subió a su auto y fue a buscarlo.

CAPÍTULO 25

Adell estacionó su auto en el parqueadero en donde Jared tenía su apartamento y enseguida lo telefoneó.

—Jared...

—Adell... ¿cómo estás?

—Bien, cariño. Feliz de escucharte... ¿En dónde estás?

—¿De veras te alegra escucharme?

—¡Claro que sí, no deberías ni preguntarlo! Jared, contéstame, ¿en dónde estás? Vine a buscarte. Estoy estacionada al pie de tu apartamento.

—Que estás ahí, ¿dices? No te vayas... ¡Espérame! ¡Llego enseguida!

—Pero... —Adell sonrió, moviendo de lado a lado la cabeza—. ¡Cómo voy a irme! Jared, dime en dónde te encuentras que yo iré hasta allí.

—Estoy en el parque. Cerca del apartamento... Estaré esperándote.

—Voy en este momento. ¿Jared?

—Sí...

—¿Qué te ocurre? Noto algo extraño en ti.

—Adell, yo...

—Dímelo, cariño. No te quedes callado.

—Tengo miedo.

—¿Miedo...? —preguntó, frunciendo el entrecejo—. ¿De qué?

—De lo que vayas a decirme.

Adell inhaló profundo, negando con la cabeza.

—Voy enseguida. Tengo que colgar ahora.

En cuanto Adell llegó, Jared la esperaba arrimado contra la puerta delantera de su jeep. Estacionó el auto y bajó también. A pesar de Jared estar puesto un abrigo, guantes, gorro y una enorme bufanda, la cual le daba varias vueltas alrededor de su cuello, él temblaba de frío. Movi6 la cabeza y, acercándose:

—¿Qué haces ahí? —protestó. Abrió la puerta de su auto e hizo que embarque.

—Esperaba a que llegues.

—¡Cómo se te ocurre! La noche está linda y estrellada, pero hace un frío terrible.

—Podríamos esperar aquí —propuso nervioso, acomodándose en el asiento del pasajero.

Adell se volvió a verlo.

—Está bien. Si tú lo prefieres.

—Adell, tú... —mencionó vacilante; pero después bajó la mirada y, entrelazando sus manos, Jared apenas dijo nada.

—¿Qué sucede...? —Adell, preocupada, lo miró cómo, nervioso, empezó a frotarse las manos sobre sus rodillas—. ¿Por qué te quedas callado?

Jared, inquieto, alzó a mirarla; y, sin poder soportar ni un segundo más con tanta angustia, decidido la abordó, con aquello que tan abatido lo tenía:

—Me pediste este alejamiento, porque te enamoraste de él, ¿verdad? —Y, con sus ojos fijos en los suyos, azogado aguardó por su respuesta.

Su pregunta la tomó de sorpresa; a Adell nunca se le cruzó por la cabeza que él llegara a pensar eso. Bajó la mirada e, inhalando pausado y exhalando de igual manera, optó por quedarse callada.

Jared, desmoralizado por aquel delatador silencio, cerró los ojos, tratando de guardar la compostura. Hasta que por fin, forzando la voz para aparentar calma:

—¡Lo sabía! —exclamó—. Tuve tanto miedo de que esto llegara a suceder... ¡Mas yo soy el culpable por haberlo permitido! —Volvió a callar y, humedeciéndose los labios, bajó la mirada. Luego la levantó; y, mirándola entristecido, prosiguió, seguido de un ahogado suspiro:

—Aunque esté destrozado, no podría ponerme en contra. ¡Te amo con toda mi alma, solo deseo que seas feliz!

—¡Qué dices, Jared! —replicó Adell, sin dar crédito a todo ese absurdo—. ¡Basta ya de pensar eso! —Acunó su rostro; y, al levantárselo, vio que sus ojos estaban enrojecidos y llenos de lágrimas—. ¡Jared, mírame! ¿Qué pasa contigo? Has creado una historia en tu mente... ¡Una historia que no existe!

Jared, enmudecido, sostuvo su mirada; entre tanto, Adell continuó:

—Entre Imran y yo únicamente hay una buena amistad. Yo no estoy enamorada de él. ¡Entiéndelo de una vez! ¡Mi vida eres tú! ¡Te amo a ti, mi amor, con toda mi alma!

Jared; sin dejar siquiera que termine de decírselo, se abalanzó a abrazarla:

—¡Tuve tanto miedo de que fuese diferente! —exclamó agitado—. ¡Perdóname por continuar con mi estupidez y haber dudado nuevamente de ti! ¡Qué torpe fui! No quise hacerte daño... ¡Pero con mi inseguridad lo hice! —se acusó, golpeando los puños contra sus rodillas—. ¡Soy tan estúpido! Te prometo que no volverá a suceder... ¡Perdóname, por favor! —suplicó abrazándola fuerte contra su pecho.

—Jared... Siento que al fin estás comprendiendo. Ten confianza y no vuelvas a dudar, porque eso nos destruye.

—¡No lo volveré a hacer! ¡No soportaría perderte de nuevo!

—No sucederá, amor, si tú lo quieres así. —Levantó a mirarlo; y, acariciando con su mano el definido óvalo de su rostro:

—¡Cuánta falta me hiciste! —exclamó acercando sus labios a los suyos y besándolos tiernamente.

Al día siguiente, despertaron enredados en la cama.

—Quiero llegar a casa tomados de la mano —dijo Adell, mirando sus manos entrelazadas.

—Claro que sí. Pero no deseo permanecer mucho tiempo allí... Compréndeme.

—Lo sé, cariño. Será tan solo el tiempo que tarde en cambiarme de ropa.

—¿Y luego? —preguntó él, devorándola con la mirada.

—Hum... —Adell vaciló, mordiendo sensualmente su labio inferior—. Luego iremos a dar un paseo por el centro de Burlington... ¿Me invitas a cenar?

Jared soltó una risotada.

—¡Claro que sí, mi vida!

En los días siguientes; tanto en la universidad, como fuera de ella, Jared y Adell siempre estuvieron juntos. Unas veces, salían con sus amigos a divertirse; y, en otras, preferían quedarse en su apartamento. Miraban películas o escuchaban música, ordenaban comida o preparaban pasta y brownies.

Disfrutaron al fin juntos.

CAPÍTULO 26

—Ven conmigo —dijo Jared—. Tengo que mostrarte algo. —Y, cubriéndole los ojos, la encaminó hasta su habitación.

—¿Qué es? —preguntó Adell riendo.

—No seas tan curiosa... ¡Ya lo verás!

—¡Dímelo, amor, que estoy impaciente!

—Ahora, abre tus ojos, mi vida.

—¿Y todo esto? —preguntó emocionada, mirando a su alrededor: el piso estaba cubierto con pétalos de tulipanes en color blanco y púrpura, sobre el cobertor gris de la cama de Jared había un enorme ramo de tulipanes en color violeta, envuelto con lazos y cintas blancas—. ¡Qué hermoso! —exclamó; y, volviéndose hacia él, lo abrazó.

—Mira junto al ramo, mi vida. Ahí encontrarás lo que no pude darte en el día de tu cumpleaños.

Adell, esbozando una amplia sonrisa, fue hasta allí. Buscando detenidamente entre los tulipanes, halló una pequeña envoltura. Impaciente la abrió, encontrándose en su interior con una nota escrita por él y en la que decía: *¡Eso eres para mí!*

Sonrió y levantó a mirarlo; Jared, atento, aguardaba bajo el umbral de la puerta. Al desatar la envoltura cayó entre sus manos una fina cadena: el colgante era la mitad de una estrella tallada en piedras de zafiro azul, con el nombre de él escrito a un costado. Del extremo de la envoltura cayó simultáneamente otra cadena, exactamente igual y con la otra mitad de la estrella; en la que estaba escrito el nombre de ella. La tomó entre sus manos; y, emocionada:

—¡Amor, está hermoso! —exclamó, levantando la mirada.

Jared, enseguida fue a su lado.

—No pude dártelo aquella vez y lo guardé esperando el día en que estuviésemos nuevamente juntos.

—Ven aquí —dijo Adell; y, haciendo que incline su cabeza, se la colocó. Luego, tomándolo por el rostro, le dio un cálido beso en los labios.

—Ahora lo haré yo. —Jared levantó su cabello y luego de colocársela, la abrazó—. ¡Prométeme que todo el tiempo la llevarás contigo!

—Así lo haré, amor. Tu nombre siempre estará en mi pecho.

—Y el tuyo en el mío... ¡Tú eres mi estrella!

Les esperaba una larga y apasionante noche en su apartamento.

CAPÍTULO 27

—¿Deseas ir a casa de mi hermana? —preguntó Jared, mientras jugaba con el cabello de Adell, enroscándolo entre sus dedos.

—Sí, amor, vamos que yo también deseo verla.

Se levantaron de la cama, juntos tomaron una deliciosa ducha y salieron a casa de Victoria.

—Hola, cariño. ¡Cuánto me alegra verte! —exclamó Victoria, abrazándola—. Y a ti también, mi cielo —dijo a su hermano, volviéndose hacia él—. Es lindo verlos juntos.

Jared aprisionó a Adell contra su hombro; y, dándole un beso en la frente, asintió.

—Claro que sí, hermana. Bien sabes que ya no lo soportaba más.

Victoria sonrió, viéndolos muy enamorados.

—Miren, he preparado ravioles para cenar. ¿Qué les parece si vamos a la mesa?

—¡Ravioles, qué rico! —entusiasmada, exclamó Adell—. Gracias, Vicky. Me encanta la comida italiana.

Victoria asintió.

—Lo sé, mi niña. Hoy pregunté a Jared que te gustaría cenar. Y él, sin terminar ni de consultárselo, me recomendó que los preparase.

—¿De veras...? ¡Y tú no me dijiste nada, amor! —protestó regresándose a mirarlo; seguido de un fuerte apretón en su brazo.

Jared, soltando una risotada, la tomó por la cintura y fueron a sentarse a la mesa.

—¿Cómo van tus clases, Adell? —preguntó Victoria, mientras servía rodajas de tomate decoradas con orégano y albahaca fresca y bañadas en aceite de oliva y vinagre en cada plato.

—Muy bien. Gracias —contestó; y, pinchando una rodaja de tomate, se lo llevó a la boca—. Para el próximo semestre empezaré mi tercer año.

—¡Mira eso, pronto terminarás tu licenciatura! Además, de ser bastante interesante tu carrera.

Adell asintió, con una amplia sonrisa.

—Claro que sí, adoro lo que estudio.

—¿Y tú, mi cielo? —preguntó a Jared—, en verano empiezas tu maestría. Continuarás en la misma universidad, me imagino.

—¿Y adónde más voy a ir?

Victoria y Adell rieron, mirándose entre sí.

—Tienes razón, hermano... ¡Qué pregunta la mía!

Victoria siempre fue muy cariñosa con su hermano y con Adell. Esa noche estuvo contenta; pues sabía perfectamente cuánto se amaban y lo mejor que pudo ocurrir entre ellos era que estén juntos nuevamente.

—La cena estuvo deliciosa, Vicky —manifestó Adell, levantándose—. Pero es tarde y debemos irnos. Mañana temprano tenemos clases.

—No se preocupen —contestó levantándose también—. Me alegró verte, mi niña. Y tú —dijo a su hermano—, conduce con cuidado, cariño.

—Adiós, hermanita.

Adell terminaba su clase de Bioquímica, cuando sonó su celular.

—Dime, amor...

—¿En dónde estás?

—Saliendo de clases, ¿y tú?

—Esperándote en la cafetería. Ven aquí.

—Voy enseguida. —Acercó el auricular a sus labios y le envió un sonoro beso.

En cuanto Adell entró en la cafetería, vio que Jared tenía su laptop abierta sobre la mesa.

—¿Qué tanto haces, cariño? —preguntó, colocando su bolso sobre una de las sillas.

—Tratando de enviar un proyecto de Economía —contestó con sus ojos fijos en la pantalla—. Y tú, mi vida... —consultó, alzando a mirarla—. ¿Qué deseas hacer hoy?

—Por ahora, contemplarte.

—¡Listo! Logré enviarlo —exclamó cerrando la laptop—. ¿Deseas beber algo aquí o prefieres ir a algún restaurante de la marina? —preguntó tomándola de las manos.

—Prefiero ir al restaurante... ¡Estoy hambrienta!

Jared sonrió.

—Vamos entonces, que yo también estoy igual. Pero te parece si antes pasamos por tu casa y dejas ahí tu auto. ¿Qué dices?

—Sí cariño. Es lo mejor.

Fueron hasta la casa de Adell, dejó allí su auto y continuaron en el jeep de Jared.

—¡Al fin es viernes! —exclamó Adell; y, levantando los brazos, dejó que la brisa haga revolotear a su cabello.

—Es verdad... ¡Pero qué semana tan complicada!

—Tienes razón... Para mí también la ha sido.

—¡Y ahora juntos otra vez! —indicó Jared mirándola de reojo; esbozando una risita, mientras la hacía cosquillas en la cintura.

—¡Deja de jugar y préstame atención! —protestó Adell, carcajeándose.

—De acuerdo... ¿Qué tienes que decirme?

—Esta noche mi hermano y sus amigos harán una fiesta en casa. ¿Qué te parece si tú le telefoneas a Sean? Y yo a Shayna para que vengan. Ya sabes..., así ellos dos...

—Lo haré, amor... ¡Claro que sí! —Y, girando el volante, dobló la esquina e ingresó al estacionamiento del restaurante. Estacionó el jeep y entraron—. ¿Qué almorzaremos? —preguntó.

—Hum... ¿Qué te parece langosta al grill?

—Eso mismo. ¡Y con cervezas bien frías!

—¡La mía que sea de frambuesa!

Todos los amigos de Matthew se reunieron en su casa; y, mientras entretenidos, conversaban y escuchaban música, rellenaban una y otra vez sus jarras de cerveza.

—¡Amigos, presten atención! —interrumpió él—. ¿Qué les parece si el sábado en la noche vamos al concierto? Será en el parque de la marina.

—¡Por supuesto que iremos! —contestaron todos, levantando a un solo coro las jarras de cerveza.

Adell se puso en pie; y, halando a Jared, fueron hasta el jardín. Se sentaron sobre el columpio que se encontraba debajo del pino más grande; y, pasando el brazo alrededor de su cintura, murmuró, contemplando a las estrellas:

—Quiero estar aquí, a solas contigo.

—¡Yo también lo deseo así! —Consintió él. La envolvió entre sus brazos y continuaron con la mirada prendida en las luces titilantes de aquel cielo primaveral.

Adell se levantó; y, tomándolo de la mano, lo llevó hasta su habitación. Cerró la puerta, asegurándola desde el interior.

—¡Quédate esta noche conmigo! —exclamó volviéndose hacia él, con su mirada ardiente en deseo, clavada en la suya.

Jared sonrió.

Entre desesperados besos fue desvistiéndolo hasta llegar a su cama. Gateó sobre él, deslizando sus labios por su vientre, sus sensuales y bien trabajados pectorales, sus hombros, la curvatura de su cuello... Lo miró con lujuria; y, mientras mordía sus rojos y carnosos labios, repitió, entre suspiros, cuánto lo amaba.

Jared la atrajo más hacia él; y, al mismo tiempo que la devoraba con ansias, sus manos la despojaban de su vestido. Hicieron el amor como dos locos; hasta que, rendidos, quedaron dormidos con los primeros rayos del Sol.

La música sonó maravillosamente en la noche del concierto. El ambiente en la marina estuvo tan divertido que todos lo disfrutaron.

—Estaré aquí, temprano en la mañana —dijo Jared, despidiéndose de Adell en el portón de su jardín, una vez que regresaron—. ¡Realmente estoy cansado!

—No llegues tarde para desayunar juntos, amor —respondió ella, seguido de un cálido beso en sus labios. Y, volteándose, cerró el portón y entró a casa.

Brianna vino hacia donde ella, traía dos botellas de vino en sus manos.

—Amiga, ¿y, Jared?, ¿se fue ya?

—Sí, lo hizo. Se sentía muy cansado.

—¡Oh, qué lástima! Mira... —Sonrió, indicándole las dos botellas

—. ¡La fiesta continúa!

Adell negó con la cabeza.

—Esta vez no los acompañaré. Disculpa, pero también estoy cansada. Háganlo ustedes.

—¿Cómo dices eso? ¡Anímate! Podemos estar en tu habitación... será únicamente hasta terminar con el vino.

—Está bien... Vamos.

—¡Iré a llamar a los muchachos! —exclamó entusiasmada; y, colocando las botellas sobre el mueble, salió.

Una vez reunidos en la habitación de Adell, Brianna y Matthew continuaron con el ritmo de la música, mientras cariñosos jugaban entre ellos.

Imran y Adell reían observándolos.

—¡Dejen ya de reírse de nosotros y terminen de una vez con su copa de vino! —replicó Brianna.

—Pienso que es suficiente licor por hoy —contestó Adell.

—¿Qué dices, amiga? —protestó con el ceño fruncido—. Es temprano aún.

Adell, meneando la cabeza, sonrió.

Matthew y Brianna estaban muy cariñosos; no lo podían disimular. Brianna se levantó; y, tomándolo de la mano, hizo que él también lo haga.

—Nosotros nos retiramos —dijo sonriéndoles burlonamente—. Si lo prefieren, continúen ustedes.

—Ahí les queda una más, si desean continuar bebiendo —añadió Matthew, señalando a la última botella de vino. Se dieron media vuelta y salieron de la habitación.

Adell e Imran se miraron entre sí; y, encogiéndose de hombros, no les quedó de otra que continuar conversando. Él no dejó de hablarle sobre su cultura india; y, por supuesto, esos temas eran de gran interés para Adell. Entonces, entusiasmado tomó la botella sobrante, acercó las copas, la fuente con quesos y almendras; y, sentándose cómodamente sobre el piso, hablaron por horas de

todos aquellos temas: le explicó detalladamente sobre su cultura, sus tradiciones, costumbres y religiones.

—Hoy has tenido una extensa clase de Historia —comentó con una satisfactoria sonrisa dibujada en sus labios, mientras vaciaba el vino en ambas copas.

—Estás en lo cierto. Es algo que siempre me ha gustado. —Adell bajó la mirada; y, en cuanto chequeó su reloj:

—¡Mira la hora que es! —exclamó sorprendida—. El tiempo se nos ha pasado sin sentirlo.

—Es verdad y pronto amanecerá... ¡Pero aún queda vino y hay que terminarlo! —Riendo, Imran tomó ambas copas y volvió a llenarlas.

Las horas transcurrieron; mientras que ambos continuaron riendo y conversando.

—Me siento mareada... además, que hace un calor excesivo —comentó Adell, sujetándose la cabeza.

—Tienes razón. Igual siento yo. —Levantándose, Imran fue a abrir la ventana—. ¡No comprendo qué está sucediendo...! ¡Me siento sofocar! Adell... —preguntó volviéndose hacia ella—, ¿podría retirarme la camisa?

Adell levantó a mirarlo.

—Claro que sí, hazlo. —Mientras tanto, se levantó y fue al baño, se miró al espejo y, notando que transpiraba, abrió el grifo y se mojó con agua fría la cara. Al salir fue hasta su armario, abrió la gaveta y cogió lo primero que encontró: unos shorts pequeños, una camiseta de tiras y los vistió—. ¡Así me siento más comfortable! —comentó cuando regresó a la habitación. Se sentó sobre la cama, alcanzó la botella; y, vaciándola en ambas copas, continuaron con su interesante conversación.

—¿Qué harás más tarde cuando despiertes? —preguntó Imran.

—Jared vendrá a casa —contestó seguido de un largo bostezo, levantando los brazos—. ¡Ay, Dios! —exclamó tambaleándose—. Le dije que venga temprano.

Imran se rio de ella, mirándola en ese estado.

—¡No te rías así de mí! —protestó sujetándose con ambas manos del filo de la cama—. Yo no estoy acostumbrada a beber

tanto. Además... —recalcó—, me siento mareada. —También echó a reír.

Imran se carcajeó.

—Yo sí lo estoy... ¡Pero qué extraño! Me siento igual que tú. ¡No importa! —Consintió, acomodándose el cabello—. Continuemos conversando porque me encuentro muy a gusto contigo.

Ambos trataron de seguir con el hilo de la conversación; sin embargo, cada vez se les hizo más difícil.

—Discúlpame, Adell... —protestó Imran, frunciendo el entrecejo al no articular bien sus palabras—. ¡Pero siento una extraña sensación!

—Tranquilo... —le contestó con un aspaviento de mano—. ¡El exceso de vino se nos ha subido a la cabeza!

—Fue una velada muy linda, Adell. Pero es mejor descansar y dejar que tú también lo hagas.

—Tienes razón... —titubeó.

—¡Oh, Dios! —exclamó Imran tambaleándose, sujetándose la cabeza cuando trató de ponerse en pie. Tomó lentamente aire y exhaló, haciéndolo en intervalos cortos.

Mientras tanto; Adell, forcejeando desesperada para no caer vencida por el sueño, alzó a mirar y notó que, de igual manera, Imran desfallecía frente a ella.

—No entiendo ¿qué me sucede? —protestó él.

Adell tomó fuerzas; en tanto que, con la vista nublada, presenció cómo Imran, bamboleándose, se desplomó sobre los almohadones. Entorpecida se pasó la palma de su mano por la frente; y, luego, ella también se desvaneció y cayó sobre el pecho de Imran.

—Hola, mi... —Jared quedó paralizado. Su tez palideció de rabia en cuanto abrió la puerta de la habitación de Adell—. ¿Qué pasa aquí? —gritó—. ¿Adell...? ¿Qué significa todo esto? —Adell dormía profundamente entre los brazos de Imran, tumbada sobre su pecho desnudo, aferrada a sus hombros; y, él, abrazado de ella—. ¡Maldito hijo de puta! —Y, corriendo enfurecido hacia donde él, de un empujón lo lanzó fuera de la cama.

Adell, sobresaltada, despertó con los gritos de Jared. Se miró a ella misma; y luego, angustiada, a Imran cómo, aturdido, ponerse en pie. Volvió aterrada la mirada hacia Jared y:

—¡No, no... no es lo que tú piensas! —exclamó levantándose tan rápido como pudo.

Jared la miró destrozado.

Entretanto; Imran recogió su camisa del sofá y se la puso encima.

—¡Créeme, por favor! —suplicó Adell, mirando desesperada a su alrededor—. ¡No entiendo qué sucedió! ¡Ni siquiera recuerdo por qué nos quedamos así dormidos!

—¿Ni siquiera lo recuerdas? —repitió Jared, negando con la cabeza. Aquello le dolió aún más.

—Jared... —intervino Imran, aproximándose hacia donde él—. No es...

—¡Cállate! —gritó volteándose—. ¡No necesito explicaciones tuyas!

—¡Por favor, mi amor! —rogó Adell, tomándolo por el brazo—. ¡Créelo! Estuvimos conversando... Y, luego... ¡Dios...! —exclamó sujetándose desesperada la cabeza—. ¡No consigo recordar más!

Jared le clavó la mirada.

—¡Ustedes dos me engañaron! ¡Seguro que lo han hecho durante todo este tiempo! ¡Y yo creyendo en ti! ¡Amándote con todas mis fuerzas...! ¡Ahora me doy cuenta de lo falsa que eres!

—¡No, las cosas no son así! —exclamó Adell, dando un paso adelante—. ¡Por favor, créeme!

Jared la miró dolido, bajó la mirada y fue ahí cuando se dio cuenta de las dos copas y de las dos botellas de vino ya vacías que estaban lanzadas en el piso. Tensionando la mandíbula, indignado, levantó a mirarla:

—¿Y tienes el descaro de continuar negándolo?

—¡Basta! ¡Deja de juzgar sin saber! —irrumpió Imran, colocándose frente a él—. Estuvimos aquí reunidos con Matthew y con Brianna. Luego ellos se fueron y nos quedamos conversando. ¡Y sí, bebimos! Pero nunca pasó nada entre los dos... Nada de lo que estás imaginando. Sinceramente no recuerdo en qué momento nos quedamos dormidos.

Jared lo miró furioso; su relato no tuvo sentido para él. Se dio media vuelta; y, avanzando a paso rápido, se encaminó hacia la puerta.

Adell, desesperada, corrió tras de él.

—¡No, por favor, no te vayas así! —suplicó deteniéndolo por el brazo—. ¡No es lo que estás imaginando! ¡Imran y yo no estuvimos juntos! ¡Créeme!

Jared; volviéndose hacia ella:

—¡No más engaños! —gritó con sus ojos llenos de ira clavados en los suyos, soltando de un fuerte halón su mano que la tenía aferrada a su brazo—. ¡Creí en ti...! ¡Pero no más! —Y, enfurecido, dándose media vuelta, salió de la habitación. Bajó corriendo por las escaleras, abrió la puerta y se marchó.

Adell, enmudecida, permaneció en el corredor mirándolo marcharse.

—¿Qué fue lo que sucedió? —llorando, preguntó a Imran, cuando este fue a su lado.

—Tampoco lo recuerdo —respondió él con la mirada fija en la puerta de entrada—. ¡Perdóname por esta situación, Adell!

—Iré a su apartamento... ¡No puedo dejarlo así!

—¿Deseas que vaya contigo?

—No, Imran. No necesitas hacerlo. Ahora deseo estar sola, por favor.

—Está bien... ¡Pero tranquilízate! —Le pasó su mano por el hombro y se alejó de ella.

Adell se dio media vuelta y entró en su habitación. Se sentó sobre la cama; y, angustiada, pasándose la palma de su mano por la frente, trató de recordar qué fue lo que sucedió esa madrugada entre ellos. Únicamente recordó aquel calor inusual y el sueño pesado que los vencía.

Definitivamente fue por tanto vino... ¡Eso fue lo que sucedió!

Se levantó de la cama, buscó nerviosa las llaves de su auto dentro del gavetero, bajó en carreras por las escaleras y a gran velocidad condujo hasta el apartamento de Jared.

—¡Tenemos que hablar! ¡Las cosas no pueden quedar así! —le dijo en cuanto llegó.

Jared la recibió de mala gana; apenas con la puerta entreabierta.

—¡No, Adell, me basta con lo que vi!

—¡Es que no es lo que tú piensas! ¡Hay un malentendido en todo esto!

—¡Siempre hay un malentendido para ti! —replicó gritándola.

—¡Es que sí lo hay!

—Entra, Adell —dijo haciéndose a un lado.

Adell entró, deteniéndose frente al espejo del recibidor.

—Amor, estás en un error. Te explicaré cómo fueron las cosas.

Jared negó con la cabeza, volviendo la mirada hacia el lago.

—Esa madrugada... —prosiguió ella—, después de que te fuiste, Brianna se acercó con dos botellas de vino y fuimos a mi habitación. Estuvimos allí entretenidos hasta que ella y Matthew se fueron. Imran y yo nos quedamos conversando. Y sí, bebimos más de la cuenta. Pero eso no quiere decir que haya pasado algo entre los dos. Eso fue lo que sucedió. Por esa razón nos quedamos dormidos. ¡Créeme, por favor!

—Te repito que el único error fue creer en ti —repuso Jared, sonriendo de un modo que creyó interpretarlo todo—. ¡Debí entender desde un principio...! ¡Mi padre siempre tuvo la razón!

—¿Qué...? ¡Es que no es así! ¡Entiende, por favor!

—¡Entiende tú...! ¡Maldita sea! ¡No te creo! ¡No les creo nada a ustedes!

—¡Lo que tú estás es cegado por los celos! Imran es solo mi amigo. Desde que él llegó, únicamente te has pasado desconfiando de nosotros.

—¡Por supuesto que me han hecho desconfiar! —replicó sujetándola bruscamente por el brazo—. ¿Piensas que soy estúpido? ¡Vete con él...! —espetó soltándola—. ¡Que yo estoy de más aquí!

Adell dio un paso atrás, asustada de su reacción; mientras que, él, dando un paso adelante:

—¡Me has hecho mucho daño...! ¡Y continúas haciéndolo! ¡Esto termina aquí!

Adell se tambaleó y su tez palideció.

—Yo no quiero que lo nuestro termine... ¡Mi amor eres tú, entiéndelo!

—¡No te creo! —gritó con sus ojos destellantes de ira, clavados en los suyos—. ¡Ándate con él y olvídense de mí...! ¡Que yo también te sacaré de mi vida!

Adell sintió desfallecer.

—Estás destruyendo la bella imagen que tengo de ti —suplicó llorando—. ¿Por qué te ciegas tanto? Nada tengo que ver con él... Es la última vez que te lo diré.

—¡Ándate y no vuelvas más! Y te juro que me estoy muriendo por dentro, porque tú sabes que te amo con todas mis fuerzas... ¡Pero esta vez se acabó! No deseo saber más de ti. Adiós, Adell.

—Jared...

—No digas nada más... ¡Vete, por favor!

Jared no volteó a verla. Al escuchar el sonido de la puerta sintió derrumbarse. Cerró los ojos y lloró.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 28

Adell se afectó emocionalmente por el injusto adiós de Jared. Nunca imaginó que las circunstancias le jugarían en su contra, afectando de esa manera su honestidad; por lo cual y de forma radical terminó la relación, sin conseguir justificarlo.

Su decepción fue tan grande que decidió marcharse. Lo dejó todo y acogió la invitación que le ofrecieron los padres de Imran y viajó a India.

Supo que aquel sería el lugar correcto en donde nada le recordaría a él, en donde no miraría su imagen ni escucharía su voz; simplemente, en donde él ya no estaría presente.

Estando lejos, Adell deseó con todas sus fuerzas encontrar paz.

Burlington, 2 de marzo.

Llegó el día del viaje, Adell sintió una serie de sensaciones: miedo, emoción, nostalgia...

Estar lejos de su país, de su familia y amigos sería, sin duda, una nueva experiencia para ella; pero, sobre todo, sintió un gran vacío por alejarse de quien tanto amaba.

Fue doloroso marcharse y dejarlo. Sin embargo, se forzó a hacerlo con el fin de olvidar, consciente de todas las adversidades emocionales por las cuales atravesaría. Su gran amor, sus más profundos y dulces recuerdos quedaron en todos y en cada uno de los lugares que compartieron con Jared; todo aquello, quedó allí.

Adell e Imran debían estar temprano en el aeropuerto de Burlington, su vuelo a Mumbai estaba programado para las cinco y cuarenta de la mañana.

—¡Cuídate, hermanita! —dijo Matthew, aproximándola fuerte contra su pecho, despidiéndose de ella en el portal del jardín—. Esta será indudablemente una extraordinaria experiencia para ti.

—Lo sé, hermano. ¡Cuánto te voy a extrañar! —exclamó dándole un beso en la mejilla; en tanto que, Imran, acercándose a donde él, le estrechó un abrazo.

—Gracias por todo, Matthew. Estos meses han sido extraordinarios junto a ustedes.

De camino al aeropuerto, Sophia fue dándole a su hija una serie de recomendaciones. Ella alzó a mirar y vio que su padre, por el espejo retrovisor, sonrió guiñándole un ojo. También lo hizo; y, regresando a ver por la ventanilla del auto, se quedó pensativa, contemplando las tenues luces de la ciudad.

—Mi niña... —expresó su madre, tomándola cariñosamente por el rostro, una vez que se encontraban en la sala de embarque del aeropuerto—, este viaje será bueno para ti. Ten calma que pronto te sentirás mejor. Y, sobre todo, sé feliz en ese nuevo lugar.

Adell la abrazó.

—¡Te extrañaré, mamá! ¡Y tú, papá...! —exclamó, regresándolo a mirar—. ¡Cuídate! Te prometo que tan pronto y todo esto haya terminado, regresaré. —Le dio un beso en la frente y se alejó de él.

Imran, acercándose, de igual manera, se despidió de ellos:

—Hasta pronto, queridos Oliver y Sophia. En su casa viví momentos muy hermosos sintiéndome como en mi hogar. ¡Gracias! Les prometo que tanto mi familia como yo cuidaremos de Adell. —Y, haciendo una ligera inclinación, volvió a agradecer y se despidió de ellos.

Aterrizaron en la ciudad de Mumbai al atardecer. El viaje fue largo; les llevó alrededor de veintidós horas en llegar a India.

Mientras entusiasmados salían conversando por las puertas giratorias, Adell miró que tres personas muy elegantes venían hacia donde ellos; por lo que, de inmediato, consideró que se trataría de los padres de Imran.

—*Namaste!* —exclamaron ellos, con una amplia y afectiva sonrisa dibujada en sus rostros.

—¡Madre, padre! —exclamó Imran, abrazándolos; feliz de verlos nuevamente. Y, rodeando a Adell con sus brazos, se la presentó:

—Ella es Adell.

Adell hizo una reverencia, demostrando respeto.

—¡Es un gusto conocerlos, señores Gadhavi!

—¡Bienvenida a India! El gusto es nuestro, querida —contestó Dhira, la madre de Imran, hablando un español bastante claro; mientras que, Rajit, su padre, esbozó una grata sonrisa.

Imran pasó el brazo por los hombros de Adell, llevándola junto a su joven hermana.

—Ella es Priya, mi hermana menor.

—¡Un gusto conocerte, Adell! Mi hermano nos ha hablado muy bien sobre ti en todo este tiempo.

—¡Gracias! —Sonrió, sosteniendo su cálida mirada; y, volviéndose hacia los padres de Imran:

—Siento que tomé la mejor decisión viniendo aquí —exclamó—. ¡Ustedes son muy amables!

De camino a casa de la familia Gadhavi, Adell fue en silencio contemplando la ciudad. Le impresionó su encanto, sus contrastes; distinto a todo cuanto ella estaba acostumbrada a mirar.

—¡Qué ciudad tan hermosa! —comentó y regresó a mirar a Imran, quien iba a su lado—. La imaginé varias veces, pero es más bella.

Las comisuras de su boca se elevaron, destacando su bonita sonrisa.

—Siempre te dije que Mumbai es hermosa. —respondió; y, estirando su brazo, fue indicándole y dándole información de los lugares por los cuales atravesaban; mientras que Adell los iba observando fascinada. Continuaron el recorrido, hasta que llegaron a la entrada de una bellísima residencia ubicada a las afueras de Mumbai. Imran, en cuanto se detuvo el lujoso Mercedes Benz en el cual viajaban, extendió su mano; y, dirigiéndola hacia la mansión, señaló:

—Esta es mi casa, Adell.

La entrada era un largo camino de hermosos y exuberantes árboles en color violeta; y, al fondo, en medio de jardines impresionantes y de pilares de mármol, sobresalía la elegante mansión; en la cual se apreciaban terrazas decoradas con jarrones altos y de donde se desbordaban flores exóticas de varios colores; las había: blancas, púrpura, amarillas, rojas... Además, de enredaderas y palmeras pequeñas.

Aquellos bellísimos jardines llamaron la atención de Adell, por lo que de inmediato supo que en ese lugar tan apacible encontraría la paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

Burlington.

Jared terminaba de estacionar su jeep en el parqueadero de la universidad, cuando sonó su celular. Le llamó la atención que Ismael lo telefonease tan temprano en la mañana; apenas era la siete y treinta.

—Qué me cuentas, Ismael —dijo cerrando la puerta del jeep.

—Hola, Jared. ¿Te encuentras bien?

—¡Por supuesto que me encuentro bien! —respondió con el entrecejo fruncido; sorprendido por su pregunta—. ¿Sucede algo que yo no lo sepa?

—Veo que aún no lo sabes... —Ismael dio un leve suspiro—. Hablamos con tranquilidad cuando termines clases.

Pero; por la obvia actitud intranquila de su amigo, Jared de inmediato se dio cuenta de que algo estaba sucediendo.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que debo saber? —cuestionó.

—Mira, iré luego por tu apartamento. Ahí conversamos.

—Hoy regresaré temprano. Pienso que alrededor de las diez, porque solo tengo una clase. ¡Pero al menos dime de qué se trata!

—Quédate tranquilo —contestó. Prefirió interrumpir la llamada para todos esos detalles dárselos personalmente—. Hablamos luego. Adiós.

Jared colgó; y, angustiado, continuó caminando hacia la Facultad de Economía. Sabía que de seguro y algo Ismael tendría que decirle sobre Adell.

Esperó impaciente durante toda la clase; hasta que al fin finalizó. Guardó sus libros y salió.

Mientras encendía el jeep se repetía que no debía pensar en ella ni de dar importancia. Él se prometió olvidarla; pero su angustia fue mayor.

—Hola, Jared... —entró diciendo Ismael, en cuanto llegó a su apartamento—. ¿Cómo estuvo tu clase?

—Todo bien. Y ahora dime... —cuestionó Jared, clavándole la mirada—, ¿qué tienes que contarme? Se trata de Adell, ¿verdad?

Ismael exhaló; y, caminando cabeza en bajo de un lado hacia el otro por el hall de entrada, asintió.

—Sí, Jared. Se trata de ella.

—¡Deja de estar yendo y viniendo de un lado hacia el otro y sé más explícito!

—Te lo voy a decir... ¡Pero tómallo con calma!

—¡Déjate de rodeos y dilo de una vez! —replicó—. ¿Qué está sucediendo?

—Mira Jared, lo supe por Brianna... —Calló de repente; y, pasando saliva, continuó, sosteniendo nervioso su mirada:

—Anoche ella me contó que Adell se fue del país.

—¿Se fue...? ¿Dónde? ¿Lo sabes?

—Sí, Jared, ella... —Exhaló profundo, pasándose la mano por la nuca.

—¡Dímelo...! —exigió Jared, mirándolo impaciente—. ¿Por qué te quedas callado?

Ismael lo miró fijamente.

—Adell se fue a India... —Y, aclarando la garganta, prosiguió:

—Con Imran.

Su tez palideció; quedándose enmudecido.

—¿A India...? —cuestionó vacilante, tumbándose desesperanzado al sofá—. ¿Está ahora allí? Pero... ¿Cómo pudo hacerlo? ¡No, Ismael! ¡Tiene que haber una equivocación!

—Jared... únicamente supe que los padres de Imran la invitaron a quedarse una temporada en casa de ellos. Aparte de ese... —repuso dando un paso adelante, sentándose frente a él—, no conozco más detalles. Habla con tus amigos, ellos tienen que saberlo.

—Esto no me lo esperaba... —respondió Jared; y, apoyando sus antebrazos sobre sus rodillas, entrelazó las manos y se quedó con la mirada perdida en el cristal de las puertas del balcón—. Pensé en todo, menos que ella se haya ido. Dios... ¡Lo hicieron! —exclamó sujetándose con ambas manos la cabeza—. Me duele Ismael... ¡Duele demasiado!

—Lo sé, amigo. Tenías que saberlo y mejor pronto.

Jared bajó la cabeza; permaneciendo con la mirada fija en los tablones del piso.

—¿Te das cuenta, Ismael? —observó, levantando la mirada—. Ellos se fueron juntos. Adell está ahora en India, con él. ¡Dios...! —

exclamó, golpeando la mesa de centro con los puños—. ¡Cuánto lo odio! ¡Debí matarlo a golpes ese día!

—¡Cálmate, amigo! No saques conclusiones antes de conocer los motivos. Mira, habla con uno de tus amigos o pídele a Sophia que te lo diga. Ella mejor que nadie te dirá las cosas tal y como son.

—¡No...! —replicó mirándolo con dureza—. No queda dudas. Ellos se fueron. Quisieron hacerlo y ahora están juntos. Ese día, después de encontrarlos, ella vino hasta aquí a pedir que no mal interprete lo que miré. Me rogó que crea, que confíe en ella... ¡Si tú la hubieses visto, Ismael! Lloraba y me suplicaba asegurando que no hay nada entre ellos. Que son imaginaciones mías por mi falta de confianza... ¡Qué descaro! Aún guardo el sonido de su voz repitiendo que me ama... ¡Cuántas veces lo hizo! —Calló; y, presionando los labios, suspiró profundamente—. No puedo negarlo. Estoy sufriendo. ¡Tú sabes cuánto la amo! —Sintió tanto dolor que no consiguió controlarse y, cubriéndose el rostro, dejó que sus lágrimas resbalen por sus mejillas.

—Tranquilízate. Te aseguro que habrá una explicación. Y no te hagas más daño pensando así de ella. Yo pienso que Adell tomó esa decisión porque también está sufriendo. Quizá necesitó un espacio alejándose por un tiempo de todo.

Jared levantó a mirarlo, negando con la cabeza.

—¡Pero no debía irse...! ¡Y menos con él!

—Jared, fuiste tú quien terminó con la relación. ¿Por qué no razones en eso?

—¡Compréndeme, estuve fuera de mí...! ¡Ella me engañó!

—No, yo no lo creo así. Fuiste demasiado lejos. Muy cruel... ¡Piénsalo!

—Todo esto me está atormentando.

Ismael exhaló.

—Jared, entiende. Adell siempre ha sido honesta contigo. Deja de ser tan necio y reacciona antes de que sea demasiado tarde.

Jared cerró los ojos; y, mientras lo escuchaba, movía, negándolo, de lado a lado la cabeza.

—Todo cuanto le dije esa mañana fue por despecho. ¡Debería sacarla de mi vida y olvidarla de una vez por todas! —espetó indignado—. Ismael, necesito estar solo. Por favor, amigo.

—Está bien, pero cálmate. Ahora te dejo. —Salió del apartamento, despidiéndose de él con una palmada en el hombro.

Jared, esperando encontrar algún mensaje de Adell, tomó su celular e intranquilo se puso a revisarlo; pero, con lo que se encontró, fue con uno de Brianna:

Hola, Jared. Si no lo sabes aún, te sorprenderá saber que Adell ya no está en Burlington. Viajó hoy a India con Imran.

Este ha sido un viaje sorpresa para todos. Decidieron irse y no sé realmente por cuánto tiempo.

Anoche nos reunimos todos los amigos, una fiesta de despedida. Y según lo que escuché, Adell permanecerá en India con él y con su familia por unos cuantos meses más.

Escribe para saber de ti, amigo. Besos, adiós.

Jared quiso estar solo; sin embargo, esa noche fue su padre a visitarlo. Y como era su pertinaz intención conseguir que se aleje de Adell y que la olvide, aprovechó esa situación para convencerlo o al menos dejarle la duda.

—Hijo, sé que estás otra vez debatiendo con tus emociones. ¡Este repentino viaje de ese par... ya te lo venía advirtiéndome!

Jared respiró profundo, pasándose la mano por la frente.

—¡Por favor, papá, déjalo así! Es difícil para mí comprender todo esto. Ya sé lo que vienes a decirme... y créeme, no deseo escucharlo. Ahora dime, ¿cómo lo supiste? —A Jared le sorprendió que su padre ya estaba informado del viaje. No entendió cómo lo supo ni Lloyd pudo explicárselo.

—Está bien, hijo. Solo te diré dos cosas. No importa cómo lo supe y te soy sincero... No des más vueltas y acepta que esa chica no es honesta... ¡Nunca lo ha sido! Ellos te engañaron ya muchas veces, Jared. Y mira ahora... ¡Dan el punto final marchándose juntos a pasarla bien, mientras tú sufres!

—¡Papá, no sigas, por favor! No tienes por qué recordármelo a cada momento.

—¡Qué esta sea la última vez que esa desvergonzada te hace sufrir! ¡Olvídala de una vez!

—Lo trataré... —contestó haciendo un ligero movimiento de cabeza—. Vete a casa, papá. Es tarde ya.

—Está bien, hijo. Lo haré. Pero deberías ya reaccionar de una vez por todas. Adiós.

Jared encendió el televisor tratando de entretenerse y de no pensar o al menos dejar en algo de pensar en ella; mas no lo consiguió. Por el contrario, volvieron sus reclamos:

¿Por qué te fuiste con él...? ¿Por qué lo hiciste?

Tomó su libro de Economía para dar una revisión de su clase del día siguiente. Y, mientras lo ojeaba, trató de poner interés a la lectura, pero no prestó atención a nada de lo que estaba ahí escrito; por lo que terminó cerrándolo. Alcanzó una hoja en blanco. Quiso despedirse en silencio, porque esa nota nunca se la hizo llegar.

Adell...

*Los recuerdos no se pueden borrar. Quienes nos quedamos
somos los que guardamos en el corazón todos los momentos
vividos.*

*Siempre regresé a ti y creí en tus palabras.
Te escuché. Miré tus lágrimas. Estuve a punto de creerlas... Mas
ahora me doy cuenta de que no fueron sinceras.*

*Sé que no amaré a nadie más y que cada día que pase me
atormentará tu recuerdo.*

*Dejaste mi corazón partido en mil pedazos... Finalmente
rompiste mi interior.*

*Ahora tengo un nudo en la garganta y mis palabras se pierden
sin poder continuar.*

Adiós, amor mío.

Nuestra historia se ha quedado incompleta.

CAPÍTULO 29

Mumbai, India.

Cuando Adell despertó y después de dormir por largas horas, le resultó extraño encontrarse tan lejos de todo lo suyo: de su familia, de sus amigos; pero, sobre todo, estar tan distante de Jared.

Tomó algunos de los almohadones que estaban regados por la cama y, apoyándose contra ellos, observó todo a su alrededor. La noche anterior se encontraba tan cansada por el viaje y por la diferencia de horario, que no tomó en cuenta la belleza de esa habitación; apenas y la miró.

Desde un largo ventanal que ocupaba toda la pared lateral, cubierto por una cortina de un hermoso azul turquesa, la cual se arrastraba por el piso de mármol blanco, miró un inmenso jardín lleno de flores y enredaderas. El césped, tan bien cuidado, se extendía como una alfombra. Tuvo deseos de salir y caminar descalza.

Le fascinó el contraste del cielo azul con el verde de la vegetación y con el colorido de las flores; y, no se diga, con los imponentes pilares de mármol y las decorativas piletas que embellecían el jardín.

Se levantó de la cama; y, observándola, caminó por la habitación: era amplia, de las paredes colgaban tapetes con diseños en vivos colores; por el piso se encontraban regados cojines y taburetes de seda: los había en turquesa, rosa y plateado; sobre las mesas de noche: lámparas y arreglos de flores.

Quedó quieta mirándolo todo, disfrutando de ese lugar tan acogedor y hermoso; hasta que, reaccionó cuando miró el reloj: era

ya mediodía. Tomó una ducha rápida, se vistió y bajó al salón principal.

—*Namaste!* —saludó a los padres de Imran.

—¿Cómo te sientes, Adell? —preguntó Dhira; y, rodeándola por los hombros, hizo que la acompañe hasta una mesa alargada, la cual se encontraba a un costado de la piscina y en donde había dispuesto toda una variedad de platillos: queso Camembert, de cabra y oveja; mermeladas naturales; fuentes con toda una variedad de frutas en lascas: papaya, mango, melón, durazno; canastillas de pan: baguette, brioche, croissants; jarras de diferentes jugos naturales; jarras de té negro y café americano; entre otras cosas...

Adell, extasiada, sonrió.

—Me siento a gusto en su casa, gracias —contestó, mirando tanta delicia.

En tanto que conversaban, Imran se aproximó hacia donde ellas; y detrás suyo venían, Rajit y Priya.

—Adell, tengo una sorpresa para ti —le dijo Imran, sentándose a su lado—. Hoy es un día especial y quiero llevarte a divertir con esta festividad.

Tanto los padres de Imran, como Priya, sonrieron.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Imran, con sus antebrazos apoyados sobre el cristal de la mesa, señaló, inclinándose hacia ella:

—En estas fechas celebramos el *Holi*. Es una fiesta de color que representa el fin del invierno y damos inicio a la primavera. Y, de preferencia, usamos vestimentas blancas. Qué dices, ¿deseas ir?

—¡Qué emocionante! —Asintió, esbozando una amplia sonrisa—. ¡Suenan divertidos!

—Bien. En la noche te llevaré a caminar por la bahía. Luego cenaremos frente al mar. ¿Qué te parece?

—¡Vamos ya! —respondió feliz; y, disculpándose con la familia, se levantó de la mesa y fue hasta su habitación.

Buscando entre sus cosas, Adell encontró un vestido corto y lo vistió con sandalias de tiras; además, de llevar con ella un blusón, suponiendo que la brisa podría estar fría en la noche.

En cuanto regresó al salón, quedó deslumbrada, mirando a Imran.

—Estoy lista... —dijo sin poder disimularlo; observándolo de pies a cabeza. Él lucía muy atractivo vistiendo su traje blanco impecable. La pañoleta de seda dorada, la cual le llegaba hasta las rodillas, resaltaba deliciosamente el tono canela de su piel.

—¡Vamos entonces! —contestó él; y, analizándola también de pies a cabeza:

—¡Estás preciosa! —exclamó, sonriendo con su habitual coquetería.

En aquella ocasión, Adell prestó más atención a todos los detalles de la ciudad, tomó su cámara y fue fotografiándolos. Le impresionó el tráfico de Mumbai: ella no estaba acostumbrada a tanto bullicio.

Imran estacionó su Porsche descapotable azul y caminaron hacia una plaza grande, en donde, mientras que las personas ahí reunidas celebraban el *Holi*, miraban también el show de música y las diferentes coreografías de baile hindú.

En tanto que Adell disfrutaba de la música, escuchó un fuerte ruido y alzó a mirar. Vio caer sobre ellos una extraordinaria nube colorida; por lo que, emocionada, regresó a mirar a Imran. Él tenía su traje cubierto de varios colores.

—¡Esto es divertido! —exclamó riendo; sacudiéndole el cabello—. Lo tienes todo violeta.

Imran también sonrió.

—Tú estás igual. —Y, retirando, asimismo, la pintura de su rostro, la tomó de la mano—. Ven conmigo —dijo llevándola a uno de los quioscos que había dispuesto a todo el contorno de la plaza—. te haré probar el *thandai*.

—¿*Thandai*...?, ¿qué es? —Adell no lo había escuchado antes.

—Es una bebida deliciosa. Está hecha a base de almendras, coco, pétalos de rosa, cannabis; si tú lo deseas. Y otras especies...

—¡Por supuesto que lo probaré! —respondió emocionada.

Bebieron su *thandai* y, luego de caminar por la explanada, llegaron hasta un parque; en donde, escogiendo una banca, se sentaron para disfrutar de la bellísima vista hacia el Mar Árabe.

—¿Lo has disfrutado, Adell?

Adell se volvió a verlo; y, sosteniendo su cálida mirada, contestó:

—Tuve un día muy divertido... ¡Y sí, me ha encantado!

—¡Mira cómo quedaste! —exclamó Imran riendo, mirándole su vestido—. ¡Pareces un arco iris! —Y, pasándole la mano por sus hombros, le sacudió la pintura—. Ahora iremos a la bahía —comentó—. El ambiente ahí es agradable, sobre todo en la noche. Luego buscaremos un lugar en dónde cenar.

Paseando por el malecón, Adell se detuvo en varias ocasiones para mirar el encanto nocturno de Mumbai.

—¡Este lugar es maravilloso!

—Así es, princesa. —Asintió colocándose frente a ella, apartándole del rostro un mechón de su cabello—. Me alegra escuchártelo decir. Ahora iremos a uno de los restaurantes al cual suelo ir. Allí vas a degustar de lo mejor de la gastronomía india.

—¡Qué maravilla! Te agradeceré me recomiendes qué escoger.

Una vez terminada la cena, fueron a caminar por la arena.

En todo el día Adell estuvo distraída, ausente de Burlington; sin embargo, al contemplar las luces de la ciudad reflejadas en el agua, los recuerdos con Jared volvieron a su mente. Bajó la mirada y se quedó en silencio.

—¿Deseas volver a casa? —preguntó Imran, notándola nostálgica.

—Sí, regresemos... —Consintió, seguido de un largo suspiro—. Gracias, Imran, fue un día hermoso.

Adell sintió que sus brazos la rodearon.

—Tienes que sacártelo de la cabeza... ¡Por tu bien!

—Lo haré. —Cerró sus ojos, tratando de controlar sus emociones.

—Regresemos, necesitas descansar —observó Imran; y, sujetando de su mano, la ayudó a ponerse en pie—. Mañana temprano te daré otra sorpresa.

Adell se volvió a mirarlo, apartando las lágrimas de sus mejillas.

—¿De veras?

—Así es, princesa. Quiero presentarte a mis amigos y en la noche llevarte a mirar un show de danza. ¡Sé que te gustará!

—Por supuesto. Siempre me han atraído esos bailes.

De regreso en casa, Adell apenas y consiguió conversar con Dhira y con Rajit. Al notar su agotamiento, le sugirieron ir a descansar.

—Adell, Adell... —Escuchó, aún dormida, que repetían su nombre en voz baja llamándola—. ¡Oh, Dios! —exclamó al abrir los ojos y miró a Priya de pie junto a su cama—. No consigo acostumbrarme al horario... ¡Qué tarde es!

Priya sonrió.

—Disculpa por entrar a tu habitación y despertarte de esta manera, pero deseamos ir contigo a los bazares.

—¡Oh, Priya! ¡Lo olvidé! —exclamó, saliendo de inmediato de la cama—. ¡Discúlpame, los he tenido esperando! Enseguida estaré lista.

—Está bien... Iré a decírselo a Imran.

Adell tomó una ducha, se vistió en carreras y, acomodándose el cabello en cuestión de minutos, salió de la habitación y fue hasta uno de los jardines de la mansión, en donde se encontraba la familia reunida. Imran aguardaba a por ella junto a una mesa de cristal, esperándola con el desayuno servido al aire libre.

—Buenos días —saludó agitada—. Perdonen por la demora, pero me he quedado dormida.

—Buenos días, querida —contestaron Dhira y Rajit—. Pierde cuidado, nosotros lo comprendemos —manifestó Dhira.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó Imran; y, haciendo de lado a la silla, hizo que tome asiento junto a él.

—Estoy perfectamente... solo que aún no me acostumbro al horario —contestó acomodándose contra el espaldar.

Imran sonrió.

—Descuida, que pronto te acostumbrarás.

—Adell, te llevaremos al Bazaar de Jhaveri —interrumpió Priya, mientras emocionada cortaba un pedazo de sandía y otro de mango—. Luego iremos a la calle de la moda. ¡El lugar es extraordinario!

Las comisuras al contorno de su boca se elevaron y los ojos de Adell brillaron.

—¡Me conozco y sé que desearé comprarlo todo!

—¡No tengo la menor duda! —corroboró Imran, colocando su vaso con jugo de mango sobre el cristal de la mesa—. ¡Sé que será así...! ¡No lo discuto!

—¡Vamos de una vez! —agregó Adell.

Los bazares eran enormes, les llevó algunas horas en recorrerlos. Adell compró varias cosas: desde adornos, hasta joyería y ropa. Se encantó con los trajes típicos; los que tanto le gustaban: pantalones de seda con blusones largos y pañuelos para cubrir el cabello, cada uno en sus colores favoritos: violeta, rojo, amarillo, verde.

En la tarde, una vez de regreso en casa, Adell conoció a algunos de los compañeros de la universidad de Imran: a Dayaram, a Murali y a Rahul. Amigos agradables y entusiastas; aparte de ser muy atractivos también.

En la noche fueron al show de danza y luego a cenar.

El tiempo en India transcurrió rápidamente. Tanto la amabilidad, como el cariño de Imran y de su familia, lograron que Adell se sintiese a gusto. Pero, asimismo, cada vez que recordaba a Jared, no pudo ir en contra de aquello. De muchas maneras intentó olvidarlo o al menos mantener sus recuerdos alejados; pero le resultó imposible, porque en cada detalle y en todo él siempre estuvo presente. Fue entonces cuando le invadió la nostalgia y un vacío muy grande. Sabía que no podría amar a nadie como lo amaba a Jared. Le entristecía el hecho de haberlo perdido y se sentía incompleta sin él.

Burlington.

Jared mantuvo la misma rutina: salía del apartamento a la universidad y luego regresaba a casa. Trató de poner en orden a sus ideas, trató de comprender, pero siempre terminaba cuestionándola una y otra y otra vez.

En esa tarde de marzo, quiso escribir algo para ella. Sentado en el piso y apoyado contra su cama, con un lapicero y un cuaderno abierto con las páginas en blanco, trató de hacerlo; mas no lo consiguió, por lo que terminó lanzándolo lejos. Enojado regresó la mirada y, contemplando a la fuerte lluvia golpear y luego resbalar por la ventana, recostó su cabeza sobre la cama; y, cerrando los ojos:

Dios... exclamó. ¿Cuánto más va a tardar este dolor? ¡Dame fuerzas, por favor!

Deseó desde lo más profundo de su ser no sentir tanta ira y lograr comprender; pero su enojo fue mayor. Jared nunca sintió odio por nadie; ese era un sentimiento que él no conocía. Mas eso fue precisamente lo que lo estaba consumiendo y destruyendo; por lo que se volvió violento y se alejó de todo.

Sentado por horas frente a la ventana de su habitación, buscó respuestas claras. Tuvo dudas y hasta llegó a sentir remordimientos.

¿Y si me equivoqué? ¿Tendrá razón Ismael?, se preguntó desesperado.

Estuvo confundido; no obstante, continuaron atormentándole las escenas que vivió con ellos. Tan solo quería olvidar. Cerró nuevamente sus ojos; y, suspirando profundamente, imploró a su madre:

Mamá, ¿qué sucede conmigo? Trato de ser fuerte y cada vez me vuelvo más débil. ¡Ayúdame a entender y a perdonar, porque no consigo hacerlo! Quisiera ser un niño para volverte a ver... ¡Cuánta falta me haces, mi dulce madre!

Dobló sus rodillas; y, abrazándose a ellas, permaneció contemplando a la fuerte lluvia que continuó resbalando por la ventana.

CAPÍTULO 30

Pasaron algunos días desde aquella tarde gris en la que Jared sintió tantos sentimientos cruzados: ira, decepción, nostalgia, soledad; volviéndose cada uno parte de él, por lo que decidió aprender a convivir con ellos. Pensó que quizá de esa manera podría aceptar y olvidar.

Jared aceptó en ir a pasar el fin de semana en casa de su padre. En un principio se resistió, pero luego terminó accediendo.

—Hola, papá —dijo al llegar. Lloyd preparaba una barbacoa en el patio trasero. Jared se acercó a la mesa para tomar una cerveza; y, al mirar que todo estaba dispuesto para recibir a más invitados, protestó, volviéndose hacia él:

—Papá... ¡Tuve entendido que estaríamos solos!

Lloyd movió de lado a lado la cabeza; como siempre lo hacía cuando algo le disgustaba.

—Jared, hijo... ¡Cómo te explico! Necesitamos que salgas de tu absurdo encierro. ¿Por qué te molestas si vienen más personas a almorzar con nosotros?

—¡Papá, no deseo ver a nadie! —Bufó—. Si me lo hubieses dicho, simplemente no venía y lo hacía en otra ocasión... ¡Trata de entenderme!

—Jared... —Su padre fue hacia donde él; y, sujetándolo por los hombros, observó:

—Tu hermana e Ismael nos acompañarán en el almuerzo. Ellos desean verte, porque están muy preocupados por ti.

Entretanto; Jared, dándose media vuelta, caminó, pasándose angustiado la mano por el cuello, hasta el extremo opuesto del patio.

—¡Disculpa, papá! —repuso volviéndose hacia él.

—Ven, hijo, siéntate —dijo Lloyd, moviendo la silla. Se sentaron y abrió dos cervezas—. Mira, Jared, tu carácter ha cambiado. Ya no eres el joven alegre y entusiasta que solías ser... ¡Extraño eso de ti, hijo! ¡Todos lo extrañamos! Te repetiré una y otra vez que esa chica te hizo mucho daño... ¡Y lo seguiré repitiendo hasta que lo entiendas!

Jared, de mala gana, levantó a verlo.

—Papá...

—¡No quiero que la defiendas, Jared! ¡Ya basta con eso! —exigió clavándole la mirada—. ¡Entiende que ella está con ese hombre en India! Quizá ya no regrese y nunca más la vuelvas a ver... ¡Eso sería lo mejor!

—¡No, papá! —replicó Jared, empujando abruptamente hacia atrás la silla y se levantó—. ¡No me digas qué sería lo mejor para mí...! ¡Tú no comprendes!

—¡Por supuesto que no logro comprenderte! ¡Habiendo tantas mujeres hermosas y con seguridad deseando estar contigo...! ¡Pero tú, vives empecinado con esa sinvergüenza que no esperó nada para metérsele por los ojos a ese extranjero! Ya me lo venía diciendo su...

Jared le clavó la mirada.

—¿Quién te lo ha venido diciendo, papá?

—Nadie, hijo... —Carraspeó la garganta—. Me refería a su forma de ser.

—Está bien, papá. No deseo continuar hablando de ella. Puede ser que tengas razón. Adell está muy lejos de aquí... —Inhaló profundo, con la mirada fija en la piedra de mármol de la chimenea—. ¡Y con él! Trataré de olvidarla. —Bajó la mirada; y, levantando su lata de cerveza, se la bebió de un solo sorbo.

Temprano en la tarde fue a su habitación, se tumbó sobre la cama y, recordando todo cuanto le dijo su padre, le dio la razón. Aceptó que la perdió, asegurando que se fueron en pareja como él ya se lo venía diciendo; con lo cual, volvió a ser presa de la desesperación y empezó a cuestionarla una vez y otra vez.

De repente, y dando un golpe a la almohada, se levantó. Buscó su móvil y, dejándose caer al pie de la ventana, redactó,

despechado, una carta para Adell.

El tiempo continuó su curso. Jared planeó que para sus próximos años de estudio se transferiría a otra universidad fuera del Estado de Vermont. Su deseo era alejarse y empezar una nueva vida, apartado de cualquier recuerdo.

En la universidad; los últimos días de abril fueron complicados. Los exámenes de fin de semestre estuvieron intensos, pero Jared aprobó sin problema en todas las materias, a pesar de su bajo estado de ánimo.

Desde el momento en que finalizaron las clases, se motivó haciendo deporte; además, retomó el gimnasio; también dedicó horas al kayak, su deporte favorito y se reunía con sus amigos.

Si no hubiese sido por su sincera amistad, quienes permanecieron cerca de él haciéndole comprender que la vida continúa, Jared se hubiese alejado y hundido más en la depresión.

Un sábado por la mañana, algunos de sus amigos acordaron reunirse para pasar el día en el yate de Sean.

En cuanto Jared aguardaba en el muelle vio que Matthew y Brianna venían hacia donde él. No vaciló; y, buscando el momento oportuno, preguntó por Adell:

—Hola, Matthew. ¡Cuánto tiempo ha pasado de no vernos! — exclamó estrechándole un abrazo.

Matthew sonrió, dándole una palmada en el hombro.

—Cómo vas, Jared.

—¿Cómo están en casa? Y, Adell, ¿cómo está? —preguntó, mirándolo un tanto nervioso.

—Qué te puedo decir... está adaptándose, tratando de sentirse bien.

—¿Cuándo piensa regresar? ¿Tiene una fecha?

—No lo sabemos, Jared. Adell no ha comentado nada al respecto... Y tú, ¿cómo has estado?

—¿Qué cómo he estado...? —repitió; y, humedeciéndose los labios, bajó la mirada—. ¡Créeme, que ni yo mismo lo sé! —exclamó levantando a verlo—. Igualmente, tratando de comprender y de acostumbrarme.

Matthew permaneció mirándolo en silencio; en tanto que, Brianna, levantando las tres latas de cerveza que traía:

—Chicos... —exclamó a lo lejos, mostrándoselas—, me he pasado dando vueltas buscándolos! ¡Miren lo que les traigo...! ¡Si no fuese por mí que estoy pendiente de ustedes!

Jared; extendiendo su mano en el momento en que ella se acercó, repuso, tomando una de las latas:

—Conversábamos, Brianna.

—Hum... Ya veo —contestó con una risita entre dientes—. De seguro y estuvieron hablando de Adell... ¿Me equivoco?

—Jared pregunta cuánto tiempo más estará mi hermana en India —señaló Matthew, pasando su brazo alrededor de la cintura de Brianna—. Y bueno... ni nosotros mismo lo sabemos.

—¡Oh, amigo! —exclamó ella, mirándolo fijamente—. Lo que dice Matthew es verdad. Adell ha escrito muy poco. Hace unos días comentó Sophia que ella está muy entretenida viajando por la India. Tiene entendido que irán a Goa, me parece que en julio o en agosto... ¡Como ves, no da señales de querer regresar!

—Ya veo... ¿Y qué hay de sus estudios...? ¿Seguirá aplazándolos? —cuestionó mirándolos a ambos—. ¡No la comprendo!

Matthew prefirió no contestar.

—¡Jared...! —exclamó Brianna, tomándolo por los hombros—. Nosotros comprendemos por todo lo que has pasado y me doy cuenta de que aún continúas sufriendo por ella. —Calló un momento; y, mientras se acomodaba el cabello, levantándolo con las gafas, dio un largo suspiro y continuó:

—Créeme que no apruebo lo que Adell hizo contigo... ¡Ustedes se amaban tanto! Aun miro tristeza en tus ojos. ¡Querido amigo, es mejor que la olvides de una vez!

—No sabemos lo que en estos momentos cruce por la mente de mi hermana —interrumpió Matthew—. Pero también es cierto que ella sufrió mucho, Jared. Adell se fue muy dolida contigo. Y disculpen, pero no deseo continuar con esta conversación.

—¡Está bien...! —replicó Jared, volviendo fruncido la mirada hacia el lago; deteniéndola en las velas de algunos de los barcos que flameaban con el viento—. ¡Yo tampoco deseo hacerlo!

En las noches, cuando Jared salía con sus amigos a bares y a discotecas, esos lugares siempre le recordaban a ella. Y, de la

misma manera como le sucedía a Adell, en cada lugar y en cada detalle siempre estaba presente su recuerdo; lo cual lo enloquecía.

En una de esas noches se encontró con Shayna y juntos hablaron por horas.

—Jared... —manifestó ella, con mirar de enfado—, te comento que en varias ocasiones quise ir hasta tu apartamento. ¡No entiendo por qué no lo hice...! ¡Debí hacerlo! —Alcanzó su copa; y, llevándosela contrariada a los labios, bebió un bocado—. ¡Tú te equivocaste, amigo! Adell prefirió irse lejos para no sufrir más por tu incompreensión.

—¿Qué...? —protestó él, sosteniendo molesto su mirada—. ¿Estás diciendo que el culpable fui yo? ¡Todavía me duele su engaño, Shayna!

—¿Pero cuál engaño? ¡Deja ya de cubrir tu falta de confianza con esa absurda conclusión!

—No estoy cubriendo ninguna falta de confianza, Shayna. Ellos se fueron juntos... ¡Más claro no podría estarlo!

—¡No, Jared...! ¡Entiéndelo de una vez! Yo los conozco bien y no es así. Tu inseguridad te llevó a pensar injustamente y la rebeldía de Adell a tomar la decisión equivocada de irse lejos, en vez de pararse frente a ti y hacer que entiendas... ¡Aunque sea a golpes! Tú cometiste un grave error... ¡Admítelo!

—¡Ellos estuvieron juntos! ¡Luego se apartaron de todos! ¿Piensas que yo cometí un error...? ¡No imaginas cuánto lo hubiese deseado! Ser yo quien se equivocó. ¡Pero no fue así! Ahora lo que más deseo es olvidarla.

—¡Por el amor de Dios, Jared, entiende! —exclamó, negando con la cabeza—. ¡Adell e Imran no tienen nada juntos! Eso solo está en tu mente, amigo. Tus celos y tu desconfianza te están volviendo cada vez más ciego... Así, de la forma como estás sobrellevando las cosas... ¡Reacciona!

—Todo está claro... ¡Yo no imagino nada!

Shayna inhaló profundo, pasándose la palma de su mano por la frente.

—Ojalá y un día llegues a darte cuenta... Y pronto. Porque un amor así no se puede acabar por algo que nunca sucedió. —Se levantó; y, tomando su cartera:

—Ahora discúlpame —dijo—. Es tarde y debo irme.

Jared llegó a su apartamento, lanzó las llaves del jeep sobre el mesón de la cocina y fue al refrigerador. Agarró una lata de cerveza y se tumbó sobre el sofá.

Los reclamos de Shayna dieron vueltas en su cabeza. Vaciló, pensando si estuvo en lo correcto juzgándola.

¿Y, si Shayna tiene razón?, se preguntó angustiado, mordiéndose la uña de su pulgar. *¡No...!*, movió la cabeza, negándolo. *¡Ella no puede saberlo! ¡Dios...!* *¿Hasta cuándo va a dejar de importarme esto?*

Ansió tenerla a su lado, imaginó acariciar su cabello, sintió la tibieza de su piel... Sus ojos se le humedecieron; y, sin poder controlarse, lloró. Apartó bruscamente las lágrimas de su rostro; y, enojado, levantando la mirada:

—Dios... —exclamó—. ¡Me trajiste a este mundo sin elegirlo y sin saber con cuánto dolor tendría que cargar! ¡Todo lo entregué...! ¡Pero quedé solo! Si vas a darme paz... ¡Dámela! Si quieres darme un consejo... ¡No me lo des...! ¡No lo quiero!

CAPÍTULO 31

India.

Desde que Adell tomó la decisión de dejar Burlington, prometió que todo quedaría allí; pero le costó hacerlo.

Siempre terminaba en su habitación, en donde pasaba horas, noches enteras recordándolo, buscando motivos para perdonarlo; olvidando así su promesa.

En una de esas noches se sentó sobre la cama y, con su laptop abierta sobre las piernas, indagó por la red, buscando noticias de Jared. Sin hallar nada, cerró esas páginas y abrió su correo para escribir a sus padres; y, mientras lo hacía, se encontró con uno de Jared. Impaciente lo abrió y empezó a leerlo con detenimiento:

Adell...

Comprendí que para ti nunca existió el amor.

Está bien, amor mío, así es la vida y de esta manera tuve que conocerte.

¡Cuántas veces me dijiste que confíe en ti y que te ame!

Lo he hecho amándote desesperadamente, creyendo en ti, en tus palabras; pero finalmente te fuiste hacia otros lugares y mi corazón se quedó destrozado por tu partida...

Ahora nada puedo hacer.

A pesar de tu engaño, no podría odiarte.

Si vas a regresar, hazlo... Yo no espero.

Al terminar de leer, se limpió las lágrimas. Le dolieron sus palabras, sus reclamos; pero, al mismo tiempo comprendió que él continuaba amándola. No consiguió soportarlo más y echó a llorar.

—¡Prometí olvidarte, pero no lo consigo! ¡Te extraño tanto, amor...! ¿Por qué tuvo que sucedernos esto?

CAPÍTULO 32

Al día siguiente, Adell se levantó temprano, puesto que tenían planeado viajar a la ciudad de Agra. Ir hasta allí y conocer al imponente Taj Mahal, hizo realidad uno de sus grandes sueños.

Vistió ropa cómoda: jeans, camiseta y zapatillas; hizo dos trenzas a su cabello y se colocó un gorro; perfecto para un largo viaje. Tomó su maleta de mano y bajó al salón.

—¡Buenos días, Adell! —dijo Priya, tan pronto y la vio entrar a la cocina—. ¿Deseas una taza de té?

—Gracias —contestó; aunque en la realidad no era su costumbre tomar té en las mañanas. A ella le apetecía su taza de café. Se sentó junto a Priya y aguardó mientras el mayordomo ordenó a una de las sirvientas le preparen un delicioso capuchino.

—Este viaje lo disfrutarás, Adell —comentó Priya, emocionada; y, alcanzando la fuente de fruta, colocó lascas de sandía, papaya y mango; además, de triángulos de queso Camembert, en el plato—. Mi hermano prefirió hacerlo en coche, ya que así conocerás lugares muy bonitos... ¡Sé que te gustará!

Adell sonrió, escuchándola atenta.

—¡Por supuesto que será así! Además, estoy contenta porque nos acompañarás tú también.

—Sí, estoy feliz de ir con ustedes. —De repente, Priya se puso en pie—. ¡Oh...! —exclamó—. Olvidé hacer algo. Enseguida estaré contigo.

Adell, viéndola salir en carreras de la cocina, sonrió, moviendo de lado a lado la cabeza; y, acercando el fino vaso alargado a sus labios, continuó saboreando su jugo de piña.

—¡Buenos días!

Adell regresó a mirar.

—Hola, Imran. Te esperaba para desayunar juntos. Ven, siéntate... ¿Café y tostadas?

—¡Por supuesto, princesa! —Rodó la silla y se sentó frente a ella—. Veo que tienes todo listo para el viaje. Perfecto. Tan solo termino con mi café y enseguida saldremos. Además, acabé de dar la orden para que suban el equipaje al auto.

A pesar de la larga distancia, Priya tuvo razón comentándole a Adell que decidieron viajar en auto, puesto que, definitivamente, los paisajes de India eran espectaculares y ella los disfrutó.

Luego de treinta y seis horas de viaje y después de recorrer lugares muy atractivos, Adell se fascinó llegando a Agra.

Al fondo, en medio de un exuberante y hermoso bosque, sobresalía el imponente Taj Mahal, brillando como una joya dorada bajo una resplandeciente cubierta azul.

Adell siempre lo miró en fotografías o en películas; pero, estar allí frente a él y admirarlo, la dejó sin palabras.

—Ven, subamos a las habitaciones. Desde el balcón podrás observarlo mejor —dijo Imran; y, pasándole el brazo alrededor de sus hombros, la encaminó hacia el elevador.

—¡Este lugar es hermoso! —comentó Adell, observando maravillada cada detalle del recibidor.

Imran asintió.

—Así es, princesa. —Y, esbozando una complacida sonrisa, continuaron caminando hacia las puertas del elevador—. Mañana, cuando despiertes, te sorprenderá ver el Palacio desde tu ventana. ¡Es fascinante!

Y así fue. En el momento en que Adell abrió la puerta de su habitación y entró, quedó deslumbrada.

A través de un enorme ventanal, el cual llegaba hasta el piso y con las cortinas recogidas de cada lado, relucía el magistral Taj Mahal, brillando en tonalidad azul bajo el cielo estrellado y con la luna llena junto a él.

—¡Imran, es espectacular! —exclamó Adell, volviéndose hacia él—. ¡Qué lugar tan único!

Imran la abrazó.

—Por esa razón te traje hasta aquí. Este lugar es único, como tú bien lo dices. Ahora te dejo descansar, que yo también lo haré. ¡Estoy agotado! —Le dio un cálido beso en la frente y se fue.

Adell salió al balcón; y, apoyándose contra la elegante baranda de mármol, cerró sus ojos y dejó que la brisa haga volar a su cabello, mientras percibía el fresco aroma de las flores.

Al voltearse, miró hacia la habitación; la cual estaba decorada con detalles en tonalidades suaves. Al parecer, lo más acogedor fue la cama extra grande: blanca y con enormes almohadones. Sonrió y corrió a lanzarse sobre ella; porque, al igual que Imran y que Priya, también se sentía exhausta por el largo viaje.

—¡Ahhh! —exclamó relajada—. ¡Dormiré por largas horas! ¡Dulces sueños, Adell!

Después de una plácida noche, despertó hundida en el duvet. Abrió los ojos y lo primero que tuvo ante ella fue al majestuoso Palacio. Le sorprendió, puesto que no relucía en tonalidad azul; esa mañana resplandecía en tono blanco radiante.

Se levantó de la cama; y, abriendo de par en par las puertas del balcón, apreció todo lo que tenía a su frente: enredaderas de flores coloridas, las cuales caían por las paredes; además, de graderíos, pilares de mármol, terrazas con estatuas y macetas altas. Todas ellas decoradas con flores en vivos colores: púrpura, amarillas, anaranjadas, rojas... Inhaló profundo, percibiendo ese aire puro y fresco; sintiéndose feliz por encontrarse en tan bello lugar.

—*Namaskar, India!* (¡Hola, India!) —exclamó.

Desayunaron en el hotel y luego se dirigieron a visitar el Palacio. A su frente se extendían dos largas veredas con hileras de pinos delgados; y, en el centro, una pileta, la cual resguardaba todo ese camino.

—Esta vez yo seré tu guía —dijo Imran, en cuanto se aproximaban—. El Palacio fue edificado por el Emperador, Shah Jahan, en memoria de su tercera esposa, Muntaj Mahal.

Adell lo escuchó atenta; y, luego, deteniéndose, contemplando a la majestuosa edificación, preguntó:

—¿Lleva el nombre de su esposa...? ¡Qué interesante! ¿Y el cambio de tonalidades? Aquello me llama la atención.

—Mira... —contestó Imran, acomodándose las gafas—. Los cambios de tonalidades varían. Mientras que a la luz de la mañana y con los rayos del Sol se torna blanco; vas a notar que en la tarde será reluciente como una estrella. —Hizo una breve pausa; y, llevándose la botella de agua a sus labios, bebió un bocado—. Finalmente... —continuó—, durante la noche se vuelve como ya lo apreciaste, azulado y luminoso... ¡Esa es su magia! —Sonrió; y, volviéndose hacia ella, preguntó:

—¿Regresamos al hotel?

Adell asintió.

—Sí, Imran. ¡El tour ha sido maravilloso!

—Lo sé. Ahora vamos a cenar —dijo atrayéndola contra su hombro.

Concluída la cena fueron a la habitación de Adell. Imran telefoneó al bar, pidiendo una botella de vino. Salieron al balcón y ahí continuaron con la velada.

—Disculpen —les dijo Priya—, pero en esta ocasión no los acompañaré.

—¿Por qué? —preguntó Adell.

—Me siento agotada. Deseo ir a descansar.

Adell se encogió de hombros.

—Está bien... —Consintió—. ¡Que tengas una buena noche!

Tan pronto y Priya se marchó, Adell tomó la botella de vino; y, mientras la vaciaba en cada copa, notó cómo Imran, repasando con sus dedos por su quijada, sonreía sin apartarle sus ojos de encima.

—¿Qué ocurre contigo? —replicó clavándole la mirada—. ¡Por tu cara y de seguro algo estarás pensando! —protestó, colocando la botella sobre la mesa.

Imran, sonriendo, continuó mirándola detenidamente.

—Recordaba aquella noche —contestó—, cuando nos quedamos dormidos.

—¡Ni me lo recuerdes! Todavía no comprendo cómo pudo suceder. Solo que... —De repente, se quedó en silencio; prefirió no continuar.

Entretanto, Imran, apoyando sus antebrazos sobre la mesa:

—¡Perdóname! —dijo tomándola de las manos—. No fue mi intención traerte esos recuerdos. Pero encontrándonos aquí, solos tú y yo, recordé esa noche.

Adell, apenas y sosteniendo su penetrante mirada, la desvió, fijándola en las cúpulas azules del Taj Mahal.

—Sí... —respondió luego, volviendo la mirada hacia él—. Debería ser gracioso si dejo de dar importancia y olvido de una vez por todas lo que sucedió esa mañana con Jared. ¡Sigamos bebiendo! —exclamó y rellenó nuevamente las copas.

—¡Lo conseguirás, créeme! —Consintió Imran; y, tomándola por la quijada, añadió:

—¡Lo que más deseo es que permanezcas siempre aquí!

Adell, nerviosa, bajó la mirada. Prefirió no responder y continuó bebiendo. Al terminar con la botella y tratar de levantarse para telefonar al bar del hotel y pedir que les suban otra, no lo consiguió; todo le daba vueltas. Disimuló y volvió a sentarse.

—¿Podrías telefonar al bar y ordenar otra botella de vino?

Imran asintió; y, poniéndose en pie, entró en la habitación. Mientras hablaba con el encargado, Adell quedó observándolo; recordando todo cuánto él le dijo. Lo miró dejar el teléfono en su lugar, se volteó y regresó al balcón.

—Listo —comentó él, sentándose a la mesa—. Ordené además, fruta y queso porque noto que estás mareada. —De pronto llamaron a la puerta, enseguida se levantó y fue a abrirla.

Sobre la mesa, el encargado del bar colocó la botella de vino, la fuente con fruta y quesos y salió.

Adell aproximó la botella hacia donde ella; pero, en cuanto quiso rellenar las copas:

—¡No...! —Se lo impidió Imran, apartándosela de sus manos—. Antes debes comer. —Y, colocando en el plato, lascas de manzana, uvas y queso Camembert, insistió a que lo haga.

—¡Es que no lo necesito! —protestó ella—. ¡Alcánzame la botella, por favor!

—¡No...! ¡Antes debes comer! —exigió, acercándole el plato—. ¡Toma, Pruébalo!

—¡Está bien...! —Accedió, blanqueando los ojos—. ¡Lo haré!

Luego de que Imran la convenciera de que al menos pruebe algo de lo que había en el plato, volvió a llenar las copas. Primeramente lo hizo con la de Adell y luego rellenoó la suya, se inclinó contra el espaldar de la silla; y, mientras bebía, sonreía mirándola cómo, desanimada, daba vueltas con el tenedor, tomando uno que otro pedazo de manzana.

A ella no le apetecía comer; prefería el vino. Por lo que, rellenoando una y otra vez su copa y bebiéndosela de un solo sorbo, perdió el equilibrio; y, sin conseguir mantenerse estable, cayó, golpeándose de frente contra el cristal de la mesa.

Imran; soltando de inmediato la copa que la tenía en su mano, corrió hacia atrás bruscamente la silla y se puso en pie.

—¡Vamos, te ayudaré! —exclamó tomándola por la cintura—. ¡Estás mareada! —Y, haciéndola apoyar sobre su hombro, la encaminó a la habitación; mientras que, Adell, tambaleándose:

—¿Por qué me llevas? —refunfuñó, riendo entre dientes—. ¡Yo me siento muy bien!

Imran no la prestó atención, acomodó algunos de los almohadones de la cama y, retirándole los zapatos, la hizo recostar.

—¡Por favor, no te vayas! —suplicó Adell, sujetándolo por el brazo—. Quédate conmigo. No quiero estar sola.

—Cierra tus ojos y descansa —contestó mientras acomodaba más almohadones, apiñándolos contra el espaldar de la cama—. Me quedaré contigo. No hace falta que me lo pidas.

—¿Por qué no consigo olvidarlo? —de pronto, preguntó Adell, seguido de un profundo suspiro—. ¡Créeme que deseo hacerlo...! ¡Pero no lo consigo! Su recuerdo me persigue como una sombra y necesito lanzarla lejos.

Imran se apoyó contra los almohadones; y, aproximándola contra su hombro:

—No pienses más en él —repuso acariciándole el cabello—. Ya no te hagas más daño. Ahora cierra tus ojos y duerme... que yo también lo haré.

A la mañana siguiente, en cuanto Adell despertó y al mirar que Imran dormía profundamente junto a ella, no pudo evitar el quedárselo contemplando: su cabello castaño oscuro; el tono

dorado de su piel; su barba bien cuidada de un par de días; su boca tan sensual y perfecta... Todo en él era muy atractivo.

—Buenos días, despierta... —insistió, moviéndolo por el hombro. Imran, de inmediato, abrió los ojos.

—¡Buenos días! —exclamó; e, incorporándose sonrió, acomodándose el cabello—. ¿Qué hora es?

—Son casi las once... ¿Cómo te sientes?

—¿Qué cómo me siento...? —replicó, clavándole la mirada—. ¡Eso debería preguntártelo yo a ti!

Adell, avergonzada, sostuvo su mirada.

—Amanecí bien...

—¿De verdad? Porque anoche...

—¡Ni me lo recuerdes! —exclamó; y, bajando la mirada, repasó, una y otra vez, angustiada, la frente con la palma de su mano.

Imran soltó una carcajada.

—¡Yo estoy de maravilla! ¡Dormí mejor que nunca!

—¡Eso no te lo creo! —protestó sentándose a su lado—. Perdona por la noche que te di, Imran... ¡Qué vergüenza, estuve borracha!

—¿Qué dices, Adell? ¡Deja ya de disculparte! Sencillamente... —añadió, sin retirarles sus ojos de encima—, para una próxima ocasión no dejaré que bebas tanto... ¡Luego no tendré otra alternativa que pasarme la noche cuidándote!

Adell arrugó la frente; e, Imran, observándola atento, soltó otra carcajada.

—¡No lo dije en serio...! —exclamó—. ¡No me mires así! —Se levantó y fue hasta el balcón. Regresó a ver hacia la habitación de su hermana y al mirar que todo estaba en orden se volteó y volvió junto a Adell—. Iré a tomar una ducha, princesa. En treinta minutos estaré listo para ir a desayunar.

Ese día lo aprovecharon para recorrer la ciudad. Adell llevó con ella todo el tiempo una botella con agua para aliviar su dolor de cabeza.

Al día siguiente, regresaron a Mumbai.

Burlington.

Jared se encontraba con Sean y con Zachary en una cafetería en el centro de Burlington; hacían tiempo hasta que empiece la película que fueron a mirar.

Entusiasmado, Zachary le contaba a Jared sobre una chica a quien había conocido hace poco; mientras que, Sean, distraído, miraba su celular.

—Mira, Jared —dijo interrumpiéndolos—. Hay fotos de Adell. ¿Quieres verla?

Jared le arrebató el celular; y, mientras las repasaba brevemente con el ceño fruncido:

—¡Descarados! —replicó—. ¡Y todavía publican fotos juntos! ¡Tómalo, no deseo mirar más —protestó, entregándole el celular.

En tanto que, Sean, tomando aire, exhaló, moviendo de lado a lado la cabeza.

—¡No debí ni comentártelo, Jared! En todo este tiempo pensé que ya lo habrías superado.

—¡No es así de sencillo!

—Ya es hora, la película empezará —comentó Sean, mirando el reloj.

De regreso en su apartamento, Jared encendió el televisor para distraerse; mas no lo prestó atención. Alcanzó su laptop; e, indagando nuevamente por la página social de Adell, miró sus fotografías: analizándolas detenidamente, una a una.

—¡Maldición! ¡Y todavía las publica con ese desgraciado! —replicó enfurecido.

Cerró la laptop y la lanzó al sofá, apagó el televisor y también lanzó lejos el control; estaba descontrolado.

—¡Al diablo con ustedes! ¡Te odio, Imran!

CAPÍTULO 33

Estuvo tan exaltado que no soportó permanecer ni un minuto más en el apartamento. Tomó del refrigerador algunas latas de cerveza y salió dando un portazo.

Subió al jeep y, abriendo una cerveza, se la bebió sin respirar siquiera. Se colocó los audífonos, alzó el volumen, más alto de lo normal; y, encendiendo el motor, manejó en dirección al río Winooski.

Mientras conducía recordó todos los felices momentos vividos con Adell; cuando juntos fueron a la cabaña y la infinidad de veces que se amaron en ese lugar. Ansió ver sus bellos ojos, su insinuante sonrisa dibujada en su rostro, mientras jugaba sobre su pecho desnudo, percibió el aroma de su piel...

De pronto, recordó su engaño. Sintió tanta ira que no razonó. Estiró el brazo; y, alcanzando otra cerveza, desesperado, se la bebió de un solo sorbo.

Sujetó con fuerza el volante; y, con su mirada fija en la carretera, lo pensó fríamente... Su dolor por haberla perdido fue tan fuerte que, llorando sin control, anheló acabar con su vida. Presionó hasta el fondo el acelerador y, marcando el tope del velocímetro, cruzó a gran velocidad por el largo camino que lleva a Winooski.

Un fuerte remezón sacudió todo su cuerpo, le faltó la respiración. Cerró los ojos y frenó cuando, como una ráfaga, sintió a su corazón detenerse al intuir la presencia de su madre. Sin lograr controlarlo perdió el control del jeep, giró en círculos y, derrapando, cayó en la cuneta y se golpeó; pero, para su suerte, resultando ileso.

Con los nervios descontrolados y su mirada perdida en lo oscuro de la noche, escuchando al río bramar y luego golpear contra las rocas, asustado por lo que estuvo a punto de cometer, se abrazó fuerte al volante; y, cerrando sus ojos:

—¡Perdóname, mamá...! —Lloró, al comprender su equivocación —. ¡No lo volveré a hacer!

CAPÍTULO 34

India.

—¿Qué te parece este en tono magenta?

—Está perfecto, Adell. ¡Te luce hermoso!

—Entonces, lo llevaré.

Adell y Priya estuvieron toda la tarde de boutique en boutique buscando el vestido ideal para la fiesta de graduación de Imran. Adell quiso darle una sorpresa, vistiendo algo especial en la noche del viernes, doce de junio.

De camino a casa, antes se detuvieron en una cafetería al pie de la Bahía de Juhu y, sentándose a una mesa al aire libre, disfrutaron de la hermosa vista hacia el Mar Árabe.

Adell ordenó kulfi, uno de los tantos postres deliciosos que probó en India; y, Priya, pudín de almendras.

En la tarde del viernes, Adell y Priya fueron a su cita en la peluquería. Priya se hizo un moño alto, adornado con una glamorosa diadema de esmeraldas y de rubís. Adell; en cambio, dejó caer a su cabello suelto, con delicados bucles en las puntas. Usó la elegante vestimenta india de seda y en dos piezas que compró el día anterior; perfecta para la ocasión. Y, en cuanto a la joyería, tan solo lució aretes largos de finas gemas y la cadena con el colgante de zafiro azul que Jared le regaló; el que siempre lo llevó suspendido en su pecho.

Tomó su cartera de noche y bajó al recibidor; en donde aguardaban, esperando a por ella, Imran, Priya y sus padres. Priya se veía hermosa con su vestido corto en color verde pistacho; e Imran lucía muy elegante con su esmoquin negro. Enseguida que él la vio bajar por las escaleras, fue a por ella.

—¡Te ves preciosa! —exclamó tomándola de la mano con una gran sonrisa dibujada en su rostro; y, haciéndola girar, la repasó de pies a cabeza—. Estoy asombrado... ¡Qué linda sorpresa verte así vestida!

Imran la hizo sonrojar.

—¡Gracias! Tú también luces muy bien... ¡Estás muy elegante! —exclamó, pasando la mano por la solapa de seda de su chaqueta.

Cuando llegaron a la recepción, Imran entrelazó su brazo con el de Adell y juntos entraron al elegante salón, el cual estaba decorado con gusto refinado. Sentados junto a una deslumbrante mesa alargada: decorada con mantelería en color negro; vajilla y cubiertos dorados; sobre cada plato reposaba la elegante y personificada carta del menú en fondo negro y con letras doradas; además, de candelabros en forma de copas altas y floreros de cristal alargados, decorados con hermosas rosas blancas, esperaban a por ellos, Priya y sus padres.

Esa noche Adell conoció a Kamila, amiga de Imran y de su familia desde hacía varios años atrás. Kamila era una chica muy bonita, alta y delgada. Su larga cabellera negra, la cual le llegaba hasta la cintura, la recordó a Brianna.

Adell no tuvo la oportunidad de conocerla anteriormente, puesto que se encontraba de viaje por Europa. Únicamente escuchó hablar de ella, una que otra vez, a Priya y a sus amigos.

Tan pronto y Kamila miró a Imran; sonriendo corrió hacia donde él.

—*Kya khushee!* —exclamó abrazándolo.

Imran, abrazándola también, continuaron conversando en su idioma, sin que Adell pudiera comprenderlos.

—Kamila... —dijo él luego, pasando su brazo por los hombros de Adell—, te presento a mi amiga.

Entre tanto, Kamila; dando un paso adelante, exclamó, apenas y sonriendo:

—¡Un gusto conocerte! —Su español era casi perfecto.

—Igualmente lo es para mí —respondió Adell.

Desde ese momento, Kamila no se apartó del lado de Imran; por lo que, Adell fue discreta. Comprendió que ellos en vista de no haberse visto durante tanto tiempo desearon estar un momento a

solas y prefirió ir a otro lugar. Se sentó a la barra, en donde se encontró con Priya y con su novio, pidió agua mineral con rodajas de limón y entretenida se mantuvo conversando con ellos.

—¡Discúlpame por dejarte sola, princesa!

Adell se volvió de inmediato a mirar.

—¡Pero qué dices! No te preocupes, Imran.

Imran se sentó a su lado; en tanto que, levantando su brazo, hizo una seña, llamando al bartender.

—Kamila es una buena amiga a quien conozco desde hace varios años atrás.

—¿Qué desea servirse, señor? —interrumpió el bartender.

—Un whisky doble, por favor —respondió y continuó hablando con Adell—. No nos hemos visto durante todo el tiempo que estuve en Burlington. Ayer regresó de Inglaterra.

—Lo sé, Imran. De seguro y están muy contentos de encontrarse nuevamente.

—Así es. —Asintió, bebiendo luego un sorbo de su trago—. ¿Deseas bailar ahora conmigo?

Adell sonrió.

—Claro que sí.

Imran colocó el vaso sobre el mesón de la barra, se levantó y, tomándola por la cintura, la llevó hasta el centro del salón.

En tanto que, Kamila, desde un extremo, de vez en cuando regresaba a mirarlos; y, luego, volviéndose hacia sus amigas, continuó conversando con ellas.

(**Kya khushee!* – ¡Qué alegría!)

Luego de terminada la reunión, Adell e Imran fueron a dar un paseo por la bahía. Adell descalzó sus zapatos de tacón alto, avanzaron hasta un extremo del malecón y ahí se detuvieron para escuchar el sonido de las olas.

Imran se inclinó; y, recostando sus antebrazos sobre la baranda, observó con cierta nostalgia el ir y venir del movimiento del agua.

—Este lugar me recuerda al Lago Champlain —comentó, mirando a su frente; mientras sentía a la brisa golpear en su rostro—. Es un lugar muy bonito de Burlington. Me gustaba ir allí, sentarme sobre una banca y contemplar el azul del agua, el verde

de las montañas... —Calló un momento, fijando la mirada en las luces titilantes de la costa de la bahía—. ¡El color de los árboles y flores son hermosos en tu ciudad! Iba seguido allí y me pasaba horas leyendo... Me recordaba aquí, a este preciso lugar.

Adell lo miró atenta; escuchándolo sin interrumpir. Entretanto; Imran, colocándose frente a ella, tomó entre sus manos a su cabello que voló desordenado con el viento y lo acomodó dejándolo caer libre sobre su espalda. Se acercó tanto a ella que, Adell pudo sentir el roce de su pecho. De pronto, le hizo una pregunta:

—Adell, si te lo pido en este momento, ¿te quedarías en India conmigo?

Al darse cuenta de la intensidad de su mirada, Adell quedó enmudecida. Bajó la mirada; y, mordiendo nerviosa un extremo de su labio inferior, no supo qué responder. Su repentina pregunta la dejó desconcertada.

—Regresemos a casa... ¡Por favor! —fue lo único que atinó responder.

Imran quedó mirándola con gesto de desagrado.

—Fue muy pronto para preguntártelo. Dejémoslo así... No deseo presionarte. —Y, tomándola de la mano, continuaron caminando.

En el silencio de su habitación, Adell comprendió muchas cosas: comprendió que los celos de Jared tenían fundamento cuando él afirmaba que Imran estaba enamorado de ella. Fue hasta la ventana; y, contemplando, pensativa, las lucecillas que iluminaban el jardín, inhaló profundo; dándose cuenta de que, a partir de aquello, las cosas cambiarían.

CAPÍTULO 35

Al día siguiente, en cuanto Adell despertó, fue a tomar una ducha y enseguida bajó a uno de los jardines de la mansión.

—*Namaste!* —saludó a la familia, quienes se encontraban ahí reunidos.

—*Namaste*, querida! —contestaron los padres de Imran—. Ven —dijo Dhira—, siéntate a desayunar con nosotros.

Adell, sonriendo, se sentó junto a Priya.

—¿Imran, no ha bajado aún? —preguntó, mientras servía en su plato rodajas de piña y de melón; en tanto que, Dhira, estirando su brazo, le alcanzó la jarra con el té.

—No, todavía no lo ha hecho. Parece que continúa dormido. Y ustedes, ¿permanecieron anoche por más tiempo en el hotel?

—En la realidad, no —contestó. Levantó la tapa de la azucarera de cristal y, tomando con la pinza de plata un cubito de azúcar, lo introdujo en su té de jazmín—. Preferimos ir a caminar por el malecón.

—Mira, Adell... —interrumpió Priya, haciendo que voltee a mirar—. Ahí viene mi hermano.

Imran se acercó; como siempre lo hacía: sonriente, dando los buenos días

a todos. Movié una de las sillas y se sentó frente a Adell.

—Adell... —comentó entusiasmado; en tanto que, desdoblado la servilleta de lino, la colocó sobre su pierna derecha—. Me gustaría hacer contigo un viaje de tren a las montañas. ¿Qué te parece?

—A las montañas, ¿dices? Hum... —titubeó, acomodándose un mechón de su cabello, colocándolo detrás de la oreja—. No lo sé... Aunque, me parece divertido. ¿A qué lugares iríamos?

Imran, apoyando sus antebrazos sobre el cristal de la mesa, aproximándose más hacia ella, entusiasta le explicó cómo sería el recorrido:

—Mira, saldremos mañana temprano desde la estación de trenes. Nuestra primera parada será en un pueblo pequeño en la Montaña Matheran. Es un viaje corto, de dos horas. Ahí pasaremos la noche. Luego, al día siguiente, tomaremos nuevamente el tren e iremos a otras montañas que están en lo alto de las Ghats. Te aseguro que lo disfrutarás... ¿Qué me dices?

—Pues...

—Querida... —interrumpió Dhira.

Adell levantó a verla.

—Accede en ir, porque vas a disfrutar de la belleza de esas montañas. ¡Sé que te resultará encantador el viaje! —exclamó emocionada.

—Este mes estaré desocupado —añadió Imran—, y quiero llevarte a conocer algunos lugares de India. Además, recuerda que luego iremos a Goa. Entonces, ¿salimos mañana?

Adell asintió sonriendo.

—¡De acuerdo, iremos mañana!

—¡Bien... me alegra saberlo! —exclamó volviendo, satisfecho, a recostar su espalda contra el espaldar de la silla.

Conversaron y rieron tanto que, Adell olvidó por completo la incómoda situación que tuvo con él, en el malecón, la noche anterior.

Al día siguiente y como lo planearon, salieron temprano a la estación de trenes Chhatrapati Shivaji.

Al llegar allí, Adell se asombró de su impresionante edificación: una mezcla del estilo arquitectónico neogótico de la época victoriana, con la arquitectura tradicional India.

Por otro lado, el tráfico le resultó agitado; nunca presenció algo así: había exceso de autos, taxis, motos, peatones, que trataban de abrirse camino entre esa congestión; además, del ruido de las bocinas que hicieron retumbar a sus oídos.

Una vez en el tren y de camino a las montañas, este fue a propósito lento para que disfruten de la sensación que resultaba el traqueteo al cruzar por las colinas.

Adell abrió la ventanilla; y, dejando entrar ese aire puro y fresco, se adentraron en las montañas, resultándole una experiencia fascinante. Atravesaron pequeñas aldeas y cruzaron a través de túneles y puentes impresionantes. Finalmente, y luego de dos horas de viaje, llegaron a Matheran.

El hotel que Imran reservó, no pudo haber sido mejor; fue perfecto. De estilo rústico y perdido en medio de los árboles; lo cual lo hacía encantador.

Estando allí, desde lo alto y en medio de aquellas impresionantes montañas, Adell levantó sus brazos e inhaló profundo, sintiendo su pureza y su aroma; mientras que, Imran, sonreía mirándola.

—¡Acércate y haz lo mismo! —protestó, volviéndose hacia él—. Te aseguro que lo vas a disfrutar, una vez que dejes de reírte de mí.

Imran sonrió, moviendo de lado a lado la cabeza.

—Ven aquí, tu desayuno se enfriará —dijo.

Adell, volviendo a llenar sus pulmones, exhaló pausado. Se acomodó el cabello y regresó a la mesa.

—A cada lugar que me traes se me hace único —comentó sentándose frente a él. Acercó la jarra con café; y, vaciando un tanto en su taza, le expresó su deseo de luego del desayuno ir a caminar por las llanuras que se apreciaban desde aquella terraza.

Al día siguiente, tomaron nuevamente el tren. Viajaron cinco horas y llegaron a las frías altitudes de las Ghats Occidentales. Y, de igual manera como lo hizo en Matheran, Imran reservó un hotel en lo alto de la montaña, con una increíble vista hacia el Lago Venna.

Aquella tarde llovía tanto que, tuvieron que esperar para dar un paseo por el pintoresco pueblo. Cuando lo hicieron fueron a lo alto de un peñasco, desde donde, en medio de la niebla, Adell observó cómo emergían las puntas de otros peñascos y mantos de agua que caían por las colinas; mientras que, en la parte baja, el verde intenso de las llanuras. Tomó su cámara y fotografió a aquel maravilloso lugar, sintiéndose libre en medio de la majestuosidad de las montañas.

Se sentaron al filo de una roca inmensa, Imran la abrazó; y, sin pronunciar una sola palabra, continuaron mirando hacia el horizonte.

Adell sujetó una piedrecilla; y, dándole vueltas entre sus dedos, decidió tocar ese tema que no la dejaba tranquila:

—Imran... —empezó, algo nerviosa, diciendo:

—Esa noche en el malecón no pude, tampoco quise contestarte... ¡Y créeme que desde entonces he tratado de huir de todo cuanto me dijiste! Y en la realidad no me he sentido bien contigo.

Imran la observó atento; y, luego, desviando la mirada, permaneció con sus ojos fijos en los picos de los peñascos que sobresalían a través de la neblina.

—No necesitas darme explicaciones —contestó, volviéndose hacia ella—. ¡Siempre lo comprenderé!

Adell sonrió, seguido de un leve suspiro.

—Tú eres especial para mí... ¡Un gran amigo!

—¡Y tú, maravillosa! —agregó él, pasándole el brazo por sus hombros—. Ahora regresemos, porque empezará a llover. —Sujetó de su mano, ayudándola a ponerse en pie.

Adell terminaba de colocarse el brillo labial para ir a cenar, cuando escuchó que golpearon a la puerta.

Al abrirla vio que Imran se encontraba parado bajo el umbral con una botella de champaña en sus manos.

—Estoy lista, tan solo iré a tomar mi bolso —dijo dándose la vuelta.

—¿Te gustaría cenar aquí? —preguntó avanzando detrás de ella—. Podría pedir que nos la suban a la habitación.

—Por supuesto —contestó volviéndose hacia él—. Me parece perfecto.

—Además... ¡Traje champaña y es de las mejores! —añadió Imran, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, levantando la botella y mostrándosela.

En la realidad, la noche estaba bonita y despejada. Cuando fueron hasta el balcón para conversar más a gusto, corría una brisa agradable.

—Siempre recordaré todos estos lugares... ¡Nunca los olvidaré! —exclamó Adell, mirando desde lo alto y a través de la niebla, las

luces parpadeantes que llegaban del pueblo.

—¡Estos lugares son inolvidables! —contestó él—. El hecho de estar aquí, contigo, hará que tampoco yo los olvide. —Acercó la copa a sus labios y lentamente bebió un sorbo. Luego se levantó y fue hasta el balcón—. Adell... —preguntó, manteniéndose de espaldas a ella—. ¿Continúas amándolo? ¿Volverás con él?

Adell se quedó mirándolo; y, suspirando, detuvo el aliento.

—¡Sí, lo amo...! ¡Pero no podría volver con él!

—¿Estás segura? —cuestionó, volviéndose hacia ella.

—¡No lo haría! —exclamó—. ¡Jared lo destruyó todo hiriéndome una y otra vez...! ¡No puedo perdonarlo!

—¡Adell, estoy perdidamente enamorado de ti! Necesito que lo sepas. —Fue hacia donde ella; y, sentándose a su lado, notó cómo, nerviosa, no dejó de mover sus manos. Las tomó entre las suyas; y, con sus ojos clavados en los suyos, agregó:

—¡Deseo que te quedes en India, conmigo!

Adell; más nerviosa aún, bajó la mirada.

—¡Imran, no hagas esto! ¡Por favor!

—¡Adell, mírame! —exigió tomándola de la quijada y levantándosela—. Me enamoré de ti... ¿Te cuesta tanto entenderlo?

—¡No, no puedo! —exclamó; y, apartándose de su lado, corrió a la habitación. Caminó intranquila de un lado hacia el otro, tratando de poner en orden a sus ideas. Se sentó sobre la cama e, inhalando profundo, regresó a ver hacia el balcón: Imran repasaba, pensativo, una y otra vez su mano por la barbilla.

Volvió a salir más tranquila; pero, antes de que ella diga algo:

—No te alejes de mí... —concluyó él diciendo, tomándola por los hombros—. Solo quería que lo sepas. Ahora te dejo descansar. Mañana temprano saldremos de regreso a Mumbai. —Le apartó las manos de sus hombros; y, dándose media vuelta, se encaminó hacia la puerta. Antes de girar la manilla se volvió hacia ella—. No quiero que esto afecte nuestra amistad. ¡No cambies, te lo pido! — La abrió y salió.

En la realidad, ella tampoco deseaba que eso suceda. Entró en la habitación y, sentándose al filo de la cama, regresó a mirar hacia el balcón. Contempló pensativa la mesa con los restos de la cena y las copas de champaña a medio terminar.

Debería hacerlo... Sin embargo, no quiero involucrarme con nadie aún.

Se levantó y fue hasta la ventana, cerró las cortinas y se fue a dormir.

Al día siguiente, regresaron a Mumbai. Ambos permanecieron callados durante las cinco horas del viaje.

Adell, con su cabeza recostada contra la ventanilla del tren, cerraba una que otra vez sus ojos para dormir. Mientras que, Imran, de frente a ella y con su laptop abierta sobre la mesa, revisaba unos trabajos. De vez en cuando levantaba la mirada y, girando la cabeza, observaba el paisaje por la ventanilla. Luego regresaba a verla y se quedaba contemplándola.

CAPÍTULO 36

Luego de su regreso de las montañas, Adell se mantuvo aislada de Imran. Pensó que evitándolo no daría lugar a insinuaciones y así no se sentiría presionada. Pero fue todo lo contrario: Imran fue discreto con ella cada vez que coincidían o permanecían juntos en la casa.

Y así, poco a poco tuvieron acercamientos y las cosas volvieron a ser como antes.

Un viernes por la mañana, Adell conversaba con sus padres, sentada en una de las saletas del jardín posterior.

Imran venía hacia donde ella y al verla al teléfono, aguardó a un costado de la piscina, hasta que termine de hablar.

—Imran... —llamó Adell, tan pronto y colgó la llamada.

Él, dándose vuelta, enseguida fue a sentarse a su lado.

—¿Hablabas con tu familia?

—Sí, con papá y mamá. Les contaba de los lugares hermosos que hemos visitado. Ellos te mandan abrazos.

—Me alegro... —exclamó, esbozando una suave sonrisa—. Adell, ¿quieres salir esta noche? Tengo en mente un lugar al que no te he llevado aún.

—Sí, ¿cuál es?

—Es un bar que está en la azotea de un hotel. La vista desde allí... ¡Qué te puedo decir! Es una vista impresionante a toda la bahía y a gran parte de la ciudad. ¿Qué dices?

Adell sonrió.

—De acuerdo, Imran. En la noche iremos.

Sin lugar a dudas, la vista desde ese lugar a la ciudad de Mumbai, era bellísima. El bar estaba en el piso treinta y cuatro del hotel, con todo su contorno cubierto de vidrio para disfrutar del panorama.

La noche se presentó hermosa: cielo limpio y estrellado. Tomaron una mesa para dos junto a la vidriera; desde donde podían vislumbrar un manto de luces que se extendía a todo el largo de la bahía.

—¿Qué deseas beber? —preguntó Imran, en cuanto el mesero se acercó a donde ellos y les entregó el menú de las bebidas.

Adell lo indagó, repasándolo brevemente.

—Me gustaría un Martini de frambuesa, por favor —dijo levantando a ver al mesero.

—Para mi un Whisky doble —ordenó Imran—. ¿Cómo te sientes, princesa? —preguntó, acomodándose plácidamente contra el espaldar de la silla—. ¿Te ha gustado venir aquí?

—¡Este lugar es maravilloso! —contestó; y, volviendo la mirada hacia la costa:

—¡Cuántos lugares increíbles tiene Mumbai! —exclamó—. ¡Y sí, estoy muy contenta!

Imran sonrió.

—Me alegra escucharlo. Ordenemos entonces la cena. Y esta vez, si me lo permites, me gustaría recomendarte qué elegir. —Tomó la carta; y, revisando detenidamente el menú:

—¿Qué te parece alcachofas al carbón? —propuso—. Las disfrutarás, si gustas de cuscús, dátiles y frutos secos.

Adell, mordiéndose un extremo de su labio inferior, asintió.

—Perfecto... Ordenémoslas entonces.

Luego de la cena se levantaron de la mesa y fueron hasta la baranda, desde donde, fascinados, contemplaron las luces de toda la costa de Mumbai: sus elegantes rascacielos y el puente sobre el Mar Árabe; siendo, aquella, una vista espectacular.

—¿Deseas otro Martini? —preguntó Imran.

—Gracias, pero por ahora no. Quizá luego.

—Yo sí iré por un Whisky. —Y, dándose media vuelta, fue hasta el bar.

Adell se quedó mirándolo mientras le preparaban su cóctel; fijándose en su camisa color ámbar y en el colgante de diamante negro que lucía muy bien sobre su piel canela. Se volteó y continuó observando hacia la bahía; y, mientras la contemplaba, Imran se acercó e, indicándole por detrás suyo distintos puntos de la ciudad, rozó con su mano su cabello, al mismo tiempo que le señalaba a la larga avenida iluminada. Se aproximó tanto a ella que, la puso nerviosa.

—Aquella es la Bahía de Hali Ali —comentó, casi murmurando, acercando sus labios muy cerca de su oído.

Adell sintió desvanecer; y, cerrando sus ojos al sentirse impregnada por la tibieza de su respiración, se mantuvo callada.

Imran la tomó por los hombros; y, mientras poco a poco la hacía dar vuelta, fue aprisionándola contra sus caderas.

—Yo no quiero ser tan solo tu gran amigo... —murmuró a su oído.

Adell, sintiéndose abrazada por su delicioso y exótico aroma a notas especiadas y de menta, trató de huir de sus brazos. Abrió los ojos; y, encontrándose con aquella mirada seductora, tembló. El calor de sus labios acariciaron los de ella; y, mientras ejercían presión, separando a los suyos, se aferró a su pecho y se dejó llevar por el embriagante sabor de sus ardientes besos.

CAPÍTULO 37

Burlington.

Jared desempacaba las compras del supermercado, cuando sonó su celular. Colocó la caja de cereal dentro del estante de la cocina y contestó, cerrando la puerta:

—Dime, Victoria...

—Hola, cariño, ¿podrías hacer algo por mí? En estos momentos estoy entrando a una cirugía y necesito urgente una carpeta que olvidé en casa de papá. ¿Podrías traérmela tú al hospital?

—Claro que sí. Dime en qué lugar la dejaste.

—Mira, quedó en la saleta de televisión, junto a la lámpara. Quizá papá la movió de ahí, no sé. Al llegar le preguntas.

—Pierde cuidado, hermana. Tan pronto y la recoja te la llevo.

—Gracias, cariño. La dejas en mi oficina, por favor. Y ahora te dejo, adiós.

Al terminar de desempacar, Jared salió a casa de su padre. Al llegar no tocó el timbre, puesto que a esa hora él aún permanecía en la compañía; así que tomó las llaves que estaban debajo de la pata del león de mármol y entró.

Subió corriendo por las escaleras y fue hasta la sala de televisión; y, en efecto, la carpeta estaba sobre la mesita esquinera. La recogió, pero en vez de ir a entregársela a su hermana al hospital, empezó a curiosarla. Y, mientras lo hacía, escuchó ruidos que venían desde la habitación de su padre; por lo que, sorprendido, regresó a mirar.

—¿Papá está en casa?

Dejó a la carpeta de lado y se encaminó hacia la habitación; mas, en cuánto se aproximaba, escuchó risas. Se dio cuenta de que su padre estaba acompañado de una mujer; y, moviendo de lado a

lado la cabeza, se dio media vuelta y prefirió marcharse cuanto antes. Mientras avanzaba por el pasillo, volvió a escucharla reír; aquella manera de hacerlo le resultó familiar. Por lo que, intrigado, le interesó conocer quién era la mujer con la cual parecía que su padre mantenía una relación amorosa y se regresó. Mas, al escucharlos tan divertidos, se sintió incómodo y resolvió marcharse lo antes posible. Pero, para su sorpresa, se detuvo repentinamente en el momento en que ella habló; dándose cuenta de quien se trataba.

—¡No puede ser...! ¿Brianna?

No cruzó siquiera por su cabeza que podría tratarse de ella. Desconcertado, se dirigió hacia la puerta; y, prestando atención a todo cuanto decían, fue entonces cuando los escuchó brindar complacidos: tratando su padre a Adell en términos inapropiados y al él de ingenuo.

Atónito; siendo testigo de tan desgarradora verdad, de un empujón abrió la puerta. Lo primero que vio fue ropa desparramada por todo el cuarto, lanzada sobre la mesa y por el piso; e, incrédulo, los miró a ambos, quedándose perplejo al presenciar todo aquello.

—¡Cómo pudieron...! —gritó—. ¡Papá! ¿Y tú, Brianna...? ¿Qué clase de persona eres?

—¡Hijo...! —exclamó Lloyd, exaltado; apartando tan pronto como pudo a Brianna de sus piernas al verlo entrar inesperadamente en su habitación—. ¿Cómo has venido sin antes avisar?

—¿Y desde cuándo tengo que avisar para venir? —replicó furioso, mirándolo cómo, nervioso, trataba de colocarse el pantalón.

Brianna, levantándose del filo de la cama, recogió la manta del suelo y colocándosela encima trató de salir cuanto antes de la habitación.

Entretanto, Jared se la adelantó.

—¡Tú te quedas aquí! —exigió con energía, interponiéndose entre la puerta y ella; mirándola enfurecido cómo, apresurada, recoger su ropa del piso y encerrarse en el baño. Se dio media vuelta; y, con la respiración agitada, replicó, encaminándose hacia donde su padre:

—¡No me vengas con eso ahora, papá! ¿Cómo fuiste capaz...? ¡Te escuché decirlo!

—¿De qué me hablas, hijo? —contradijo, mientras atinaba abrocharse los botones de su camisa—. No te comprendo. Tampoco, por qué estás aquí.

—¡Mírate! ¡Estás tan nervioso que no logras calmarte! ¡Ahora me darás una explicación a todo esto, Lloyd!

Lloyd, sin decir una palabra, levantó a mirarlo. Se dio media vuelta y, aturdido, empezó a caminar de un lado hacia el otro por la habitación.

—¿No sé qué crees haber escuchado? —repuso pasándose la mano por la frente.

—¡Maldita sea! —replicó Jared, aproximándose hacia donde él—. ¡No entiendes que los escuché! ¿Por qué lo hiciste, papá? ¿Cómo pudiste destruir así mi vida?

—Mira, hijo... ¡Cálmate, lo hablaremos!

—¡No puedo calmarme, papá! ¡Y por supuesto que lo vamos a hablar...! ¡Me lo contarán todo! ¡Y dile a Brianna que salga de una vez de ese baño! —Se sentó a esperar a que lo haga, mirando a su padre cómo, impaciente, caminaba de un lado hacia el otro por la habitación.

—¡Está bien...! —Aceptó Lloyd, volviéndose hacia él—. Admito que hice todo lo posible por separarlos... ¡Esa Adell no me gusta para ti!

Jared; levantándose de inmediato:

—¿Y desde cuándo tú decides sobre mis sentimientos? —replicó, fulminándolo.

—Desde un comienzo me di cuenta de que perdiste la cabeza por ella... —respondió su padre, abriendo los ojos, con un aspaviento de mano—. ¡Hay otras prioridades, antes que enamorarse!

—¡No te escucharé más, papá! —exclamó Jared, mirándolo furioso—. ¡Estoy decepcionado de ti! —Se dio media vuelta y se encaminó hacia el baño. Golpeó histérico, llamando a Brianna; y, mientras lo hacía, vio que su padre abrió la puerta y se marchó—. ¡Hasta que al fin sales! —replicó al verla; pero Brianna estaba tan nerviosa que trató de marcharse—. ¡Espera! —gritó tomándola por el brazo, haciéndola caer sentada sobre el sofá—. ¡Ahora tú y yo

vamos a hablar! Quiero que me lo digas todo... ¡Sin más mentiras, Brianna!

—Está bien... —Asintió, sosteniendo con el ceño fruncido su inquisitiva mirada—. ¡Lo sabrás todo, Jared! —Y, poniéndose en pie, se acomodó la manga apiñada de su blusa.

—¡Vamos, empieza! —exigió Jared, gritando furioso.

Cuando Brianna empezó a hablar, no lo hizo avergonzada, menos aun arrepentida; por el contrario, fue hiriente y cruel.

—Tu padre y yo somos amantes desde hace algún tiempo atrás... quizá algo menos de un año. Y bueno... —repuso sonriendo burlonamente—, es mejor que lo sepas. Yo no estoy enamorada. Solo me he divertido con él.

Jared, juntando las cejas, miró hacia un costado.

—¡Esos detalles no me interesan! —replicó, regresándola a ver—. ¿Por qué lo hicieron? Adell y yo hemos sido tus amigos... ¿Por qué seguiste el juego de mi padre?

Brianna, con una risita entre dientes, levantó una ceja.

—¿Cuál juego, Jared? No fue tu padre... Fui yo quien lo empezó todo.

—No consigo entenderte... ¡Habla!

—De acuerdo... —Consintió, mirándolo desafiante—. Cuando Imran llegó a casa de Adell y lo conocí, me enloquecí. Lo fantaseé de todas las formas, solo conmigo... ¡Pero el muy imbécil se deslumbró con Adell! Entonces fue cuando enamoré a tu padre para hacerla daño.

—No te entiendo... ¿Qué clase de amiga eres?

—¿Amiga...? —Rio con desprecio—. ¡No! ¡La odio! En todo siempre ha sido ella... ¡Y hasta tú...! ¡Como un estúpido enamorado!

A Jared le resultó inconcebible aceptar que se trataba de la misma Brianna; aquella quien decía llamarse su amiga. Inhaló profundo; y, esforzándose para mantener la compostura, le exigió continuar:

—Explícame cómo pensabas hacerla daño. Según tú, ¿enamorando a mi padre?

—¿Cómo...? —repitió desafiante, sonriendo con burlona elegancia—. ¡Muy fácil! Lloyd siempre fue claro. No hizo falta mayor detalle para darme cuenta de que él se oponía a la relación de

ustedes. Entonces me valí de eso... ¡Lo llevé a mi cama y lo volví loco! Luego lo puse en su contra. Entre él y yo tramamos muchas cosas... ¡Yo solo quería verla estropearse!

—¡Qué clase de persona eres!

—Perdóname, Jared... —Suspiró; y, mirándolo con cinismo, se carcajeó—. ¡Yo solo quería hacerla sufrir...! ¡Y hasta el final lloró desconsolada por ti la muy estúpida! ¡Y eso fue precisamente lo que quise! ¿No entiendes que la odio? ¡Yo me enamoré de Imran...! ¡Y esa perra lo volvió loco a él!

—¡Cállate! ¡No la llames así! —Se molestó tanto con Brianna que, agarrando del mueble la botella de vino a medio terminar, la lanzó lejos. Rodó, derramándose por el suelo. No quiso escuchar más y se volteó para irse.

—¡Espera, Jared! —gritó Brianna, corriendo hacia donde él; y, deteniéndolo por el brazo, exclamó:

—¡Hay algo más!

Jared, con sus puños tensionados y sus labios presionados en una fina línea, regresó a mirarla.

—¿Y todavía me dices que hay algo más?

—¡Sí y lo vas a saber de una vez! El día en que llegaste a su casa y los encontraste dormidos en su cama... ¿Recuerdas aquella fatídica mañana? —retó, esbozando una sonrisa perversa—. Fue porque yo lo planeé así. ¡Los drogué y ellos nunca lo supieron! ¿Comprendes ahora? Quise que tú la encuentres con él y que pienses que tuvieron una noche de sexo muy loco, para que así acabes de una vez con esa imagen que tenías de ella: de mujer perfecta y locamente enamorada de ti... ¡Y lo conseguí! ¡Dudaste de esa estúpida! Ahora ya lo sabes. Me voy. No tengo nada más de qué hablar contigo. —Y, volteándose, trató de marcharse.

—¡Eres de lo peor! —gritó Jared, furioso, sujetándola por el brazo y de un empujón la hizo caer sentada sobre la cama—. ¡Y todavía te revuelcas con mi padre!

Brianna, desafiante, levantó a mirarlo.

—¡Ahora ya lo sabes, Jared! ¡No me interesa nada de ustedes! —Se puso en pie; y, acomodándose tanto la blusa como la falda, se encaminó hacia la puerta. Giró la perilla y salió, dando un portazo.

Jared prefirió que se vaya. Se volteó y fue hasta la ventana. Desde allí la miró discutir con su padre en el jardín, luego de eso desapareció.

—Dios... ¡Cuánta maldad! —exclamó cerrando los ojos—. ¡Cómo pudieron! ¿Por qué me hiciste esto, papá? Lloyd... —gritó saliendo de la habitación; y, al tropezar con él al pie de las escaleras, lo abordó, mirándolo indignado:

—¡Me avergüenzo de ser tu hijo...! ¡Papá!

—¡Jared, espera! —suplicó su padre, sujetándolo por el brazo—. ¡Por favor escúchame!

—¡No más...! —De un tirón, soltó de su brazo—. ¡No quiero volver a verte nunca más! —Abrió violentamente la puerta y se marchó.

Al llegar a su apartamento todo le dio vueltas en el estómago; fue seguido al baño para vomitar.

Se recostó sobre la cama, tratando de calmarse.

—¡Maldición, olvidé a Victoria! —Alcanzó el celular—. Vicky...

—Pero ¿qué pasó contigo, Jared? Terminé la cirugía y aún no has llegado.

—Perdóname. No podré ir.

—Está bien, iré yo misma. Ahora debo dejarte.

Jared se tumbó de espaldas sobre la cama; y, con la mirada fija en los cristales de la ventana, se forzó a recordar aquella mañana en la habitación de Adell. Luego, todo se le presentó muy claro.

—¡Soy un imbécil! —se acusó desesperado, sujetándose con ambas manos la cabeza; atormentado por todas las injusticias que cometió con ella—. ¡Cómo fui capaz y no confié en ti! ¡Perdóname, mi vida! ¡Juro que te buscaré! ¡Te suplicaré hasta que me perdones!

CAPÍTULO 38

India.

Adell, pensando en lo ocurrido entre Imran y ella la noche anterior, pasó horas dando vueltas en su habitación.

—¡Dios...! ¿Qué hago ahora? —se cuestionó confundida, recordando el comprometedor beso que se dieron. Llegó a la conclusión de que aún no era el momento indicado para empezar una nueva relación. Dejó de inquietarse y salió para bajar al jardín.

—¡Adell, te esperaba! —exclamó Imran, tomándola por el brazo en cuánto la vio caminando por el pasillo—. ¿Cómo te sientes, princesa?

—Estoy bien... Gracias. Yo... —titubeó, esquivando su mirada—, me entretuve escribiendo a los amigos. Ya sabes... no he tenido tiempo de hacerlo.

—Ya veo... —Apenas y sonrió; y, abrazándola, continuaron caminando.

De pronto, Adell se detuvo; y, levantando a mirarlo, decidió afrontarlo:

—Imran... en la realidad no me siento cómoda. Discúlpame, pero fue una equivocación volver a besarnos.

—Una equivocación, ¿dices? —En su rostro se dibujó una leve sonrisa de asombro—. ¿Cómo...? No te comprendo, Adell.

—¡Imran, por favor! —insistió, sosteniendo su penetrante mirada—. No deseo empezar una nueva relación... Aún no.

—¿Aún no...? —cuestionó sujetándola bruscamente por los hombros—. ¿Qué ocurre contigo?

—¡Entiéndeme! Yo...

—Entenderte ¿qué, Adell? —La fulminó, negando con la cabeza—. ¿No lo disfrutaste? Yo no lo creo así... ¡Yo lo disfruté...! ¡Y

mucho!

—¡Pero compréndeme, por favor! Esta situación es difícil para mí... ¡Estoy confundida!

—No, no logro entenderte... —discrepó, moviendo de lado a lado la cabeza—. ¡Ya es tiempo de que dejes atrás ese pasado y que lo olvides de una vez!

Adell, arqueando su ceja derecha, sin el menor deseo de responder, se dio media vuelta y se encaminó a su habitación.

—¡De acuerdo! —replicó Imran, alzando la voz. Avanzó hasta donde ella; y, deteniéndola por el brazo:

—Si te hace sentir mejor... ¡Entonces lo olvidaremos!

A la mañana siguiente, Imran salió a la terraza de su habitación y al mirar que Adell leía sentada al pie de la piscina, inspiró profundo e inclinándose arrancó una rosa blanca de una de las macetas y bajó a encontrarse con ella en el jardín posterior.

—¡Es para ti, princesa! —manifestó, entregándosela.

Adell alzó a mirarlo y sonrió.

—Gracias.

—¿Me permites sentar a tu lado?

—Claro que sí. Mira, yo...

—¡Discúlpame por haber sido rudo contigo —interrumpió, tomándola por las manos—. ¡Por favor! No quiero que nos distanciamos por algo así.

Adell sostuvo su mirada, fijándola en sus ojos color miel.

—Yo tampoco deseo hacerlo. Siempre te lo he dicho, Imran... ¡Tú eres una persona especial para mí!

—Lo sé. —Asintió, esbozando una amplia sonrisa—. Ahora te propongo hacer lo que quedó pendiente.

—¿Y qué ha quedado pendiente? —preguntó Adell, también sonriendo.

—Ir a Goa. ¿Lo recuerdas?

—¡Es verdad, lo había olvidado! Pero...

—Esta vez no te permitiré ninguna excusa. ¡Mírame, preciosa! —indicó tomándola por los hombros—. No volveré a forzarte a hacer algo que tú no lo deseas... ¡Tenlo claro, por favor!

Adell se quedó mirándolo; y, levantando apenas un extremo de su boca, sonrió.

—Este viaje será inolvidable —añadió Imran—. ¡Goa es un paraíso!

—¡Está bien! —Asintió Adell—. Iremos a Goa.

Goa, India.

A la mañana siguiente, el helicóptero los esperaba a la hora acordada por Imran.

Tan pronto y descendieron embarcaron en el Range Rover que aguardaba a por ellos en el aeródromo y recorrieron parte de la ciudad.

Adell quedó fascinada. El lugar era exótico: mar azul, Sol radiante, arena blanca...

Cruzaron por un largo camino de palmeras y llegaron al hotel. Las cabañas eran rústicas: construidas de bambú y techos de paja; las hacía especiales porque estaban levantadas sobre el mar y con un amplio mirador a todo su frente.

—¡Este lugar exótico me encanta! —exclamó Adell, emocionada, en cuanto salió al balcón y miró toda la belleza que tenía a su frente; mientras el agua cristalina se movía bajo sus pies.

Imran sonrió, rodeándola por los hombros.

—Me alegra saberlo... ¡Te lo dije!

—¡Me fascina todo! ¡El contraste del turquesa del agua con el verde de las colinas, las flores, el cielo azul...!

Imran rio escuchándola.

—¿Quieres dar un paseo?

—¡Por supuesto que deseo hacerlo! —respondió feliz.

—Vamos, entonces. En esta ocasión lo haremos en moto.

Imran fue conduciéndola y ella detrás de él, abrazada a su cintura. La llevó a varios lugares divertidos: uno de ellos fue el mercado hippie. Adell se entretuvo mirando la joyería artesanal, no se resistió y compró algunas de ellas; además, de un pareo para la playa con diseños típicos de India.

Fueron a una explanada frente al mar, en donde almorzaron y bebieron cerveza mientras escuchaban música reggae.

—¿Caminamos por la arena? —preguntó Adell; y, poniéndose en pie, lo tomó de la mano.

—¡No deberías ni consultármelo! —Las comisuras de su boca se elevaron, dibujándose en el rostro de Imran una amplia sonrisa—. Vamos, princesa.

Adell tomó el pareo de playa que compró en la tienda hippie y, amarrándolo a sus caderas sobre el bikini blanco que llevaba puesta, caminaron por la orilla del mar, mientras jugaban y reían lanzándose agua con los pies. De pronto; Imran, tomándola por el brazo:

—Adell, dime algo —preguntó deteniéndola.

—Te escucho... —contestó Adell, riendo con su mirada prendida en el agua espumosa que revoloteaba bajo sus pies.

—¿Has logrado olvidar a Jared?

—¡Imran, por favor! —protestó, levantando a mirarlo contrariada.

—¡Está bien, lo siento! Te dije que no insistiría. Ven, sigamos caminando.

—Descuida. Pero ¿qué te parece si regresamos al hotel?

—De acuerdo, pero esta vez tú conducirás la motoneta.

—¡Déjame llegar hasta allí y verás!

Al atardecer, Adell salió al balcón; y, mientras fascinada contemplaba la puesta del Sol, Imran, acercándose por detrás, la abrazó por la cintura.

—Hermoso, ¿verdad? En la noche quiero llevarte a la bahía. Ahí podríamos cenar y luego ir a bailar.

—Sí, me gusta la idea —respondió volviéndose hacia él—. El ambiente en Goa es muy divertido.

—Así es, princesa. Para mí, Goa es uno de los mejores lugares.

—Tienes razón... —Asintió, contemplando el fascinante paisaje a su frente—. ¡Es increíble!

—Te gustará el lugar al cual te llevaré en la noche... ¡Lo sé! Al pie del mar hacen fogatas.

Esa noche Adell vistió jeans apretados y un top sin mangas.

Imran la esperaba en el balcón. Traía puesto vaqueros oscuros ceñidos y una camisa muy sexy de seda blanca, abierta en V hasta el pecho, haciéndole resaltar sus atractivos pectorales y brazos.

—¿Lista? Te estaba esperando. Vamos, preciosa. —Tomó de la mesa del recibidor las llaves del Range Rover y salieron.

Permanecieron en la bahía bebiendo más de la cuenta y bailando hasta el amanecer. Adell, tomándolo de la mano, lo encaminó hacia la puerta del bar.

—Salgamos un momento, me siento cansada.

—Sí, hagámoslo. En la arena hay todavía una que otra fogata encendida.

Se sentaron bajo el cielo estrellado a beber sus cervezas, mientras relajados contemplaban el ir y venir del movimiento del agua; en tanto que, Adell le comentaba anécdotas de su vida e Imran le confiaba de lo agradable de haberla conocido. Y, en cuanto él lo hacía, Adell lo observó detenidamente, fijándose en su enloquecedora sensualidad.

—Ven, vamos al agua —interrumpió, halándolo.

De un brinco Imran se puso en pie; y, retirándose la camisa, la lanzó a la arena, dejando a la vista sus excitantes pectorales. La tomó de la mano y corrieron al agua.

—¡Me encanta verte sonreír así!

—¿De veras? Será porque el océano me pone feliz —contestó Adell, sonriendo.

—Adell...

—¿Dime? —respondió, sacudiendo la arena de su cabello.

—¡No lo resisto más...! ¡Déjame besarte! —De pronto lo hizo. La besó en la frente, en sus ojos, hasta que bajó a su boca y ahí se detuvo—. ¡Quédate conmigo! —murmuró rozando sus cálidos labios con los de ella; al mismo tiempo que la apretó fuerte contra sus caderas.

Adell cerró los ojos, sintiendo a su piel humedecerse con las gotas de agua que resbalaron por el ardiente pecho de Imran.

—Imran, yo...

—No digas nada. ¡Solo bésame y déjame hacerlo! —Retiró un mechón de su cabello; y, descubriéndole el rostro, empezó a acariciarla—. ¡Muerdo por tenerte! —exclamó trazando con sus labios la curvatura de su cuello y bajó hasta sus hombros; mordiéndolos sensualmente. La levantó en brazos; y, llevándola hasta la orilla:

—¡Tu boca me lleva a la locura! —susurró a su oído, recostándola sobre la arena. La besó intensamente, recorriéndola con sus manos y con sus labios por todo su cuerpo.

Adell no pensó en nada. Perdió el control sintiéndose envuelta en su aroma y en la sensualidad de su piel. Destruyó, finalmente, el recuerdo de Jared, bajo el cielo de esa playa.

CAPÍTULO 39

Burlington.

—Cariño, ¿qué ha sucedido en casa de papá?

—Fue algo muy desagradable, Vicky. Prefiero no hablarlo por teléfono.

—Está bien, lo comprendo. Esta tarde pasaré por tu apartamento. Quiero que me lo cuentes todo, porque papá está insoportable.

—Te espero, hermana. Yo también necesito verte. Adiós.

—¡Jared, cariño! —exclamó Victoria abrazándolo, en cuanto llegó a su apartamento—. No vine antes porque viajé de imprevisto. He pasado todos estos días pensando en ti. Anoche regresé y lo primero que hago es venir a verte. ¿Cómo te has sentido con esta situación?

—Nada bien, hermana. Son tantas cosas inconcebibles que nunca las hubiese imaginado.

Victoria exhaló.

—¡Cuéntamelo todo! Iré a preparar café. —Movié el taburete de la cocina y ahí colocó a su portafolio—. Anoche, cuando regresé de Boston, telefoneé a papá. Pero él estuvo tan irritable que no hablamos y preferí dejarlo para otra ocasión.

Jared, molesto, respiró profundo y miró hacia un costado.

—¡Al diablo con papá! —replicó, regresándola a mirar—. Cuando te envié el mensaje no quise darte mayores detalles.

—Está bien, cariño... —Victoria lo tranquilizó, sobándole el hombro—. Te comprendo. Ahora quiero que me pongas al tanto de todo cuanto ocurrió ese día.

Jared, moviendo el taburete, se sentó a su lado y empezó a narrarle lo sucedido:

—Esa tarde, después de hablar contigo fui a casa de papá. No toqué el timbre, pensando que no se encontraría. —Hizo una pausa; e, inspirando profundo, negó con la cabeza—. ¡Pero él se encontraba ahí y no vas a creer lo que presencié!

—¿Qué sucedió, Jared? —cuestionó, sosteniendo atenta su mirada.

—Hermana, tuve que abrir los ojos de esa manera. Primeramente escuchándolos muy alegres festejar mi separación con Adell. Y luego, al decidirme a abrir la puerta y entrar, viéndolos juntos... Porque nuestro padre y Brianna son amantes.

Victoria se quedó boquiabierta.

—¡Mi cielo! ¡Qué me estás contando!

—¡Es algo imperdonable, Vicky!

—¡Qué situación desagradable! —exclamó ella, llevándose un bocado de café a la boca.

—Así es. Brianna me confesó con todo su cinismo que odia a Adell y que únicamente quiso destruirla para hacernos daño. Lo infame es que papá la apoyó. ¿Te das cuenta, hermana? Todo el tiempo engañándonos y Adell pensando que es su amiga. —Respiró profundo; y, moviendo de lado a lado la cabeza:

—¡Dios, aún me resulta difícil creerlo! —exclamó—. ¡Cómo pudieron!

—¡Jared, esto es más serio de lo que pensé...! ¡Es terrible! —exclamó su hermana incrédula—. ¡Mírame, cariño! Ahora es cuando tienes que admitir ciegamente que Adell te ama. Está muy claro... Todo fue tramado. ¡Dios mío, cuánta maldad! Búscala, habla con ella. Y no permitas que les hagan más daño.

—¡Por supuesto que lo haré! —Consintió, seguido de un hondo suspiro—. ¡Tú sabes cuánto la amo!

—Lo sé. —Asintió con una suave sonrisa dibujada en su rostro—. Adelante, mi cielo. Será lo correcto.

En la noche, Jared fue al bar y ahí se encontró con sus amigos.

—¡Jared, qué bueno verte! —exclamaron al verlo, Sean y Zachary—. Ven, siéntate con nosotros y así nos tomamos unas cervezas.

—¡Amigo...! —exclamó Shayna, encaminándose sonriente hacia donde él—. ¿Qué ha sido de ti?, ¿en dónde has estado? —reclamó

dándole un gran abrazo.

—Nada en especial... —contestó Jared, esbozando una dulce sonrisa—. Dando vueltas por ahí.

—¡Nos tenías olvidados! No te vuelvas a perder.

—Descuida. Shayna... —preguntó impaciente, con su mirada fija en la suya—, ¿qué sabes de Adell? Necesito saber de ella.

Sean y Zachary comentaron entre sí.

—Adell está bien, Jared. Estuvo viajando por algunos lugares de la India.

—Sí, lo sé... —contestó frotándose inquieto el entrecejo—. Pero ¿cuándo regresa? ¿Les ha comentado algo al respecto?

—En la realidad lo desconozco. Pero supe por Brianna que piensa permanecer por más tiempo en India. Y no me preguntes más, porque es todo lo que sé.

—Supiste por Brianna... —repitió, desviando indignado la mirada hacia la lata de cerveza que tenía aprisionándola en su mano—. ¡Esa infeliz! —Negando con la cabeza, balbuceó, llevándosela a los labios.

Sean, de inmediato, regresó a verlo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué la tratas así?

—¡Olvídalo! —respondió; y, con el ceño fruncido, terminó, de un solo sorbo, el resto de su cerveza.

—Jared, ¿por qué no la llamas? —interrumpió Shayna—. Te aseguro que Adell está esperando a que lo hagas.

—Sí, lo haré —contestó apenas y sonriendo y llamó al bartender para cancelar su cuenta—. Debo irme. Fue bueno verte, Shayna. Hasta pronto —dijo a sus amigos, dándoles una palmada en el hombro.

De regreso en su apartamento, Jared tomó el celular y marcó al número de Adell.

—En Mumbai son las nueve de la mañana. Ojalá y esté despierta. —Dejó que el teléfono timbre algunas veces. No tuvo respuesta y colgó. Caminó impaciente de un extremo hacia el otro por la sala, salió al balcón, se recostó sobre la banca y volvió a marcar; hasta que, finalmente, Adell contestó la llamada:

—Dime, Jared... ¿Cómo estás?

Jared se emocionó; tanto que, nervioso, no pudo coordinar lo que decía:

—Adell... Yo... ¿Cómo estás...? Necesito saber de ti..., hablar contigo.

—Estoy bien... —Calló un momento y exhaló—. Ahora ya lo sabes.

—Sí, lo sé... ¡Pero quise hacerlo...! ¡Volver a escuchar tu voz!

—¿Para qué, Jared? ¡De veras que no logro comprenderte! Después de todo lo que me dijiste ese día... ¡Es suficiente! ¡No lo vuelvas a hacer...! ¡Y no me busques más!

—¡Adell, espera! ¡No, no..., no es así! ¡No cuelgues, por favor!

—Te escucho... ¡Pero hazlo rápido!

—¡Perdóname! ¡Te lo ruego!

—¿Cómo...?

—¡Regresa ya! De otro modo iré a India a buscarte.

—¿Qué...? ¿Te volviste loco?

—¡Sí, me estoy volviendo loco sin ti! Yo...

—Adiós, Jared... ¡No seas payaso! —Colgó.

Jared cerró sus ojos y suspiró.

¡Llámame como quieras, me lo merezco!

Impaciente y después de hablar con Adell, no logró conciliar el sueño. Se levantó y fue a la cocina. Abrió el refrigerador, tomó el jugo de naranja y lo colocó en un vaso, agarró dos donuts con glaseado de chocolate y subió a su habitación.

Tomó su laptop y, abriéndola en la página social de Adell, miró detenidamente, mientras se metía a la boca uno de los donuts, una a una sus fotos. La mayoría de ellas era paisajes de montañas y cascadas; además, de otras en las cuales, estaba junto a Imran.

—¡No me interesa ver más! —exclamó molesto, cerrando la laptop.

Alcanzó el vaso de jugo y se lo bebió de un solo sorbo, cogió el donut sobrante y se lo acabó de dos bocados. Decidió escribirle, abrió su correo y empezó a hacerlo.

CAPÍTULO 40

India.

Desde aquella noche en la playa de Goa, Adell se propuso comenzar una nueva vida, dejando todo su pasado atrás.

Se aferró a Imran, quien siempre estuvo a su lado apoyándola y haciéndola comprender que la vida continúa. Y, naturalmente, él pretendía ser parte de su vida.

Sin lugar a discusión, Imran era un hombre ideal, para enamorarse sin contemplaciones. Sin embargo, antes debía olvidar a Jared.

Solo el tiempo tenía la última palabra.

—Adell, princesa, esta noche te llevaré a un lugar especial.

—¿De veras? ¿Y se puede saber el motivo?

—Tan solo te adelanto que estaremos apartados de Mumbai —sostuvo abrazándola por la cintura, mientras besaba la curvatura de su cuello.

—¡Cómo eres, Imran! —protestó Adell, volviéndose hacia él—. Al menos dime adónde iremos.

—Lo sabrás cuando estemos allí. —Sonrió; y, tomándola por el rostro, añadió:

—Quiero que luzcas hermosa, porque te tengo una sorpresa.

—Está bien... —refunfuñó—. Pero al menos adelántame algo, ¿no?

—¡No! ¡Lo sabrás cuando lleguemos! Ahora te dejo. —Se acercó y le dio un beso en los labios—. En menos de dos horas saldremos.

Imran la esperaba en el recibidor, llevaba puesto un traje casual de lino en color negro y camisa de seda blanca.

—Estoy lista. Podemos ir cuando lo desees —manifestó Adell, en cuanto bajaba por las largas escalinatas de mármol.

Imran, volviéndose hacia ella, quedó, en cuanto la miró, boquiabierto.

—¡Estás hermosa! —exclamó observándola deslumbrado de pies a cabeza. Adell traía puesto un estupendo y elegante Sari—. ¡Eres una verdadera princesa! —señaló; y, tomándola de la mano, la hizo girar para apreciar su hermoso vestido largo, de seda en color ladrillo, con diseños dorados y esmeralda. A su cabello lo llevaba recogido en un moño alto, adornado con una delicada diadema de cristales dorados—. Vamos —dijo sujetando de su mano—, que el auto aguarda por nosotros.

El chofer los llevó hasta el lugar en donde les esperaba el helicóptero. Lo abordaron; y, tras noventa minutos de viaje, descendieron sobre un lujoso yate que aguardaba a por ellos frente a la costa de Goa.

—¡Imran, me sorprendes! —exclamó Adell, asombrada, mirando a través de la ventanilla, mientras descendían.

Imran, sonriendo, la tomó de la mano, ayudándola a bajar por la escalerilla, en cuanto aterrizaron.

—Princesa... —dijo rodeándola con su brazo por la cintura al entrar en el yate; e, indicándole la romántica mesa adornada con flores y delicados candelabros que estaba dispuesta para los dos, manifestó:

—Esta es la sorpresa que la tengo preparada para ti.

—¡Me dejas sin palabras! —exclamó Adell, contemplando, embobada, la elegancia del lugar.

Mientras tanto, Imran, tomándola de la mano, la encaminó hacia la elegante mesa y, haciendo de lado a la silla, la hizo sentar.

—Imran, sigo sin comprender —insistió Adell, mirándolo inquieta.

—Pronto lo entenderás. —Aproximó la botella de champaña; y, luego de descorcharla, sonrió, vaciando un tanto en cada copa—. Te traje hasta aquí —prosiguió—, porque deseo tener una noche diferente contigo... Fuera de lo monótono de la ciudad. Además, porque en este lugar vivimos momentos inolvidables, en donde quedaron los mejores recuerdos. —Tomó su mano derecha y luego de besarla, acercó un deslumbrante anillo de oro blanco con una valiosa piedra de diamante—. Princesa... —declaró mirándola

fijamente—, estoy perdidamente enamorado de ti y deseo casarme contigo.

Adell, absorta, levantó a mirarlo.

—¡Imran...! Yo...—titubeó, sosteniendo confusa su penetrante mirada.

—¡Te amo, Adell! —exclamó tomándola con ambas manos por el rostro—. ¡Deseo estar por siempre junto a ti!

Adell, aturdida, le apartó sus manos. Se levantó y fue hasta el ventanal; desde donde, mirando las luces parpadeantes que a lo lejos se divisaban de la costa de Goa:

—Es demasiado pronto para hacerlo, Imran.

Imran se levantó y fue a su lado.

—¡Princesa, jamás te haré daño! ¡Solo deseo hacerte feliz!

Adell, nerviosa, alzó a mirarlo.

—Créeme, Imran. Lo que más deseo es un día poder amarte... ¡Pero estoy confundida!

—¡Confía en mí! —aseguró con una suave sonrisa dibujada en sus labios, tomándola por el rostro.

—¡Ayúdame entonces a dejar todo ese pasado atrás!

—¡Así será, amor mío! —Y, acercando sus manos a sus labios, fundió un cálido beso en ellas—. Yo conseguiré que un día me ames... ¡Déjalo de mi parte! Ahora ven aquí. —La tomó por la cintura, encaminándola hacia la habitación—. ¡Nunca olvidaré aquel hermoso amanecer en donde estuvimos solos tú y yo! ¡Y hoy deseo revivir aquellos apasionantes momentos! —Tomó de su mano y luego de besarla, le colocó en su dedo anular el valioso anillo de compromiso—. ¡Serás feliz a mi lado! —exclamó, mirándola con deseo. La atrajo contra su cuerpo; y, mientras sus labios la devoraban con ansias, sus manos acariciaron sus hombros y desabotonaron su vestido.

Adell se aferró a él; y, sintiendo el vaivén de las olas en medio del océano, dejó que la pasión los envuelva, empezando una nueva vida a su lado.

CAPÍTULO 41

En el silencio de su habitación, Adell pensaba en Jared, mientras miraba por la ventana la tormenta que se desató. Suspiró; y, dándose media vuelta, fue hasta la mesita de noche para escribir a sus padres; llevaba tiempo que no lo hacía.

Al abrir su correo se encontró con uno de Jared. En un principio vaciló, pero luego empezó a leerlo:

Adell, mi vida, no encuentro palabras para justificar mi error. Fui un estúpido, lo reconozco. ¡Perdóname, por favor!

Tu ausencia es tan dura que no puedo acostumbrarme.

Regresa y dame otra oportunidad. ¡Te lo ruego, porque sin ti no puedo vivir!

No dejaré de buscarte, amor mío.

¡Te amo con toda mi alma!

Jared.

—Dios... ¡Por qué lo pones más difícil!

Decidió responder cuánto antes a su carta; pensó que sería lo mejor.

Burlington.

Jared se emocionó al encontrarse con un correo de Adell. Lo abrió y desesperado empezó a leerlo; pero, conforme avanzó, se dio cuenta de que todo cuanto ella escribió, no era lo que él se esperaba:

Jared, luego de recibir tu carta, admito que me hizo bien saber que comprendiste tu error.

Quiero que sepas que cuando me alejé de ti y vine a India, fue porque me hiciste mucho daño.

Sufrí como nunca, pero el tiempo pasó y yo detuve esos malos momentos en un lugar apartado de mí... y tú quedaste junto con ellos.

Mas ahora siento que he empezado a olvidarte y que al fin tengo tranquilidad.

Ya no habrá nada entre los dos, solo los recuerdos bonitos... Esos los llevaré por siempre dentro mío.

Te pido que me olvides, porque empecé una nueva vida junto a Imran. Él y yo pronto nos casaremos.

No te hagas más daño, por favor.

Adell.

—¡No...! ¿Qué estás diciendo...? ¡Eso no puede ser cierto! —Se deshizo de la laptop, lanzándola contra la pared y desconcertado se dejó caer sobre los tablones del piso. Todo el tiempo, desde que Imran llegó a casa de Adell, él se mantuvo desconfiando y sufriendo; con el miedo a perderla siempre presente. Y ahora, al conocer de esa manera tan violenta la verdad, con la cual comprendió y aceptó que se equivocó y que nunca debió desconfiar de ella y menos aun dejarla ir; irónicamente, ese miedo se le vino en su contra—. ¡Fui tan estúpido! ¿Y ahora qué hago? —Se acusó desesperado, golpeándose la cabeza una y otra vez contra las palmas de su

mano. No soportó ni imaginar a Imran junto a ella—. ¡Infeliz! ¡Te llevaste a quien yo más amo! —Trató de controlarse; pero no lo consiguió. La rabia y la desesperación terminaron dominándolo. De un brinco se puso en pie; abrió el armario y, tomando algunas de sus ropas, fue metiéndolas bruscamente dentro de su mochila. Cogió las llaves del jeep y esa misma noche manejó hasta Maine. Al llegar se tumbó sobre la cama; tan solo deseó dormir.

A la mañana siguiente, miró que tenía una llamada perdida de Ismael.

—Amigo...

—Hola, Jared. Fui a buscarte a tu apartamento, pero no te encontré. ¿En dónde estás?

—Estoy en Maine. Vine anoche.

—¿En Maine...? ¿Y eso? ¿Qué haces otra vez ahí?

—Quise estar solo. —Dio un hondo suspiro, vacilando si en contárselo o no—. Necesito alejarme de todo.

—Está bien, Jared. Tú sabrás.

—¡Ismael, espera! No puedo ocultarlo. Necesito decírtelo.

—Te escucho. Pero ¿qué sucede? Por tu tono me imagino que se trata de ella, ¿es así?

—Sí. Así es... —Calló de repente, permaneciendo con la mirada fija en los destellos que relucían del agua cristalina del lago—. ¡Estoy deshecho, amigo! —exclamó—. Ayer me escribió. Ellos van a casarse... ¿Te das cuenta?

—¿Cómo? Pero...

—Me dijo que la olvide... ¡Jamás podría hacerlo! Dios... —Bajó la mirada; y, cerrando los ojos, dio un profundo suspiro ahogado—. ¡Fui tan estúpido...! ¡Siempre lo he sido! ¡Ella empezó ahora una nueva vida junto a ese desgraciado!

—¡Jared, no sé qué decirte! —exclamó Ismael, incrédulo—. Pero es mejor que regreses... aquí estamos tus amigos.

—No. —Negó con la cabeza—. Estaré en la cabaña unos días. Necesito estar solo.

—Tómalo con calma, amigo... ¡Esto es algo que ni yo me lo esperaba!

Jared desayunó algo rápido, vistió unos shorts con camiseta y manejó hasta el Club de Bar Harbor. Alquiló un kayak y se perdió

toda la tarde en el lago.

En la noche, dio vueltas por el pueblo. Entró en un pub, en donde permaneció bebiendo más de la cuenta hasta la hora que cerraron.

De regreso en la cabaña, prefirió no entrar. Se quedó dentro del jeep; y, recostándose contra el espaldar del asiento, cerró los ojos mientras escuchaba las melodías que juntos solían escuchar; acusándose una y otra vez el no perdonarse por haberla perdido. En su mente solo estaba ella y la culpa que no dejó de atormentarlo.

Se despertó con el picoteo de un pájaro golpeando en el parabrisas. Abrió los ojos; y, bostezando, miró el reloj: era temprano, las ocho de la mañana. Apagó el iPod y salió del jeep.

Recorrió despacio, mirando todo a su alrededor por la habitación. Se tumbó sobre la cama y pretendió dormir durante todo el día; imposible conseguirlo. Los recuerdos con Adell, juntos en ese lugar, se le presentaron una y otra vez; con lo cual, únicamente logró atormentarse y extrañarla más.

Precisó hablarle, repetirle las veces que fuesen necesarias cuánto la amaba. Rogarle que no cometa la equivocación de casarse con él; pero Adell no contestó.

Fue a caminar, avanzó despacio hasta llegar al pie del lago y allí se sentó: sobre la vieja banca de madera; y, apoyando sus antebrazos sobre sus rodillas, contempló nostálgico a su frente el bosque; retornando, con más fuerza, todos los recuerdos vividos entre los dos: en cada espacio y en cada rincón vivía su recuerdo.

Sintió tanto dolor por haberla perdido que, sin lograr contenerse, lloró.

—¡Perdóname, amor mío! ¡Por favor, perdóname! —se repitió una y otra y otra vez.

Permaneció allí, en medio del bosque, hasta que los últimos rayos del Sol empezaron a declinar.

Regresó a la cabaña; en donde, contemplando al pie de su ventana a la intensa lluvia caer, escribió una nota para ella.

India.

Tanto a la familia de Imran, como a sus amigos, les alegró conocer la noticia del noviazgo entre Imran y Adell. Y, como era tradición, Dhira organizó una gran fiesta en su residencia, a la cual asistieron muchos invitados; por lo que no tardaron en acercarse a felicitar a la joven pareja.

—Imran, Adell, ¡qué grata sorpresa y qué felicidad por esta gran noticia! —exclamaron todos sus amigos, emocionados, dándoles un abrazo—. ¡Deseamos para ustedes mucho amor y felicidad en su boda!

—¡Gracias, amigos! Estoy feliz por tener a mi lado a tan bella mujer —contestó Imran abrazándola; e, inclinando la quijada, besó su coronilla.

—¿Para cuándo tienen prevista la boda? —preguntó Rahul.

—Estamos planeándola para febrero o para marzo. No es así, ¿amor mío?

Adell asintió.

—Así es. Son tantos los preparativos, que con seguridad la celebraremos en marzo.

Dayaram; esbozando una grata sonrisa, se dirigió a Adell:

—¡Sé que vas a disfrutar y amar vivir en India, Adell!

—¡Por supuesto que será así! —exclamó abrazando a Imran por la cintura—. ¡India es hermoso! —Sonrió—. ¡E Imran un hombre maravilloso! —agregó, alzándolo a ver.

—¿Se dan cuenta? —Consintió él, aprisionándola fuerte contra su hombro—. ¡Amo a esta bella mujer!

Todos sonrieron; y, mientras conversaban, llegó Kamila, quien enseguida fue hacia donde ellos.

—¡Kamila, qué gusto tenerte con nosotros! —exclamó Rahul, acercándose a donde ella.

—Disculpen por el retraso —respondió con el ceño fruncido al verlos a Imran y a Adell abrazados—, pero el tráfico estuvo complicado. Y, entonces... —preguntó, mirando directamente a Imran:

—¿Cuál es el motivo de la reunión?

Imran, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, contestó:

—Deseo compartir contigo, mi querida amiga, la alegría de nuestro compromiso. —Y, aproximando a Adell a su hombro, le dio un beso en la frente—. ¡Adell y yo pronto nos casaremos!

—¿Cómo dices...? ¿Estás diciendo que tú y ella se casarán?

—Así es, Kamila... —respondió airoso, sosteniendo su inquisitiva mirada—. Y lo haremos en pocos meses.

—¡Discúlpame...! —exclamó furiosa, mirando directamente a Adell—. Imran... —replicó, volviendo luego la mirada hacia él; fulminándolo—. ¡Ustedes acaban de conocerse...! ¡Pienso que es demasiado pronto para que lo hagan! ¡Iré a saludar a tus padres! —concluyó; y, girando sobre sus talones, se marchó, dejándolo con la palabra en la boca.

Mientras tanto; Imran, sorprendido por su exaltada reacción, tomó a Adell de la mano y la llevó hacia el jardín posterior.

—Amor mío —le dijo—, disculpa la actitud de Kamila. ¡No comprendo su descortesía al expresarse de esa manera!

—Descuida... —contestó ella, pasándole la palma de su mano por el sombreado de sus bien cuidadas barbas—, pero pienso que deberías conversar con ella.

—Perdona por esta incómoda situación —insistió él, meneando la cabeza—. Su proceder no fue el adecuado. Kamila es una buena amiga y no me agradaría en lo absoluto sentirla distante.

Entretanto, Adell, analizándolo detenidamente, sostuvo inquieta su mirada.

—Lo comprendo bien... Por esa razón insisto que deberías de hablar con ella.

—Lo haré. Ahora quiero estar a solas contigo. Ven... —dijo; y, tomándola por la cintura, le dio un beso en la frente y la encaminó hacia una de las terrazas de la mansión—. Alejémonos de aquí y vamos a un lugar en donde estemos solos tú y yo.

Una vez de regreso en su habitación, Adell pensó en la actitud de Kamila. Estuvo claro de que a ella no le agradó conocer la noticia; con lo cual, terminó de convencerse de que ella estaba enamorada de Imran. Permaneció por largo tiempo de pie frente a la ventana; y, exhalando, se volteó para regresar a la cama y antes de dormir revisar su correo, como era su costumbre hacerlo. Al abrirlo se encontró con un mensaje de Jared; por lo que, sin vacilar lo abrió y empezó a leerlo:

*Mi vida, no te cases con él... ¡No lo hagas, por favor!
Necesito mirarte a los ojos y poder suplicar a que me perdones...
¡No quiero perderte, no lo soportaría!
Golpéame, dame contra las piedras, si eso es lo que deseas,
porque me lo merezco... ¡Pero no me dejes!
¡Regresa, por favor! ¡Hazlo ya!
Tuve que sufrir tanto para darme cuenta de mi error y ahora
comprendo que el único culpable aquí he sido yo. ¡Perdóname, vida
mía, te lo suplico!
—¡Oh, Jared! ¡No te hagas más daño...! ¡No lo soporto!*

CAPÍTULO 42

Maine.

Jared se despertó de un sobresalto por la insistencia con que timbraron a la puerta.

—¿Y ahora, tan temprano...? ¿Quién podrá ser? —Chequeó el reloj, no marcaba ni las seis de la mañana—. De seguro y es Ismael, solo él sabe que estoy aquí. —Se levantó de la cama y fue a abrir la puerta—. Ismael, no debiste... ¿Tú...? —exclamó sorprendido. Nunca se le cruzó por la mente que podría ser él; en la realidad, su padre era la última persona a quien deseaba mirar.

Lloyd, con semblante abatido, aguardaba junto a la puerta de la cabaña.

—¡Hijo...! —exclamó—. ¡Permíteme hablar contigo, por favor!

—¡Sabes bien que no deseo verte más, papá! —espetó con el entrecejo fruncido—. ¡No entiendo a qué has venido hasta aquí!

—¡Por favor, hijo, necesito que me escuches!

—Entra... —dijo haciéndose a un lado—. Pero te advierto que no permitiré que digas una sola palabra en contra de Adell.

—No lo haré, descuida. Veo que has perdido peso. —Sus ojos sollozaban y su voz temblaba—. Jared... ¡Hijo, perdóname!

—¿Y piensas que voy a creerte? —replicó con sus ojos llenos de ira fijos en los de él—. ¿Te parece tan fácil decirlo, después de todo el daño que nos hiciste? ¡No, papá! —Negó con la cabeza—. ¡No puedo hacerlo! ¡Mírame! ¿Te das cuenta de cómo estoy? No deseo continuar con esto... ¡Regresa a casa!

Lloyd, dando un paso adelante, se colocó frente a él.

—Lo haré... —contestó—, pero antes escúchame. Luego, si es tu decisión, desapareceré de tu vida.

Jared le clavó la mirada; y, dándose media vuelta, se encaminó hacia la chimenea.

—¡Te escucho! —replicó, mirando hacia el bosque, de espaldas a él.

—Hijo... ¡Estoy arrepentido por todo el mal que les causé!

Jared se volteó. Quiso gritarle que ya era demasiado tarde para su arrepentimiento; pero la voz de Lloyd lo interrumpió:

—¡Déjame explicarte! ¡No digas nada aún, por favor! —Bajó la mirada; y, luego de inhalar profundo, prosiguió:

—Luego de que me hayas escuchado, haz lo que desees.

—¿Por qué fuiste tan cruel? —gritó Jared, interrumpiéndolo—. ¡Soy tu hijo! ¿Olvidaste eso...? ¿Padre?

—Tienes razón. —Consintió Lloyd, acortando la distancia que había entre los dos—. Lo que hice no tiene nombre. ¡Perdóname, por favor! Este dolor que siento por todo el daño que les ocasioné no me deja tranquilo... ¡No he tenido paz desde entonces!

Jared negó con la cabeza, desviando la mirada hacia el lago.

—Vete, papá... ¡No tenemos nada de qué hablar!

—¡Permíteme solucionar esto! —insistió—, es mi deber hacerlo.

—¡Olvídalo! —gritó regresándolo a mirar—. ¡No hay nada que hacer...! ¡Porque ya todo acabó! ¡Adell tiene razón en despreciarme...! ¡Me olvidó, papá! ¡Por tus trampas y las de tu amante caí como un imbécil! ¡Mírame...! ¡Es lo que siempre quisiste...! ¡Y lo lograste! ¡Ahora déjame en paz!

—Está bien, hijo... —Asintió su padre, bajando la mirada—. ¡Ojalá y algún día logre tu perdón! Adiós, Jared. Te quiero. —Se dio media vuelta y salió de la cabaña.

Jared dejó que se fuera. Se tumbó al sofá; y, con la mirada perdida en el verde del bosque, se quedó pensativo. Respiró profundo y de un brinco se levantó, fue hasta su armario; y, colocando dentro de su mochila las pocas cosas que estaban regadas por la habitación, salió de regreso a Burlington.

CAPÍTULO 43

India.

Dhira organizaba entusiasmada la lista de invitados, quienes asistirían a la boda de su hijo y Adell; la cual, era su intención, se celebrase en los jardines de la mansión.

Y, por otro lado, Adell, con sus ojos pegados en la pantalla de su ordenador, leía las cartas de Jared, mientras se preguntaba a sí misma, por qué se torturaba de esa manera.

Dejó de leerlas para ir a reunirse con Dhira; pero, antes de que lo haga:

—Adell, ¿qué haces? —preguntó Imran, abriendo repentinamente la puerta de su habitación.

Adell, cerrando de inmediato la laptop, levantó a mirarlo.

—¿Qué sucede? —cuestionó él, acercándose hacia donde ella con el ceño fruncido al notar que algo le escondía.

—Leía unos correos... —contestó con su torpe actitud nerviosa.

—¿Podrías mostrármelos?

—¡No!

—¿Por qué, Adell?

—¡No tiene importancia...! Dejémoslo así.

Imran la observó detenidamente.

—¡Todavía continúa escribiéndote ese...! ¿Verdad?

—¡Imran, no tienes porqué molestarte! —exclamó; y, poniéndose en pie, trató de abrazarlo.

—¡No me has contestado! —espetó apartándola de su lado.

—Te repito que no tiene importancia —respondió Adell, sosteniendo nerviosa su enérgica mirada.

—¿No...? Y entonces, ¿por qué lo escondes? —cuestionó enfáticamente, arqueando su ceja izquierda.

Adell, volviendo la mirada hacia un costado, inhaló y exhaló agitada.

—¡De acuerdo! —replicó regresándolo a ver—. ¡Miraba sus mensajes!

—¿Y aún los mantienes guardados? —gritó tomándola bruscamente por el brazo—. ¡Qué pasa contigo, Adell! ¿Es que nunca vas a dejar de pensar en ese pelele?

Adell, furiosa, bajó la mirada hacia la mano de Imran que continuaba sujetando de su brazo; y, luego, levantándola y clavándola en la suya:

—¡No tienes porqué llamarlo así...! —exigió, soltándola de un fuerte tirón—. ¡No lo vuelvas a hacer!

—¡No diré más...! —replicó Imran—. ¡Estaré abajo! —Y, dándose, con las mejillas encendidas por la ira, media vuelta, se encaminó, a paso ligero, hacia la puerta; en tanto que, Adell, agarrando de la mesita de noche el pequeño portarretratos de ellos, enfurecida lo lanzó contra la puerta.

—¡Bajaré luego...! ¡Maldición!

—¡No nos tengas esperando por más tiempo! —exigió él, volviendo, con el ceño fruncido, la mirada hacia ella.

Adell permaneció durante toda la reunión en su habitación. Esa manera autoritaria; simplemente no lo admitía.

Enfadada, buscó entre sus cosas uno de sus libros de la universidad; tomó el de Botánica, volvió a sentarse sobre la cama; y, mientras lo ojeaba, escuchó que abrieron la puerta y le vio a Imran entrar.

—Disculpa lo ocurrido —le dijo acercándose y sentándose a sus pies en uno de los cojines del piso.

—De acuerdo... —contestó molesta, sin apartar sus ojos de la página del libro—. ¡Pero no lo vuelvas a hacer!

Imran la tomó de las manos.

—¡Te prometo que así será! Ven conmigo esta noche... Me haces falta.

—No, Imran... —respondió apartándole sus manos—. Prefiero quedarme aquí.

—Continúas molesta, ¿verdad?

Adell continuó con la mirada prendida en las páginas del libro.

—Por favor, Imran...

—Amor mío... —interrumpió él tomándola por la quijada y haciendo que alce a mirarlo—. Tú y yo pronto nos casaremos. Comprende que nada tienes que ver con él.

—¡Por supuesto que todo terminó entre Jared y yo! —protestó Adell, arqueando su ceja derecha—. ¡No necesitas recordármelo, Imran! Mas esta noche deseo estar sola.

Imran, poniéndose en pie, se sentó a su lado.

—Ven conmigo... —propuso abrazándola contra su pecho—. ¡Hagamos el amor y olvidémoslo todo!

—No lo sé...

—¡Yo haré que lo olvides! —murmuró, respirando suavemente su cuello.

—¿Cómo amaneciste, princesa?

—Estoy bien... solo que aún continúo dormida —respondió somnolienta, abrazándose a la almohada.

—Hum... Me doy cuenta. —Consintió; y, acariciando la curvatura de su espalda, fundió un cálido beso en sus hombros—. Tengo una sorpresa para ti y quiero mostrártela hoy mismo.

—¿Otra sorpresa? —preguntó volviéndose de inmediato hacia él, con una sutil sonrisa dibujada en sus labios—. ¡No me digas que me llevarás nuevamente fuera de Mumbai!

—No... ¡Vamos, levántate! —La haló, forzándola a salir de la cama.

—Está bien... —respondió carcajeándose—. Dame cuarenta minutos y estaré lista.

Imran condujo por más de una hora, hasta que llegaron a la bahía de Hali Ali. Estacionó su Porsche en el parqueadero de un elegante edificio de apartamentos, bajaron del auto; y, tomándola de la mano, se encaminaron al lobby.

—Vamos, amor —dijo llevándola hasta el elevador. Seleccionó el último piso y pulsó el botón. Cuando este se detuvo sujetó de su mano y salieron. La encaminó hacia una hermosa puerta doble, tallada en fina madera; y, abriéndola de par en par:

—¡Esta es la sorpresa que la tengo preparada para ti! —exclamó emocionado, indicándole el lujoso pent house por estrenar—. ¡Es nuestro, amor mío!

Adell entró, observándolo deslumbrada.

—¡Imran, es hermoso, bellísimo! —exclamó, sintiendo estar viviendo una fantasía. El departamento relucía impecable con su piso de mármol negro, paredes color arena y pilares dorados.

—¡Sabía que te gustaría! —Sonrió complacido, disfrutando de su reacción—. En cuanto a la decoración... —añadió—, contrataré al mejor diseñador y será tu gusto, princesa. Ahora ven aquí. —La abrazó por la cintura, llevándola hasta uno de los ventanales que ocupaba toda la pared lateral del salón principal—. ¿Qué te parece la vista? Sorprendente, ¿verdad?

—Me dejas sin palabras... ¡Es espectacular! —exclamó fascinada, alzándolo a mirar; en tanto que, abrazados, se quedaron contemplando la glamorosa vista hacia la costa de Mumbai y sus elegantes rascacielos.

—¡Ansío tenerlo listo cuanto antes! —indicó Imran, mirando a su alrededor.

Adell sonrió.

—Yo también lo deseo así. Ven... —dijo; y, sujetando de su mano, lo encaminó al recibidor—. Estoy impaciente por idear de qué manera lo decoraremos.

—Perfecto, así y aprovecho para mostrarte una revista de diseño que la tengo en el gavetero del auto.

—¡Veo que lo tienes todo muy bien organizado!

Imran la guiñó un ojo.

—Así es. Enseguida estaré de regreso. —Y, dándole un beso en los labios, bajó al estacionamiento.

No tardó ni diez minutos en regresar. Se sentaron sobre uno de los escalones de mármol; y, mientras ojeaban la revista, debatían entre risas con cada página que pasaban, en cual sería la decoración adecuada. Sin conseguir ponerse de acuerdo, desistieron y prefirieron dejarlo en manos del diseñador.

Burlington.

—¡Jared, qué sorpresa! —exclamó Shayna, en cuanto abrió la puerta de su apartamento y lo vio—. Vamos, entra, amigo.

—Hola, Shayna. Gracias. —Entró; y, avanzando hasta la sala, cómodamente se sentó sobre el sofá.

—Cuéntame... —preguntó ella, sentándose frente a él—, ¿cómo va todo contigo?

—Shayna, necesito que me ayudes con una información.

—Se relaciona con Adell, ¿verdad? —cuestionó, asumiéndolo de inmediato.

Jared se levantó y fue a su lado.

—Sí, Shayna. Tengo que ir a buscarla. Consígueme la dirección de la casa en donde se encuentra, por favor.

—¿Irás a India a buscarla?

—¡Por supuesto que lo haré! No voy a permitir que cometa la equivocación de casarse con ese hombre.

—Jared... ¡Es maravilloso! —exclamó, sonriendo emocionada.

—¿Podrías obtenerla hoy mismo?

—¡Por supuesto que la conseguiré...! ¡Ese no es un problema! Se la pediré a Matthew... ¡Déjalo en mis manos!

—¡Perfecto! —Jared suspiró aliviado; y, apoyando sus antebrazos sobre sus rodillas, añadió, entrelazando las manos:

—¡Deseo ir cuanto antes y poder verla!

—Sí, Jared. Ve a buscarla y no permitas que cometa el error de casarse con Imran... ¡Ella no lo ama, te ama a ti!

—¡Eso es precisamente lo que voy a hacer! —Bajó la mirada; y, dando un profundo suspiro:

—¡La amo con todas mis fuerzas! —exclamó, levantando a verla—. Necesito pedirle perdón y hacerla comprender que no volveré a equivocarme como lo hice antes.

Shayna asintió.

—¡Hazlo, Jared!

—Ahora debo irme —dijo poniéndose en pie—. Tan pronto y tengas la dirección, dámela, por favor.

—Pierde cuidado. Te telefonaré enseguida y la consiga.

—Gracias, Shayna. Que tengas una buena noche. —Se despidió de ella, abrazándola emocionado.

De regreso en su apartamento, Jared fue al refrigerador a por una lata de cerveza. Se sentó con su laptop abierta sobre el mesón de la cocina; y, mientras indagaba por vuelos hasta Mumbai, vibró su móvil: el nombre de su amiga, destelló en la pantalla.

—Dime, Shayna, ¿la tienes?

—Sí, Jared, toma nota...

—Gracias. —Exhaló aliviado, anotándola en su agenda—. Así viajaré cuanto antes a India.

—¿Cuándo lo harás?

—Será en uno de estos días... —contestó mientras tecleaba en la laptop—. Estoy resolviéndolo en este preciso momento. Tan pronto y tenga la reservación confirmada te lo haré saber. Pierde cuidado.

Jared dejó de lado el celular y continuó indagando. Una vez hecha la reservación; tanto del vuelo, como del hotel, enseguida le envió un mensaje de texto a Shayna, informándole el día del viaje. Luego marcó al número de su amigo.

—Hola, Ismael.

—Jared, ¿cómo estás?

—¡Al fin, feliz de hacerlo! —contestó arrimándose satisfecho contra el espaldar de la silla, seguido de un largo suspiro de alivio—. En tres días viajaré a Mumbai.

—¡Perfecto, Jared! Cuánto me alegra saber que pronto estarás con Adell y que al fin podrás conversar con ella.

—Sí... —Asintió, pasándose la palma de su mano por la frente—. Aunque déjame decirte que me da pavor de que ella continúe con la resolución de casarse con ese infeliz.

Ismael exhaló.

—¡Qué te puedo decir! Estás en tu derecho de ir y rescatar a tu amor.

- ¡Obviamente! Bueno, es tarde y debo descansar.
- Está bien. Avísame el día de tu viaje.
- Claro que sí, te telefonaré antes de hacerlo.
- Descansa, Jared. Adiós.

Antes de ir al aeropuerto, Jared telefoneó a Ismael y a Shayna y se despidió de ellos.

Tan pronto e hizo el check-in de su vuelo, buscó una cafetería; y, llevando consigo una fuente con una soda de limón y un sándwich de pavo ahumado en rodajas de pan baguette, buscó una mesa. Mientras aguardaba por su vuelo; el cual estaba programado para las últimas horas de la tarde, recibió una llamada:

—Jared, cariño. —Era la voz de su hermana—. ¿A qué hora es tu vuelo?

—Hola Victoria. Para las seis y treinta.

—¡Oh...! Pronto abordarás. Deseo, mi cielo, de todo corazón, que todo resulte como lo anhelas.

Jared sonrió.

—Gracias, Vicky.

—Buen viaje, hermano. Y tan pronto y veas a Adell, dale mis saludos.

Jared, esbozando una suave sonrisa, chequeó su reloj.

—Lo haré... —respondió—. Ahora debo irme, que están haciendo el primer llamado. Un beso, hermana, adiós.

—¡Suerte, Jared, que todo saldrá bien!

Luego de casi dos horas de espera; Jared, finalmente, abordó el avión que lo llevaría a India.

CAPÍTULO 44

India.

—Adell, amor mío, ¿me acompañas a desayunar? —preguntó Imran, cuando, entrando en su habitación, la encontró inclinada frente a la ventana con su cabello botado hacia adelante. Sonrió; y, acercándose, la abrazó por la cintura—. ¡No deseo hacerlo solo!

—Espera... —contestó ella riendo—, que estoy colocándome tratamiento de almendras y miel en mi cabello.

—¿Es ese tu secreto? Hum... ¡Es por eso que lo mantienes tan hermoso! —También rio, mientras continuaba abrazado a su cintura.

—Exactamente... —respondió colocándose derecha, volviéndose hacia él—. ¡Ese y otros secretillos más!

Imran la tomó de la mano.

—¡Me fascinas, preciosa! Ven, vamos a desayunar, que luego deseo llevarte a pasear en yate por la costa y hacer un poco de jet ski.

—¿Cómo que iremos en jet ski? —protestó, frunciendo la nariz—. ¿Y mi cabello...? Me ha llevado buen tiempo tratarlo.

—Prometo hacértelo la próxima vez —respondió, seguido de una sonrisa ladina—. Princesa, aprovechemos la mañana porque en la tarde estaré ocupado y no sé realmente cuánto me tarde.

—Está bien. —Asintió—. Y descuida, que me encanta pasear en jet ski. ¿Vamos a desayunar? —propuso, tomándolo de la mano.

Adell vistió sobre el bikini rojo que llevaba puesta: shorts guerrilleros descaderados y canvas en color verde militar. Se levantó el cabello, atándolo en una coleta alta; y, colocándose las gafas sobre la cabeza, fue a encontrarse con Imran.

Él la esperaba arrimado contra la puerta trasera de su Porsche descapotable. Lucía muy sexy con sus bermudas de jeans azules, ceñidas hasta las rodillas; la t-shirt en color chocolate y los mocasines Lacoste azules que llevaba puesto.

—¡Estoy lista, nos podemos ir! —dijo repasándolo de soslayo, mientras colocaba su bolso de playa en el asiento trasero del auto.

—Perfecto. Vamos, princesa. —Abrió la puerta; y, tomándola de la mano, hizo que embarque. Él se sentó al volante, encendió el motor y, conduciendo a gran velocidad por la autopista, en menos de cuarenta minutos llegaron a la marina. Desembarcaron y avanzaron por el muelle hasta llegar al lugar en donde estaba anclado el yate.

—Buenos días, señor Gadhavi —saludó el encargado del mantenimiento, hablando en su idioma.

—Buenos días, Arshad. ¿Está todo listo?

—Sí, señor —contestó haciendo una ligera inclinación.

—Perfecto.

—Buenos días, señorita —igualmente, haciéndole una reverencia, saludó a Adell.

Imran, tomando a Adell de la mano, la ayudó a subir al yate. Se sentó al timón; ella a su lado y, presionando hasta el fondo el pedal, fueron mar adentro.

—¡Qué mañana tan maravillosa! —exclamó Adell, acomodándose las gafas, mientras el viento batía a su cabello de un lado para el otro.

Imran, sonriendo, regresó a mirarla.

—Anclaremos en aquel lugar... —dijo estirando el brazo y mostrándole a su frente un espacio calmo del océano—. Es perfecto para nadar.

—Está bien. —Asintió—. ¿Trajiste protector solar? —preguntó Adell, revolviendo dentro de su bolso—. Creo que lo he olvidado.

—No te preocupes, que en el compartimento trasero hay de todo —contestó desacelerando el yate. Lo ancló; y, retirándose la t-shirt, las bermudas y quedándose únicamente en pantaloneta, le propuso para ir al agua. Adell asintió; y, tomándolo de la mano, se lanzaron.

—¿Buceamos? —preguntó Imran, colocándose las gafas.

—Hum... Realmente no soy nada buena haciéndolo.

Imran rio.

—No te preocupes, que yo te guiaré. —Se colocó frente a ella y haciendo presión en las gafas las ajustó a su rostro; la tomó de la mano e, indicándole cómo hacerlo, se sumergieron. Bucearon por largo tiempo, observando toda una variedad de peces. Luego, ascendiendo a la superficie, nadaron hasta llegar al yate. La tomó

por las caderas e, impulsándola, la ayudó a subir por la escalerilla. Él fue detrás de ella, abrió un compartimento de la parte trasera; y, sacando dos largas toallas blancas, la envolvió en una de ellas—. ¿Quieres dar ahora un paseo en jet ski? —preguntó, retirándose el exceso de agua de su cabello.

—¡Por supuesto, me divierte hacerlo!

—Vamos entonces...

Adell alcanzó su short del asiento trasero; y, mientras lo vestía, dejándolo desabotonado sobre el bikini, propuso en esa ocasión ser ella quien lo conduzca.

Imran, observándola, sonrió burlonamente.

—¿Podrás hacerlo?

Adell lo fulminó, arqueando su ceja derecha.

—¿Cómo que si podré hacerlo...? ¡Obviamente!

Imran soltó una risotada.

—¡Quiero verlo!

—¡Desmóntalo y verás!

Imran descargó el jet ski y fueron a pasear mar adentro. Adell fue conduciéndolo y él detrás de ella, abrazado a su cintura.

—¡Me encanta! —gritó Adell riendo, dejando que la brisa golpee en su rostro, mientras que el viento alborotaba a su cabello. Detuvo el jet ski en medio del océano; y, regresándolo a mirar:

—¿Deseas conducirlo ahora tú? —preguntó.

Imran, guiñándole un ojo, asintió y se colocó al timón. Presionó el acelerador; y, llevándola mar adentro a gran velocidad, dio un brusco viraje, cambiando de dirección y haciendo que el agua se levante detrás de ellos.

Adell gritó, abrazándose fuerte a su cintura; e, Imran, carcajeándose, avanzó un tramo corto y se detuvo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Adell, al notar que apagó el motor.

Imran, girándose hacia ella:

—No regresaremos aún... —contestó mirándola con deseo—. ¡Quiero hacerte el amor, aquí, en medio del océano! —murmuró acariciando y besando sus hombros; y, tomándola por las caderas, impulsándola, la colocó sobre sus muslos.

Adell lo abrazó, dejándose embriagar de su exquisita fragancia y de la tibieza de su aliento; mientras que, él, atrayéndola firme contra

su pecho desnudo, se deleitó besándola intensamente.

Se divirtieron haciéndolo; meciéndose con el suave oleaje en esa radiante mañana de verano.

CAPÍTULO 45

Tan pronto y Jared arribó al lejano país asiático, lo primero que cruzó por su mente fue telefonar a Adell para hacerla saber que él se encontraba allí. Pero fue paciente y prefirió esperar hasta llegar al hotel.

Mientras iba en el taxi, fue fijándose en cada detalle de la ciudad. Le llamó la atención el contraste entre lo bello y lo tradicional; así como en la desmedida riqueza y la frágil situación económica del lugar.

Al llegar y subir a su habitación, dejó el equipaje sobre la cama; y, acercándose al ventanal, observó, deslumbrado, la imponente vista de la costa de Mumbai.

—¡Hermosa ciudad! —comentó; y, volteándose, fue al baño a tomar una ducha.

—¿A qué hora debes encontrarte con aquellas personas? —preguntó Adell a Imran, en cuánto llegaron a la mansión.

—Enseguida, amor —contestó dando un vistazo a su reloj—. Ahora iré a tomar una ducha. Tengo prisa. —Le dio un beso en la frente y, apresurado, subió por las escaleras.

—¿Regresarás temprano?

Imran, deteniéndose, se volvió a mirarla.

—No tengo idea... pienso que será hasta tarde. Antes de salir pasaré por tu habitación. —Y, dándose media vuelta, continuó subiendo por las escaleras.

Adell fue a la cocina a por un vaso con agua. Se la bebió completa y regresó a su habitación para también tomar una ducha.

Al salir del baño, mientras terminaba de vestirse, golpearon a la puerta.

—Te veré en la noche, princesa —dijo Imran, aproximándose—. Y tú, ¿qué harás en la tarde?

—¿Yo...? Solo deseo descansar.

—Está bien. —Sonrió. Le dio un beso en los labios y se fue.

Adell apiñó algunos almohadones, acomodándolos contra el espaldar de la cama y encendió el televisor, buscando alguna película que la entretenga. Lo hizo, mirando una de acción.

Cuando Jared salió del baño, aun mojado y con la toalla sobre sus hombros, buscó dentro de la maleta qué vestiría esa noche. Encontró unos jeans oscuros, ceñidos y rasgados en las rodillas. Secó el exceso de agua de su cabello y los vistió. Se sentó sobre la cama y, alcanzando el celular, marcó al número de Adell. Esperó impaciente, mordiéndose nervioso la uña de su pulgar; hasta que, finalmente, Adell contestó:

—Hola...

Jared enmudeció, escuchando nuevamente el sonido de su dulce voz.

—Hola... —insistió Adell.

—Adell, mi...

—¿Jared...?

—Sí, soy yo... —respondió nervioso—. ¿Cómo estás?

—¿A qué viene todo esto? —replicó, levantando el tono de su voz—. ¡No entiendo el motivo de tu llamada!

—Adell..., yo..., eh... —titubeó nervioso, pasándose y repasándose con las yemas de sus dedos por la frente—. Estoy aquí... En India.

—¿Qué estás diciendo...? Que estás en India, ¿dices?

—Sí... —Carraspeó, aclarando la voz—. Llegué hoy.

—¡Cómo se te ocurre! ¡No...! ¡No pudiste haberlo hecho!

Jared, angustiado, cerró los ojos. Los abrió; y, tomando valor:

—¡Tengo una razón muy fuerte...! —sostuvo con firmeza—. ¡Estoy aquí, porque necesito verte!

—¿Qué ocurre contigo? —gritó Adell—. Me voy a casar ¿y tú vienes a continuar haciéndome daño?

—¡No..., no lo tomes así! —exclamó desesperado—. Solo necesito verte... conversar contigo.

—¡No, Jared! ¡Ya todo acabó entre nosotros...! ¡No tenemos nada más de qué hablar! —Cortó la llamada.

Jared, enmudecido, miró a sus manos temblar.

—¡No, no puedes tratarme así! ¡Tienes que escucharme! —Desesperado, lanzó el celular contra el cobertor de la cama. Se levantó y fue hasta la ventana; desde donde, pensativo, contempló las luces de la bahía. Se volteó; y, tomando nuevamente el móvil, le escribió un mensaje de texto:

Adell, dame la oportunidad de verte y poder conversar contigo... Te lo ruego. Te estaré esperando esta noche, a las ocho, en la cafetería del hotel Plaza Mumbai. No faltes, por favor.

Dejó el celular sobre el almohadón y fue a terminar de vestirse. Se colocó un pullover de algodón en tonos grises, pegado al torso y calzó Converse negros. Se acomodó el cabello, alborotándolo de medio lado y bajó a la cafetería a esperar a por ella.

Avanzó hasta una mesa para dos junto a la ventana. Tan pronto y terminó de acomodarse en la banca, se aproximó uno de los meseros, trayendo consigo una pequeña fuente con una jarra de agua y en el bolsillo de su delantal el menú.

—Buenas noches, señor —saludó; e, inclinándose, colocó el agua en una de las copas que estaba dispuesta sobre la mesa—. ¿Desea antes ordenar un aperitivo? —preguntó, hablando en un español perfecto, acercándole el menú.

Jared, con sonrisa de agradecimiento, respondió:

—Una cerveza está bien, gracias.

Mientras Jared aguardaba por su cerveza, echó un vistazo a su alrededor, apreciando la agradable decoración retro, con cuadros de famosos, aparatos antiguos de música, carteles fluorescentes; entre otros detalles que tenía el lugar.

—Su cerveza, señor —dijo el mesero, colocándola sobre la mesa. Sacó el menú del bolsillo de su delantal y se lo entregó.

—Gracias. Por ahora estoy bien así.

—Si desea algo más, enseguida estaré con usted para atenderlo. —Hizo una ligera inclinación y se marchó.

Había transcurrido ya casi dos horas; y, Jared, impaciente, no desprendió la mirada de la ventana, esperando verla llegar. La angustia no podía más con él.

—¡Tarda demasiado! —Despechado, dudó, pensando si Adell se presentaría o no—. No, ella no vendrá. —Exhaló y llamó al mesero para cancelar la cuenta y regresar a la habitación.

Entró lanzando la tarjeta de la puerta sobre el mueble de televisión, abrió el mini refrigerador y tomó una lata de soda. Fue hasta la cama y, apiñando algunos almohadones contra el espaldar, se acomodó y prendió el televisor; pero la ansiedad no pudo con él. Alcanzó el celular y nuevamente marcó al número de Adell. No hubo respuesta; ella no contestó.

—¡Mañana, tan pronto y amanezca iré a buscarte! —amenazó, lanzando el celular contra el cobertor. Abrió la lata de soda y se la bebió completa. De pronto, sonó el teléfono de la habitación. Volvió la mirada hacia la mesita de noche y contestó:

—Sí, ¿diga?

—¿Señor, Hambleton?

—Soy yo, dígame.

—Buenas noches, soy la señorita Malhotra, hablándole desde la recepción. El motivo de mi llamada es para informarle que la señorita Adell Jerome se encuentra aquí y desea hablar con usted.

Jared, emocionado, se incorporó de inmediato.

—¿Está ahí? Dígale que enseguida bajo, por favor.

—De acuerdo, señor.

De un brinco salió de la cama, se paró frente al espejo; y, apresurado, acomodándose el cabello y el pullover, bajó al lobby.

Tan pronto y se abrieron las puertas del elevador, la tuvo frente suyo. Adell lucía bellísima esperando de pie junto al mostrador. Permaneció allí, hipnotizado, contemplando cómo se acomodaba su largo y lacio cabello castaño, dejándolo caer libre sobre la manga de su delicado vestido corto, en color durazno, tipo blusón y debajo del cual destacaba su escultural y sensual figura; resaltando el tono dorado de su piel. Suspiró; y, sin perder ni un segundo más, emocionado se encaminó hacia donde ella.

—Adell...

Adell regresó a mirar.

—Jared...

Jared, sin poder contenerse, la abrazó.

—¡Tanto tiempo de no verte! —exclamó estremecido, cerrando los ojos al sentir nuevamente la curvatura de su cintura, por lo que, la aprisionó fuerte contra su pecho; en tanto que, Adell, negándose:

—¡Me pediste que viniese y aquí estoy! —repuso apartándolo de inmediato de su lado.

—¡Gracias por hacerlo! —contestó con una suave sonrisa dibujada en sus labios; sintiéndose cautivo de sus bellos ojos cafés.

Adell apenas y sonrió.

—Estoy aquí para escucharte —dijo mirándolo fijamente; y, tomando un mechón de su cabello, suavemente lo acomodó detrás de su oreja.

Jared bajó la mirada a su mano, fijándose de inmediato en el valioso anillo que ella lucía en su dedo anular, exhibiendo un deslumbrante diamante.

—¿Deseas subir a mi habitación? —propuso contrariado, desviando la mirada de ese ostentoso anillo de compromiso—. Preferible hacerlo ahí.

—Sí, Jared. Vamos —respondió, notando enseguida su enojo.

Adell entró a la habitación, dejó su bolso de mano sobre el sofá; y, avanzando, a paso relajado, hacia la ventana:

—¿Por qué no fuiste capaz de confiar en mí? —cuestionó, con la mirada fija en las luces destellantes de la bahía—. ¿Por qué, Jared...? No imaginas cómo el dolor y la desesperación me consumía.

Jared, observándola dolido, permaneció en silencio. Cerró los ojos e, inspirando profundo, los abrió y fue a su lado.

—¡Mírame, por favor! —suplicó tomándola por los hombros, haciéndola girar hacia él—. ¿Por qué lo hice? ¡No sabes cómo la agonía me ha consumido durante todo este tiempo! ¡Fui el hombre más insensato al desconfiar de ti...! ¡Y desde que te perdí, el más infeliz!

Adell, escuchándolo, dio un ahogado suspiro.

—Jared... —exclamó, sosteniendo su dulce, pero triste y angustiada mirada—. ¡Ahora nada es como antes...! ¡Entiéndelo, por

favor! Tu falta de confianza me llevó a esta situación... Pronto me casaré con Imran.

—¡No...! —Negó, tomándola con ambas manos por el rostro—. ¡Estoy aquí porque no quiero perderte! ¡No te cases con él! —suplicó con sus ojos prendidos en los suyos—. ¡No lo hagas, por favor!

—¿Y por qué no debería hacerlo? —cuestionó Adell, sosteniendo con rudeza su mirada.

—¡Porque nos amamos...! ¡Puedo leerlo en tus ojos!

Adell, apartándole sus manos, se volteó y se dirigió hacia la ventana.

—No, Jared. Te equivocas. Ya todo acabó entre nosotros... ¡Tú lo preferiste así y pronto seré su esposa!

—¿No entiendes que serás infeliz junto a él? —replicó con energía; tomándola por los hombros y haciéndola girar.

—¡Llegará el día en que lo ame! —discutió Adell agitada, con sus ojos completamente llorosos.

Jared, humedeciéndose los labios, negó con la cabeza.

—¡No te engañes más, porque tú sabes bien que no será así! —No pudo contenerse ni un segundo más; y, abrazándola, dejó que sus ansias por besarla lo dominasen. La aprisionó tan fuerte contra su pecho que, pudo escuchar los acelerados latidos de su corazón. Buscó, con la respiración pesada, el calor de su frágil cuello y lentamente subió rozándolo con su boca; embriagándose, como antes lo hacía, con su delicada y dulce fragancia a pera y caramelo. Sus manos buscaron el calor de su piel; y, anhelante, acercando sus labios a los suyos, fundió un intenso beso en ellos.

—¡Jared, por favor...! —murmuró Adell, jadeante, sintiéndose deliciosamente ceñida en la sensualidad de su cuerpo—. Nada es como antes...

Jared la abrazó más fuerte.

—¡Te amo más que nunca, vida mía! —exclamó; y, entrelazando sus manos con las suyas, las ató por encima de su cabeza y apasionadamente la besó sin control. Empezó haciéndolo por su frente, sus ojos, su nariz; bajó, rozando el delineado de su rostro y descendió, dibujando la curvatura de su cuello y regresó hasta llegar a su boca y ahí se detuvo; devorándola desenfrenadamente.

Adell no se resistió; y, deseándolo, entre suspiros y ansiosos gemidos, se entregó a aquel embriagante placer, anhelante de sus apasionados besos y caricias; como solo él lo hacía. Deslizó sus manos por debajo de su pullover; y, mientras con ansias, besaba sus hombros, sus pechos, el delineado de su excitante abdomen; se deshizo de él, lanzándolo lejos. Lentamente, con sus labios dibujó su torso y subió hasta encontrar su boca; haciéndolo estremecer y a su piel arder con cada caricia. Entrelazó sus manos alrededor de su cuello; y, embriagada de tanta pasión, fundió sus labios con los suyos y se dejó llevar por el éxtasis del movimiento de sus ardientes y desenfrenados cuerpos; mientras que, entre suspiros e intensos gemidos, se amaron con intensa pasión, demostrando así la fuerza del vivo amor que persistía en cada uno de ellos.

Despertó entre los brazos de Jared, se volteó y miró el reloj: marcaba las tres de la madrugada.

—¡Dios...! ¡Cómo pude dejar que suceda! —exclamó desesperada, mirándolo dormido a su lado. Con todo cuidado se levantó y recogió su ropa que estaba desparramada por el sofá, por el piso y, caminando en punta de pies, fue al baño. Cerró la puerta, haciendo el menor ruido posible y se dio una ducha rápida. Al regresar a la habitación miró que su anillo de compromiso yacía sobre la alfombra. Se agachó a recogerlo y sin mirarlo siquiera lo lanzó dentro de su cartera. Se volteó y fue junto a Jared; él dormía profundamente. Lo miró entristecida; e, inclinándose:

—¡Perdóname, mi amor! —exclamó acariciando tiernamente su rostro dormido con el dorso de su mano—. ¡No imaginas cómo me duele tener que dejarte! —Acercó sus labios a los suyos; y, suspirando al sentir su calor:

—¡Nunca dejaré de amarte! —susurró entre sollozos, plasmando un suave beso en ellos. Se incorporó; y, cuidadosa de hacer el menor ruido, se dio media vuelta y salió de la habitación, dejándolo dormido.

Jared despertó al contacto de la puerta al cerrarse. Giró la cabeza y al ver que Adell no se encontraba a su lado, de inmediato se levantó; y, colocándose en carreras el pantalón, salió al pasillo. Miró desesperado a lo largo del corredor; pero Adell ya se había marchado.

—¿Qué pasa contigo, amor? —se lamentó angustiado, pasándose la mano por la cabeza. Se volteó y entró en la habitación, tomó su celular y la telefoneó; pero ella no contestó. Se sentó sobre la cama; y, con sus antebrazos apoyados sobre sus rodillas, miró pensativo las luces parpadeantes de la ciudad, mientras miles de ideas cruzaban por su mente. Atormentado; sujetándose con ambas manos el rostro, dando un ahogado suspiro, se dejó caer sobre la cama, recordando, abatido, todo cuánto sucedió entre ellos esa noche. Alcanzó nuevamente su celular que lo dejó lanzado junto a la almohada; e, impaciente por escuchar su voz:

—¡Vamos, amor, contesta! —suplicó. Hasta que, finalmente, Adell lo hizo:

—Jared... ¡No insistas! Yo...

—Vida mía, ¿qué sucede contigo? ¡Por favor, dímelo!

—¡Compréndeme! —exclamó; y, después, apenas dijo nada.

—¡Tú no lo amas! —gritó Jared desesperado, escuchándola sollozar—. ¡Mi vida, por favor, reacciona! ¡Deja todo como está y vámonos hoy mismo de regreso a Burlington!

—Jared...

—¿Dime en dónde estás...? Pasaré en este momento a recogerte.

—No, Jared... —De pronto calló—. Fue un grave error todo cuánto sucedió esta noche... —sostuvo Adell entre sollozos—. Me casaré con Imran y tú te olvidarás de mí para siempre.

—¡No...! ¡Eso no fue lo que tus labios me repetían mientras nos besábamos y hacíamos el amor!

—Jared... ¡Esto está desgarrándome por dentro! ¡Por favor, no lo hagas más difícil! —Permaneció unos cuantos segundos en silencio; y, luego, forzándose para controlar su voz quebrantada, concluyó:

—¡Olvídame y continúa con tu vida!

—¡No...! ¡Jamás lo haré! ¡Porque yo te amo!

—¡Me casaré con Imran, Jared! Creo estar enamorada de él.

—No, no...

—¡Adiós, Jared! No me busques más... ¡Te lo suplico! —Se escuchó a la línea cortar.

—¡No...! —gritó, negando desesperado con la cabeza—. ¡Tú no estás enamorada de él! ¡Me amas a mí! —Se levantó de la cama y fue hasta el ventanal. El cielo estaba estrellado y pocas luces iluminaban la bahía—. Dios... ¡No puedo perderla! —exclamó; y, fijando la mirada en las luces reflejadas en los cristales de la ventana:

—¡Iré a buscarte a casa de ese hombre! —declaró.

CAPÍTULO 46

Antes de abrir los portones e ingresar a los jardines de la mansión, Adell permaneció dentro del auto. El conflicto, en el cual se encontraba, la hizo sentir culpable. Ella sabía perfectamente que nunca dejó de amarlo; aún continuaban vivas sus caricias, sus besos, su delicada y sensual fragancia impregnada en cada milímetro de su piel.

—¡Oh, Jared! ¡Cómo pudo suceder! —exclamó con la mirada perdida en el horizonte y suspiró profundamente, sintiendo a sus lágrimas resbalar por sus mejillas; desconsolada por todo cuánto se vio obligada a decirle, sabiendo que nada de ello era cierto.

Cerró sus ojos y, apartándoselas del rostro, se forzó a continuar con su vida; ella se debía ahora a Imran.

Activó el botón del portón; y, encendiendo el motor, entró, atravesando despacio por el largo camino de árboles violeta hasta llegar a la entrada de la mansión. Apagó el motor y bajó del auto.

—Adell... ¿En dónde estabas?

—¡Imran...! —exclamó sobresaltada, viéndolo al pie de la ventana del salón principal, esperando a por ella—. Yo..., eh... —tartamudeó, cerrando detrás de ella la puerta—. Necesité alejarme un momento y despejar mi mente.

—No lo comprendo... —indagó acercándose con el ceño fruncido—. ¿Por qué no respondiste a mis llamadas?

—Hum... —Pasó saliva, humedeciéndose nerviosa los labios—. Tenía a mi celular apagado.

—¿Lo tenías apagado...? —cuestionó, negando con la cabeza—. ¿Cómo?

—Imran, no tomé en cuenta ese detalle... ¡Lo siento! Tan solo deseé sentarme a contemplar el mar y las horas se me pasaron sin darme ni cuenta —mintió.

—¿Hasta casi las cuatro de la madrugada?

—Tienes razón. Lo lamento —respondió, esquivando a su demandante mirada; y, acomodándose intranquila un mechón de cabello, lo colocó detrás de su oreja.

—¡Amor mío, mira la hora que es! —exclamó Imran, tomándola por los hombros—. ¡Estaba muy preocupado sin saber de ti!

Adell, sosteniendo inquieta su mirada, permaneció en silencio; en tanto que, Imran continuó:

—Esta es una ciudad muy grande y tú sola por ahí hasta estas horas del amanecer... ¡Es peligroso!

—¡Lo sé, discúlpame!

—¿A cuál explanada fuiste? —cuestionó escudriñándola con la mirada.

—Ah..., yo... —titubeó, mirándose las manos—. Estuve caminando por la Bahía de Hali Ali y luego me senté, como te dije, a mirar el mar.

Imran, vacilante, dio vueltas a su alrededor.

—¿Qué está sucediendo, Adell? —preguntó frotándose la barbilla.

Adell, mordiéndose angustiada un extremo de su labio inferior, miró hacia un costado y exhaló.

—¡No voy a ocultártelo, Imran! —confesó regresándolo a ver agitada—. Jared está en India. Me telefoneó y fui a encontrarme con él.

—¿Cómo dices? —gritó abalanzándose hacia donde ella, tomándola bruscamente por el brazo; indignado después de semejante confesión.

—¡No tienes de qué preocuparte! —Aturdida, pasó su mano por su pecho, tratando de tranquilizarlo—. Accedí en ir a encontrarme con él, porque tenía que decirle de una vez por todas que tú y yo

pronto nos casaremos y que lo mejor que debería hacer es regresarse.

—¿Y no podías decírselo por teléfono? —replicó, gritando más fuerte.

—Preferí hacerlo personalmente. —Se dio la vuelta; y, encaminándose hacia la mesa circular del recibidor en madera de marfil rosa, buscó, angustiada, las palabras correctas—. Fue mejor así, para acabar con esto de una buena vez. —Temblorosa, se humedeció los labios, pasando las yemas de sus dedos por los delicados pétalos blancos de una de las orquídeas; en tanto que, Imran, con mirar acusador, se aproximó hacia donde ella.

—¿Estás segura de que ese impertinente se regresará inmediatamente a Burlington? —cuestionó tomándola por los hombros—. ¡No deseo tenerlo en mi país!

—¡Lo hará! —contestó sosteniendo, aún más angustiada, su fúrica mirada—. Fui clara con él.

Imran la escrutó detenidamente. Apartó las manos de sus hombros; y, dándose media vuelta, se encaminó hacia el ventanal lateral. Permaneció allí, buen rato de espaldas a ella, musitando, en su idioma, una serie de cosas que Adell no comprendió. Se volteó; y, acechándola, fue nuevamente junto a ella.

—¡Júrame que ese infeliz no te puso una mano encima! —exigió tomándola por los hombros.

—No. —Adell negó, apartándole sus manos—. Estoy muy cansada, Imran. Hablamos mañana. —Se dio media vuelta, subió apresurada por los escalones y desapareció de su vista.

Imran, intrigado, quedó observándola, repasando una y otra vez su mano por la barbilla. Se volteó y se dirigió hacia el bar. Acercó la botella de Coñac, se sirvió un trago y fue a sentarse frente al ventanal que daba a la piscina. Desde allí, pensativo, con la mirada fija en las luces azuladas que emergían del agua, vaciló, pensando en todo cuanto le relató Adell.

CAPÍTULO 47

—Buenos días. ¿Cómo amaneciste, Imran?

Imran regresó a mirarla y sonrió.

—Hola, amor mío. Todo está bien. Y tú, ¿te encuentras más tranquila?

—Sí —contestó sentándose a su lado.

—Vamos a olvidar este inconveniente —dijo él. Estiró el brazo y, acercando la jarra con café, vació un tanto en la taza de Adell.

—Es lo mejor. —Asintió ella, en cuanto endulzaba a su café—. ¿Cuándo empezaremos con la decoración del pent house? —preguntó, desviando el tema de la conversación.

—Telefonaré al diseñador para encontrarnos allí. ¿Qué te parece ir luego del desayuno? —consultó tomándola de la mano, jugando con el diamante de su anillo.

—Perfecto. Estoy ansiosa por verlo decorado. —Alcanzó la canastilla con el pan; y, troceando un pedazo, preguntó, mientras le untaba mantequilla:

—¿Tus padres, están en casa?

—No. Tuvieron que viajar a primera hora de la mañana a Sri Lanka.

—¿A Sri Lanka...? ¿Y eso? —cuestionó acomodándose el cabello, dejándolo caer sobre su espalda.

—Negocios, princesa. Tenemos una industria de...

—Señor... —interrumpió el mayordomo, acercándose—. Disculpe usted por perturbar su desayuno, pero un señor llamado Jared Hambledon, está en la residencia y pregunta por la señorita Adell.

Imran, rodando hacia atrás bruscamente la silla, en el acto se puso en pie.

—¿Cómo dice, Peter? —replicó, dando un puñetazo contra la mesa.

A Adell se le pasó precipitadamente un bocado de café caliente.

¡Dios mío...! ¿Qué haces aquí?

—Qué desea que haga, ¿señor? —preguntó el mayordomo.

Entretanto; Imran, con la respiración agitada, se sujetó al filo de la silla.

—¿Cómo sabe ese infeliz la dirección de mi casa? Adell... —cuestionó enfurecido, regresándola a mirar:

—¿Qué tienes que decirme a todo esto?

—¡No..., no...! —titubeó nerviosa, sosteniendo su acusadora mirada—. ¡No lo sé, Imran! Te prometo que no comprendo cómo llegó hasta aquí, después de todo lo que hablé con él anoche.

No conforme; Imran la analizó fijamente, con sus labios contraídos en una fina línea.

—Hágale entrar, Peter —ordenó dirigiéndole la mirada.

—Correcto, señor. —Y, luego de hacer una ligera inclinación, se dio media vuelta y salió de la cocina.

—Si ese infeliz adolescente tuvo el atrevimiento de llegar hasta aquí... —replicó Imran, mirando enfurecido hacia el pasillo—. ¡Atravesó el límite y tendrá que escucharme!

Adell, encontrándose al borde del pánico, sintió desfallecer. Bajó la cabeza; y, cerrando los ojos:

¡Por el amor de Dios, no debiste venir!, exclamó para sí. Respiró profundo; y, forzándose para mantenerse serena, levantó a mirarlo—. ¡Imran, por favor, tómalo con calma! —suplicó tomándolo por el brazo—. Créeme, él se marchará cuanto antes.

—¡Por supuesto que tendrá que largarse hoy mismo de India! —replicó regresando con el ceño fruncido a mirarla.

Mientras tanto; Jared, impaciente, aguardaba a las afueras de la mansión, de pie junto al portón.

—Señor... —dijo el mayordomo, acercándose a donde él—. El señor Imran Gadhavi y la señorita Adell lo esperan en el salón. Acompáñeme, por favor.

Jared, inspirando profundo, fue detrás de él, en tanto que lo encaminó a la entrada del recibidor y avanzaron hasta el salón principal.

—Póngase cómodo, señor. Enseguida estarán con usted los señores. —Hizo una ligera inclinación y se alejó.

Jared, mirando discretamente a su alrededor, avanzó hasta un extremo del salón, en donde, deteniéndose junto a una valiosa mesa alargada en cristal de roca y sobre la cual reposaban exóticas estatuillas orientales y fotos familiares, observó impresionado cuánto exceso de lujo.

Tan pronto y el mayordomo les comunicó a Imran y a Adell que Jared se encontraba esperándolos en el salón principal; Imran, con gesto despótico, giró sobre sus talones y se encaminó al recibidor para confrontarlo:

—¿Debería darte la bienvenida a India?

Jared, conteniéndose para no desafiario, se regresó de inmediato.

—No necesito escuchártelo decir, Imran... Estoy aquí por Adell.

—¡Estás en mi casa y en la de mi futura esposa! —espetó con su mirada llena de ira clavada en la suya, aproximándose hacia donde él—. ¡Nada tienes que hacer aquí!

—¡Aún no es tu esposa, Imran...! ¡Muchas cosas pueden suceder!

—¡Ten cuidado con lo que dices! —amenazó sujetándolo violentamente por el brazo.

De un halón, Jared soltó de su brazo.

—¡Por favor, Jared! —suplicó Adell, interponiéndose entre los dos—. ¡No compliques más las cosas! Anoche fui clara contigo... ¡Entiéndelo! —exclamó mirándolo aterrada a los ojos.

—¡No, amor! —Negó, sosteniendo fijamente su desesperada mirada—. ¡No fuiste clara conmigo...! ¡Y tú lo sabes!

—¿Qué tratas de decir, imbécil? —cuestionó Imran, agarrándolo por la camisa.

—¡Esto es algo entre Adell y yo! —replicó volviéndose hacia él y de un empujón lo hizo tropezar. Se volteó y fue hacia donde Adell; quien, a escasos pasos de ambos, los miraba aterrada.

Entretanto; Imran, regresándose furioso:

—¿No entiendes que Adell y yo pronto nos casaremos? —gritó tomándolo rudamente por el brazo; haciéndolo darse la vuelta—. ¡Lárgate de mi casa si no quieres que tome otras medidas!

Pero; Jared, soltándose de un fuerte tirón, también gritó:

—¡Adell y yo nos amamos! ¡Ella siempre será mía! ¡Y tú lo sabes...! ¡Por esa razón temes tanto!

—¡Lárgate de mi casa! —exigió tratando de caerlo a golpes; pero dos guardias de seguridad de la mansión, a quienes el mayordomo pidió auxilio, enseguida intervinieron, evitando que la disputa llegue a mayores.

—Señor Gadhavi, por favor, deje esta situación en nuestras manos... ¡Es nuestro deber protegerlo!

—¡Saquen a este hombre inmediatamente de la mansión! —ordenó agitado.

—¡No necesitas recurrir a tus caprichosos y extravagantes medios para largarme de tu casa, Imran!

—¡Basta ya, Jared! —interrumpió Adell, acercándose hacia donde él—. Lo que hubo entre nosotros se acabó... —sostuvo apenas mirándolo—. Compréndelo. Me enamoré de Imran y estamos comprometidos... ¡Respétalo, por favor!

—¡No...! —Negó desesperado con la cabeza; y, tomándola por los hombros, la forzó a que levante a mirarlo—. ¡Tú bien sabes que no es así, vida mía! ¡Tú y yo no hemos dejado de amarnos! ¡No fue lo que esa noche tus labios me repitieron un sinfín de veces! ¿Te conviene ahora olvidarlo...? No cometas un error.

Adell; inhalando y exhalando nerviosa, repuso, dando un paso atrás:

—Jared, ya todo acabó... ¡Vete, por favor!

—¿Lo dices en serio? —cuestionó abatido, buscando su mirada—. Vuélvemelo a repetir... ¡Pero mirándome a los ojos!

—Sí, Jared... Nada tienes que hacer en India.

Jared se humedeció los labios; y, cerrando los ojos, asintió, bajando la mirada.

—Está bien. Si tú me lo pides... —Consintió, levantando devastado a mirarla—, entonces me iré. ¡Ojalá y un día llegues a ser feliz con él! —Se dio media vuelta; y, encaminándose, a paso sereno, hacia el portal, salió de la mansión.

Tan pronto y llegó al hotel se comunicó con la aerolínea para adelantar su regreso.

—Buenos días. Necesito reservar un vuelo con destino a Burlington, Vermont. Para esta noche, por favor.

—Por supuesto, señor. Permítame revisar la disponibilidad. —
Hubo un lapso corto de silencio—. Me ayuda con sus datos, por favor.

—Jared Hambleton.

Mientras aguardaba por la confirmación de su vuelo, corrió las cortinas y, entristecido, contempló la ciudad; pero, asimismo, sintió un fuerte rechazo por todo ese lugar. Cerró los ojos; y, suspirando:

¿Por qué, vida mía...? ¡Tú me amas a mí, no a él!

—Señor... —Escuchó de pronto la voz del encargado—. Su cambio de itinerario está confirmado. Recuerde que debe estar en el aeropuerto tres horas antes. Su vuelo está previsto para la medianoche. ¿Los pagos de facturación se lo debitamos de la misma tarjeta con la que realizó la compra?

—Sí, por favor.

—Perfecto. Que tenga un buen viaje y gracias por utilizar nuestros servicios.

Jared colgó la llamada; y, deshecho, contemplando a través de la ventana cómo destellaba el agua cristalina del océano:

—¡Adiós, amor! —exclamó—. Mi vida se queda en esta habitación.

CAPÍTULO 48

—¡Perdóname, amor! ¡Por favor, perdóname! —Entristecida repitió Adell, contemplando, desde la ventana de su habitación, a los extensos jardines de la mansión. Tanto las súplicas de Jared, como la tristeza en su mirada, no dejaron de atormentarla. Cerró sus ojos; y, dejando a sus lágrimas resbalar por sus mejillas:

¡Amor mío, en donde quiera que te encuentres, nunca dejaré de amarte!, exclamó dentro de sí.

Suspiró profundamente, obligándose a apartar de su vida su recuerdo; el cual, a partir de ese momento, quedaría en el pasado y comenzar desde entonces una nueva vida junto al hombre con quien estaba comprometida.

Se volteó y bajó al salón.

—Estoy lista, Imran. Podemos ir a encontrarnos con el diseñador.

Él; que se encontraba de pie frente al ventanal, mirando, de brazos cruzados hacia el jardín, contestó, volviéndose hacia ella:

—Vamos entonces.

—Antes de marcharnos... —puntualizó Adell, levantando a mirarlo—, necesito pedirte que no hablemos de lo ocurrido esta mañana. No deseo mencionar nunca más a Jared. Por favor.

Las comisuras de su boca se elevaron, dibujándose en el rostro de Imran una sonrisa de satisfacción.

—¡Es lo mejor que me has dicho, princesa!

—Démonos prisa, que llevamos buen tiempo de retraso — insistió Adell, tomándolo por el brazo—. De seguro y el diseñador estará esperándonos sin saber qué ha sucedido con nosotros.

Imran la abrazó.

—Tienes razón. De camino lo telefonearé.

—Buenas tardes, señor Gadhavi; señorita... —saludó gentilmente el diseñador, acercándose a donde ellos, en cuanto los vio entrar al lobby del edificio.

—Buenas tardes Paolo. Disculpe el retraso. Vamos... —dijo Imran, encaminándolo amablemente hacia el elevador—, acompáñenos al pent house.

—¡Es un apartamento muy amplio, acogedor y con excelente luz! —comentó Paolo, recorriendo el área social, en cuanto entraron al departamento. Abrió su portafolio; y, sacando una libreta de notas y una cámara fotográfica, manifestó:

—Trabajaré en algunas opciones para que ustedes decidan, señor Gadhavi.

—Le agradeceré me las haga llegar cuanto antes, Paolo.

—Pierda cuidado. —Asintió, mientras terminaba de escribir algunos datos en su libreta—. Espero entregárselas a más tardar en tres o cuatro días. Ahora permítame tomar las medidas del pent house completo —solicitó; y, buscando dentro del portafolio, sacó un flexómetro.

—Adelante, Paolo. Nosotros nos retiramos para que lo haga con total comodidad. —Imran tomó a Adell de la mano y fueron hasta la pequeña terraza de la habitación principal; desde donde, contemplando la extraordinaria vista hacia la Bahía de Hali Ali, emocionado, sostuvo:

—En cuanto Paolo nos haga llegar el bosquejo y, por supuesto, si estamos de acuerdo, será cuestión de pocos días para que el pent house esté listo.

Adell sonrió, recostándose sobre su hombro.

—Sé que Paolo te presentará un buen trabajo.

—Yo también lo considero así. Y, tan pronto y la habitación principal esté lista... ¡Ese mismo día la estrenaremos! —exclamó abrazándola.

Una vez que Paolo se reunió con Imran y con Adell para indicarles el bosquejo de algunos de los ambientes del pent house; principalmente, el de la habitación principal, tuvo que hacer algunos cambios; ya que Adell se inclinaba por las líneas sencillas e Imran hacia lo extravagante.

—Princesa, la habitación está lista. ¿Vamos a verla?

—¿De veras? —preguntó emocionada, dejando de lado a la revista que ojeaba.

—Sí. Paolo acabó de telefonarme. Necesito mirar si todo está como lo decidimos.

—¡Claro que sí, vamos de una vez!

—¡Es magnífica! —exclamó Imran, al entrar y mirar que la habitación tenía el contraste perfecto entre lo opulento y lo sencillo de las líneas rectas—. ¿Qué te parece, amor mío?

—¡Está hermosa! —contestó Adell, observándola minuciosamente; notando que cada detalle estaba perfectamente trazado y puesto en su lugar.

—Estoy conforme. —Imran sonrió satisfecho, pasándose la mano por la barbilla. Se dirigió al baño; y, abriendo las puertas de par en par:

—Me gusta el contraste del mármol negro con los espejos y los muebles perlados —comentó observándolo detenidamente—. ¡Luce extraordinario! Exactamente como lo sugerí.

Adell, también observándolo, lo abrazó por la cintura.

—¡Tienes razón, todo ha quedado perfecto!

—¿Deseas pasar la noche aquí? —preguntó Imran; y, pasándole el brazo por sus hombros, la encaminó hasta la habitación—. Vamos a estrenarla, princesa.

En tanto que, Adell, bajando la mirada, permaneció por unos cuantos segundos en silencio; y, luego, levantándola, asintió.

A la mañana siguiente, despertaron embelesados con el hermoso panorama que tenían a su frente. Y así continuaron haciéndolo día tras día.

En una de aquellas mañanas, Adell despertó más temprano de lo usual; y, mientras que Imran aún dormía, pensativa, se quedó contemplándolo. Suspiró profundo; y, volviendo la mirada hacia un costado, angustiada, observó todo a su alrededor.

—Dios... ¿Qué está sucediendo? —se preguntó abatida, porque las cosas no se presentaron como ella lo tenía planeado. Se levantó y fue a la cocina a por una taza de café. Entre sorbo y sorbo sus ojos se perdieron en el azul del mar.

¡Pronto todo esto dejará de ser una fantasía y se volverá una realidad!, exclamó para sí, desconsolada, pensando en el corto tiempo que faltaba para su boda con Imran. Dejó de lado a la taza; y, cubriéndose el rostro:

—¡Basta ya! —desesperada, exclamó entre sollozos, rehusándose; dándose cuenta de que no estaba preparada para ello—. Debo ser sincera conmigo misma... ¡No deseo hacerlo! —Sus lágrimas resbalaron por sus mejillas al aceptar que, por la desesperación de olvidar a Jared, cometió un error. Inhaló profundo, tratando de calmarse; y, poniéndose en pie, regresó a la habitación.

Al entrar, Imran ya había despertado.

—Buenos días... —Apenas y pudo mirarlo a los ojos.

Imran, incorporándose de inmediato, se acomodó contra el espaldar de la cama.

—Adell... —exclamó—. Me he quedado dormido. ¿Cómo amaneciste, princesa?

—Amanecí bien... —En su rostro se dibujó una sonrisa forzada—. ¿Deseas una taza de café? Está caliente.

—¡Por supuesto que la deseo! —respondió saliendo de inmediato de la cama—. Vamos, que luego tendré que ir a casa de Rahul y en todo el día estaré muy ocupado —fue comentándola, mientras caminaban por el pasillo; en tanto que, Adell, lo escuchó sin hacer comentarios—. Por cierto... —manifestó él, sentándose a la mesa—, mañana vendrá el diseñador para continuar con la decoración del apartamento. Él estará a tu entera disposición y sé que lo dejarás extraordinario.

—Pierde cuidado —respondió Adell; y, sin darle mayor importancia, continuó, dando vueltas, pensativa, con la cucharilla dentro de su café—. Que hoy estarás ocupado en todo el día, ¿dices? —preguntó con la mirada perdida en el cristal de la mesa—. Me gustaría pasar por el Mall. Luego tomaré un taxi para volver a casa de tus padres.

—Adell... —preguntó Imran, observándola extrañado—, ¿prestaste atención a todo cuanto te dije?

Adell, sin tomar atención, continuó desentendida, revolviendo con la cucharilla dentro de su café.

—Además, pasaré por la biblioteca. Sí, Imran, escuché claramente.

—De acuerdo. —Asintió con el ceño fruncido—. Démonos prisa, porque tengo varios asuntos por resolver.

Tan pronto e Imran la dejó en el Mall, Adell caminó hasta el estacionamiento y se embarcó en un taxi; pidiéndole al chofer, que la lleve a la Bahía de Juhu.

Estando allí y luego de ir y venir deambulando por horas sin rumbo, se sentó sobre una banca frente al mar. Con su mirada perdida en el turquesa del agua; recordándolo, suspiró profundamente y exclamó:

¡Te amo y te extraño tanto, mi amor!

Cerró sus ojos, sintiendo a sus lágrimas, una tras otra, resbalar por sus mejillas al recordar los escasos, pero bellos momentos que vivió con él, esa noche, en aquella habitación del hotel. Su fragancia, sus caricias, sus besos, vivían a flor de piel...

—Tienes razón, amor... ¡No podré hacerlo!

CAPÍTULO 49

Burlington.

Luego de su regreso de India, Jared se mantuvo distante de su familia y amigos. Sin embargo, poco a poco fue tomando el control de sus emociones.

En uno de aquellos días, pensó en su padre más tranquilo y decidió ir a su casa.

Al llegar prefirió no tomar las llaves que Lloyd siempre las dejaba debajo de la pata del león; esa noche esperó a que él abra la puerta.

—Hola, papá...

—¡Hijo...! —exclamó emocionado—. ¡Vamos, entra, no te quedes ahí parado!

—Tenemos una conversación pendiente, papá. —Carraspeó, aclarando la garganta—. Por esa razón estoy aquí. —Entró al recibidor; y, retirándose su chaqueta mojada, la colgó en el pedestal laminado en madero de roble.

—Por supuesto, Jared. ¡Estoy tan feliz de que hayas venido! —exclamó controlándose para que sus ojos enrojecidos no empiecen a lagrimear.

—Papá, sé que merezco una explicación.

—Ven, hijo... —dijo pasándole el brazo por sus hombros y encaminándolo a la sala—. ¿Deseas comer o beber algo?

Jared negó con la cabeza.

—No gracias, estoy bien.

Lloyd se sentó a su lado. Respiró profundo; y, pasándose la mano por la frente, empezó a darle una explicación:

—Hijo... Al darme cuenta de que tu relación con Adell fue más allá de un simple enamoramiento de jóvenes, sentí temor. No

soporté verte tan enamorado de ella y tuve miedo de que luego sufras, como me ocurrió a mí, cuando perdí a tu madre.

—Papá... —lo interrumpió, moviendo de lado a lado la cabeza—. Son situaciones diferentes... ¡Mamá murió!

—Tienes razón. Pero me cegué con ello y ese miedo se convirtió luego en egoísmo de perderte a tí también. Ahhh... —Exhaló, cerrando los ojos—. No hay justificación... mas fue lo que sentí en esos momentos. Luego apareció Brianna y con ella se hizo más fuerte mi rechazo contra Adell. Ambos hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para hacerles ese horrendo daño... ¡Del que nunca me perdonaré! —Bajó la mirada; y, luego de dar un hondo suspiro, exclamó, sujetándose con ambas manos el rostro:

—¡Cómo me avergüenzo! El resto ya lo conoces, hijo.

Jared se quedó en silencio. Tuvo deseos de levantarse e irse; pero se tranquilizó y continuó conversando.

—¿Tuvieras el valor de pedirla perdón?

Lloyd levantó a verlo y asintió, sosteniendo azorado su mirada.

—Lo haré... ¡Y las veces que fuesen necesarias!

Jared desvió la mirada, fijándola en la fuerte lluvia que resbalaba por la ventana.

—¿Qué hay de Brianna? —preguntó—. ¿Continúas viéndola?

—No. —Negó con el ceño fruncido—. Desde ese día no supe más de ella... ¡Y no deseo saberlo! —Bajó la cabeza; y, retirándose los lentes, se limpió las lágrimas de sus ojos—. ¡Ojalá y un día puedas perdonarme!

—Dame tiempo, papá. Ahora tan solo deseo olvidar y tener tranquilidad.

—Me siento culpable por todo cuánto está sucediéndote... ¡Deseé tanto verte regresar de India con Adell!

Jared giró la cabeza; e, inspirando profundo, detuvo la mirada en el fuego que brotaba de la chimenea.

—Debo irme —dijo regresándolo a ver y se levantó.

—Está bien, hijo mío. —Consintió su padre, alzando a mirarlo con sus ojos completamente llorosos—. Gracias por venir y escucharme.

Jared asintió, apenas y sonriendo. Fue hasta el hall de entrada, se colocó su chaqueta y salió.

De camino a su apartamento, condujo despacio, pensativo.

CAPÍTULO 50

India.

Cuando Adell regresó a la mansión, aguardó por Imran, esperándolo hasta tarde. En el momento en que lo escuchó llegar fue hasta su habitación, golpeó a la puerta y entró. Él acomodaba unos libros en el estante.

—Hola, ¿cómo te fue en casa de Rahul?

—¡Amor mío, ven aquí! —exclamó; y, tomándola de la mano, la encaminó hasta el sofá—. ¡Estoy un tanto agotado! Hoy ha sido un día largo. Y a ti, ¿cómo te fue en la biblioteca? ¿Encontraste lo que buscabas?

—Si. Todo estuvo perfecto —contestó nerviosa, pasándose la mano por el cabello.

—Me alegra. ¿Deseas cenar fuera? —preguntó Imran; y, enrollando el brazo por su cintura, la atrajo contra él—. Podríamos ir luego a nuestro apartamento y pasar ahí la noche. ¿Qué dices?

—Ahora no, Imran —contestó haciendo de lado a su mano. Se levantó; y, sobándose angustiada el entrecejo, caminó hacia el estante de libros—. Es mejor quedarnos aquí, en casa de tus padres. —Tomó entre sus manos al reloj de arena y lo dio vuelta.

Imran la miró intrigado; apenas y sonriendo.

—De acuerdo. Como lo prefieras... ¿Tuviste también un día agitado?

—En la realidad, no... —respondió colocando de vuelta al reloj de arena sobre el mueble y avanzó, a paso relajado, hasta la vidriera del balcón. Miró pensativa hacia las luces de la piscina reflejadas en el agua; y, dando un largo suspiro:

—Te estuve esperando, porque tenemos que hablar —repuso volviéndose hacia él; mirándolo fijo a los ojos.

Imran la observó acechante, pasándose su mano por la barbilla.

—Tienes que decirme algo, ¿verdad?

—Así es... —Asintió, sosteniendo agitada su mirada—. Imran, yo...

Entretanto; Imran, levantándose de inmediato, fue a su lado.

—Amor mío, ¿qué está sucediendo...? —exigió sujetándola por los hombros—. ¡Dilo de una vez!

—¡Discúlpame, Imran! —exclamó Adell con su tez empalidecida, sosteniendo, aún más nerviosa, su demandante mirada—. Pero no puedo continuar con esto... ¡No puedo!

—No puedes hacer, ¿qué? —cuestionó sin apartarle sus ojos de encima—. ¿Qué tratas de decirme?

Yo... —titubeó, mirando intranquila hacia un costado; mordiéndose un extremo de su labio inferior—. Me siento avergonzada contigo, con tu familia... —declaró temerosa, regresándolo a mirar. Los nervios la dominaron; tanto así que, sin atinar encontrar las palabras correctas, se cubrió el rostro y echó a llorar.

Imran, extrañado, se quedó mirándola; en tanto que, Adell, tranquilizándose, limpiándose las lágrimas, levantó a mirarlo:

—¡Perdóname, por favor! —exclamó—. ¡No imaginas cómo me cuesta tener que decirte esto! Pero yo...

—Creo saber lo que vas a decirme... —interrumpió apartando las manos de sus hombros; clavándole la mirada—. Sin embargo, te escucho.

Adell cerró los ojos; tan solo anheló terminar de una buena vez con esa angustia que la consumía. Respiró tan profundo como pudo; y, tomando valor, afrontó la verdad:

—Imran... No puedo ni debo continuar con nuestro noviazgo... ¡Perdóname, por favor! —exclamó agitada, sosteniendo su inquisitiva mirada. La bajó; y, luego de permanecer unos cuantos segundos en silencio, humedeciéndose los labios, nerviosa, volvió a levantarla y concluyó:

—Siento que cometí un grave error al aceptar casarme contigo. Y tú sabes bien que significas mucho para mí, porque eres un hombre maravilloso... ¡Pero yo no he dejado de amarlo!

—¿Llegamos hasta este punto y ahora vienes cómo si nada a decirme que cometiste un error...? —gritó tomándola violentamente por los hombros—. ¡No...! ¡No lo consiento! —espetó con el ceño fruncido, escudriñándola de pies a cabeza. La soltó; y, girando sobre sus talones, avanzó, dando largas zancadas, hacia el ventanal lateral. Permaneció buen rato de brazos cruzados por detrás de su espalda, mirando en silencio hacia las piletas del jardín. Se volvió; y, negando con la cabeza, regresó hacia donde ella—. ¡Es inexplicable que continúes obsesionada con ese infeliz adolescente! —replicó furioso, sujetándola bruscamente por el brazo—. ¡He tenido demasiada paciencia contigo, Adell...! ¡Y esto sobrepasó su límite! —De un fuerte tirón; con sus mejillas encendidas por la ira, la respiración agitada y sus labios presionados en una fina línea, soltó de su brazo. Giró la cabeza y miró hacia un costado; pero, en el acto regresó a verla; y, fulminándola:

—¿Por qué esperaste hasta ahora para decírmelo? —cuestionó sacudiéndola violentamente por los hombros—. ¡Debiste habérmelo dicho antes...! ¡Yo lo hubiese comprendido!

Adell, atemorizada, bajó la mirada hacia las manos de Imran.

—¡Cálmate, por favor! —suplicó apartándoselas—. Estás en tu derecho de molestarte conmigo... ¡Pero compréndeme! Es todo lo que te pido.

—¡Siempre te he comprendido...! ¡No olvides eso!

—Por favor, Imran...

—¡Me dejas desconcertado, Adell! —espetó mirándola con desprecio—. ¡Haz lo que te venga en gana y creas que es lo correcto para ti! —Se volteó y se encaminó hacia la puerta de la habitación. Giró la perilla; pero, antes de abrirla, se volvió hacia ella:

—Yo hablaré con mis padres... ¡Ahora déjame solo! —exigió fríamente, indicándole a que se marche.

Adell asintió. Luego de eso salió.

Aunque el sentimiento de culpa la mortificó por permitir que las cosas avancen de la forma como aconteció, en cierto modo se sintió aliviada al dar por terminada a la relación.

A la mañana siguiente, mientras pensativa, Adell contemplaba desde la ventana de su habitación hacia el jardín, escuchó que de pronto tocaron a la puerta y regresó a mirar.

—¡*Namaste*, querida! —dijo Dhira, entrando en la habitación.

—¡*Namaste*, señora! —contestó Adell, acercándose enseguida hacia donde ella.

—Ven aquí —dijo Dhira, pasándole el brazo por sus hombros; y, encaminándola hasta el canapé, la hizo sentar a su lado—. Querida, estoy al tanto de todo cuanto sucedió entre Imran y tú.

Adell bajó la mirada.

—Señora... ¡Discúlpeme, por favor! —exclamó avergonzada, levantando a mirarla.

Dhira, esbozando una dulce sonrisa, la acercó a su hombro e hizo que recueste su cabeza sobre él.

—¡Tranquila, Adell! No quiero que te atormentes pensando que tanto mi esposo como yo no lo comprenderemos. Menos aún, que no aceptaremos tu repentina decisión de cancelar la boda con mi hijo. Conozco los motivos —afirmó, acariciándole el cabello.

—¡Gracias, señora! —exclamó limpiándose las lágrimas.

—No te sientas abatida por ello, hija... —sostuvo tomándola de las manos—. Ante todo está tu honestidad... ¡Y eso lo agradecemos!

—Mis palabras no alcanzan para disculparme por todo el daño que estoy causando. No puedo ser deshonesto con Imran ni con ustedes... ¡Pero no estoy preparada!

Dhira; dando un hondo suspiro, la tomó tiernamente por el rostro.

—Siéntete libre de hacer tu voluntad... —dijo—. Y haz lo que tu corazón te diga. ¡Y no sufras por mi hijo...! ¡Que él lo aceptará!

Adell consintió.

—He decidido marcharme cuanto antes.

—Está bien, Adell. La decisión que tomes, nosotros la respetaremos. Ahora te dejo. —Le dio un beso en la frente y se levantó—. Comprendo que desearás conversar con Imran.

—Sí, señora. Necesito informarle que pronto me marcharé.

CAPÍTULO 51

Burlington.

Empezó un nuevo semestre en la universidad; el segundo para Jared sin Adell. Una tarde pasó horas al pie de la ventana de su habitación; y, mientras pensativo contemplaba llover, dejó a sus recuerdos fluir. Sonrió, recordando las innumerables veces que aguardó a por ella esperándola en los jardines de la universidad; los días felices que compartieron en ese apartamento, en su cabaña de Maine...

Suspiró profundamente al recordar, sobre todo, las escasas, pero intensas horas de pasión desmedida que vivió con ella, en India.

Los días transcurrieron y Jared cambió junto con ellos. Dedicó la mayor parte del tiempo a sus estudios; distrayéndose con el proyecto de su tesis. Además, volvió a frecuentar con sus amigos: se reunía con ellos en pubs o en discotecas; fue más constante con el deporte: salía a correr por el malecón o simplemente se ejercitaba en el gimnasio. Poco a poco, Jared volvió a tener una vida normal.

Un sábado por la noche fue a visitar a su hermana y a Ismael que estaban de turno en el hospital, pero antes pasó por una cafetería comprando donuts con glaseado de chocolate y tres cafés late extra fuertes.

—¡Hola, Vicky!

Victoria, quien se encontraba acomodando unas carpetas dentro del archivador, alzó a mirar.

—¡Jared, mi cielo! —exclamó. En su rostro se dibujó una gran sonrisa.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó Jared, colocando el café y los donuts sobre el escritorio—. No deseo pasar un sábado por la

noche solo y en mi apartamento.

—¡Cariño, qué pregunta la tuya! —Y, acercándose, le dio un sonoro beso en su mejilla derecha—. ¡Me encanta tenerte aquí conmigo!

Jared esbozó una dulce sonrisa, acentuándose el hoyo que tenía a un costado de su boca; embelleciéndolo aún más.

—En la realidad decidí pasar toda la noche con ustedes. Ismael, ¿tiene turno hoy?

—Sí, no tardará en regresar. Que permanecerás toda la noche con nosotros, ¿dices?—preguntó Victoria retirándose los anteojos; dejándolos sobre su agenda de cuerina gris.

—¡Si no hay problema!—respondió Jared, encogiéndose de hombros.

—¡Cómo se te ocurre! —exclamó emocionada—. ¡Cariño, pero por supuesto!

—¡Pero qué buena sorpresa verte, Jared! —interrumpió Ismael, cuando entró al consultorio y los encontró de lo más entusiasmados.

Jared, de inmediato, volteó a mirar.

—¡Hey, Ismael! —exclamó; y, acercándose, le dio un abrazo—. Aquí me tienes, amigo y tendrás que soportarme durante todo el turno de la noche. Además, y sabiendo cómo te gusta... —Estiró la mano, mostrándole el café y los donuts—, traje esto para ti.

—¡Qué delicia! Bien pensado, Jared.

—Chicos... —interrumpió Victoria.

—¿Sí, hermana? —contestó Jared, regresándola a mirar.

—Tengo que dejarlos porque debo pasar revisión médica... Y en la realidad estoy retrasada. —Tomó la carpeta y salió en carreras.

Luego de que Victoria cerró la puerta, Ismael se volteó; y, mientras le echaba extra azúcar a su café, continuó conversando con su amigo:

—Entonces, Jared, ¿cómo has estado? Aunque déjame decirte que te veo diferente.

Jared sonrió, moviendo de lado a lado la cabeza.

—Tú no cambias... ¡Ese late ya tiene suficiente azúcar!

—¡Lo necesito, amigo! Y bueno... —preguntó, apoyando sus caderas contra el escritorio—. ¿Qué has sabido de Adell? ¿Te ha dicho algo después de tu regreso de India?

Jared se quedó por unos cuantos segundos en silencio; y, luego, negando con la cabeza:

—No... —respondió pasándose la palma de su mano por la frente—. No he sabido nada de ella desde entonces.

—Hum... ¡Qué podría decirte!

—Siempre que la pienso junto a él... —añadió Jared, bajando la mirada—, próxima a casarse. ¡Me duele...! ¡Y demasiado! —exclamó, seguido de un profundo suspiro con la mirada fija en las baldosas blancas del piso—. ¡La extraño, Ismael! Sin embargo... —sostuvo alzándolo a ver—, me siento más tranquilo... Al menos, eso es lo que creo.

—Qué bien, Jared. Lo noté al verte. Además... —recalcó dándole una palmada en el hombro—, tienes que prestar más atención a la universidad. Es tu último semestre. Y dime, ¿cómo va tu tesis?

—Ahhh... ¡Sí que tengo trabajo!

—Jared... —De pronto, cambió el tono en la voz de Ismael—. ¿Has visto a Brianna?

—¡No la he visto ni deseo verla! —replicó con el ceño fruncido.

—¡Discúlpame, amigo! —Exhaló, rascándose la cabeza—. Sé que no debí ni preguntar por ella... pero desapareció.

—Te comprendo, Ismael. No te preocupes... —contestó dándole una palmoteada en el hombro—. Pero deberías sacártela de la cabeza... ¡No vale la pena!

—Lo sé... —Resopló—. ¡Qué lástima! Ven, no me hagas caso y acompáñame que debo hacer un control de rutina. Te haré pasar por principiante, alumno de Victoria. —Ambos fueron riendo por el pasillo.

Fue divertido para Jared pasar esa noche de sábado en compañía de su hermana y de su gran amigo. Pero, asimismo, no le tocó de otra que dormir la mañana completa del domingo.

Cada día fue una nueva experiencia para Jared: de motivación, de cambios positivos para su vida.

Estuvo tan ocupado con el proyecto de su tesis que, el tiempo le transcurrió rápidamente.

Algunas veces, cuando no tenía mayormente trabajo, se quedaba con su hermana y con Ismael en el hospital; y, en otras, salía con sus amigos o prefería permanecer en su apartamento.

En una de aquellas noches en la que prefirió quedarse en su apartamento, se acercó a la vidriera del balcón; desde donde, de brazos cruzados, pensativo contempló las luces reflejadas en el agua del lago.

—¡Vida mía, cuánta falta me haces! —exclamó entre suspiros. Salió al balcón; y, recostándose sobre la banca, cerró los ojos, pensando en Adell, deseando tenerla junto a él.

Sonrió recordando los felices momentos que vivieron juntos: pudo ver sus bellos ojos, mirándolo tiernamente; sintió sus caricias, recorriéndolo por todo su cuerpo; el calor de sus labios, enloqueciéndolo con cada beso; escuchó el sonido de su voz, repitiéndole una y otra vez cuánto lo amaba...

¡Adell...! Suspiró profundamente, pasándose, abatido, la palma de su mano por el rostro. Desesperado, al ser presa nuevamente del dolor y de la ansiedad, cerró sus ojos y se quedó en silencio, deteniendo al tiempo...

Tardó en reconocerlo; sin embargo, poco a poco se presentó ante él una realidad más clara.

Fue entonces, cuando comprendió y aceptó sus errores; esos, los que siempre los utilizó como un escudo para cubrirse.

Comprendió que la libertad es el respeto, dejó de cuestionar y de buscar culpables. Se sintió libre de odio, libre de enojo hacia el mundo y hacia él mismo.

Aceptó, finalmente, admitiendo sea cual fuese la situación, de que Adell sea feliz.

Al abrir sus ojos se dio cuenta de que al fin desapareció la ira, la angustia, que lo consumió por tanto tiempo. Suspiró profundo; y, con una singular sonrisa dibujada en su rostro, se sintió feliz, sereno y lleno de esperanza.

Nunca imaginó que, precisamente, dejando libre el amor, fue el camino que tuvo que cruzar para aceptar y para comprender. Sin exigencias y sin buscar culpables; pero, sobre todo, sin torturarse a sí mismo mirándose como la víctima.

Aquello lo llevó a encontrar lo que tanto buscaba... Jared, finalmente, encontró paz y tranquilidad.

La amó más que nunca... y eso lo hizo feliz.

Aun tenía algo pendiente por resolver...

—Hola, papá.

—¡Hijo!

Sin más preguntas ni reclamos, Jared se abalanzó a abrazarlo.

—¡Gracias por venir hasta aquí, hijo mío! —Lloyd lloró abrazado a él.

—Deja de llorar, papá... ¡Ya no lo hagas! —Sonrió mirándolo—. Todo estará bien a partir de ahora.

—¡Jared, mi muchacho! —exclamó su padre, sollozando y riendo a la vez—. Volviste a ser el mismo de antes... ¡Qué feliz estoy!

—¡Yo también, papá! —contestó emocionado, limpiándose las lágrimas de su rostro.

Entretanto; Lloyd, apartándolo repentinamente de su lado:

—Hijo... —preguntó angustiada—. ¿Qué harás ahora? ¿Qué piensas hacer para traer a Adell de vuelta contigo...? ¡Como tiene que ser!

Jared; con una apacible y radiante sonrisa dibujada en su rostro:

—Papá... —respondió moviendo de lado a lado la cabeza—. No haré nada que la presione o que vaya en contra de lo que ella quiera hacer... ¡Será su decisión, si algún día desea volver!

—¿Lo dices en serio? ¿Estás seguro...? ¡Te desconozco, hijo!

—¡Completamente! ¡Yo la amo más que nunca! ¡Adell es mi vida! ¡Y ella lo sabe!

En la noche y una vez de regreso en su apartamento, Jared volvió a escribir una carta para ella.

Luego de eso, decidió marcharse del país.

CAPÍTULO 52

India.

Mi vida:

*No te sientas herida por mi injusta forma de ser contigo.
De hecho, conocías mi torpeza, pero tampoco querías que esto
acabe así.*

*Por mi absurdo egoísmo no fui capaz de darme cuenta.
Vacilé una y otra vez sin comprenderte y dejé que te fueras.*

Te juro que lo lamento... ¡Por favor, perdóname!

Ahora me doy cuenta de que fui derrotado a propósito.

Lo que creí era lo correcto, fue en la realidad mi orgullo.

*He comprendido que quizá te fuiste para siempre y me quedo en
silencio. Tu decisión ha sido la indicada, vida mía.*

*Recuerda que yo también guardaré tu recuerdo en un lugar
especial, porque contigo conocí el lado más puro del amor.*

¡Cuídate, amor mío!

Siempre te estaré esperando... Por si algún día regresas.

—Adell, ¿podemos conversar? —preguntó Imran, abriendo la puerta de su habitación. Ella terminaba de leer la carta de Jared. Cerró la laptop y alzó a mirar.

—Por supuesto, Imran. Te estaba esperando.

Imran se aproximó y se sentó a su lado.

—Antes que nada —dijo tomándola de las manos—, discúlpame por haberme marchado así, de repente... Mas precisé hacerlo. Me tomó de sorpresa tu repentina decisión de cancelar la boda. Compréndeme, por favor.

Adell dio un leve suspiro, pasándole la mano por el hombro.

—Lo entiendo. No necesitas darme explicaciones. Estuve pendiente de tu regreso, porque no deseaba irme sin antes verte y despedirme de ti. —Bajó la mirada; y, luego de inhalar profundo:

—Pedirte nuevamente que me perdones —dijo levantando a mirarlo—. No deseo marcharme, sabiendo que aún guardas resentimiento por mí.

—No, Adell... ¡Cómo podría hacerlo! —exclamó mirándola fijamente. En sus ojos había tristeza—. ¡Perdóname tú por tratarte de esa manera! Me enamoré de ti, princesa. Quiero que siempre lo tengas presente. Pero no sería capaz de interferir en tus sentimientos y en tus decisiones... ¡Ya sabía yo que no podría contra él! —exclamó con una leve sonrisa dibujada en sus labios, acariciándole el rostro.

Adell asintió, bajando la mirada.

—Eres un hombre maravilloso, Imran... ¡Mi gran amigo! —sostuvo, levantando a mirarlo. Se puso en pie; y, abriendo el cajón de la mesita de noche, sacó el anillo de compromiso—. Tómallo —dijo entregárselo—. Sé que pronto encontrarás a alguien que realmente te ame como lo mereces.

—Lo sé, princesa. —Consintió, haciéndola recostar sobre su pecho—. ¡Siempre desearé que seas muy feliz! Tenlo presente. —Se acercó a besarla y ella dejó que lo haga—. Adios Adell... ¡Cuánta falta me vas a hacer!

TERCERA

PARTE

CAPÍTULO 53

Burlington.

—¡Mamá, papá! ¡Qué alegría volver a verlos! —exclamó Adell, corriendo feliz hacia donde ellos, tan pronto y salió de aduana.

—¡Mi niña, al fin estás de regreso! ¡Cómo te hemos extrañado! —exclamó su padre, abrazándola fuerte; al igual que lo hizo su madre.

—Yo también papá. —Y, suspirando, percibió, después de tanto tiempo, su suave fragancia, mientras continuaba recostada sobre su pecho.

—¡Ven aquí, hermanita! —Matthew la aprisionó tan fuerte como siempre lo hacía; y, dando un paso hacia atrás:

—¡déjame verte! —exclamó escudriñándola de pies a cabeza—. Te ves bien, quizá un tanto más delgada.

—Bah... ¡No lo creo! —Las comisuras de su boca se elevaron, dibujándose en su rostro una reluciente sonrisa—. En cambio tú, estás guapísimo... ¡Bueno, lo has sido siempre!

Matthew sonrió, haciéndola recostar sobre su hombro.

Fue emocionante para Adell estar de regreso en casa y sentir nuevamente el calor de su hogar.

Tanto sus padres; como Matthew, la acorralaron con preguntas. Deseaban conocer todas sus impresiones de India; y, por supuesto, fue agradable para ella relatarles cada experiencia de ese hermoso lugar. Sobre todo, se entusiasmó hablando de la familia de Imran, quienes fueron como unos padres; y él, un gran amigo.

A pesar de Adell sentirse agotada por el largo viaje, anheló ir cuanto antes al apartamento de Jared. Oliver y Sophia discutieron con ella por querer hacerlo así, de repente; pero su emoción fue tan grande que no quiso esperar ni un día más. Se dio un baño rápido, subió a su Mini Cooper y fue a buscarlo.

Aparcó su auto en el lugar que siempre lo hacía; mas, al darse cuenta de que no estaba estacionado ahí el jeep de Jared, revolvió impaciente dentro de su cartera, buscando el celular y marcó a su número. Únicamente contestó la grabadora de mensajes. Colgó, sin dejar ninguno y subió a su apartamento. Tocó varias veces el timbre, pero él no respondió; Jared no estaba en casa y a ella el cansancio empezaba a vencerla.

Luego de pensarlo varias veces, dudando si iría o no a buscarlo a casa de su padre, puesto que ese era el último lugar al cual ella deseaba ir; decidió hacerlo.

Antes de bajar del auto pensó en la actitud déspota y hostil que Lloyd siempre mantuvo con ella; no tenía deseos de verlo. Pero, en vista de que ya se encontraba estacionada frente a su casa, inhaló profundo, salió del auto y timbró a la puerta.

—¡Adell...! —exclamó Lloyd; sorprendido de verla allí.

—Buenas noches, señor Hambleton —saludó nerviosa.

—Entra, hija. —Lloyd extendió su brazo, invitándola a pasar—. ¿Cuándo llegaste, querida?

¿Querida...? —Sorprendida, arrugó la frente—. Sí, entraré... Gracias —contestó, más nerviosa aún, extrañada de tanta cordialidad por parte suya; y, aclarando la garganta, trató de controlar su voz temblorosa—. Llegué hoy y vine a su casa porque pensé que Jared se encontraría aquí. Estuve en su apartamento, pero no lo encontré.

—No te preocupes, hija —comentó; y, pasándole el brazo por sus hombros, la encaminó hacia la sala—. Lo que ocurre es que Jared no se encuentra en Burlington.

Adell se detuvo repentinamente.

—¿Cómo...? —preguntó volviéndose hacia él—. ¿En dónde se encuentra?

—Realmente no tengo conocimiento —le contestó acomodándose los anteojos.

—¿No lo sabe?—cuestionó inquieta—. ¿Cómo...? No lo entiendo.

—Tranquilízate, hija. Que todo está bien. Ahora déjame marcar a su número. —Lloyd sacó el celular del bolsillo de su chaqueta y empezó a teclear el número de Jared—. Veamos... —Esperó, dejando que el teléfono timbre algunas veces—. No... —Exhaló, negando con la cabeza y colgó—, no contesta.

—También lo hice —comentó Adell—, pero a su celular lo tiene apagado.

—Hum... —Gesticuló, frunciendo el ceño—. Bueno. No te preocupes, que él está bien... ¡Ya se comunicará! Y tú, ¿cómo has estado?

—¿Yo...? —titubeó, pasándose intranquila la palma de su mano por la frente—, he estado bien, gracias. Eh... es mejor que me vaya, señor Hambledon. Tuve un viaje muy largo y debo descansar. —Se volteó; y, apresurada, trató de salir cuanto antes de su casa.

—¡Adell, espera! —exclamó Lloyd, tomándola por el brazo—. Hiciste bien en venir hasta aquí, porque así podré conversar contigo. ¿Podrías permanecer un momento más y escucharme?

Adell, angustiada, regresó de inmediato a verlo.

—¿Pasa algo con Jared? ¡Dígame, por favor!

—No, no... —Negó, con un aspaviento de mano—. Jared está bien. Es algo muy delicado lo que tengo que confiarte. Ven, toma asiento y permíteme hablar. Luego de que haya terminado, eres libre de hacer lo que desees.

—Me asusta, señor... —repuso Adell con el ceño fruncido, sentándose sobre el sofá alargado de cuero marrón—. ¿Qué ha sucedido?

—Hija... ¡Necesito que me perdones! —exclamó tomándola por los hombros. Bajó la mirada e inhaló profundo. Al cabo de unos cuantos segundos la levantó; y, mirándola con firmeza, prosiguió:

—No hay disculpa, lo sé, para todo cuanto voy a revelarte.

—Dígame, señor Hambledon... ¡Usted me está preocupando!

—Adell... Todo el dolor que tú y mi hijo vivieron, fue por mi causa —confesó sosteniendo avergonzado su mirada—. Tienes que saber que yo soy el culpable de que ustedes... —Carraspeó—, más bien dicho, de que Jared haya desconfiado tanto de ti hasta el punto de

tomar la injusta decisión de darte la espalda y dejarte como lo hizo... de esa forma repentina y cruel.

Adell negó con la cabeza.

—No, señor Hambledon. El problema con Jared fueron siempre sus celos por Imran. Desde que él llegó a mi casa eso lo afectó. Y por más que se lo hacía ver, él no quiso entenderlo.

—Adell... ¡Mírame, por favor! —rogó tomándola con ambas manos por el rostro. En sus ojos se reflejaba desesperación—. De eso me valí... Instigando a Jared con tu amigo y llenándole la cabeza en tu contra para que él desconfíe de ti.

—Pero... ¿Cómo...? —interrogó apartándole de inmediato sus manos y se levantó—. ¿Usted...? —cuestionó con sus ojos enrojecidos—. ¿Por qué? Yo no le he hecho ningún daño... ¡A su hijo lo amo!

Entretanto, Lloyd también se puso en pie; y, tomándola por los hombros:

—¡Por favor no llores! —suplicó—. ¡No imaginas el dolor tan grande que siento!

—Jared, ¿sabe de esto?

—Por supuesto que lo sabe. —Avergonzado, bajó la mirada e inspiró profundo—. Fue muy duro para él encontrarnos... Lo escuchó de nosotros.

—¿Encontrarnos...? ¿Nosotros...? ¿A quiénes se refiere...? No lo comprendo.

—Adell... Te lo diré sin más rodeos. —Lloyd, angustiado, dio un largo suspiro; y, dándose media vuelta, avanzó, a paso lento, hasta la chimenea—. ¡Qué vergüenza tengo! —exclamó, aún de espaldas a ella.

Adell corrió hacia donde él; y, colocándose frente suyo:

—¡Lloyd, hable! —exigió fulminándolo.

—Permíteme terminar... ¡Por favor! —interrumpió, sosteniendo con firmeza su mirada. Llenó sus pulmones, exhaló pausadamente y continuó:

—Antes que nada, tienes que saber que Brianna y yo fuimos amantes.

Adell, boquiabierta, quedó enmudecida.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo...?

—Ella no es tu amiga... —repuso tomándola nuevamente por los hombros—. Créelo.

Supo que yo me oponía a que Jared este contigo y fue entonces cuando tramamos destruirlos.

—¿Destruirnos...? —Horrorizada, Adell dio un paso atrás, apartando molesta las manos de sus hombros.

—¡Por favor, Adell, ahora solo escúchame! Luego estás en tu derecho de repudiarme. Una noche y sin que Imran y tú lo sepan...

—Calló de repente, pasándose nervioso la palma de su mano por la cabeza.

—¿Por qué se calla? —cuestionó mirándolo furiosa—. Sin que Imran y yo sepamos, ¿qué...?

Lloyd bajó la mirada; y, respirando profundo, tomó valor y levantó a verla.

—Adell, entre Brianna y yo ideamos drogarles. Únicamente, para que mi hijo los encuentre juntos y piense que lo engañabas al verlos él mismo en tu cama. —Cerró los ojos y exhaló, sujetándose la frente—. Esa fue mi cruel maldad, deshonrarte... ¡Qué clase de persona soy!

—¡Cállese...! —gritó llorando—. ¡No deseo escuchar más!

—Hija...

—¿Qué clase de personas son ustedes?

Lloyd se acercó; y, al tratar nuevamente de tomarla por los hombros:

—¡Aléjese! ¡No me vuelva a poner sus manos encima! —exigió furiosa, apartándose las.

—Disculpa, Adell. —Consintió, sin mostrar resistencia—. Si es necesario te pediré miles de veces perdón. Estaba cegado por los celos. Tenía miedo de perder a mi hijo.

—¡Nunca se los perdonaré! —gritó con sus ojos clavados en los suyos—. ¡Jamás lo haré! —Y, dándose media vuelta, se alejó de él.

—¡Adell, espera! —exclamó Lloyd, deteniéndola por el brazo, en tanto que ella se encaminaba hacia la puerta—. ¡Tienes que entender que Jared y tú han sido las víctimas en todo esto! ¡No te vayas culpándolo, por favor! Porque él, al igual que tú, también cayó en esta mentira.

—¡Al diablo con todos ustedes! —replicó apartando bruscamente su mano que la tenía aferrada a su brazo—. ¡No quiero escuchar más!

—¡Por favor, Adell! —insistió, parándose agitado frente suyo—. Tienes que saber que mi hijo sufrió por tu partida. Tanto que no razonó y trató de acabar con su vida... ¡Y aún continúa sufriendo!

—¡Cállese! ¡Ya es demasiado!

—Sí, Adell. ¡Nunca he visto a alguien amar tanto, cómo él te ama a ti! Su dolor fue tan grande cuando sintió que te perdió para siempre que, una madrugada en la carretera camino a Winooski, trató de suicidarse. ¡Gracias a Dios y se detuvo! —exclamó, cerrando los ojos.

—¡Ya basta! —gritó empujándolo—. ¡No me diga más...! ¡Que no lo soporto! —Se volteó; y, corriendo hacia la puerta, desesperada giró la manilla. La abrió y huyó.

Entró en su auto, arrancó; y, sin dejar de llorar, condujo hasta llegar a su casa. Subió a su habitación y tumbándose sobre la cama, empezó a recordarlo todo.

Sintió tanta decepción y dolor con Jared que no consiguió comprender cómo él no pudo confiar en ella y se dejó convencer tan fácilmente.

Y luego Brianna, a quien consideró su gran amiga, no fue sino una arpía.

—¡Cómo pudo ser tan audaz engañándome de esa manera...! ¡Y yo tan estúpida! —Tuvo deseos de ir a buscarla y arrastrarla por todo el daño que les causó—. ¡Y tú, Jared...! ¡Preferiste creer en ellos! ¡No fue suficiente decir que te amo, jurar y rogarte hasta el cansancio para que creas en mí!

Estuvo tan dolida que, no le interesó buscar más explicaciones. Tan solo deseó apartarlos de su vida para siempre.

Lloró, desconsoladamente esa noche.

CAPÍTULO 54

—Adell... ¡Despierta, hermana!

Adell abrió los ojos; y, abalanzándose a su cuello, echó a llorar.

—¡Matthew! —exclamó.

—Adell, ¿qué te ocurre? ¿Por qué lloras? No me digas que..., Jared...

—No, hermano. Anoche no lo vi.

—Entonces, ¿qué te sucede?

—¡Ay, Matthew! —Sollozó, sujetándose con ambas manos el rostro—. ¡Fue algo horrible!

—¿A qué te refieres? —preguntó mirándola intrigado.

Adell se descubrió el rostro; y, mirándolo indignada, contestó:

—¿Sabes quién es en realidad, Brianna?

—Ven aquí, hermanita —repuso abrazándola—. Esperaba tu regreso para decírtelo.

—¡Cómo me lo ocultaron! —exclamó ella, apartándose de inmediato de su lado—. ¿Por qué no me lo dijiste? Ah, ¿Matthew?

—Disculpa, hermana, pero no imaginé que lo llegaras a saber así, de repente. Ahora dime, ¿quién te lo dijo?

—¡Fue Lloyd quien lo hizo!

—Ya veo... —Preocupado, se pasó la mano por la nuca e, inspirando profundo, la atrajo contra su hombro—. Ahhh... Te diré todo cuanto sé.

—Dilo, por favor... ¡Pero sin ocultarme nada! —exclamó; y, girando la cabeza:

—¡Aunque creo ya saberlo todo! —replicó mirando hacia la vidriera cubierta de nieve.

—Mira hermanita... —Matthew se colocó de frente a ella—, la misma Brianna me contó de su relación con el padre de Jared. Luego me dijo que no quería saber más de mí, porque vivía enamorada de Imran. Pero... ¿Por qué te afecta tanto?

Adell, sonriendo con desprecio, miró hacia un costado.

—Hermano... ¿Es todo lo que sabes de ella? —interrogó, regresándolo a ver.

—Qué... ¿Hay más?

—Esa hija de... únicamente, ¿eso te dijo?

—¿Qué más hablaron, Adell? ¡Estás muy afectada!

—¡Todo cuanto Lloyd me reveló anoche, fue decepcionante, imperdonable!

—¡Pero dílo...! ¡que me preocupas! —exigió tomándola por los hombros.

—Matthew, en la noche del concierto, Brianna nos drogó... ¿Lo comprendes ahora? Todo para que Jared al día siguiente nos encuentre y piense que pasamos la noche juntos... ¿Lo recuerdas, hermano?

—¡Cómo olvidarlo...! ¡Si esa fue la razón por la que él se alejó de ti! —replicó levantándose de inmediato—. ¡Nunca me lo hubiese imaginado...! ¡Cómo pudo ser tan perversa! —exclamó exaltado, negando con la cabeza.

—Ahora entiendo... ¿dices que vivía enamorada de Imran?

—Así es...

—¡Qué hipócrita y audaz fue!

—¡Iré a buscarla! —replicó Matthew, encaminándose hacia la ventana—. ¡Qué clase de mujer es!

Adell, levantándose, fue a su lado.

—No, Matthew. Déjala... No merece la pena. ¿Sabes? Hablaré con Shayna. Su hermana tiene una casa en el campo. Me gustaría ir y quedarme un tiempo allí.

—Hermanita... —protestó volviéndose hacia ella—. Acabas de llegar y ya estás pensando en irte otra vez.

—Será por pocos días. Necesito estar sola.

—¿Y, Jared...? —cuestionó, mirándola fijamente—. ¿No has pensado en él?

Adell, fruncida, sostuvo su mirada.

—Por supuesto... ¡Y no consigo comprenderlo!

Adell conversó con Shayna y esa misma tarde fueron a casa de Susan, su hermana mayor. Ella vivía en el campo, a dos horas de Burlington.

CAPÍTULO 55

—¡Qué hermoso lugar! —fascinada, exclamó Adell, mirando desde la ventanilla del auto, a la rústica propiedad que se encontraba perdida en medio del bosque.

—Sí, Adell, es un lugar muy bonito y apacible —contestó Shayna sonriendo, volviéndose hacia ella, en cuanto estacionaba el auto. Apagó el motor y bajaron; y, mientras que se encaminaban a la entrada de la casa, Adell, entusiasmada, fue mirando toda la belleza del lugar.

—¡Bienvenidas! —exclamó Susan, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro desde el portal de su casa, en cuanto salió a recibirlas—. Shayna... —dijo acercándose—, me alegra que hayas traído a Adell hasta aquí.

Adell sonrió.

—Gracias, Susan.

—¡No tienes que darme las gracias, linda! Quiero que te sientas como en tu casa. —Extendió su mano, invitándola a pasar a la sala—. Adelante.

Adell notó que un pequeño niño las observaba con la puerta entreabierta desde una habitación del extremo. Enseguida que Shayna se dio cuenta y lo llamó, él corrió hacia donde ellas. Cargaba consigo un pequeño oso de peluche blanco.

—¡Toma, cuídalo! —dijo el pequeñito a Adell con su tierna voz—. Se llama Dreams y es mi mejor amigo.

—¡Qué bello! —exclamó; y, poniéndose en cuclillas para quedar a su misma altura, preguntó, observándolo entusiasmada:

—Y tú, pequeño, ¿cómo te llamas?

—Yo soy Andrew... —contestó; y, luego, extendiendo su pequeña y redonda manita:

—Y mi mamá es ella —dijo mostrándose.

—¡Qué hermoso es tu niño! —exclamó Adell, riendo; volviéndose a mirarla.

Era fines de octubre y las nevadas empezaron a caer. En las mañanas, después de que Susan salía con Andrew para dejarlo en la guardería y luego ir a la pastelería, en donde ella tenía su negocio, Adell hizo costumbre de salir a pasear y caminar por los senderos del bosque. Se sentaba bajo un árbol o en alguna banca y ahí permanecía largo tiempo escribiendo en la libreta de apuntes que llevaba con ella. Esa fue la manera que encontró para expresar y desahogar la ira, el odio que sentía por Brianna y por Lloyd. No conseguía perdonarlos. De igual manera, no lograba perdonar a Jared por creer en las injusticias de su padre y darle la razón.

En las tardes, luego de que Adell regresaba a casa; unas veces se entretenía con Susan preparando pasteles y galletas; y, en otras, simplemente salía al porche. Con una taza de chocolate caliente, se sentaba sobre una de las bancas de madera rústica y desde allí contemplaba a la lluvia caer o miraba nevar.

En una de esas tardes, Susan salió a acompañarla.

—¿Te sientes más tranquila, Adell? —preguntó, sentándose a su lado.

—No lo sé... —Negó con la cabeza, con su mirada perdida en el nívoo bosque de pinos—. Aún tengo presente todo cuanto Lloyd confesó esa noche... ¡Aquello me indigna!

—Te entiendo... Sin embargo, ¿no crees que sería mejor olvidar y dar una oportunidad?

—¿Olvidarlo todo...? —replicó sosteniendo, al volverse hacia ella, contrariada su mirada—. ¡No puedo! ¡Ellos me hicieron mucho daño...! ¡No se merecen nada bueno!

—De acuerdo, Adell... —Consintió calmándola, pasándole la palma de su mano por el hombro—. Quizá tengas razón cuando te refieres: “a ellos”. Pero me das a entender que también incluyes a Jared... ¿No te parece que estás siendo injusta con él? Piénsalo.

—¡Él escuchó a su padre! ¡Se dejó convencer de todas sus infames mentiras! ¿Acaso no me conocía lo suficiente...? —discrepó llorando—. ¡Si tanto me amaba, debía de confiar en mí!

—Todos cometemos errores, Adell... ¡Y ese fue el suyo! Ahora comprendió que se equivocó. Además... —sostuvo aproximándola

contra su hombro; acariciándole el cabello—, está sufriendo por todo el daño que te hizo... ¡Y no solo a ti, se lo hizo a él mismo!

Adell bajó la mirada.

—¡Quiero perdonarlo...! —exclamó entre sollozos, limpiándose las lágrimas—. ¡Pero no puedo!

—¡Pasará, ya lo verás! Porque tú lo amas.

Adell, agitada, levantó a mirarla.

—¡Por supuesto que lo amo! Pero no lo comprendo... ¡Fue tan injusto y cruel conmigo!

Susan la abrazó.

—¡Cálmate, lo comprenderás! Ahora debo irme. —Y, poniéndose en pie, entró en la casa.

Adell, con sus piernas levantadas y cruzadas sobre la banca, se distrajo contemplando a un grupo de golondrinas que jugaban revoloteando sobre los copos de los árboles de pino; entretanto, Andrew se la acercó.

—¿Por qué lloras? —preguntó, sentándose sobre su regazo—. ¿Estás triste, porque estás sola?

Adell apenas y sonrió.

—Así es, pequeño. —Consintió—. ¡Pero tú me pones feliz! —exclamó abrazándolo; y, aproximándolo a su pecho, le dio un beso en su suave y redondo cachete.

En la noche y en el silencio de la habitación, con su libreta de notas abierta sobre sus piernas, Adell empezó a leerla; mas, al recordar las palabras de Susan:

—Perdonar... ¡Si tan solo podría! —Suspiró; y, apartándola de su lado, echó nuevamente a llorar.

Se puso en pie; y, limpiándose las lágrimas del rostro, caminó hasta la mesita de madera. Alcanzó su laptop y la llevó hasta la cama. Se acomodó, apiñando algunos almohadones contra el espaldar y la abrió, buscando las cartas de Jared.

Las leyó una a una. Se detuvo en la última; y, repasándola una vez y otra vez, fue entonces cuando comprendió su dolor, su fuerza y su gran amor por ella.

—¡Buenos días!

Susan, quien se encontraba preparando el desayuno, se volteó tan pronto y la escuchó entrar en la cocina.

—¡Adell, buenos días! —exclamó—. Despertaste temprano hoy.

—¡Así es! Quise levantarme con el canto de los pájaros.

—Te sientes mejor, ¿verdad? —preguntó, mirándola fijamente.

Las comisuras de su boca se elevaron, dibujándose en su rostro una reluciente sonrisa.

—¡Sí, me siento feliz!

Susan la abrazó, aproximándola contra su hombro.

—¡Cuánto me alegra escuchártelo decir!

—Deseo hablarlo, escuchar...

—¡Hazlo, linda! Te sentirás aliviada.

Adell, dando un hondo suspiro, se levantó y fue hasta el mesón de la cocina.

—Hoy saldré a caminar —dijo tomando la cafetera; y, esbozando una suave sonrisa, vació un tanto en una taza—. Si te parece, podría retirar a Andrew de la guardería y luego darte el encuentro en la pastelería, ¿qué dices? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—Por supuesto, Adell. Pero, ¿piensas caminar hasta el pueblo?

—¡Claro que sí! —Afirmó, luego de darle un largo sorbo a su café—. Además, que la guardería está de camino.

—Perfecto. Te espero entonces.

Adell descolgó su abrigo rojo de la percha del recibidor, lo vistió y salió a caminar por el bosque; y, como siempre lo hacía, se sentó sobre una de las bancas de picnic. Desde allí, encontrándose en medio de tanta tranquilidad, cerró sus ojos y pensó en Jared; sintiendo la inmensa falta que él la hacía.

Ansió desde lo más profundo de su ser tenerlo cerca, sin dar más importancia a todo cuanto sucedió entre los dos. Empezar de nuevo, dejando atrás ese pasado que ya no valía la pena recordar.

Simplemente, lo necesitó a su lado. Poder abrazarlo, besarlo; y, envolviéndose en la belleza de sus cautivadores ojos verdes, pedirle perdón, repitiéndole un sinfín de veces cuánto lo amaba.

—¡Adell, regresa cuando lo desees! —exclamó Susan, despidiéndose de ella al pie del portal de su casa—. ¡Siempre serás bienvenida!

Adell la abrazó.

—Gracias por todo, Susan. ¡Por supuesto que lo haré! Y, a ti... —dijo cargando en brazos a Andrew—. Te voy a extrañar, pequeño. —

Y, aprisionándolo fuerte contra su pecho, le dio un beso en su suave, acolchonado y redondo moflete—. Cuida de Dreams.

Subió al auto de Shayna y juntas se encaminaron hacia Burlington.

—¿Te dieron información de Jared, amiga?

—¡No, Adell, nada! A todos a quienes pregunté me contestaron que también están sorprendidos y preocupados sin saber de él... ¡Nadie sabe en dónde se metió!

—Hum... ¡Qué extraño! Ni su padre supo decírmelo. —Se humedeció los labios y, pensativa, Adell volvió la mirada hacia la ventanilla, fijándola en los blancos y vastos campos—. Dios... ¡Necesito encontrarlo! Me aterra solo con imaginar que él dé por hecho de que ya me casé o que todo va de lo más bien entre Imran y yo.

Shayna exhaló, mirando fijamente hacia la carretera.

—¡Guarda la calma, Adell! De seguro y Jared se fue un tiempo para alejarse de todo. Tú lo conoces mejor que nadie y sabes cómo es él.

—Sí. Por eso me preocupa. ¡Fui tan cruel! —exclamó bajando la mirada, seguido de un profundo suspiro—. ¡No me lo perdono!

—¡Ya aparecerá, amiga...! —Pasó la mano por su hombro, tranquilizándola—. ¡Y más pronto de lo que te imaginas! De igual manera insistiré nuevamente, hablando con todos. Quizá alguien me dé información.

—Eso espero... —respondió apenas y sonriendo, mirando hacia el campo de pinos. Miró su reloj; y, frunciendo un extremo de su boca, regresó a mirarla:

—No me lles a casa, Shayna —dijo—. Esta noche iré al apartamento de Brianna.

Shayna, de inmediato, se volvió a mirarla.

—¿Estás segura? Podría no querer verte.

—Eso me tiene sin el menor cuidado... ¡Sé que lo hará!

—Está bien. —Asintió; y, cambiando de ruta, se dirigió hacia el centro de Burlington, en donde Brianna tenía su apartamento—. Si lo deseas voy contigo —propuso al llegar, mientras aparcaba el auto en el estacionamiento del edificio.

Adell sonrió, regresándola a mirar.

—Gracias. Pero no es necesario. Esto es algo que debe ser discutido únicamente entre ella y yo.

—Entiendo... Podría esperar aquí y llevarte luego a casa.

—Te lo agradezco, amiga. Pero insisto que no es necesario. Realmente no sé cuánto tiempo me lleve hablar con ella. ¡Ve tranquila, que yo estaré bien! Tomaré un taxi para regresar —dijo mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, abrió la puerta y bajó del auto—. ¿Te veo mañana? —preguntó, inclinándose hacia la ventanilla—. Ven a casa.

Shayna asintió.

—Por supuesto, Adell. Ahí estaré.

Al entrar al lobby del edificio de apartamentos, Adell avanzó despacio... no tenía prisa.

CAPÍTULO 56

—¿Tú...?

—Sí, Brianna... ¿Te sorprende verme?

—¿Qué haces aquí?

Adell entró, sin esperar siquiera a que ella se oponga; y, a paso relajado, avanzó hasta la sala.

—Supongo que por tu cabeza cruzó que no volvería de India... —empezó diciendo; y, retirándose pacientemente su abrigo, lo colocó sobre el espaldar de una de las sillas—. Pero, como ves... —prosiguió, volviéndose hacia ella—, estoy aquí y ahora me darás una explicación a todo.

Brianna, lanzando furiosa la puerta, se encaminó al centro de la sala.

—Veo que ya te fue llorando el ingenuo de Jared —replicó desafiante, parándose frente a ella—. ¿Qué más explicación necesitas?

—Tú sabrás... —contestó Adell, acomodándose con toda tranquilidad sobre el sofá; y, recostando sus brazos sobre el espaldar, agregó:

—Tengo todo el tiempo para escucharte... ¡Así que empieza!

Brianna la fulminó.

—¡Mira, estúpida...! ¡Tú no vienes a mi casa a decir qué hacer ni qué decir! Simplemente, hoy no tengo deseos de hablar contigo.

Adell se quedó mirándola, moviendo de lado a lado la cabeza.

—No tienes por qué gritar, Brianna. Soy yo quien debería hacerlo... Y como te darás cuenta, no lo estoy haciendo.

—¡A la mierda contigo! ¡Me da igual si lo haces o no! ¿Qué más quieres saber...? —cuestionó con una risita entre dientes—. ¿Lo que de seguro y ya te contó el idiota de Jared?

—¡No lo vuelvas a tratar así! —exigió Adell, levantándose de inmediato—. ¡Y no lo supe por él! Eres tan...

—¡No me interesa tu opinión...! ¡Guárdate los comentarios! — gritó sujetándola violentamente por el brazo—. ¿Quieres escucharlo de mí? ¡Te engañé! ¡Y qué fácil me resultó hacerlo! ¿Y sabes por qué...? ¡Porque te aborrezco! —De un brusco tirón, soltó de su brazo.

—¡Qué lástima escucharte hablar así, Brianna!

—¡Pues ya me conoces...! ¡Ahora lárgate!

—No, aún no... ¡Antes vas a escucharme! ¡Y ahora tú a mí!

Brianna sonrió, mirándola con desprecio.

—¡No me interesa nada de lo que quieras decir!

—¡Te callas y me escuchas! —exigió Adell tomándola por el brazo y de un empujón la hizo caer sentada sobre el sofá—. Te lo diré rápido, porque no deseo perder mi tiempo contigo.

Brianna, furiosa, levantó a mirarla.

—A mí...

—¡Cállate! —impuso Adell enérgicamente, sosteniendo su cínica mirada—. ¡Yo te consideré mi amiga, como mi hermana! ¡Me afectó conocer la verdad y saber que fuiste tú quien nos hizo tanto daño...! ¡Llegar a descubrir la clase de persona que eres!

—Perdona... —desafió con sus ojos llenos de odio clavados en los suyos—. ¡Pero no soporté verte tan feliz! ¡Mientras yo me moría deseándolo a Imran...! ¡Ese imbécil se enamoró de ti!

—¿Y tuviste que desquitar tu ego haciéndonos tanto daño?

—¡Sí...! ¡Me molestaba ver a esos dos...! ¡Enamorados como idiotas de ti!

—Tienes problemas, Brianna. A pesar de todo el daño que nos hiciste, no sé si debería perdonarte... ¡No lo sé! Sin embargo... —concluyó, mirándola fijamente:

—¡No quiero saber nunca más de ti! —Se dio media vuelta; y, sin decir una sola palabra más, recogió su abrigo y se encaminó hacia la puerta. La abrió y salió del apartamento.

Cuando Adell llegó a casa, les encontró a sus padres reunidos en la sala. Tan pronto y Oliver la vio se levantó del sofá y fue a por ella.

—¡Qué alegría tenerte de vuelta, hija! —exclamó abrazándola—. Te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, papá. —Sonrió, dándole un beso en su mejilla—. Estoy mejor que nunca. No tienen de qué preocuparse. Saben, estuve en casa de Brianna.

—¡Adell, no debiste ir allí! —exclamaron ambos.

—¡Tenía que hacerlo! ¡Ya está resuelto y ahora me siento bien! —respondió tumbándose relajada al sofá.

—Es lamentable todo lo que hizo esa muchacha —comentó Oliver.

—Es verdad, papá. —Exhaló, pasándose la palma de su mano por la frente—. Ahora olvidémonos de ella... ¡Es mejor así!

—Tienes razón, hija. —Asintió—. Y entonces, cuéntanos... —preguntó rascándose la quijada—, ¿cómo estuvieron estos días en el campo?

Adell dio un relajado suspiro.

—¡No se imaginan lo bien que me hizo estar en ese lugar tan apacible! —Bajó la mirada y calló un momento. Luego la levantó; y, encontrando la mirada impaciente de su madre, exclamó:

—Perdonen por haberme ido así, de repente... ¡Estuve confundida!

—¡Mi niña! —exclamó Sophia—. Nosotros lo comprendemos. Lo importante es que estás de regreso en casa. ¡Y, sobre todo, que estás bien!

Adell se inclinó para abrazarlos; hacía tiempo que deseaba hacerlo.

—¡Me siento feliz! He comprendido muchas cosas por las que antes vacilé.

—¡Qué alegría escuchártelo decir! Mi niña... —preguntó su madre, tomándola por el rostro—, tus ojos no brillan como antes lo hacían. ¿Qué ha sucedido con Jared? No lo has encontrado, ¿verdad?

—No, mamá. —Negó con la cabeza, seguido de un profundo suspiro—. Nadie sabe en dónde se encuentra. He tratado de comunicarme con él, pero no responde... ¡Estoy desmoralizada! ¡Tal parece que se lo tragó la tierra!

—Nena... —observó Oliver, retirándose los anteojos y haciendo que regrese a mirarlo—. Esto que te diré, sé que te va a sonar un tanto fuerte. Pero es lo que tanto yo, como cualquier otro hombre,

encontrándose en esa situación, hubiese hecho. Pienso que Jared está en su derecho de desentenderse de todo. Él ha sufrido demasiado, hija. La verdad, desde que Imran llegó y te conoció. ¡Compréndelo, mi niña! Ahora bien... —prosiguió, volviendo a colocarse los anteojos—, él seguramente está convencido de que ya te habrás casado. Tú misma se lo aseguraste así cuando fue a buscarte a India. Y sin conseguir que reacciones y vuelvas con él, se vio perdido y regresó a casa con el corazón destrozado.

—¡Fui tan inconsciente! —se lamentó Adell, sosteniendo con sus ojos llorosos la mirada de su padre—. ¡Dios, tan solo necesito saber en dónde se encuentra para poder correr a su lado y pedirle perdón!

Lloyd, levantándose del sofá, fue a sentarse a su lado.

—¡Ya aparecerá, hija! —Consintió, tratando de tranquilizarla, haciendo que recueste su cabeza sobre su hombro; en tanto que, Adell, cerrando los ojos:

—¡Necesito que sepa que regresé a por él! —exclamó—. ¡Es todo lo que deseo ahora!

—¡Regresará, mi niña!

Adell miró con nostalgia hacia el balcón; y, limpiándose las lágrimas de sus ojos al recordar las tantas veces que estuvo allí con Jared, suspiró.

—Iré a descansar —dijo volviéndose hacia sus padres—. Por cierto, mañana vendrá Shayna. Que tengan una buena noche. —Se puso en pie y luego de darles un beso a cada uno, subió a su habitación.

—Hola, Ismael...

—¡Adell, qué gusto escucharte! Supe por un amigo que regresaste. ¿Cómo estás?

—Sí, así es. Ismael... —preguntó con un hilo de voz—, ¿qué sucede con Jared? Todos, a quienes he preguntado, desconocen su paradero.

Ismael exhaló.

—Créeme que igualmente yo lo desconozco.

—¡Pero ustedes son amigos, algo te habrá comentado!

—No, Adell. Tan solo lo miré una vez luego de que regresó de India. Y bueno, en aquella única ocasión conversamos y me

comentó que tenía planeado irse del país.

—¿Cómo dices...? —interrumpió, quedándose en desasosiego.

—Así es. Más de eso no lo sé. ¿Has hablado con Victoria? Quizá ella en estos días haya tenido noticias tuyas. Aunque... —Calló de repente—. No. Hace dos días que la vi, igual me comentó que Jared no se ha comunicado.

—Eso mismo me lo dijo cuando la telefoneé y pregunté por él. Dios... ¡Qué hago ahora! —exclamó pasándose desesperada la palma de su mano por la frente.

—Adell, terminaste con Imran, ¿verdad?

—Sí, Ismael. Lo hice. Hace dos semanas que regresé.

—Dios... ¡Jared ni se imagina que volviste! Si al menos se conectara a su red social. Pero nada... ¡No lo comprendo!

—Está bien. Yo seguiré buscándolo. Si algo llegas a saber, por favor avísame enseguida y sin importar la hora que fuere.

—Pierde cuidado. Obviamente es relevante que lo sepa. ¡Qué feliz va a ponerse cuando se entere que estás de regreso!

—¡Lo que más deseo es tenerlo frente mío! Bueno, es tarde. Que tengas una buena noche. —Colgó la llamada y, pensativa, observando a través de su ventana a la acera cubierta de nieve, cerró sus ojos; y, suspirando:

—¿En dónde estás, amor? —exclamó—. ¡Vuelve ya!

A la mañana siguiente, Adell se levantó tan pronto y amaneció y bajó a la cocina a por una taza de chocolate caliente. Estando allí, preparándola, escuchó que tocaron a la puerta. Chequeó el reloj: marcaba las siete de la mañana. Colocó de lado al envase de chocolate y se encaminó hacia la puerta.

—¡Shayna...! —exclamó al abrirla; sorprendida de verla al pie de su portal tan temprano en la mañana—. ¡Vamos, entra que hace un frío terrible afuera!

—Es verdad. Amiga... —exclamó ella sonriendo, frotándose las manos con sus guantes de lana—. ¡Tengo buenas noticias para ti!

—¿De veras? ¿Lograste averiguar en dónde está Jared? —preguntó Adell impaciente, encaminándola hacia el interior de la casa.

—Así es. —Asintió, esbozando una amplia sonrisa.

—¡Cuéntame, que estoy ansiosa por saberlo!

—Me confirmaron que Jared estuvo en Montreal. Regresó anoche.

—¡Entonces está en su apartamento! —Asumió de inmediato—. Iré ahora mis...

—¡Adell, cálmate! —Shayna rio, moviendo de lado a lado la cabeza—. Deja que termine y escúchame.

—¡Pero me estás confirmando que anoche regresó de Canadá!

—Sí. Pero no está en Burlington.

—Ah, ¿no?

—No. Está en Maine. En su cabaña.

—¡Está allí...! ¡En nuestro lugar! —exclamó; y, emocionada, mordiéndose un extremo de su labio inferior, Adell volvió la mirada hacia el balcón—. ¿Quién te lo dijo? —preguntó, regresándola a mirar.

—Anoche, luego de dejarte en el apartamento de Brianna, fui al bar de la marina. Ahí me encontré con un amigo de Zachary. Él fue quien me lo dijo.

—Entonces no cabe la menor duda... —murmuró—. Regresó y ahora está en su cabaña.

—¡Como lo escuchaste, amiga! Y ahora que lo sabes, ¿qué harás?

—¿Cómo que qué es lo que haré? —Sus iris brillaron y se le escaparon las sonrisas—. ¡Iré hoy mismo a por él! Tan solo esperaré a que mamá y papá despierten.

—¡Estoy tan feliz de saber que estarán juntos nuevamente!

Adell se quedó mirándola; y, luego, con sus ojos empapados en lágrimas:

—¡Perdóname, Shayna, de veras que lo siento! —exclamó abrazándola—. No supe darme cuenta antes de que en ti tenía a una verdadera amiga.

—Adell... —contestó ella, limpiándose las lágrimas del rostro—. ¡Tú siempre lo fuiste para mí! ¡Tú y Jared siempre lo han sido!

—¡Ahora lo sé! Mira... —dijo señalando hacia las escaleras—. Ahí vienen mis padres.

—¡Qué felices se pondrán al saberlo! —exclamó Shayna, volviéndose hacia ellos.

—Mamá, papá... —dijo Adell, con una suave sonrisa dibujada en sus labios—. Los esperaba para despedirme.

Oliver y Sophia, sorprendidos, se detuvieron en el descanso de los escalones.

▣

—¿Y adónde vas, hija?

—Voy a Maine... ¡Mi felicidad aguarda allí! —respondió feliz, apartándose las lágrimas de sus mejillas.

Matthew, deteniéndose en el último escalón, le guiñó un ojo; y, luego, repasándola con la mirada, le regaló una sonrisa a Shayna.

—Hija... —exclamó Oliver, angustiado, acercándose hacia donde ella.

—¡No te preocupes, papá! —interrumpió tomándolo con ambas manos por el rostro—. Todo estará bien. Ahora sé perfectamente qué es lo que quiero... ¡Yo amo a Jared!

—¡Ve, mi niña... tiene que ser así! —Consintió Sophia.

—Sí, mamá. —Asintió, volviéndose hacia ella—. ¡Ansío verlo!

—Vamos, amiga... —interrumpió Shayna, rompiendo el emotivo momento—. ¡No esperes más y vete de una buena vez!

—¡Tienes razón! Es hora de irme. —Y, dándose media vuelta, Adell se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla se volvió hacia ellos; y, con una radiante sonrisa dibujada en su rostro, les dijo adiós. Luego de eso se marchó.

CAPÍTULO 57

Jordan Pond, Maine.

Através de la rústica ventana de la habitación de su cabaña, Jared, entristecido, contemplaba el bosque nevado, mientras pensaba en Adell, en su boda con Imran. Cerró sus ojos; y, suspirando:

¡Nunca dejaré de amarte!, repitió dentro de sí.

Al abrirlos fijó la mirada en la leña encendida; recordando la infinidad de veces que se amaron con intensa pasión junto al fuego de la chimenea.

—¡Sé feliz a su lado, vida mía! —exclamó desconsolado, pasándose la palma de su mano por el rostro. De pronto, escuchó el crujir de las hojas, por lo que se volteó de inmediato; e, intrigado, se encaminó hacia la puerta de entrada... Y, en cuanto la abrió:

—¡Adell...! —exclamó; quedándose enmudecido al tenerla frente suyo; mientras que, ella:

—¡Jared, mi amor! —fue lo único que pudo articular, permaneciendo inmóvil al pie del portal.

En tanto que; Jared, con sus ojos rebozando en lágrimas:

—¡Volviste, amor mío! —exclamó abalanzándose, sin poder contenerse, a abrazarla. La cargó y feliz giró abrazado a ella, mientras sus labios la devoraban sin control—. ¡Estás aquí! ¡Y yo imaginándote entre sus brazos...! ¡Próxima a casarte! Dios... ¡Me parece un sueño!

—¡No, amor, no es un sueño! ¡Cariño regresé! ¡Aquello fue irreal, terminó! ¡Ahora estoy de nuevo aquí...! ¡Contigo para siempre!

—¡Júrame que regresaste para quedarte! —imploró mirándola emocionado; tanto así que, sus lágrimas rodaron por sus mejillas.

Adell, limpiándole las lágrimas con el dorso de su mano:

—¡Sí, cariño! —Consintió—. ¡Nunca más me alejaré de ti! ¡Perdóname, por favor, por todo el daño que te hice! —suplicó con sus ojos también empapados en lágrimas.

Jared, tomando de su mano, fundió un cálido beso en ella.

—¡No me pidas perdón, no lo hagas! ¡Perdóname tú, vida mía! ¡No volveré a hacerte daño ni dejaré que te alejes de mí...! ¡No lo permitiré!

—No lo vuelvas a hacer... ¡Tú eres mi vida y no soportaría perderte otra vez!

—¡Te amo! —exclamó él; y, aprisionándola fuerte contra su pecho, pudo sentir sus fuertes latidos.

—Y yo a ti, amor... ¡Guárdatelo eso bien claro!

Jared, feliz, por tenerla de nuevo con él, no fue suficiente con palabras expresar tanta felicidad.

—Quiero ir contigo al pie del lago y permanecer allí como lo hacíamos antes... ¡Lo extrañaba, cariño! —Y, recostándose Adell sobre su hombro, contemplaron, abrazados, los débiles destellos de luz que caían sobre las copas de los pinos nevados, formando, como si danzasen, relucientes lucecillas doradas.

—Yo también lo añoraba así. —Consintió Jared; e, inclinando la cabeza, cerró sus ojos al besar su coronilla, mientras percibía su dulce y fresco aroma frutal.

Adell sonrió, cobijándose con la tibieza de su respiración.

—¡Me encanta tenerte así, tan cerca de mí! —dijo; y, retirándose la bufanda blanca que llevaba puesta, la colocó alrededor del cuello de Jared, fundiendo luego un suave beso en sus cálidos labios. Lo tomó de la mano y fueron a caminar por los senderos del lago.

—¡Este lugar es nuestro, vida mía! —indicó él, deteniéndose al pie de aquel viejo pino: el más alto y frondoso; e, inclinándose, apartó algunos residuos de nieve que había sobre la vieja banca de madera. Tomó de la mano de Adell; y, sentándose, comentó, mirando el bosque de pinos a su frente:

—¡Cuántas veces vine hasta aquí y pasé horas recordándote! Trataba de comprenderte, de perdonarte... Y no me daba cuenta de que era a mí a quien tú debías perdonar. —Suspiró; y, volviendo la mirada hacia ella, la abrazó, aprisionándola fuerte contra su hombro.

—¡Yo también me equivoqué, amor! No supe entenderte y me marché. Pensé que lo mejor sería alejarme de ti y olvidarlo todo... ¡Pero fracasé, porque sencillamente tú estabas en cada lugar y en cada parte de mí!

—¡Ven aquí! —dijo Jared, emocionado, estrechándola con más fuerza contra su hombro—. Este lugar siempre guardó tu recuerdo. Todos han permanecido íntegros y hoy estamos juntos nuevamente.

—Jared...

—¡Jamás volverá a suceder, te lo prometo! —exclamó volviéndose hacia ella; y, tomándola con ambas manos por el rostro:

—Tu ausencia me enseñó a comprender —confesó—. A partir de ahora todo será diferente, amor mío... ¡Eso lo verás!

—¡Lo sé! —contestó Adell, acariciándolo.

—¡Cuánto te extrañé! —exclamó; y, acortando la estrecha distancia que había entre los dos, Jared buscó, cerrando sus ojos, el calor de sus labios y los besó despacio, pausado; intensificando luego el beso—. ¡Te amo con toda mi alma! —susurró suspirando a su oído.

—¡Y yo a ti, amor!

—¡Ahora lo sé!

Aquella tarde de noviembre, Jared y Adell se entregaron a un amor embriagante, cautivador y completo... Aquel que va más allá de las palabras.

India.

Desde el balcón de la habitación de su pent house, Imran, en silencio, leyó el mensaje que momento antes recibió de Adell:

Querido Imran:

Sé que cuando tengas este mensaje en tus manos, pensarás en mí. Mas esta vez quiero que lo hagas con la seguridad de que ahora soy feliz.

Recuerda que yo siempre te llevaré en un lugar muy especial, porque tú eres y por siempre serás mi gran amigo.

¡Sé feliz con quien verdaderamente te ama!

Ella está muy cerca a ti.

Ahora llegó el momento de decirte adiós.

Adell.

Al terminar de leerlo, levantó la mirada; y, pensativo, contempló la larga e iluminada costa de Mumbai.

Jordan Pond, Maine.

Jared y Adell se amaron apasionadamente junto al calor de la leña, la cual los abrasó en esa blanca y fría tarde de noviembre. Lo hicieron sin prisa y perdidamente, sintiendo la fuerza de su gran amor; el que siempre estuvo presente en cada uno de ellos.

Entretanto, al escuchar el sutil ruido que emitieron algunos de los frescos tulipanes blancos y violeta al desbordarse del jarrón de metal; Adell, regresando de inmediato la mirada hacia la mesita rústica, emocionada; y más aún al mirar que en el pecho de Jared también colgaba el pendiente de estrella con las letras de su nombre, preguntó:

—¿Y esos hermosos tulipanes?

—¡Sabía que volverías, amor mío!

Fin

